



WWW.VAMPIROSTALAMASCA.TK

Anne Rice
Traducción de Camila Batles

Para Stan Rice 1942-2002
El amor de mi vida

Celebra, joven tu juventud, tu juventud, deja que tu corazón te reconforte en los días de tu juventud y sigue los dictados de tu corazón y lo que vean tus ojos, pero ten presente que Dios te juzgará por todo ello.

Eclesiastés, 11,9. Versión Rey Jacobo

1

Deseo ser santo. Deseo salvar a millones de almas. Deseo hacer el bien en todo el mundo. ¡Deseo combatir el mal! Deseo ver mi estatua, realizada a tamaño natural, en todas las iglesias. Mido un metro ochenta centímetros de estatura, tengo el pelo rubio y los ojos azules.

Un momento.

¿Sabe usted quién soy?

Estoy pensando que quizá sea usted un lector nuevo y todavía no haya oído hablar de mí.

En tal caso, permítame que me presente, cosa que me encanta hacer al comienzo de cada uno de mis libros.

Soy el vampiro Lestat, el vampiro más potente y entrañable que haya sido creado jamás, un ser sobrenatural impresionante, de doscientos años, aunque fijados para siempre en la forma de un varón de veintidós años con unas facciones y un cuerpo por los que usted estaría dispuesto a morir... y quizá lo haga. Soy increíblemente ingenioso e innegablemente encantador. La muerte, la enfermedad, el tiempo y la gravedad no significan nada para mí.

Sólo tengo dos enemigos: la luz del día, que me convierte en un ser inerte y vulnerable a los rayos abrasadores del sol, y la conciencia. Dicho de otro modo, estoy condenado a ser un habitante eterno de la noche y un vampiro eternamente atormentado.

¿No le parezco irresistible?

Antes de que prosiga con mi fantasía permítame que le asegure:

Que sé perfectamente cómo ser un excelente escritor posrenacentista, post siglo XIX, posmoderno y pospopular. No deconstruyo nada. Es decir, lo que va usted a leer aquí es una historia con todas las de la ley, con un comienzo, un desarrollo y un fin. Me refiero a un argumento, unos personajes, la correspondiente intriga y lo que haga falta.

Conseguiré satisfacerle. Así que tranquilícese y siga leyen-

do. No se arrepentirá. ¿Cree que no deseo captar nuevos lectores? Mi nombre es sinónimo de sed, querido. ¡Estoy deseando apoderarme de usted!

No obstante, dado que me he tomado un respiro en mi obsesión por convertirme en santo, permítame que dedique unas palabras a mis leales seguidores. Ustedes, los nuevos, síganme. No les costará ningún esfuerzo. ¿Por qué iba yo a hacer algo que les resultara difícil? Sería como echar piedras a mi propio tejado.

Bien, a todos los que me adoráis. A mis millones de seguidores.

Decís que queréis volver a tener noticias mías. Dejáis rosas amarillas frente ala puerta de mi casa, en Nueva Orleans, con notas escritas de vuestro puño y letra en las que decís:

«Vuelve a hablarnos, Lestat. Danos un nuevo libro. Nos chiflan tus Crónicas Vampíricas, Lestat. Hace mucho que no sabemos nada de ti. Regresa, Lestat, por favor.»

Pero dejad que os pregunte, estimados seguidores míos (no os apelonéis para contestarme), ¿qué diablos ocurrió cuando os ofrecí Memnoch el Diablo, eh? Fue la última entrega de las Crónicas Vampíricas que yo mismo escribí.

Si, ya sé, comprasteis el libro. No me quejo de eso, queridos lectores. De hecho, el libro más vendido de las Crónicas Vampíricas ha sido Memnoch. ¿Qué os parece ese detalle tan prosaico? Pero ¿lo aceptasteis con entusiasmo? ¿Lo comprendisteis? ¿Lo leísteis dos veces? ¿Creísteis lo que relataba en él?

Yo había visitado la corte de Dios Todopoderoso y las horripilantes simas de la Perdición, chicos, y os relaté mis confesiones, hasta mi último confuso y angustiado balbuceo, rogándoos que me explicarais por qué huí de esa terrorífica oportunidad de convertirme realmente en un santo. ¿y qué hicisteis vosotros? ¡Os quejasteis!

«¿Dónde se había metido Lestat, el vampiro?» Eso era lo que deseabais saber. ¿Dónde estaba Lestat, ataviado con su elegante levita negra, mostrando sus diminutos colmillos cada vez que sonreía, paseándose calzado con sus botas inglesas por el rutilante inframundo de todas las ciudades siniestras y estilosas repletas de víctimas humanas que se retuercen de dolor, la mayoría mercedoras de recibir el beso vampírico? ¡No parabais de repetirlo!

¿Dónde estaba Lestat el insaciable ladrón de sangre y destructor de almas, Lestat el vengador, Lestat el taimado, Lestat el... esto... Lestat el Magnífico?

Exactamente: Lestat el Magnífico. Es un magnífico nombre para darme en este libro. Porque, bien mirado, soy magnífico. Hombre, alguien tiene que decirlo. Pero volvamos a vuestras quejas y protestas sobre Memnoch.

«¡No queremos esa piltrafa de chamán!», exclamasteis.

«Queremos a nuestro héroe. ¿Dónde está su clásica Harley? Queremos que se monte en ella y se lance a toda veloci-

dad por las avenidas y callejuelas del Barrio Francés. Queremos oírle cantar a pleno pulmón mientras escucha música a través de sus diminutos audífonos, luciendo sus gafas de color púrpura, con su pelo rubio ondeando al viento.»

Vale, tíos, mola, me gusta esa imagen. De veras. Aún conservo la moto. y sí, adoro las levitas, de hecho me las hacen a medida; eso no os lo discuto. y luego están las botas, por supuesto. ¿Queréis saber cómo voy vestido en estos momentos?

¡Pues no pienso decíroslo!

En todo caso, aún no.

Pero reflexionad sobre lo que trato de deciros.

Os ofrezco aquí esta visión metafísica de la Creación y la Eternidad, toda la historia (más o menos) de la cristiandad, un montón de meditaciones sobre los misterios del cosmos, ¿y qué recibo a cambio? «¿Qué clase de novela es ésta? -preguntasteis-. ¡No te dijimos que fueras al cielo y al infierno! ¡Queremos que vuelvas a ser el exquisito monstruo de siempre!»

¡Mon Dieu! Me ponéis malo. De veras, os lo digo en serio. Por más que os amo, por más que os necesito, por más que no puedo vivir sin vosotros, ¡me ponéis malo!

Vale, tirad este libro a la papelera. Escupidme. Insultadme. ¡A que no os atrevéis! Expulsad me de vuestra órbita intelectual. Echad me de vuestra pandilla. Arrojad me al contenedor de basura del aeropuerto. ¡Dejadme en un banco en Central Park!

¿A mí qué me importa?

No. No quiero que hagáis eso. No lo hagáis.

¡NI SE OS OCURRA!

Quiero que leáis cada página que he escrito. Quiero que mi prosa os envuelva. Si pudiera, bebería vuestra sangre y os recogería en mi interior en cada recuerdo, en cada latido, en cada marco de referencia, triunfo temporal, pequeña derrota, momento místico de rendición. De acuerdo, me vestiré atono con la ocasión. ¿Acaso no lo hago siempre? ¿Existe alguien que, vestido con harapos, esté más atractivo que yo?

Suspiro.

¡Detesto mi vocabulario!

¿Cómo es posible que, por más que lea, acabe siempre expresándome como un punk internacional de pacotilla?

Por supuesto, una de las razones es mi obsesión por ofrecer un relato al mundo mortal que pueda ser leído prácticamente por cualquiera. Quiero ver mis libros en los suburbios y bibliotecas de universidades. ¿Captáis la onda? Pese a mi sed cultural y artística, no soy un elitista. ¿O no os habías enterado?

Otro suspiro.

¡Estoy desesperado! Una psique constantemente hiperactiva, que es la suerte de todo vampiro. Debería estar asesinan-

do a algún tipo despreciable, chupándole la sangre como si fuera un caramelo. Pero aquí me tenéis, escribiendo un libro. Por eso no existe en el mundo dinero ni poder capaz de silenciarme durante mucho tiempo. La desesperación es el origen de la fuente. ¿Y si todo eso no tuviera ningún sentido? ¿Y si los elegantes muebles franceses decorados con cuero u oro de imitación no importaran lo más mínimo en el cuadro general? ¡Uno puede temblar de desesperación tanto en las habitaciones de un palacio como en una pocilga! ¡Y no digamos en un ataúd! Pero olvidaos del ataúd. Ya no soy lo que llamaríamos un vampiro de ataúdes. Eso es pura filfa. Aunque confieso que antiguamente me gustaba dormir en ellos. En cierto aspecto, no hay nada como... Pero ¿por dónde iba? Ah, sí, pasemos a otro tema, pero...

Por favor, antes de proseguir, permitid que proteste por el Impacto que sufrió mi mente debido a mi confrontación con Memnoch.

Prestad todos atención, tanto los lectores nuevos como los antiguos:

¡Fui atacado por lo divino y lo sacramental! Se dice que la fe es un don, ¡pero os aseguro que se parece más aun accidente de carretera! Me sacudió la psique. El hecho de ser un vampiro de pleno derecho es duro cuando has visto las calles del cielo y el infierno. Y vosotros tendríais que concederme cierto espacio metafísico.

De vez en cuando me entra la neura y me digo: ¡QUIERO DEJAR DE SER MALVADO!

No respondáis todos a la vez: «¡Queremos que sigas siendo el malo, nos lo prometiste!»

Vamos, debéis tener en cuenta que padezco. Es justo.

Por otra parte, soy tan bueno haciendo de malo... El eslogan de siempre. Si no lo he mandado estampar en una camiseta, lo haré. En realidad, no quiero escribir nada que no pueda estamparse en una camiseta. En realidad, me gustaría escribir novelas enteras en camisetas. Para que vosotros pudierais decir: «Llevo puesto el capítulo ocho del nuevo libro de Lestat, que es mi favorito. Anda, si tú llevas el capítulo seis...»

De vez en cuando confieso que me pongo... ¡Bueno, ya basta!

¿ES QUE NO HAY FORMA DE LIBRARME DE ESTO?

No pararás de susurrarme al oído, ¿verdad?

Camino por Pirate's Alley, con el aspecto de un vago cubierto de polvo moralmente imperativo, cuando te acercas subrepticamente y dices: «Despierta, Lestat», y yo me vuelvo rápidamente y ¡pumba!, choco como Superman contra ese artilugio tan americano que es una cabina telefónica ¡Y voila! Aparezco de nuevo ataviado de pies a cabeza de terciopelo, Y te agarro por el cuello. Nos encontramos en el vestíbulo de la catedral (¿adónde creías que iba a llevarte? ¿No quieres mo-

rir en tierra sagrada?), y tú venga suplicarme. ¡Vaya, hombre, me ha pasado! Sólo quería dar un pequeño sorbo, no digas que no te avisé. Bien pensado, ¿realmente te avisé?

De acuerdo, olvídale, qué más da, deja de estrujarte las manos, anda, tranquilízate, corta el rollo, ¿vale?

Me rindo. ¡Por supuesto que en esta historia vamos a deleitarnos en la maldad pura!

¿Quién soy yo para renegar de mi vocación como un cuentacuentos católico por excelencia? A fin de cuentas, las Crónicas Vampíricas las inventé yo, ¿sabéis?, y cuando me dirijo a vosotros, no soy simplemente un monstruo, sino que escribo porque os necesito, no puedo respirar sin vosotros. Sin vosotros me siento impotente...

... Y he vuelto, un suspiro, un estremecimiento, una carcajada, unos pasos de claqué Y estoy casi listo para tomar el armazón de este libro y pegar sus cuatro esquinas con la infalible supercola de un apasionante relato. Va a ser espectacular, os juro por el fantasma de mi difunto padre que, en mi mundo, no existe técnicamente la digresión. Todos los caminos conducen a mi persona.

Silencio.

Un latido.

Pero antes de que nos centremos en el tiempo presente, permitidme gozar de mi pequeña fantasía. La necesito. No soy sólo un personaje de relumbrón, chicos, ¿es que no lo veis? No puedo remediarlo.

Por lo demás, si no soportáis leer esto, pasad directamente al capítulo dos. ¡Vamos!

y para aquellos de vosotros que me amáis sinceramente, que deseáis asimilar cada matiz del relato que vais a leer, os invito a acompañarme. Por favor, seguid leyendo:

Deseo ser un santo. Deseo salvar a millones de almas. Deseo hacer el bien en todas partes. Deseo ver mi estatua de yeso realizada a tamaño natural en todas las iglesias del mundo. Mi cuerpo de metro ochenta de estatura, los ojos de cristal azules, ataviado con una larga túnica de terciopelo de color púrpura, observando, con las manos ligeramente separadas, a los fieles que rezan al tiempo que me tocan un pie.

«Lestat, cúrame de mi cáncer, haz que encuentre mis gafas, ayuda a mi hijo a desengancharse de las drogas, haz que mi marido me quiera.»

En Ciudad de México, los jóvenes se acercan a las puertas del seminario sosteniendo en la mano una de mis estatuillas, y algunas madres lloran ante mí en la catedral mientras exclaman: «¡Salva a mi hijita, Lestat! ¡Cúrame de mis dolores, Lestat! ¡Puedo caminar, Lestat! ¡Mirad, la estatua se mueve, derrama lágrimas!»

En Bogotá, Colombia, los narcotraficantes deponen sus armas ante mí. Los asesinos se postran de rodillas musitando

mi nombre.

En Moscú, el patriarca se inclina ante mi imagen sosteniendo en brazos aun niño paralítico, y éste se cura. Miles de personas en Francia regresan a la Iglesia gracias a mi intercesión, y la gente murmura ante mí: «Me he reconciliado con la ladrona de mi hermana, Lestat, he renunciado a mi pérfida amante. He denunciado al banco por estafar a la gente, Lestat, hoy es el primer día que asisto a misa en muchos años, Lestat, voy a ingresar en el convento y nada ni nadie puede detenerme.»

En Nápoles, cuando el Vesubio entra en erupción, pasean mi estatua por las calles en procesión para frenar la lava antes de que destruya las poblaciones costeras. En Kansas, miles de estudiantes desfilan frente a mi imagen rogándome que les ayude a practicar el sexo seguro o a abstenerse de practicarlo. En toda Europa y América me invocan durante la misa para una intercesión especial.

En Nueva York, un grupo de científicos anuncia al mundo entero que, gracias a mi intercesión, han conseguido fabricar una droga sin olor, sin sabor e inocua que provoca el subidón de las pastillas de diseño, la cocaína y la heroína juntas, y que además es baratísima -todo el mundo puede comprarla-, y totalmente legal. ¡Esto acaba definitivamente con el negocio del narcotráfico!

Senadores y congresistas sollozan y se abrazan al oír la noticia. Erigen de inmediato mi estatua en la Catedral Nacional.

En todas partes escriben himnos en mi honor. Inspiro poesías piadosas. Se imprimen millones de ejemplares de mi edificante biografía (una docena de páginas), ilustrados a todo color. La gente acude en masa a la catedral de San Patricio, en Nueva York, para depositar sus peticiones escritas a mano en una cesta frente a mi imagen.

Pequeños duplicados de mi persona adornan tocadores, encimeras, escritorios y mesas de ordenadores en todo el mundo. «¿No has oído hablar de él? Si le rezas, a partir de ahora tu marido se comportará como un corderito, tu madre dejará de chincharte, tus hijos vendrán a verte cada domingo; luego, envía el dinero a la iglesia como muestra de gratitud.»
¿Dónde están mis restos? No existen. Todo mi cuerpo se ha convertido en una reliquia, diseminada por el mundo entero: pedacitos resecaos de carne, huesos y pelo conservados en unos estuches de oro llamados relicarios, algunos fragmentos depositados en la parte posterior hueca de crucifijos, otros, en medallones que las personas lucen colgados del cuello. siento todas esas reliquias. Me refocilo consciente de su influencia. «Lestat, ayúdame a dejar de fumar. Tengo un hijo gay, Lestat, ¿irá al infierno? -¡Por supuesto que no!-. Me estoy muriendo, Lestat. Nada puede devolverme a mi padre, Lestat, este dolor es insoportable. ¿Existe realmente Dios, Lestat?

-¡Sí!»

Yo respondo a todo el mundo. Paz, la certeza de lo sublime, la irresistible alegría de la fe, el cese del dolor, la profunda abolición de todo cuanto carece de significado.

Soy importante. Soy vasta y prodigiosamente conocido. ¡Soy inevitable! ¡Formo parte de la historia presente! Escriben artículos sobre mí en las páginas del New York Times. Y, a todo esto, estoy en el cielo con Dios. Estoy con el Señor en la Luz, el Creador, la Fuente Divina de todas las cosas. Me ha sido revelada la solución de los misterios. ¿Por qué no? Conozco las respuestas a cualquier pregunta.

Dios me dice: «Debes aparecerte a las personas. Es el deber de todo gran santo. Es lo que esperan que hagas en la Tierra.»

De modo que abandono la Luz y desciendo lentamente hacia el planeta verde. Cuando penetro en la atmósfera terrestre experimento una ligera y prudente pérdida del conocimiento inefable. Ningún santo puede llevar ese conocimiento inefable al mundo porque éste no lo comprendería.

Me adorno con mi antigua personalidad humana, por así decir, pero sigo siendo un gran santo, y estoy totalmente preparado para aparecerme a las personas. ¿Que adónde me dirijo? ¡Adónde voy a dirigirme!

La Ciudad del Vaticano, el reino más pequeño de la Tierra, está en silencio.

Me acerco al dormitorio del Papa. Se parece a la celda de un monje: una pequeña cama y una silla. No puede ser más sencillo.

Juan Pablo II, de ochenta y dos años, está sufriendo: el dolor que siente en los huesos le impide dormir, los temblores debidos a la enfermedad de Parkinson son muy fuertes, la artrosis le afecta todo el cuerpo, el tiempo ha hecho estragos en él. El Papa abre los ojos despacio. Me saluda en inglés.

-San Lestat -dice-. ¿Por qué has venido a verme a mí?

¿Por qué no te has aparecido al padre Pío?

No es una gran reacción.

Pero sé que el Papa no pretende ofenderme. Su pregunta es comprensible. El Papa ama al padre Pío. Ha canonizado a centenares de santos. Probablemente los amaba a todos. Pero por el padre Pío siente un amor especial. En cuanto a mí, no sé si me amaba cuando me canonizó, porque aún no he escrito la historia referente a mi canonización. Al padre Pío le canonizaron una semana antes de que yo escribiera todo esto.

(Vi toda la ceremonia en la tele. A los vampiros nos encanta la tele.)

Siento el gélido silencio de los aposentos papales, tan austeros pese a sus palaciegas dimensiones. En la capilla privada del Papa hay unas velas encendidas. El Papa gime de dolor. Yo impongo sobre su cuerpo mis manos sanadoras y elimino su sufrimiento. Sus músculos se relajan. El Papa me

mira con un solo ojo, manteniendo el otro cerrado, como suele hacer, y de pronto se produce entre nosotros una especie de complicidad; o, mejor dicho, percibo algo de él que todo el mundo debería conocer.

Su profunda generosidad, su intensa espiritualidad no sólo son fruto de su amor absoluto hacia Jesucristo, sino de la vida que llevó bajo el comunismo. La gente olvida ese dato. El comunismo, pese a sus atroces abusos y crueldades, es esencialmente un jactancioso código espiritual. y antes de que ese puritano gobierno influyera en su juventud, Juan Pablo vivió las violentas paradojas y los horripilantes dislates de la Segunda Guerra Mundial, los cuales le enseñaron a cultivar el autosacrificio y el valor. Este hombre siempre ha vivido en un mundo espiritual. Las privaciones y el sacrificio están imbricados en sus historias como la doble hélice.

No es de extrañar que no pueda por menos de recelar de las tumultuosas voces de los prósperos países capitalistas. No comprende cómo puede brotar la pureza de la abundancia, cómo puede el exceso dar paso a la sublime inmensidad de una visión, cómo pueden nacer el altruismo y el afán de hacer el bien cuando todas las necesidades están de sobra satisfechas.

¿Puedo abordar este tema con él en estos apacibles instantes? O debo asegurarle que no tiene que preocuparse por la «codicia» del mundo occidental?

Le hablo suavemente. Empiezo analizando estos puntos. (Sí, ya lo sé, él es el Papa y yo un vampiro que escribe esa historia; pero en esta historia soy un gran santo. ¡No voy a sentirme intimidado dentro de los límites de mi propia obra!)

Le recuerdo que los sublimes principios de la filosofía griega surgieron en medio de la opulencia, y él asiente lentamente con la cabeza. El Papa es un hombre culto y un filósofo. Mucha gente ignora también ese dato acerca de él. Pero yo debo convencerle de algo infinitamente más profundo.

Lo veo claramente. Lo veo todo.

Nuestro mayor error en todo el mundo es nuestra insistencia en considerar cada nuevo acontecimiento como una culminación o un clímax. El gran «por fin» o «grado superlativo». Un fatalismo constitucional tiñe persistentemente el presente cambiante. Un inexorable alarmismo acoge cada novedad. Llevamos dos mil años «saliéndonos de madre».

Esto proviene naturalmente de nuestra susceptibilidad a contemplar el «ahora» como el día del Juicio Final, una obsesión apocalíptica que perdura desde que Jesucristo subió al cielo. Debemos acabar con ello. Debemos comprender que nos hallamos en los albores de una era sublime. Ya no es preciso conquistar a nuestros enemigos. Éstos serán devorados, transformados.

Pero lo que deseo recalcar es que el modernismo y el

materialismo -unos elementos que la Iglesia ha temido durante mucho tiempo- están en pañales desde el punto de vista filosófico y práctico. Su naturaleza sacramental acaba de revelarse hace poco.

¡Dejemos a un lado las infantiles torpezas! La revolución electrónica ha transformado el mundo industrial más allá de lo imaginable en el siglo xx. Aún estamos con los dolores de parto. ¡Poneos de una vez manos a la obra! Trabajad en ello. Desarrolladlo.

Para millones de personas de los países desarrollados la vida cotidiana no sólo es cómoda sino una combinación de prodigios que raya lo milagroso. Esto ha dado paso a unos nuevos deseos espirituales infinitamente más valerosos que los objetivos misioneros de antaño.

Debemos reconocer que el ateísmo político ha fracasado estrepitosamente. Pensad en ello. Todo el sistema se ha ido al garete. Salvo quizá la isla de Cuba. Pero ¿qué demuestra castro? Incluso los hombres que ejercen más poder en América exhalan un aire de virtuosismo. Por eso estallan gigantescos escándalos corporativos. Por eso la gente se enfurece tanto. Si no hay moral, no hay escándalos. De hecho, quizá tengamos que analizar de nuevo todos los sectores de la sociedad que hemos etiquetado ciegamente como «seculares». ¿Quién no posee unas profundas e inquebrantables creencias altruistas? El judeocristianismo es la religión del Occidente secular, por más que millones de seres afirmen lo contrario. Sus profundos postulados han sido interiorizados por los agnósticos más remotos e intelectuales. Sus expectativas inciden en Wall Street al igual que los corteses saludos que la gente intercambia en una atestada playa californiana o en una cumbre de los jefes de Estado de Rusia y Estados Unidos.

No tardarán en aparecer los tecnosantos -suponiendo que aún no lo hayan hecho- para fundir la pobreza de millones de personas con torrentes de bienes y servicios bien distribuidos. Las comunicaciones eliminarán el odio y las diferencias mientras los cafés virtuales de Internet surgen como setas en los barrios pobres de Asia y Oriente. La televisión por cable llevará innumerables programas novedosos al vasto mundo árabe. Incluso penetrará en el mercado de Corea del Norte.

Las minorías en Europa y América serán total y provechosamente asimiladas mediante la tecnología informática. Como he dicho, la ciencia médica hallará unos sustitutos económicos e inocuos para la cocaína y la heroína y eliminará de este modo el nefasto negocio del tráfico de drogas. La violencia dará paso aun refinamiento en el debate y al intercambio de conocimientos. Los actos terroristas seguirán siendo obsesivamente precisos debido a su rareza, hasta que cesen por completo.

En cuanto a la sexualidad, la revolución a este respecto es

tan vasta que los de esta época no alcanzamos a comprender todas sus ramificaciones. Al principio las faldas cortas, el corte de pelo a lo garfón, las citas en coche, la incorporación de la mujer al mundo laboral y el amor gay nos dejaron boquiabiertos. Nuestros conocimientos científicos y el control de natalidad nos han dado un poder que hace unos siglos es inimaginable y el impacto inmediato no es sino una sombra de lo que ocurrirá en el futuro. Debemos respetar los inmensos misterios del esperma y el óvulo, los misterios de la química de género y la elección y atracción sexual. Todos los hijos de Dios se beneficiarán de nuestros crecientes conocimientos, pero repetir esto no es más que el principio. Debemos tener el valor de abrazar la belleza de la ciencia en el nombre del Señor.

El Papa escucha. Sonríe.

Yo prosigo.

La imagen de Dios Encarnado, hecho Hombre debido a la fascinación que le inspira su Creación, triunfará en el tercer milenio como emblema supremo del sacrificio divino y al amor insondable.

En mi opinión, se requieren miles de años para comprender al Cristo Crucificado. ¿Por qué, por ejemplo, bajó a la Tierra para vivir treinta y tres años? ¿Por qué no veinte? ¿O veinticinco? Podríamos cavilar sobre esto eternamente. ¿Por qué empezó Jesús como un bebé? ¿Quién quiere ser un bebé? ¿El hecho de que fuera un bebé forma parte de nuestra salvación? ¿Y por qué eligió esa época de la historia? ¡Y ese lugar! Ahí hay tierra, grava, arena y piedras por todas partes.

Jamás he visto tantas piedras como en Tierra Santa. La gente iba descalza, con sandalias, en camello... Imaginad esos tiempos. ¡No me extraña que lapidaran a la gente! ¿Tuvo quizá la sencillez del atuendo y el peinado algo que ver con el hecho de que Jesucristo bajara a la Tierra en esa época? Yo creo que sí. Si consultáis algún libro sobre el vestir en el mundo -una buena enciclopedia que abarque desde la antigua Sumer hasta Ralph Lauren-, no hallaréis atuendo y peinado más sencillos que los de la Galilea del siglo I.

«Hablo en serio», le dije al santo padre. Jesucristo tuvo este dato en cuenta, seguro. Es lógico. Sabía que las imágenes de Él proliferarían exponencialmente.

Por lo demás, creo que Jesucristo eligió la crucifixión porque en todas las imágenes aparecería con los brazos extendidos como si abrazara amorosamente al mundo. Cuando uno contempla la crucifixión bajo ese prisma, todo cambia. Ves a Jesucristo abrazando al mundo. Él sabía que tenía que ser una imagen durable. Sabía que teníamos que poder hacer abstracción de ella. Que tenía que ser reproducible. No es casualidad que podamos lucir una imagen de la espeluznante muerte de Jesucristo colgada del cuello en una cadena. Dios piensa en esas cosas.

El Papa sigue sonriendo.

-Si no fueras un santo, me reiría de ti -dije-. Por cierto, ¿cuándo esperas la llegada de esos tecnosantos?

Me siento feliz. El Papa se parece al viejo Wojtyla, el pontífice que siguió practicando el esquí hasta los setenta y tres años. Mi visita ha valido la pena.

A fin de cuentas, no podemos ser todos como el padre Pío o la madre Teresa. Yo soy san Lestat.

-Saludaré al padre Pío de parte vuestra -murmuró.

Pero el sueño había vencido al Papa. Tras emitir una breve risa, se había quedado dormido. Ahora ya conozco mi fuerza. He conseguido adormecerlo con mi cháchara. Pero qué esperaba, especialmente del Papa? Trabaja duro. Sufre. Éste año ha viajado a Asia ya Europa oriental, y dentro de poco irá a Toronto, a Guatemala ya México. No sé cómo se las arregla para llevar este traje.

Apoyo la mano en su frente.

y me marcho.

Bajo la escalera que conduce a la Capilla Sixtina. Está desierta y oscura, como era de prever. Pero no temáis, mis ojos de santo son tan eficaces como mis ojos de vampiro, y puedo contemplar la impresionante magnificencia del lugar.

Estoy solo, aislado de todo el mundo y todas las cosas.

Deseo tenderme en el suelo boca abajo, como hace un sacerdote cuando se ordena. Deseo ser un sacerdote. ¡Deseo consagrar la hostia! Ardo en deseos de hacerlo. **NO QUIERO HACER EL MAL.**

Pero lo cierto es que mi fantasía sobre san Lestat empieza a disiparse. Sé que es una ficción y no puedo mantenerla. Sé que no soy un santo y nunca lo seré. Ningún estandarte con mi efigie ha ondeado jamás bajo el sol de la plaza de San Pedro. Ninguna multitud de cientos de miles de personas ha pedido a voces mi canonización. Ninguna procesión de cardenales asistió a la ceremonia, porque ésta no se ha celebrado jamás. y no poseo una fórmula sin olor, sin sabor e inocua que imite las pastillas de diseño, la cocaína y la heroína juntas, de modo que no puedo salvar al mundo.

Ni siquiera me encuentro en la Capilla Sixtina. Estoy muy lejos, en un lugar cálido, pero igual de solitario.

Soy un vampiro. Durante más de doscientos años he disfrutado siéndolo. Estoy lleno hasta las cejas de la sangre de otros. Estoy contaminado por ella. Estoy tan maldito como lo estaba esa prostituta antes de tocar el borde de la túnica de Jesús en Cafarnaum. Vivo por y para la sangre. Soy ritualmente impuro.

y no soy capaz más que de obrar un solo milagro. Nosotros lo llamamos el truco oscuro y estoy a punto de realizarlo.

¿Creéis que mis remordimientos me detendrán? En absoluto, jamás, mais non, de eso nada, ni mucho menos, ni lo soñéis.

Os dije que regresaría, ¿no es cierto?

Soy un ser irreprimible, imperdonable, indómito, desvergonzado, egoísta, contumaz, desalmado, desmadrado, furioso, intrépido e impenitente que no tiene salvación.

Pero tengo una historia que contaros, queridos.

Oigo las campanas del infierno llamándome. ¡ Ha llegado el momento de ponerse manos a la obra!

De modo que corto y pasamos a:

2

Blackwood Farm: exterior, por la tarde.

Un pequeño cementerio rural junto a un pantano rodeado de cipreses, en el que hay aproximadamente una docena de tumbas de cemento, la mayoría sin rastro alguno de las antiguas inscripciones, y una de esas tumbas alzadas rectangulares está cubierta de hollín debido a un reciente incendio, y todas ellas están rodeadas por una pequeña verja de hierro y cuatro gigantescos robles cuyas ramas casi rozan el suelo, y el cielo presenta un perfecto color lila, y el calor del verano es dulce y acariciador y...

Por supuesto que luzco mi levita de terciopelo negro (un primer plano: ceñida a la cintura, con botones de metal) y mis botas de motero, y una flamante camisa de hilo adornada con puños y una chorrera de encaje (¡siento lástima del imbécil que se burla de mi atuendo!). Esta noche no me he cortado mi melena rubia que me llega a los hombros, como hago a veces para cambiar de look, y he prescindido de mis gafas de color violeta porque me tiene sin cuidado que mis ojos llamen la atención. Tengo la piel profundamente tostada debido a mi Intento de suicidio de hace años de exponerme al sol abrasador en el desierto de Gobi, y estoy pensando...

...En llevar acabo un truco oscuro, sí, en obrar el milagro, porque allí arriba, en la Casa Grande, te necesitan, conque deja de quejarte, Príncipe Mocosito, que eres un jeque entre los vampiros, y ponte manos a la obra, que en la Casa Grande se ha producido una situación delicada.

HA LLEGADO EL MOMENTO DE CONTAROS LO QUE OCURRIÓ:

Tras salir de mi escondite secreto empecé a pasearme arriba y abajo, lamentando con amargura la muerte de otra bebedora de sangre que había perecido en este cementerio, sobre la tumba ennegrecida que he mencionado antes, en un inmenso incendio, voluntariamente, abandonándonos anoche sin más explicaciones.

Era Merrick Mayfair, que sólo llevaba tres años o menos entre los no muertos. Yo la había invitado a Blackwood Farm para que me ayudara a exorcizar aun espíritu maligno que había estado atormentando a Quinn Blackwood desde que era

niño. Quinn, que se había convertido recientemente en un vampiro, había acudido a mí para pedirme que le ayudara a librarse de ese fantasma, el cual, lejos de abandonarle tras su transformación de mortal en un vampiro, se había hecho más poderoso y malvado, provocando la caída y la muerte del ser mortal más querido para Quinn, su tía abuela Queen, de ochenta y cinco años. Yo le había pedido a Merrick Mayfair que exorcizara a ese espíritu malvado para siempre. Ese fantasma se llamaba Goblin, y, dado que Merrick Mayfair había sido una erudita y una bruja antes de recibir la sangre oscura, supuse que tendría la fuerza necesaria para librarse de él.

El caso es que Merrick Mayfair se presentó y resolvió el tema de Goblin, y, tras construir un elevado altar de carbón y leña, le prendió fuego, y no sólo quemó el cadáver del malvado, sino que se abrasó junto a él. El espíritu desapareció, y también Merrick Mayfair.

Como es natural, traté de rescatarla del fuego, pero su alma había abandonado su cuerpo y por más que derramé mi sangre sobre sus carbonizados restos, no conseguí reanimarla. Mientras caminaba arriba y abajo, propinando patadas al suelo y levantando el polvo del cementerio, pensé que los inmortales que desean obtener la sangre oscura mueren con mayor facilidad que los que no la solicitan: Quizá la ira es la violación que eso conlleva nos mantiene VIVOS durante siglos.

Pero como he dicho, en la Casa Grande había ocurrido algo.

Al tiempo que me paseaba de un lado a otro pensé en llevar a cabo un truco oscuro, SI, en crear a otro vampiro.

Pero ¿cómo se me había ocurrido semejante idea? ¡A mí, que en mi fuero interno deseo ser un santo! Era imposible que la sangre de Merrick Mayfair clamara desde la Tierra exigiendo la creación de otro vampiro, eso es absurdo. Para colmo, era una de esas noches en que cada bocanada de aire que aspiraba constituía un pequeño desastre metafísico.

Alcé la vista y contemplé Blackwood Manor, según la llaman ellos, una mansión construida sobre el altozano, con columnas blancas, que sostienen el edificio de dos plantas, y numerosas ventanas iluminadas, el lugar que había sido causa de mi dolor y mi fortuna durante las últimas noches, y traté de descifrar cómo resolver el asunto en bien de todos los implicados en él.

Primera consideración: Blackwood Manor estaba repleta de incautos mortales, a quienes, aunque apenas conocía, estimaba mucho, y al decir incautos me refiero a que no sospechaban que su querido Quinn Blackwood, dueño y señor de la mansión, o su nuevo y misterioso amigo, Lestat, fueran vampiros, pues eso era lo que Quinn deseaba fervientemente, que no ocurriera nada malo, porque ése era su hogar y por

más que él fuera un vampiro, no estaba dispuesto a romper los vínculos con su gente.

Entre esos mortales estaba Jasmine, la polifacética ama de llaves, una mujer superatractiva (confío en seguir abundando en ella a media que prosiga con el relato, pues no me resisto a hacerlo), y antigua amante de Quinn; y el hijito de ambos, Jerome, engendrado por Quinn antes de transformarse en un vampiro, un chaval de cuatro años que no cesaba de subir y bajar corriendo la amplia escalera de caracol, calzado con unas zapatillas deportivas blancas algo grandes para su estatura; y la Gran Ramona, la abuela de Jasmine, una majestuosa señora de raza negra con el pelo blanco recogido en un moño, que sacudía la cabeza hablando para sí mientras preparaba en la cocina la cena para no se sabe quién; y su nieto Clem, un negro alto y musculoso con aire felino, que había sido el chófer de tía Queen, la señora de la casa recientemente fallecida, a quien todos seguían llorando respetuosamente, y que, vestido con un traje negro y una corbata a juego, estaba junto a la puerta de entrada mirando con recelo la puerta del dormitorio de Quinn, y no sin motivo.

Al fondo del pasillo del piso superior se encontraba Nash Penfield, el antiguo tutor de Quinn, en su dormitorio, sentado junto a Tommy Blackwood, un chico de trece años que era tío de Quinn, pero a quien éste consideraba un hijo adoptivo. Ambos estaban conversando sentados delante del frío hogar veraniego. Tommy, un joven muy atractivo, lloraba suavemente la muerte de la gran dama a la que acabo de referirme, con la cual había recorrido toda Europa durante tres años, «adquiriendo cultura», como diría Dickens.

En la parte posterior de la finca estaban Allen y Joel, «los hombres del cobertizo», sentados en una parte iluminada del mismo, leyendo el Weekly World News y riendo a carcajadas, mientras en la televisión daban un programa sobre fútbol. Frente a la casa había una gigantesca limusina y otra en la parte trasera.

En cuanto a la Casa Grande, permitid que os la describa detalladamente. Me encantaba. Poseía unas proporciones perfectas, cosa que no siempre ocurre con las casas americanas de estilo neogriego, pero esta mansión, que presidía el extenso terreno, era más que agradable y acogedora, con su larga avenida bordeada de pacanas y sus majestuosas ventanas.

¿El interior? Consistía en lo que los americanos llaman unas habitaciones gigantescas. Sin una mota de polvo, limpias aseadas. Repletas de relojes sobre las repisas de las chimeneas, espejos, retratos y otras cosas, así como una maravillosa mezcla de muebles de caoba del siglo XIX que la gente combina con nuevas reproducciones de los estilos clásicos Hepplewhite y Luis XIV para darles un aire que denominan tradicional o antiguo. ¿Eh? y todas invadidas por el inevitable zumbido del aire acondicionado, que no sólo re-

fresca mágicamente la atmósfera sino que ofrece «la privacidad del sonido», lo cual ha conseguido transformar el Sur en esta época.

Ya sé, ya sé. Debí describir la escena antes de describir a las personas. ¿y qué? No pensaba con lógica. No cesaba de darle vueltas a la lamentable suerte de Merrick Mayfair. Como es natural, Quinn había afirmado haber visto la luz del cielo al recibir a su indeseable fantasma ya Merrick, y para él la escena en este cementerio había constituido una teofanía, algo muy distinto de lo que había representado para mí. Yo sólo había visto a Merrick inmolándose. Rompí a llorar, a gritar y maldije con todas mis fuerzas.

De acuerdo, dejaré de hablar de Merrick. Pero tenedla presente, porque más adelante volveré a referirme a ella. ¿Quién sabe? Quizá la mencione cada vez que me apetezca. A fin de cuentas, ¿quién está escribiendo este libro? No tengáis en cuenta ese exabrupto. Os prometí una historia y la tendréis.

El caso es que, debido a lo que ocurría en esos momentos en la Casa Grande, yo no tenía tiempo para lamentarme. Habíamos perdido a Merrick. Al igual que ala dinámica e inolvidable tía Queen. Me sentía sumido en una profunda congoja. Pero había ocurrido algo increíblemente asombroso, y Quinn me necesitaba de inmediato.

Por supuesto, nadie me obligaba a interesarme por lo que ocurría en Blackwood Farm.

Podía haberme marchado tranquilamente.

Quinn, el vampiro neófito, acababa de acudir a Lestat el Magnífico (sí, me gusta ese título) para que le ayudara a librarse de Goblin, y, técnicamente, puesto que Merrick se había llevado el espíritu consigo, yo había concluido mi labor aquí y podía haberme desvanecido en el crepúsculo estival mientras el personal de la mansión se preguntaba «¿quién era ese bombonazo?», pero no podía abandonar a Quinn.

Quinn estaba en una situación difícil con esos mortales. y yo estaba profundamente enamorado de Quinn. Quinn, que tenía veintidós años cuando fue bautizado con la sangre oscura, era un visionario y un soñador, inconscientemente encantador e invariablemente amable, un sufrido cazador nocturno que sólo se alimentaba de la sangre de los condenados y gozaba en compañía de seres afectuosos y edificantes.

(¿Afectuosos y edificantes? ¿Como yo, por ejemplo? Está claro que el chico comete errores. Claro que yo estaba tan enamorado de Quinn que había montado toda una representación para impresionarle. ¿Quién puede reprocharme que ame a seres que me inspiran amor? ¿Acaso es un pecado imperdonable en un monstruo a tiempo completo como yo? No tardaréis en comprobar que hablo constantemente sobre mi evolución moral. Pero de momento me ceñiré a esta historia.)

Yo puedo «enamorarme» de cualquiera: hombre, mujer,

niño, vampiro o el mismo Papa. Da lo mismo. Soy la quinaesencia del cristiano. Veo los dones de Dios en todo el mundo. Pero prácticamente cualquiera se enamoraría de Quinn. Es muy fácil amar a personas como Quinn. Pero volvamos al asunto que nos ocupa. Lo cual me lleva de nuevo al dormitorio de Quinn, donde éste se hallaba en ese delicado momento.

Antes de que él y yo nos levantáramos esa noche -yo había llevado a mi estimado joven de casi dos metros de estatura, con los ojos azules y el pelo negro, aun de mis escondrijos secretos-, en Manor House se había presentado una chica mortal que les había sobresaltado a todos.

Ése era el motivo de que Clem no apartara la vista del dormitorio de Quinn, de que la Gran Ramona no cesara de murmurar y de que Jasmine anduviera muy preocupada de un lado a otro calzada con sus zapatos de tacón, estrujándose las manos. Hasta el pequeño Jerome estaba muy excitado: no paraba de subir y bajar por la escalera de caracol. Incluso Tommy y Nash habían interrumpido sus lamentos matutinos para echar un vistazo a la atribulada joven mortal y ofrecerle su ayuda.

No me fue difícil explorar las mentes de todos para captar lo sucedido, este tremendo y extraño suceso, y también exploré la mente de Quinn, para comprobar el resultado. De paso decidí explorar la mente de la joven mortal, la cual se hallaba sentada en la cama de Quinn, rodeada por una increíble cantidad de flores, un maravilloso cúmulo de flores diseminadas de forma aleatoria sobre la colcha, conversando con Quinn.

Yo me había convertido en una cacofonía de mentes que me informaban de todo desde el principio. El asunto me produjo un breve escalofrío de terror que traspasó mi valerosa alma. ¿Debía realizar el truco oscuro? ¿Convertir a otro mortal en uno de nosotros? ¡Horror! ¡Dolor y misericordia! ¡Socorro, asesino, policía!

¿Deseo realmente despojar a otra alma de su actual destino mortal? ¿Yo, que aspiro a ser un santo? ¿Que hace un tiempo me codeé con ángeles? ¿Que afirmo haber visto a Dios Encarnado? ¿Transportar a otro ser humano -iestremeceros!- al ámbito de los no muertos?

Comentario: una de las ventajas de amar a Quinn es que yo no le había creado. El chico había llegado a mí libre de gastos. Confieso que me sentí como debía de sentirse Sócrates rodeado por apuestos jovencitos que acudían a él en busca de consejo, bueno, hasta que apareció alguien con la mortal cicuta.

Regresemos al momento presente: si existía alguien en el mundo que rivalizaba conmigo para conseguir el corazón de Quinn, era esa chica mortal, y Quinn estaba en su habitación ofreciéndole en unos frenéticos susurros la promesa de nues-

tra sangre, el maldito don de nuestra inmortalidad. Sí, esa

explícita oferta había brotado de labios de Quinn. ¡Por lo que más quieras, chico, demuestra que tienes carácter!, pensé.

¡Anoche viste la luz del cielo!

La chica se llama Mona Mayfair. Pero nunca conoció ni oyó hablar de Merrick Mayfair. De modo que no os molestéis en relacionarlas. Merrick era una cuarterona, nacida entre los Mayfair «de color» que vivían en el centro de la ciudad, y Mona era miembro de los Mayfair blancos del Garden District y probablemente jamás habrá oído hablar sobre Merrick ni su piel de color. En cuanto a Merrick, nunca había mostrado el menor interés en la célebre familia de blancos. Tenía su propia vida.

Pero Mona era una bruja en toda regla -al igual que lo había sido Merrick-, y ¿qué es una bruja? Pues una persona que adivina el pensamiento, que atrae a los espíritus ya los fantasmas como un imán, y que posee además otros poderes esotéricos. Quinn me había contado lo suficiente sobre el ilustre clan de los Mayfair durante los últimos días para deducir que los primos de Mona, todos ellos hechiceros y hechiceras, si no me equivoco, estarían en esos momentos buscando afortunadamente a la chica, preocupados de que le hubiera ocurrido algo.

De hecho, yo había echado un vistazo a esa extraordinaria tribu (uno de ellos era un sacerdote hechicero, nada menos, ¡Un sacerdote hechicero! ¡No puedo ni imaginármelo!), con motivo del funeral para tía Queen, y no alcanzaba a entender por qué tardaban tanto en aparecer en busca de Mona, amenos que se lo estuvieran tomando con calma por motivos que pronto averiguaremos.

A los vampiros no nos gustan los hechiceros. ¿No adivináis el motivo? Cualquier vampiro que se respete, aunque éste o ésta tenga tres mil años, es capaz de engañar a los mortales, al menos durante un tiempo. y los jóvenes como Quinn pueden pasar por seres humanos. Jasmine, Nash y la Gran Ramona habían aceptado a Quinn como ser humano. ¿Que es un excéntrico? ¿Que estaba clínicamente loco? Sí, estaban convencidos de ello. Pero también de que era un ser humano. Y Quinn podía vivir entre ellos durante bastante tiempo. Y como ya he explicado, también creían que yo era humano, aunque es probable que no hubiera podido engañarles durante mucho tiempo.

Pero con los hechiceros la historia es muy distinta. Los hechiceros detectan todo tipo de detalles sobre otros seres. Tiene que ver con el involuntario y constante ejercicio de sus poderes. Lo presentí durante el funeral, por el mero hecho de respirar el mismo aire que la doctora Rowan Mayfair y su

marido, Michael Curry, y que el reverendo Kevin Mayfair. Por fortuna, todos estaban distraídos por multitud de estímulos, de modo que no tuve que largarme apresuradamente. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Habíamos quedado en que Mona Mayfair era una bruja, poseedora de un extraordinario talento. y después de recibir la sangre oscura, hacía aproximadamente un año, Quinn, a pesar de que la chica se estaba muriendo, había jurado no volver a verla por temor a que se percatara de que el mallo había despojado de la vida, y no quería contaminarla.

No obstante, Mona Mayfair, voluntariamente y para asombro de todos:

Se había presentado hacía una hora, conduciendo la gigantesca limusina de la familia, que había birlado al chófer frente al Hospital Mayfair, en el que llevaba agonizando desde hacía más de dos años. (Mona aprovechó que el chófer había salido a dar una vuelta a la manzana y fumarse un cigarrillo para sentarse al volante y salir disparada, mientras el pobre desgraciado corría tras ella.)

Acto seguido Mona visitó todas las floristerías en las que conocían a los Mayfair, una tras otra, escogió gigantescos ramos de flores, o ramitos de flores individuales, todo lo que pudo conseguir inmediatamente; atravesó luego el largo puente sobre el lago para dirigirse a Blackwood Manor, pisando a fondo el acelerador, vestida con la camisa del hospital, presentando un aspecto horroroso -un tambaleante esqueleto con la piel cubierta de moratones y una larga melena roja-, y ordenó a Jasmine, Clem, Allen y Nash que llevaran las flores a la habitación de Quinn, asegurándoles que él le había dado permiso para depositarlas sobre su cama con dosel. Él estaba enterado. No tenían por qué preocuparse.

Pese al susto que se habían llevado, todos habían hecho lo que Mona les había ordenado.

A fin de cuentas, todos sabían que Mona Mayfair había sido el gran amor de Quinn antes de que su querida tía Queen, viajera impenitente y excelente cronista, insistiera en que Quinn la acompañara en su «último viaje» a Europa, que se prolongó durante tres años, para averiguar a su regreso que Mona se hallaba en el Hospital Mayfair, incomunicada, sin que él pudiera ir a verla.

Posteriormente Quinn recibió la sangre oscura por obra de la venialidad y la violencia, y transcurrió otro año durante el cual Mona permaneció incomunicada en el hospital, demasiado débil para escribir siquiera una nota o contemplar los ramos de flores que Quinn le enviaba a diario, y...

Volvamos al ansioso grupo de sirvientes que llevaron las flores a la habitación de Quinn.

La esquelética joven, que tenía aproximadamente veinte años, por eso la llamo joven, no podía subir la escalera de caracol, de modo que el galante Nash Penfield, el antiguo

tutor de Quinn, que Dios había creado para que encarnara al perfecto caballero (y que era responsable de buena parte de los modales y la cultura que poseía Quinn), la llevó en brazos escaleras arriba y tras asegurarle ella que las rosas no tenían espinas, la depositó en lo que Mona llamó su «nido de flores», y ella se recostó en la cama con dosel mezclando algunas frases de Shakespeare con otras de su propia cosecha:

-Depositad me, vestida, sobre mi lecho de bodas y retiros, para dejar que más tarde cubran mi tumba con flores.

En ese momento Tommy, el chico de trece años, apareció a la puerta de la habitación y, al ver a Mona, desolado como estaba por la muerte de la querida tía Queen, se llevó tal impresión que se puso a temblar y Nash, que no salía de su estupor, se lo llevó mientras la Gran Ramona se quedaba junto a Mona, murmuran o con una entonación dramática digna del Vate:

-Esta chica se está muriendo!

Al oír esas palabras, la pequeña y pelirroja Ofelia se echó a reír. ¿Qué iba a hacer la pobre? Y pidió un refresco de cola light y bien frío.

Jasmine temió que la joven se fuera al otro barrio en ese mismo momento, lo cual no era improbable, pero la joven dijo que no, que esperaría a Quinn, y les pidió a todos que se retiraran, y cuando Jasmine regresó apresuradamente con el burbujeante refresco de cola en un vaso con una pajita, la chica apenas lo probó.

Uno puede vivir toda su vida en América y no ver jamás a un ser humano en ese estado.

Pero en el siglo XVIII, cuando yo nací, era bastante frecuente. En aquella época la gente se moría de hambre en las calles de París. Morían como moscas. En el siglo XIX se había producido la misma situación en Nueva Orleans, cuando empezaron a llegar los irlandeses medio muertos de hambre. Por las calles se veía a muchos mendigos irlandeses en los huesos. Ahora uno tendría que ir a «las misiones extranjeras» o a determinados hospitales para ver agente en el estado en que se hallaba Mona Mayfair.

La Gran Ramona declaró que ése era el lecho en el que había muerto su propia hija (la Pequeña Ida), y que no era la cama indicada para una joven enferma. Pero Jasmine, su nieta, le ordenó que se callara y Mona se puso a reír a mandíbula batiente, hasta que empezó a dolerle todo el cuerpo ya punto estuvo de ahogarse. Pero sobrevivió.

Mientras me hallaba en el cementerio examinando esos maravillosos espejos en los que se reflejaban los hechos más recientes, calculé que Mona debía de medir aproximadamente un metro cincuenta y cinco centímetros: estaba destinada a una salud delicada. Tiempo atrás había sido famosa por su belleza, pero la enfermedad -provocada por un parto traumático que pese a mis esfuerzos seguía siendo un miste-

rio para mí- había causado tales estragos en su organismo que ya no pesaba más que unos treinta kilos y su abundante cabellera roja no hacía sino acentuar el macabro espectáculo de su absoluto deterioro. Mona estaba tan cerca de la muerte que lo único que la mantenía con vida era su voluntad. Fue gracias a su voluntad ya la brujería -el arte de los hechiceros y hechiceras- que Mona consiguió las flores y que el personal de la casa la ayudara sin poner reparos. Pero una vez que hubo llegado Quinn, una vez que se hubo sentado junto a ella y que Mona hubo logrado llevar a cabo su atrevido plan pese a su lamentable estado, el dolor que sentía en sus órganos internos y sus articulaciones empezó a derrotarla. También sentía un dolor lacerante en toda la superficie de la piel. El mero hecho de sentarse rodeada de aquellas maravillosas flores suponía para ella un tormento. En cuanto a mi valeroso Quinn, renegó de todos los actos execrables que había podido cometer en su vida y le ofreció a Mona su sangre oscura, lo cual no me sorprendió, aunque confieso que habría preferido que no lo hubiera hecho. Es difícil contemplar cómo alguien se muere cuando sabes que posees ese poder paradójicamente malvado. y Quinn seguía enamorado de ella, de forma natural y antinatural, y no soportaba verla sufrir. Nadie habría podido soportarlo. No obstante, como ya he explicado, Quinn había recibido la noche anterior una teofanía al ver a Merrick y al espíritu que era su doble pasar a la Luz. Así que ¿por qué diablos no se había contentado Quinn con sostener la mano de Mona y acompañarla en sus últimos instantes? Estaba claro que la chica no iba a vivir hasta medianoche. Lo cierto era que Quinn no tenía valor para dejarla morir. Debo añadir que jamás habría ido a su encuentro, que la había protegido denodadamente del secreto de su transformación, pero ella había venido a reunirse aquí con él, en su mismo dormitorio, rogándole que la dejara morir en su cama. y Quinn era un vampiro macho, y ése era su territorio, su guarda por así decir, y sus hormonas masculinas, por muy vampiro que fuera, habían empezado a segregarse ciertos fluidos y se había apoderado de él un monstruoso afán de poseerla junto con una increíblemente imaginativa idea de salvarla. Pero yo sabía con toda certeza que Quinn no conseguiría realizar el truco oscuro sobre Mona. No lo había hecho nunca y la joven estaba demasiado delicada. La habría matado. No había salida. Maldita sea, por lo que a mi concernía, esa chica, ansiosa de recibir la sangre oscura, podía irse al infierno. Tenía que intervenir. ¡El vampiro Lestat tenía que ir a resolver la situación!

Ya sé lo que estáis pensando. Pensáis: «¿Es esto una comedia, Lestat? No queremos una comedia.» ¡No lo es!

Es que me estoy quedando sin los innobles subterfugios que he estado esgrimiendo, ¿no lo veis? No me refiero al gla-

mour, hay que cuidar la imagen, queridos. Sólo estamos perdiendo los elementos que tendían a abaratar mi discurso y erigir una barrera formada por giros extrañamente artificiales, más o menos.

De acuerdo. Sigamos. Tomé el camino humano y entré por la puerta principal, haciendo girar el mecanismo de la cerradura con mis poderes mentales y sobresaltando a Clem, a quien dirigí una afable sonrisa.

-Hola, Clem, soy Lestat, el amigo de Quinn. A propósito, prepara el coche, porque dentro de un rato nos vamos a Nueva Orleans, ¿vale, tío?

Luego subí por la escalera de caracol, sonriendo al pequeño Jerome al pasar junto a él, y abrazando brevemente a Jasmine al toparme con ella en el pasillo, tras lo cual hice girar telepáticamente la cerradura de la puerta de la habitación de Quinn y penetré en ella.

¿Penetré en ella? ¿Por qué no digo que entré y sanseacabó? Ésos son los giros extrañamente artificiales a los que me refería antes. Lo cierto es que entré como una bala en la habitación.

Os revelaré un pequeño secreto. Nada de lo que se ve telepáticamente es ni una décima parte tan vívido como lo que ve un vampiro con sus ojos. La telepatía es genial, desde luego, pero nuestra visión es casi intolerablemente vívida. Por eso la telepatía no desempeña un papel importante en este libro. En cualquier caso, soy un sensualista.

Al ver a Mona sentada a los pies de la gigantesca cama con dosel me sentí profundamente conmovido. Los dolores que sufría esa chica eran más atroces de lo que imaginaba Quinn. Incluso le dolía sentir el brazo de Quinn alrededor de sus hombros. Sin pretenderlo calculé que debería de haber muerto hacía dos horas. Sus riñones habían dejado de funcionar, su corazón latía débilmente y la pobre no podía llenar sus pulmones con el aire suficiente para respirar profundamente. Pero al verme abrió mucho sus maravillosos ojos verdes y su agudo intelecto comprendió, aun nivel místico, más allá de las palabras, lo que Quinn trataba de decirle: que podía detener el proceso de su muerte, que podía permanecer junto a nosotros, que sería nuestra para siempre. El estado vampírico, el no muerto. El asesino inmortal. Fuera de la vida para Siempre.

Ya te conozco, brujita. Vivimos eternamente. Mona casi sonrió.

¿Conseguiría el truco oscuro subsanar los daños que había sufrido su escuálido cuerpo? ¡Por supuesto!

Hace doscientos años, en una habitación en la isla de St. Louis, vi cómo la decrepitud y la tuberculosis desaparecían del cuerpo depauperado de mi madre mientras la sangre oscura obraba en ella su magia. En aquella época yo era un simple postulante, movido a llevar a cabo la transformación por

el amor y el terror que sentía. Fue la primera vez que lo hice. Ni siquiera sabía cómo se llamaba.

-Deja que yo realice el truco oscuro, Quinn -dije inmediatamente.

Vi que emitía un suspiro de alivio. Era tan inocente, estaba tan confundido. Desde luego, no me hacía gracia que me pasara ocho centímetros, pero no tenía importancia. Yo le llamaba «hermanito» afectuosamente, de corazón. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera por él. Y además estaba Mona. Una joven bruja, una belleza, un espíritu feroz, prácticamente nada más que espíritu y un cuerpo que trataba desesperadamente de permanecer en esta Tierra.

Quinn y Mona se abrazaron. Observé que Mona le asía de la mano. ¿Presentía acaso que yo era un ser sobrenatural? No apartaba los ojos de mí.

Me paseé unos instantes por la habitación, nervioso. Hasta que por fin asumí el control de la situación. Se lo expliqué a Mona con elegancia. Quinn y yo éramos vampiros, sí, pero ella, nuestra estimada amiga, podía someterse o no a la transformación. ¿Por qué no le había contado Quinn lo de la Luz? Quinn la había visto con sus propios ojos. Conocía el grado del perdón celestial mejor que yo.

-Pero tú puedes elegir la Luz otra noche, chérie -dije.

Rompí a reír a carcajadas. No podía parar. Era prodigioso. Mona llevaba mucho tiempo enferma, llevaba mucho tiempo sufriendo. y ese parto, ese hijo que había tenido, que había sido un monstruo, se lo habían arrebatado, y yo no lograba penetrar en ese misterio. Pero dejemos ese tema a un lado. El concepto que tenía Mona de la eternidad consistía en sentirse completa durante una bendita hora, en poder respirar durante una bendita hora sin experimentar dolor. ¿Cómo podía elegir eso? No, esa chica no tenía elección. Vi el largo pasillo que había recorrido inexorablemente durante tantos años, las agujas que le habían dejado cardenales en los brazos, las magulladuras que le cubrían todo el cuerpo, los fármacos que le habían causado graves efectos negativos, el estado de duermevela debido al atroz sufrimiento, la fiebre, los sueños superficiales y recurrentes, la pérdida de concentración cuando renunciaba a los libros, las películas y las cartas e incluso la desaparición de la oscuridad profunda en el intenso resplandor de las luces del hospital y los sonidos y el fragor inevitables.

Mona me tocó la mano. Asintió con la cabeza. Tenía los labios secos y agrietados. Sobre la frente le caían unos mechones pelirrojos.

-Sí, deseo que lo hagas -dijo.

De labios de Quinn brotaron las inevitables palabras:

-Sálvala.

¿Salvarla? ¿Es que no querían acogerla en el cielo?

-Vienen a buscarte -dije-. Tu familia. -Lo dije sin

pensar. ¿ Me hallaba yo bajo el influjo de un hechizo mientras la miraba a los ojos? Pero oí con toda claridad a los Mayfair acercarse rápidamente. Ambulancias sin sirenas enfilaban la avenida de pacanas, seguidas por lujosas limusinas.

-No dejéis que me lleven con ellos -exclamó Mona-.

Quiero quedarme con vosotros.

-Tesoro, esto es para siempre -dije.

-¡Sí!

Oscuridad eterna, sí, condenación, aislamiento, sí.

Siempre estás con lo mismo, Lestat, eres un demonio, quieres hacerlo, lo deseas, deseas presenciarlo, bestia avariciosa, no quieres entregársela a los ángeles que sabes muy bien que están esperando. Sabes muy bien que el Dios que puede santificar el sufrimiento de Mona la ha purificado y perdonará sus últimos ruegos.

Me acerqué a ella apartando ligeramente a Quinn.

-Suéltala, hermanito -dije. Levanté la muñeca, me produje un pequeño corte con los dientes y deposité mi sangre en los labios de Mona-. Es preciso hacerlo así. En primer lugar debo darle un poco de mi sangre. -Mona besó la sangre.

Cerró los ojos. Se estremeció. Estaba conmocionada-. De lo contrario, no puedo transformarla. Bebe, bonita. Adiós, bonita, adiós, Mona.

3

Mona succionó mi sangre como si hubiera roto el circuito que me mantenía vivo, como si pretendiera matarme. Una bruja se había apoderado de mi sangre. Contuve el aliento y extendí la mano izquierda para asir la columna de la cama, pero no lo conseguí y caí suavemente sobre el nido de flores, y Mona encima de mí. Su pelo se enredó en los tallos de las flores. Era mía.

Sentí que me chupaba la sangre con avidez, que mi vida circulaba por sus venas: un húmedo castillo en el campo, París, el teatro del bulevar, el rapto, la torre de piedra, transformado por Magnus, fuego, solo, un huérfano que llora, un tesoro... ¿Se reía Mona? Vi sus colmillos clavados en mi corazón, ¡en mi corazón! Me aparté un poco, mareado, y me aferré a la columna de la cama, cada víctima es única, y la miré.

¡Brujita!

Mona alzó la cabeza y me miró aturdida. Tenía sangre en los labios, unas gotas, y su dolor había desaparecido por completo, y había llegado el momento, el momento de alcanzar la paz después del dolor, del sufrimiento, del temor.

A Mona le parecía increíble.

En esa zona crepuscular entre el ser humano y el vampiro, respiró, profunda y pausadamente, un ser híbrido hambriento, un ser ruDrido condenado. Su piel era exquisitamente

suave y sonrosada; su rostro iba adquiriendo una profunda dulzura a medida que sus mejillas se iban formando y sus labios se iban volviendo más carnosos, la carne que rodeaba sus ojos se iba alisando; sus pechos palpitaban debajo de la camisa de algodón; y sus brazos adquirieron poco a poco una deliciosa redondez. Soy un demonio. Mona suspiró de nuevo, como si estuviera en la gloria, sin dejar de mirarme, sí, soy guapísimo, lo sé, y ella era capaz de soportar el truco oscuro. Quinn estaba atónito. Enamorado hasta las cachas. Aléjate. Le aparté. Esto es mío.

La alcé de entre las flores. La vasija de mi sangre. Cayeron unos pétalos. Pronunció unas frases poéticas:

-Como una criatura nativa trasfundida en ese elemento.

La abracé. Deseaba arrebatarme mi sangre. La deseaba a ella.

-Brujita -le susurré al oído-. ¡Crees saber de lo que soy capaz! -La abracé con fuerza. La oí reír suavemente.

-Vamos, demuéstremelo -respondió Mona-. Ya no me muero.

Quinn estaba asustado. La rodeó con sus brazos y me tocó los míos. Quería abrazarnos a ambos. Fue un gesto muy cálido. Yo le amaba. ¿Y qué? Ella era mía.

La mordí ligeramente en el cuello.

¡Voy a por ti, pequeña! -murmuré-. ¡Estás jugando con fuego, pequeña!

Su Corazón latía aceleradamente. Aún no había traspasado el umbral. Hundí los colmillos en su carne y sentí que se tensaba. Una maravillosa parálisis. Succioné su sangre lentamente, su sal mezclada con la mía. Yo la conocía: niña, belleza, niña mujer, escolar traviesa, con la que nada estaba perdido, pronunciamientos de genialidad, cuidando de unos padres borrachos, pecas y sonrisas, una vida de continua aventura, y siempre soñando, explorando inquieta ante el ordenador, heredera de los billones de los Mayfair, había enterrado a su padre y a su madre, un problema menos, amante de más hombres de los que recordaba, un embarazo -¡entonces lo vi!- un parto horripilante, una criatura monstruosa. ¡Mírala, es una niña mujer! Morrigan. «Un bebé que anda», dijo Dolly Jean. ¿Quién es esa gente? ¿Qué es ese lugar que me muestran? «¿Creéis que sois los únicos monstruos que conozco?» Morrigan, la niña monstruosa, desapareció para siempre. ¿Quién es esa mutante que se convierte en una mujer adulta al nacer, que quiere beber tu leche? ¡Es un Taltos! Ha desaparecido, raptada, ha destrozado la salud de su madre, ha hecho que empiece a morir; tengo que hallar a Morngan, una esmeralda alrededor del cuello de Mona, ¡fijaos en esa esmeralda! Mona se aferra a Quinn, está muy enamorada de Quinn, díselo a Quinn, no, los poemas de Ofelia alimentan su alma, sostienen los latidos de su corazón, su entrecortada respiración, lleva mucho tiempo agonizando... ¿No te das cuenta de lo que esto

significa? ¡Yo sí! ¡No te detengas! ¡Abrázame con fuerza!

¿Quién es ese ser que trata de apartarme de ti? ¡Conozco a ese fantasma! ¡Tío Julien!

El enfurecido fantasma se abalanzó sobre mí. ¡En medio de mi visión! ¿Estaba en la habitación? Ese hombre alto, de pelo canoso, me había atacado, trataba de arrebatarme a Mona. ¿Quién diablos eres? Le aparté de un empujón, obligándole a retroceder tan rápidamente que se convirtió en una minúscula mota. ¡Maldito seas, suéltala!

Mona y yo nos tendimos sobre el nido de flores, abrazados, y el tiempo se detuvo. Míralo, se acerca de nuevo, ¡tío Julien! Yo estaba ciego. Me aparté, volví a mordirme en la muñeca, oprimí mi muñeca sobre su boca, torpemente, derramando unas gotas de sangre; no podía ver a Mona, sentí que me chupaba la sangre con fuerza, sentí las convulsiones de su cuerpo, ¡aléjate, tío Julien! Bebió con ávidez. El rostro del tío Julien, furioso, comenzó a disiparse y desapareció.

-Se ha ido -musité-. ¡El tío Julien ha desaparecido!

-¿Me oyó Quinn?-. Haz que se vaya, Quinn.

Sentí que me desvanecía mientras le daba mi vida; observo te pierdas detalle, observa el núcleo destruido, adelante, te arrepientas, su cuerpo adquiriría renovadas fuerzas, sus piernas y brazos parecían de hierro, sus dedos se clavaban en mi brazo mientras bebía la sangre de mi muñeca, tómala, clava tus dientes en mi alma, hazlo, ahora soy yo el que está paralizado, no puedo escapar, eres una jovencita brutal, adelante, ¿por dónde iba yo? , deja que siga bebiendo, no puedo, apoyé la cara contra su cuello, abrí la boca, era incapaz de...
Nuestras almas se habían cerrado una a la otra, se había producido la inevitable ceguera entre el creador y el pupilo que indicaba que Mona se había transformado. No podíamos adivinar nuestros mutuos pensamientos. Bebe mi sangre, bonita, no te reprimas.

Cerré los ojos. Soñé. El tío Julien lloraba. ¿Te parece triste? Se hallaba en el ámbito de las sombras, cubriéndose la cara con las manos sin dejar de llorar. ¿Qué es esto? ¿Una demostración de conciencia? No me hagas reír.

Lo literal se disuelve. Mona continúa bebiendo afanosamente. Estoy solo, y sueño, un suicidio en una bañera con sangre manando de las muñecas, sueño:

Vi aun vampiro hembra perfecta, un alma distinta de todas, forjada en el valor, sin mirar jamás atrás, que se había alzado del sufrimiento, maravillándose de todo sin malicia y sin lamentaciones. Vi a una graduada de la escuela del dolor. La vi a ella. El fantasma regresó.

El tío Julien, alto, furioso, ¿es que vas a convertirte en mi azote del cielo? Nos observa con los brazos cruzados. Qué vienes a buscar aquí? ¡No sabes a lo que te enfrentas! Mi vampiro perfecta no te ve. Aléjate, sueño. Aléjate, fantasma. No puedo perder el tiempo contigo. Lo siento, tío Julien, ella se

ha transformado. Has perdido.

Mona me soltó. Deduzco que me soltó. Yo me desvanecí.

Cuando abrí los ojos, vi a Mona junto a Quinn y ambos me estaban mirando.

Yo yacía entre las flores, pero las rosas no tenían espinas.

El tiempo se había detenido. Los lejanos ruidos de la casa no importaban.

Mona estaba saciada. Era la vampiro de mis sueños. La vampiro perfecta. Los viejos poemas de Ofelia se disiparon. Mona era la perla perfecta, muda de asombro presenciando el milagro y mirándome a mí, preguntándose qué me había ocurrido, como había hecho tiempo atrás otro pupilo mío, cuando yo había °.brado el truc? oscuro.con la misma furia y eficacia y exponiéndome al mismo peligro. Pero tened presente que los peligros que arrastra Lestat siempre son temporales. No tiene importancia, chicos y chicas. Miradla.

De modo que ésta era la espléndida criatura de la que Quinn se había enamorado fatalmente. La princesa Mona de los Mayfair. La sangre había penetrado hasta las raíces de su larga cabellera roja, espesa y lustrosa, su rostro era ovalado, sus mejillas, redondas, y en sus labios se dibujaba una sonrisa; de sus ojos lípidos, unos ojos verdes e inescrutables, había desaparecido todo rastro de fiebre.

Como es natural, Mona estaba aturdida por la visión de la sangre y, ante todo, por el poder vampírico que impregnaba todas las células de su cuerpo.

Pero se alzaba resuelta y decidida, mirándome fijamente, más fornida de lo que sin duda jamás había sido, pues la bata del hospital apenas la cubría. Su jugoso y delicioso cuerpo había recuperado la vitalidad.

Me sacudí algunos pétalos y me levanté. Aún estaba mareado, pero me recobraba rápidamente. Tenía la mente ofuscada, lo cual me producía una sensación casi grata, una vaga y deliciosa sensación fruto de la luz y el calor de la habitación, y sentí un rápido e intenso amor por Mona y Quinn, y una profunda sensación de que permaneceríamos juntos mucho tiempo. Los tres juntos. .

Quinn aparecía firme y resplandeciente en mi visión febril. Eso había lo que me había atraído de él desde el principio, ese aspecto de príncipe heredero, franco y rebosante de seguridad en sí mismo. El amor siempre salvaría a Quinn. Tras perder a su tía Queen, se había refugiado en el amor que había sentido por ella. Sólo había odiado a una persona, y la había matado.

-¿Puedo darle mi sangre? -preguntó Quinn. Me apretujó afectuosamente el hombro, se inclinó hacia delante y me besó.

No me explico cómo fue capaz de apartar los ojos de Mona.

Sonreí. Empezaba a recuperar la compostura. El tío Julien

había desaparecido.

-No está en ninguna parte -dijo Quinn como si me adivinara el pensamiento.

-¿A qué te refieres? -preguntó la flamante neófita.

-He visto al tío Julien -respondí sin pensar.

De pronto el rostro de Mona se nubló.

-¿El tío Julien?

-Era previsible que él... -terció Quinn-. Lo vi en el funeral de tía Queen, y tuve la sensación de que era una advertencia. Era su deber, pero ¿qué importa ya?

-No le des tu sangre -dije a Quinn-. Mantened vuestras mentes abiertas la una a la otra. Como es lógico, os comunicaréis sobre todo verbalmente, aunque podáis adivinar vuestros pensamientos, pero no mezcléis vuestra sangre. Si lo hacéis, os exponéis a perder vuestra mutua telepatía.

Mona extendió los brazos hacia mí y la abracé con fuerza, maravillado del grado de poder que había alcanzado. Más que orgulloso de cualquier exceso en el que hubiera incurrido durante la transformación, me sentí humilde ante la sangre. Emití una breve risa de aceptación y la besé, y Mona me devolvió el beso encantada.

El rasgo que me había convertido en su esclavo eran sus ojos verdes. No me había percatado de lo turbios que los había tenido debido a su enfermedad. En esos momentos, cuando me aparté un poco para contemplarla, observé que tenía el rostro algo pecoso y al sonreír mostró unos dientes blancos y pedectos.

Pese a su salud y recuperación prodigiosas, era una criatura menuda. Hacía que a florara en mí la ternura, cosa que pocas personas consiguen.

Pero había llegado el momento de salir del éxtasis. Por más que me disgustara. La realidad se imponía.

-De acuerdo, amor mío -dije-. Experimentarás un último tormento. Quinn te ayudará a soportarlo. Llévala a la ducha, Quinn. Pero primero, dispón alguna ropa para ella. Bien pensado, ya lo haré yo. Diré a Jasmine que necesito unos vaqueros y una camisa para Mona.

Mona se echó a reír casi histéricamente.

-Siempre estamos sometidos a esta mezcla de lo mágico y lo prosaico -dije-. Ya te acostumbrarás.

Quinn estaba serio y preocupado. Se acercó a su escritorio, pulsó el número del interfono correspondiente a la cocina y ordenó a la Gran Ramona que trajera la ropa, puntualizando que la dejara junto a la puerta de la habitación.

Perfecto. Todos los papeles en Blackwood Farm se cumplían con admirable precisión.

En éstas, Mona, aturdida y sumida en un ensueño, preguntó si podía ponerse un vestido blanco, o si había algún vestido blanco en la habitación de tía Queen, en el piso inferior.

-Un vestido blanco -dijo Mona, como si estuviera atrapada en una red poética tan poderosa como sus imágenes mentales de Ofelia ahogándose-. También me gustaría lucir unos encajes, Quinn, siempre y cuando nadie se oponga... Quinn pulsó de nuevo el botón del interfono y dio las órdenes oportunas: «Sí, los vestidos de seda de tía Queen; haced un paquete y subidlo.»

-Todas sus prendas blancas -dijo a la Gran Ramona con tono amable y paciente-. Ya sabes que Jasmine no quiere ponerse los vestidos blancos. Sí, son para Mona. Si no los utilizamos, acabarán dentro de un baúl. En el desván. Tía Queen quería mucho a Mona. Deja de llorar. Ya sé. Ya sé. Pero Mona no puede pasearse con esta impresentable camisa de hospital. Algún día, dentro de cincuenta años, Tommy y Jerome sacarán esas ropas de un baúl y no sabrán qué hacer con ellas y... Sube algunas prendas que pueda ponerse. Al volverse, Quinn contempló a Mona y se detuvo como si no diera crédito a lo que veía. Mostraba una expresión desolada, como si acabara de caer en la cuenta de lo ocurrido, de lo que habíamos hecho. Murmuró algo sobre un encaje blanco. Yo me abstuve de leerle el pensamiento. Luego se acercó a Mona y la abrazó.

-Esta muerte mortal, Ofelia, no te hará sufrir -dijo-. Me sumergiré contigo en el río y te sostendré. Recitaremos juntos unos poemas. Luego, no sentirás ningún dolor. Sólo sed. No volverás sentir dolor. -La abrazó con fuerza, como si temiera perderla.

-¿Y veré siempre como veo ahora? -preguntó Mona. Las palabras sobre la muerte no significaban nada para ella.

-Sí -respondió Quinn.

-No tengo miedo -dijo Mona. Estaba convencida de ello.

Pero aún no comprendía el alcance de lo ocurrido. y yo sabía en el fondo de mi corazón, el que había cerrado a Quinn, el que Mona no podía leer, que en realidad ella no había consentido a esto. No había podido.

¿Qué significa esto para mí? ¿Por qué le doy tanta importancia?

Porque había asesinado el alma de Mona.

La había vinculado a la Tierra como lo estábamos nosotros, y ahora tenía que transformarla en la vampiro que había visto en mi breve e intenso sueño. y cuando Mona despertara y comprendiera lo que había sucedido, es posible que se volviera loca. ¿Qué había dicho yo sobre Merrick? Los que lo piden enloquecen antes que los que somos raptados, como en mi caso.

Pero no había tiempo para esas reflexiones.

-Ya están aquí -dijo Mona-. Están abajo. ¿Les oyes?

-Estaba preocupada. Y como suele ocurrir con los vampiros neófitos, cada emoción en ella era exagerada.

-No temas, bonita -respondí-. Yo me ocuparé de ellos.

Nos referíamos a las voces que provenían del salón delantero en la planta baja. ¡Los Mayfair en Blackwood Farm! Jasmine trajinaba de un lado a otro, nerviosa. El pequeño Jerome trataba de deslizarse por la balaustrada de la escalera. Quinn también lo oía todo.

Rowan Mayfair y el reverendo Kevin Mayfair, sacerdote por amor al cielo, habían venido con una ambulancia y una enfermera para llevarse a Mona de nuevo al hospital, o al menos para comprobar si estaba viva o muerta.

Eso fue lo que capté. Por eso se lo habían tomado con calma. Creían que Mona había muerto. y tenían razón. Estaba muerta.

4

Giré la llave en la cerradura y abrí la puerta del dormitorio.

Ante mí vi a la Gran Ramona sosteniendo un montón de prendas blancas.

Quinn y Mona se habían ocultado en el baño contiguo.

-¿Han pedido que suba esta ropa para esa pobre niña?

-preguntó la Gran Ramona. Era una mujer con la osamenta menuda, de pelo canoso y un rostro dulce, que lucía un delantal blanco almidonado. (Era la abuela de Jasmine.) Estaba profundamente preocupada-. ¡No las coja de cualquier manera, las he doblado con esmero!

Me aparté y dejé que entrara en la habitación y depositara la pila de ropa sobre la cama cubierta de flores.

-He traído también ropa interior y unas enaguas -dijo meneando la cabeza. Se oía manar el agua del grifo del baño.

La Gran Ramona pasó junto a mí al dirigirse hacia la puerta, refunfuñando por lo bajinis.

-Me parece increíble que esa chica aún esté viva -dijo-.

Es un milagro. Abajo está su familia, y el reverendo Kevin ha traído los santos óleos. Sé que Quinn quiere a esa chica, pero el Evangelio no dice que uno deba dejar que una persona muera en su casa, y encima la madre de Quinn está enferma, como imagino que usted sabe, que la madre de Quinn se largó, ¿sabe? Patsy cogió y se marchó...

(Una breve pincelada sobre Patsy, la madre de Quinn: una cantante de música country con el pelo cardado y las uñas pintadas, que se moría a causa del sida en la alcoba al otro lado del pasillo sin poder ponerse sus chaquetas y pantalones de cuero con flecos, sus botas altas ni poder pintarse como una mona para salir: la última vez que la vi estaba tumbada en el sofá vestida con un camisón blanco, muy guapa y natural. Era una señora dominada por un odio irracional hacia Quinn, una

especie de rivalidad fraternal por parte de una mujer que tenía dieciséis años cuando parió a Quinn y que en la actualidad ha desaparecido.)

y se ha dejado todas sus medicinas, con lo malita que está. ¡Ay, Patsy, Patsy! y apenas hemos enterrado a tía Queen cuando se presenta esa chica pelirroja. ¡Es increíble!

-Puede que Mona haya muerto -dije- y Quinn esté lavando su cadáver en la bañera.

La Gran Ramona prorrumpió en carcajadas y se cubrió la boca con la mano para sofocarlas.

-Es usted un demonio -dijo-. Es peor que Quinn -prosiguió clavándome sus ojos pálidos-. Pero no crea que no sé lo que están haciendo juntos en la ducha. y si esa chica se muere ahí dentro, tendremos que secarla con unas toallas y colocarla en la cama como si no hubiera ocurrido...

-Al menos estará limpia -dije encogiéndome de hombros.

La Gran Ramona meneó la cabeza, procurando no soltar de nuevo una carcajada. Luego cambió de registro emocional y salió de nuevo al pasillo, riendo y hablando para sí:

Y mira que largarse su madre, con lo enferma que está, y nadie sabe dónde se ha metido, yesos Mayfair abajo, me extraña que no se trajeran al sheriff

Acto seguido, la Gran Ramona entró en el dormitorio trasero, el Angel del Café Caliente, donde Nash y Tommy, que no cesaba de llorar la muerte de tía Queen, charlaban en voz baja.

Se me ocurrió con inusitada fuerza que me había encariñado demasiado con esas personas, y comprendí el motivo de que Quinn quisiera quedarse allí, desempeñando el papel de mortal, tanto tiempo como fuera posible: la fascinación que sentía por Blackwood Farro.

Pero había llegado el momento de actuar como un hechicero. Ganar tiempo para que Mona llevara a cabo su propósito, para conseguir que su ausencia les pareciera aceptable a los brujos que había abajo.

Por lo demás, sentía curiosidad por conocer a esos seres que esperaban en el salón doble, esos intrépidos clarividentes que, al igual que hacíamos los vampiros, engañaban a los mortales que les rodeaban, fingiendo ser unos humanos corrientes y honrados cuando en realidad ocultaban un montón de secretos inconfesables.

Bajé apresuradamente la escalera de caracol, agarré al pequeño Jerome calzado con sus gigantescas zapatillas de deporte para impedir que cayera de la balaustrada situada a diez metros del suelo y se partiera la cabeza contra las baldosas de mármol, y lo deposité en brazos de una atribulada Jasmine; luego, tras indicarle que todo iba bien, entré en la fresca atmósfera del salón delantero.

Como ya he dicho, los Mayfair y yo nos habíamos visto

antes, concretamente en el funeral de tía Queen que se había celebrado en la iglesia de St. Mary's Assumption. Incluso me había sentado peligrosamente cerca de Rowan, en el banco que tenía justo enfrente. Pero ese día iba camuflado con un atuendo normal y llevaba gafas de sol. Lo que Rowan vio en esos momentos fue al Príncipe Mocososo enfundado en su levita adornada con encaje hecho a mano, y me había olvidado de ponerme las gafas de sol, lo cual fue un error estúpido. La vez anterior no había observado a Rowan detenidamente. En esos momentos me sentí fascinado al instante, y ésa era una sensación que no me agradaba: era yo quien debía fascinarles a ellos mientras conversábamos.

Su rostro, de facciones delicadas, era fino e inmaculado como el de una niña, y no necesitaba maquillarse para resaltar sus inmensos ojos grises y su boca perfectamente dibujada. Lucía un austero traje pantalón de lana gris, y un echarpe rojo alrededor del cuello con los extremos ocultos debajo del cuello de la chaqueta. Su pelo, corto y rubio ceniza, parecía naturalmente ondulado y enmarcaba el suave contorno de su mandíbula.

Mostraba una expresión intensamente dramática y de inmediato sentí que exploraba mi mente, que cerré enseguida herméticamente. Sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Ella estaba creando esta tensión.

Rowan había imaginado que podría leer mis pensamientos, pero se había equivocado, y no conseguía averiguar lo que ocurría arriba. No le gustaba un pelo. Para expresarlo más gráficamente: estaba profundamente cabreada.

Al no poder penetrar en mi mente, trató de descifrar mi aspecto. No se detuvo en la excentricidad superficial de mi levita ni en mi pelo alborotado, sino en los elementos de mi apariencia que eran más puramente vampíricos: el sutil resplandor de mi piel y el color azul eléctrico de mis ojos.

Yo tenía que apresurarme a empezar a hablar, pero antes os detallaré mi primera e instantánea impresión del otro Mayfair, el reverendo Kevin, que se hallaba apoyado en la repisa de la chimenea situada al otro lado de la habitación y era el único otro ocupante del salón.

La naturaleza le había repartido las mismas cartas que a Mona: ojos verdes y profundos y cabello rojo. De hecho, poseían unos genes tan similares que podía haber sido su hermano mayor. Tenía una estatura parecida a la mía, aproximadamente un metro ochenta, y era de complexión atlética. Llevaba un traje negro y el alzacuellos blanco de los sacerdotes católicos, y no era un brujo como Rowan, sino un agudo clarividente, cuyos pensamientos no me fue difícil descifrar: pensaba que yo era muy raro y confiaba en que Mona hubiera muerto.

Lo recordé oficiando misa ataviado con sus hábitos góticos y sosteniendo el cáliz en las manos. Ésta es mi sangre. Y,

por motivos que no alcanzo a explicarme,. el recuerdo me retrotrajo a la aldea de mi infancia en Francia, a la antigua Iglesia y al sacerdote local pronunciando esas mismas palabras, con el cáliz en las manos, y durante unos momentos perdí la perspectiva de la situación. Otros recuerdos mortales comenzaron a agolparse en mi mente, con el color y la definición perfeccionados. Vi el monasterio donde había estudiado, donde me había sentido tan feliz, donde había decidido ser monje. Era nauseabundo.

y con otro escalofrío decididamente intenso, comprendí que la doctora Mayfair había captado esas imágenes en mi mente antes de que yo hubiera podido cerrarla de nuevo. Me libré de esa sensación, enojado durante unos instantes de que el salón doble estuviera plagado de sombras. Luego fijé los ojos en la manifiesta e inoportuna figura del tío Julien, tridimensional y exquisitamente sólida, enfundada en un ceñido traje gris, situada en la esquina opuesta de la habitación, con los brazos cruzados, observándome con calculada antipatía. Presentaba un aspecto tremendamente contemporáneo y tremendamente perspicaz.

-¿Le ocurre algo? -me preguntó la doctora Rowan Mayfair. Su voz era grave, ronca y sensual, y sus ojos no dejaban de escrutarme.

-¿No ve a ningún fantasma aquí? -solté sin pensar. El fantasma seguía allí, y comprendí con palmaria claridad que ninguno de los dos Mayfair podían verlo. Ese demonio, resplandeciente y seguro de sí, la había tomado conmigo.

-Pues no, no veo nada -se apresuró a responder Rowan-. ¿Es que hay un fantasma en esta habitación que yo debería ver?

Las mujeres con la voz ronca tienen una prodigiosa ventaja.

-En esta casa hay fantasmas -terció Kevin como si tal Cosa. Tenía un acento yanqui. De Boston-. Puesto que es amigo de Quinn, supuse que lo sabía.

-Caro que lo sé -respondí-. Pero no me acostumbro a ellos. Los fantasmas me aterrorizan. Al igual que los ángeles.

-¿No realizó un exorcismo para eliminar a Goblin?

-inquirió el sacerdote, pillándome desprevenido.

-Sí, y funcionó --contesté, satisfecho de que la conversación hubiera tomado otro giro-. Goblin ha desaparecido de la casa, y por primera vez en su vida Quinn ha logrado librarse de ese espíritu. Me pregunto qué significará para él. El tío Julien no se movió.

-¿Dónde está? -preguntó Rowan, refiriéndose a Mona, por supuesto.

-Desea quedarse aquí -contesté-. Es muy sencillo.

-Pasé frente a Rowan y me senté en una butaca de espaldas a la lámpara de pie, de forma que me quedé en una semipe-

numbra, que me permitía sin embargo verlos a todos con claridad, incluso a mi enemigo-. Mona no quiere morir en el Hospital Mayfair. Consiguió venir conduciendo ella misma la limusina. Ya saben cómo es. Está arriba con Quinn. Les pido que confíen en nosotros. Dejen que Mona se quede aquí. Nosotros cuidaremos de ella. Pediremos a la antigua enfermera de tía Queen que nos ayude.

Rowan me miro como si estuviera loco.

-¿Se da cuenta de los problemas que eso entraña? -preguntó. Luego suspiró mostrando, durante sólo unos segundos, un profundo cansancio-. ¿No comprende lo complicado de la situación?

-Supongo que habrán traído oxígeno y morfina -dije volviéndome y dirigiendo la mirada hacia la ambulancia que estaba aparcada frente a la casa-. Pueden dejarlo todo aquí. Cindy, la enfermera, sabrá cómo utilizarlo.

Rowan arqueó las cejas. Volvió a mostrar un cierto cansancio, pero su fortaleza acabó por imponerse. Trataba de descifrarme. No había nada en mí que la atemorizara ni repeliere. A mí me parecía guapísima. y sus ojos reflejaban una infinita inteligencia.

-Quinn no sabe la responsabilidad que asume -dijo suavemente-. No quiero que salga malparado. No quiero que Mona tenga una agonía dolorosa. ¿ Me comprende ?

-Desde luego -respondí-. Le garantizo que cuando llegue el momento la avisaremos.

Rowan bajó la cabeza sólo unos instantes.

-No, no lo comprende usted -dijo. Su voz ronca expresaba una profunda preocupación-. No existe ninguna explicación razonable de que Mona siga viva.

-Su fuerza de voluntad -repliqué. Le aseguro que no hay motivo para que se preocupe por ella-. Está descansando y no tiene dolores -añadí.

-Eso es imposible -murmuró Rowan.

Observé algo en su expresión que me chocó.

-¿Quién es usted? -preguntó. Su voz grave acentuaba su aire de seriedad.

Me sentía tan fascinado que no podía apartar los ojos de Rowan. Sentí de nuevo un escalofrío. La habitación estaba en penumbra. Pensé en decirle a Jasmine que subiera un poco la luz del candelabro.

-Mi nombre no importa -conseguí decir no sin dificultades.

¿Qué tenía esa mujer que me llamaba tan poderosamente la atención? ¿Por qué me parecía su belleza tan provocativa y amenazadora? Deseaba escrutar su alma, pero ella era demasiado inteligente para permitir que lo hiciera. Sin embargo, intuía que ocultaba algún secreto, un montón de secretos, y sentí, además de otras cosas, una conexión eléctrica con la monstruosa niña que Mona me había dado a conocer cuando

la estaba creando.

De pronto comprendí que esa mujer ocultaba algo terrible en su conciencia, que la nota dominante de su carácter era ese secreto y esa conciencia, además de una desmedida ambición arraigada en su brillantez y su pecado. Deseé apoderarme de lo que ocultaba, conocerlo siquiera un momento, sentirme cómplice de ella. Hubiera dado cualquier cosa para...

Rowan apartó los ojos de mí. Había estado mirándola fijamente sin darme cuenta y la había perdido, y ahora ella trataba torpemente y en silencio de recobrar la compostura. Era tan palpable que casi lo vi: un poder sobre la vida y la muerte. En éstas el reverendo Kevin rompió el silencio.

-Debo ver a Mona antes de marcharnos -dijo-. Quiero hablar con Quinn sobre el exorcismo. Yo también veía a Goblin. Estoy preocupado por los dos, por Quinn y por Mona. Vaya a informar a Mona de que estamos aquí...

El reverendo Kevin se había sentado en la butaca frente a mí y yo ni me había percatado.

-Convendría que la viéramos los dos -dijo a Rowan-.

Luego podremos decidir lo que debemos hacer. -El reverendo tenía una voz dulce, perfecta para un sacerdote: humilde pero sin la menor afectación.

Le miré a los ojos y durante unos instantes capté algunos secretos compartidos, cosas que todos los Mayfair sabían, cosas que no podían revelar a nadie, cosas que estaban tan profundamente relacionadas con su riqueza y sus raíces que jamás lograrían redimirlas ni superarlas. Para el reverendo Kevin sin duda era más duro, porque era el confesor de la familia, obligado a observar su sagrado voto, y le habían contado cosas a las que apenas daba crédito y que le habían cambiado profundamente.

Pero él también sabía cerrar su mente. De nuevo, lo único que conseguí cuando traté de escrutar sus pensamientos fue el doloroso recuerdo de mi infancia, de mi afán de ser bueno. Percibí un eco de mi voz mental. La odiaba. ¡Déjame en paz! Me dio a entender, con dolorosa contundencia, que se me habían concedido tantas oportunidades de salvar mi alma que toda mi vida estaba construida en torno a esas oportunidades. Así era yo, un ser que iba de tentación en tentación, no para pecar, sino para redimirme.

Jamás había contemplado mi vida desde ese prisma.

De haberse esforzado con el suficiente ahínco, ese remoto niño, Lestat, podría haber sido monje.

-¡Maldito seas! -murmuró el fantasma.

-Eso es imposible -dije.

-¿Es imposible que veamos a Mona? -preguntó Rowan-. No lo dirá usted en serio.

Oí una suave risotada. Me volví.

El fantasma, situado a mi derecha, se reía.

-¿Qué vas a hacer ahora, Lestat? -preguntó.

-¿Qué pasa? -inquirió Rowan-. ¿Ha visto algo raro?

-Nada -insistí-. No pueden ver a Mona. Le prometí que no dejaría que subiera nadie a verla. ¡Por lo que más quieran, déjenla en paz! -exclamé con vehemencia. Estaba desesperado-. Se lo ruego, dejen que muera como ella desea. ¡Déjenla en paz!

Rowan me miró disgustada por mi arrebato emocional. Su rostro mostraba un inmenso sufrimiento interior, como si ya no pudiera ocultarlo, o como si mi arrebato, por más que había sido relativamente decoroso, hubiera avivado el pequeño fuego que ardía en su interior.

-Tiene razón -dijo el reverendo Kevin-. Pero comprenda usted que Rowan y yo debemos permanecer aquí.

-No nos quedaremos mucho tiempo -apostilló Rowan-. Aguardaremos discretamente. Si prefiere que no permanezcamos en la casa...

-No, no, pueden quedarse si lo desean -contesté-. ¡Mon Dieu!

De nuevo oí una risotada fantasmal.

-Tu hospitalidad deja mucho que desear -dijo el tío Julien-. Jasmine no les ha ofrecido siquiera una galleta y un vaso de agua. Estoy horrorizado.

Eso me produjo un amargo regocijo, aparte de que dudé de que fuera cierto. El comentario del tío Julien me preocupó, y eso era intolerable. Al mismo tiempo oí algo, algo que ninguno de los presentes pudo oír, salvo quizás el risueño fantasma. Era el sonido del llanto de Mona, no, de sus sollozos. Comprendí que debía regresar junto a ella.

De acuerdo, Lestat, compórtate como un monstruo. Echa a la mujer más fascinante que jamás has conocido de esta casa.

-Escúchenme -dije observando fijamente a Rowan y luego a Kevin-. Quiero que se vayan a casa. Mona es tan clarividente como ustedes. Le disgusta profundamente que estén aquí. Lo presiente. Y eso agudiza su dolor. (Lo cual era cierto, ¿o no?) Tengo que subir a tranquilizarla. Les ruego que se vayan. Eso es lo que Mona desea. Eso fue lo que le dio fuerzas para conducir hasta aquí. Les prometo ponerme en contacto con ustedes cuando todo haya terminado. Váyanse, por favor.

Me levanté, tomé a Rowan del brazo y prácticamente la obligué a ponerse en pie.

-Es usted un grosero -dijo Rowan indignada.

El reverendo Kevin también se levantó.

Rowan me observó fijamente, como hipnotizada. La conduje hacia el vestíbulo y hasta la puerta principal, y el sacerdote nos siguió. Confiad en mí eso es lo que Mona desea.

¿Podían seguir oyendo los sollozos de Mona?

Abrí la puerta sin quitarle ojo a Rowan y sentí una ráfaga de calor veraniego, un aroma a flores.

-Váyanse -dije.

-Pero el oxígeno, la morfina... -respondió Rowan. Tenía la voz de los bebedores de whisky, como suele decirse. Era muy seductora. y tras su delicado y fruncido entrecejo se ocultaba ese conflicto, ese inconfesable y pecaminoso poder.

¿Qué era?

Nos detuvimos en el porche principal; debíamos de parecer enanos debajo de esas gigantescas columnas. La luz violácea resultaba grata y el momento perdió sus proporciones. Allí en el campo la luz siempre era crepuscular. Oí el canto de los pájaros nocturnos, las distantes y agitadas aguas del pantano.

El reverendo Kevin ordenó a los sirvientes que trajeran el material médico y éstos obedecieron.

Yo no podía apartar la vista de esa mujer. ¿Qué era lo que acababa de decirle? El fantasma se echó a reír. Empezaba a sentirme confundido.

¿Qué secreto ocultas?

Sentí un empujón físico, como si Rowan hubiera apoyado las dos manos sobre mi pecho y me hubiera propinado un empujón. Vi al fantasma justo detrás de Rowan. El empujón había partido de ella. Estaba convencido.

El rostro de Rowan mostraba una belleza hostil.

Rowan agitó brevemente la cabeza, dejando que su melena le acariciara las mejillas.

Luego achicó los ojos.

-Cuide de Mona -me dijo-. La quiero con todo mi corazón. No puede imaginar lo que me duele haberle fallado, pese a mis conocimientos, mis recursos...

-Desde luego. Me consta que la quiere -dije-. Yo también la quiero y apenas la conozco. -Qué estupideces. Esa mujer estaba sufriendo. ¿Sufría yo también? El fantasma me acusaba. Rowan tenía justo detrás aun hombre alto, pero ella no había percibido su presencia.

¿Qué era eso tan vago que yo empezaba a captar en la conciencia de Rowan? Algo terrible que había condicionado toda su existencia, y que ella sentía intensamente en esos momentos. He matado.

Me estremecí. Sus ojos me tenían hipnotizado, no dejaban que me moviese.

He matado una y otra vez.

Los sirvientes pasaron junto a nosotros cargados con el resto del material. De la puerta abierta salía un aire fresco. Vi a Jasmine. El fantasma se mantenía en sus trece. Tuve la sensación de que la curva de las ramas de las pacanas alineadas a lo largo del camino de grava significaban algo, un mensaje secreto del Señor del universo, pero ¿cuál?

-Acérquese -le dije a Rowan. Una vida basada en el sufrimiento, la reparación. No podía soportarlo, tenía que tocarla, abrazarla, salvarla.

La abracé. Que Dios me perdone. La besé en las mejillas

y en la boca. No temas por Mona.

-No lo comprende -murmuró Rowan. En un momento abrasador vi la habitación del hospital, una cámara de tortura llena de aparatos y números que parpadeaban, de relucientes bolsas de plástico de las que pendían tubos, ya Mona sollozando, como sollozaba ahora, ya Rowan en el umbral de la habitación. Estuve a punto de utilizar el poder?; de matar a...

-Lo comprendo, se lo aseguro -dije-. Pero no era el momento indicado y ella quería venir a reunirse con Quinn -le susurré al oído.

-Sí -contestó Rowan con los ojos llenos de lágrimas-, y yo la asusté. Ella se dio cuenta de lo que me disponía a hacer, sabía que tenía el poder de hacerlo. Cuando le hubieran hecho la autopsia habrían deducido que no había sufrido más que un ataque cardíaco, pero ella lo sabía. Estuve a punto de... Ella estaba aterrorizada. Y...

La abracé con fuerza. Contuve el aliento.

Le besé las orejas. Deseé ser santo. Deseé ser el sacerdote que la esperaba junto al coche, fingiendo que no nos veía besarnos. ¿Qué significa besarse? ¿Besarse entre mortales? Volví a besarla en la boca. Sentí un amor mortal y el insistente y violento deseo de alcanzar el vínculo de la sangre, no su muerte, desde luego, sino el vínculo de la sangre, de llegar a conocerla a fondo. ¿Quién era esa Rowan Mayfair? Estaba mareado.

El fantasma situado detrás de Rowan me observó furibundo, como si estuviera dispuesto a enviar todas las fuerzas del infierno contra mí.

-¿Cómo iba a saber si era el momento adecuado? -pregunté-. Lo que cuenta es que no lo hizo. y que ella ahora está con Quinn. -Qué falsos eufemismos para una persona que detesta todo tipo de eufemismos, y con razón. Le besé la mano durante unos breves y maravillosos instantes, pero Rowan se apartó con frialdad.

Bajó apresuradamente los escalones, sin apenas tocar las losas con los tacones. El reverendo Kevin le abrió la puerta del coche. La ambulancia empezó a dar marcha atrás. Rowan se volvió para mirarme y agitó la mano.

Un gesto muy tierno, inesperado. Sentí que mi corazón se hinchaba hasta adquirir unas dimensiones gigantescas, y empezaba entonces a latir aceleradamente.

«No, pobrecita mía. Tú no la mataste. Lo hice yo. Yo la he matado. Soy culpable. Está sollozando de nuevo. y el fantasma lo sabe.»

5

Ninguno de los mortales que había en la casa podía oír sollozar a Mona. Las paredes eran muy gruesas.

Entretanto, el centro de la mesa del comedor se estaba

disponiendo para la cena, y Jasmine me preguntó si Quinn y yo cenaríamos con Tommy y Nash. Le dije que no, que no podíamos dejar a Mona, cosa que Jasmine ya sabía.

Le pedí que llamara a Cindy, la enfermera, aunque probablemente no íbamos a necesitarla, y que recogiera el depósito de oxígeno y las medicinas. (En realidad, esta hermosa dama escribe su nombre con «y», Cyndy, de modo que a partir de ahora lo escribiremos así.)

Entré en el cuarto de estar y traté de poner en orden mis pensamientos. El simple perfume de Rowan que tenía adherido a las manos me paralizaba. Tenía que recobrar la compostura.

Pasemos a mi tierno afecto por todos los habitantes de la casa. Pasemos a Mona.

¿Cómo era posible que hubiera sucumbido a una bruja humana? ¡Todos los Mayfair eran problemáticos! Los diseños y la voluntad de los Mayfair hacían que se me acelerara el pulso. Creo que incluso maldije a Merrick por haberse inmolado anoche sobre ese altar, por haber hallado el medio de salvar su alma inmortal y dejar que afrontara mi acostumbrada condenación.

Luego estaba el tema del fantasma. El fantasma Mayfair había regresado a su rincón. Estaba allí plantado, dedicándome la mirada más asesina que jamás he visto en ninguna criatura, vampiro o humano.

Lo examiné detenidamente: un varón, de unos sesenta y cinco años, con el pelo blanco como la nieve, corto y rizado; los ojos grises o negros; las facciones excelentes y un porte majestuoso, aunque no me explicaba por qué había elegido los sesenta años, a menos que se hubiera sentido especialmente poderoso en esa época de su vida terrenal, porque yo sabía que había muerto mucho antes que Mona y, por tanto, podía aparecerse de la guisa que eligiera.

Esos pensamientos no hicieron mella en él. Su silencio era tan siniestro que no pude soportarlo.

-Guarda silencio si quieres -dije furioso. Detesto ese temblor en mi voz-. ¿Por qué diablos me persigues? ¿Acaso crees que puedo subsanar lo que he hecho? Nadie puede hacerlo. Si quieres que ella muera, persíguela a ella, no a mí. El fantasma no se inmutó.

Yo no conseguía trivializar ni menospreciar a la mujer que acababa de despedirse de mí agitando la mano antes de montarse en el coche, pues en mis labios sentía todavía la sal de sus lágrimas. Así que ¿por qué me empeñaba en hacerlo? ¿Qué me había ocurrido?

La Gran Ramona, que se detuvo en el pasillo para mirarme mientras se secaba las manos en el delantal, dijo:

-Vaya, ahora tenemos a otro chiflado hablando consigo mismo, y justo junto al escritorio que utilizaba siempre el abuelo William, aunque Dios sabe para qué. Su fantasma se le

aparecía a Quinn, y también a Jasmine ya mí.

-¿A qué escritorio te refieres? -balbucí-. ¿Quién es el abuelo William? -Pero yo conocía la historia. y veía el escritorio. Quinn había visto ese fantasma repetidas veces señalando el escritorio, pero por más que lo habían registrado, año tras año, no habían encontrado nada.

¡Contrólate, idiota!

Arriba, Quinn trataba tierna y desesperadamente de tranquilizar a Mona.

Tommy y el distinguido Nash bajaron a cenar y, de camino al comedor, sin reparar en mi presencia ni interrumpir su conversación, pasaron junto a mí y se sentaron luego a la mesa.

Yo me acerqué a la vitrina de los camafeos situada junto al piano para alejarme del fantasma que estaba a mi derecha, pero no conseguí nada. Sus ojos me seguían a todas partes. Ésa era la vitrina que contenía los camafeos de tía Queen. Nunca estaba cerrada, así que levanté la tapa de cristal -se movía sobre una bisagra y se abría como la tapa de un libro- y tomé un camafeo ovalado que mostraba una diminuta escena de Poseidón y su consorte montados en un carruaje tirado por caballos marinos, y un dios que los conducía a través del furioso oleaje. Cada detalle de la escena estaba exquisitamente labrado. Era genial.

Me guardé el camafeo en el bolsillo y subí al piso superior. Encontré a Mona tendida en la cama, llorando como una magdalena entre las flores, ya Quinn, desesperado, de pie junto a la cama, inclinado sobre Mona y tratando de tranquilizarla. Jamás había visto a Quinn tan aterrorizado. Le indiqué con un rápido ademán que todo había salido a pedir de boca.

El fantasma no se encontraba en la habitación. Ni lo vi ni lo sentí. Un tipo astuto. ¿De modo que no quería que Mona lo viera?

Mona estaba desnuda, cubierta con su cabellera a lo Lady Godiva, con su cuerpo reluciente y hermoso abandonado entre las poéticas flores y sin dejar de sollozar. El pulcro montón de prendas blancas de tía Queen estaba diseminado por todo el suelo.

Durante unos momentos sentí una punzada de horror, un horror que merecía y del que no podía escapar, y que no pensaba confesar a Quinn ni a Mona jamás, al margen de los años o las décadas que viviéramos; un horror de lo que el capricho y el deseo son capaces de hacer y habían hecho. Pero como suele ocurrir cuando me pongo a hacer estas profundas reflexiones morales, no tenía tiempo de entretenerme en ellas. Miré a Quinn, mi hermanito, mi discípulo.

Había sido creado por unos monstruos a los que detestaba y jamás se le había ocurrido llorar en presencia de ellos. Lo que Mona hacía en esos momentos era totalmente previsible.

Me tumbé en la cama junto a ella y cuando le retiré el pelo de la cara para mirarla a los ojos, se calló de repente.

-¿Qué diantres te ocurre? -le pregunté.

Se produjo una pausa durante la cual su hermosura me impresionó con la sutileza de un alud.

-Si vas a ponerte así -respondió-, nada.

-Por lo que más quieras, Lestat -dijo Quinn-, no seas cruel con ella. Cualquiera puede imaginar lo que te está pasando.

-No soy cruel-dije. (Yo, ¿cruel?) Seguí observando a Mona fijamente-. ¿Tienes miedo de mí?

-No -contestó Mona frunciendo el cejo. Tenía las mejillas manchadas de lágrimas de sangre-. Es que estoy convencida de que debí morir -dijo.

-Pues canta un réquiem -contesté-. Yo mismo te suministraré la letra: «¡Ay, calor, seca mis sesos! ¡Lágrimas saladas, abrasad la sensatez y la virtud de mis ojos!»

Mona se echó a reír.

-Muy bien, tesoro, cuéntame lo que te pasa. Soy tu creador. Suéltalo.

-Sé desde hace tiempo que debía morir. ¡Dios, cuando pienso en ello, es lo único que ahora mismo sé con certeza! Tenía que morir. -Hablaban con calma-. Las personas que me rodeaban lo tenían tan asumido, que de vez en cuando metían la pata. Decían: «Jamás olvidaremos lo bonita que eras.» Morirme se había convertido en la obligación principal de mi vida. Mientras me hallaba postrada en la cama, pensaba en cómo hacérselo más fácil a todos. Estaban muy apenados. Esa situación se prolongó durante años...

-Continúa -dije. Me encantaba la facilidad con que se fiaba de la gente, su enorme franqueza.

-Durante un tiempo seguí disfrutando de cosas como la música y el chocolate, ya sabes, cosas especiales, y las mañanitas de encaje. Soñaba con mi hija, la hija que había perdido. Pero al cabo de un tiempo dejé de poder comer. y la música me ponía nerviosa. Veía a personas que no estaban presentes. Pensé que quizá no había visto nunca a esa niña. Morrigan había muerto inmediatamente. Pero yo no me habría estado muriendo si no hubiera parido a Morrigan. Veía fantasmas...

-¿Al tío Julien? -pregunté.

Tras dudar unos instantes, Mona respondió:

-No. El tío Julien sólo se me apareció hace mucho tiempo, para pedirme que hiciera algo, y siempre se aparecía en un sueño. El tío Julien está en la Luz. No baja a la Tierra salvo que tenga un motivo importante para hacerlo.

(Siento un escalofrío que me afaño en ocultar.)

Mona prosiguió; la musicalidad vampírica acentuaba sus suaves palabras:

-Los fantasmas que veía eran sólo personas difuntas como mi padre y mi madre, que me esperaban, ya sabes, las

personas que vienen para ayudarte a pasar a otro ámbito, pero no me hablaban. Aún no había llegado el momento, según me dijo el reverendo Kevin. El reverendo Kevin es un brujo muy poderoso. No lo descubrió hasta que regresó al sur. Por las noches va a la iglesia de St. Mary's Assumption, cuando está a oscuras excepto por la luz de las velas, y se tumba en el suelo de marmol ¿sabes?

(Una punzada de dolor secreta. Lo sé muy bien.)

-... Y, con los brazos extendidos, contempla a Jesucristo en la cruz. Imagina que besa las heridas sangrientas de Jesús.

-Y tú cuando sufrías, ¿rezabas?

-No mucho -respondió Mona-. Rezar requería cierta coherencia. Este último año he sido incapaz de tener esa coherencia.

-Ya comprendo -dije-. Continúa.

-Además ocurrieron ciertas cosas -dijo Mona-. La gente quería que yo muriera. Ocurrió algo. Alguien... La gente quería que yo terminara con esto...

-¿ y lo hiciste?

Mona tardó unos momentos en responder.

-Yo quería escapar -dijo-. Pero cuando una persona... una persona... Mis pensamientos se volvieron...

-¿Qué?

-Triviales.

-No lo creo -dije.

-Pensaba en cómo salir de esa habitación, cómo bajar esa larga escalera, cómo sentarme apresuradamente al volante de la limusina, cómo conseguir las flores, cómo llegar hasta Quinn...

-Comprendo. Tuviste pensamientos poéticos. Específicos. No triviales.

-En todo caso, alcanzar un destino con la sanción de la poesía -dijo Mona-. «Ella apareció adornada con fantásticas guirnaldas.» y lo conseguí.

-Sin duda -respondí-. Pero antes de que pudieras hacerlo... decías algo sobre una persona...

Silencio.

-Entonces apareció Rowan -dijo Mona-. No conoces a mi prima Rowan.

{¿Que no la conozco?}

Observé una punzada de dolor en sus ojos claros y relucientes.

-El caso es que vino Rowan -dijo Mona-. Rowan tiene un poder...

-¿Rowan iba a matarte por tu bien o por el suyo?

Mona sonrió.

-No lo sé. No creo que ella lo supiera tampoco.

-Pero comprendió que te habías dado cuenta y no utilizó su poder.

-Le dije: «¡Me estás asustando, Rowan! ¡Deja de asustar-

me!» y ella se echó a llorar. ¿O fui yo? ¡Creo que fui yo quien se echó a llorar! En todo caso fue una de las dos. Yo estaba muy asustada.

-De modo que te escapaste.

-Sí, conseguí escaparme.

-«En esos momentos ella cantó unos fragmentos de antiguas canciones.»

Mona sonrió de nuevo. ¿Estaba dispuesta a hablar sobre la niña mujer? Permanecía tumbada en la cama sin apenas moverse.

Sentí la preocupación de Quinn, su amor desbordante. Yo no había retirado la mano que estaba apoyada en el hombro de Mona.

-No me estoy muriendo -dijo Mona encogiéndose de hombros-. Estoy aquí.

-No, no te estás muriendo -respondí-. Eso se ha terminado.

-Tengo que esforzarme en recordar la época en que deseaba cosas.

-No -dije-. Así es como se expresan los mortales. Tú eres Mona, nacida ahora para las tinieblas. -Traté de tomármelo con calma, observando cómo su sonrisa aparecía y se disipaba. Tenía unas pocas pecas en la cara. y el inevitable fulgor de la piel.

»Eso es -dije-. Deja que tus ojos asimilen cada detalle de mi persona. Ves unos colores que jamás habías visto. Experimentas unas sensaciones con las que jamás habías soñado. El magnífico maestro de la sangre oscura. Te estremeces porque temes que regresen los dolores, pero no podrías volver a sentirlos aunque quisieras. Deja de temblar. Lo digo en serio. Basta.

-¿Qué quieres de mí? -preguntó Mona-. ¿Que me rinda ante ti o ante la sangre?

Reí suavemente.

-No me explico por qué las mujeres me sorprenden siempre -respondí-. Los hombres no lo hacen. Creo que en general las subestimo. Me distraen. Su belleza siempre me parece como extraterrestre.

Mona soltó una carcajada.

-¿Extraterrestre? ¿A qué te refieres?

-Sois el gran enigma, cariño.

-Un tanto complicado, ¿no? -contestó Mona.

-Piensa en el Adán de la Biblia. Ese tipo es el mayor calzonazos que jamás ha existido, quejándose a Dios Todopoderoso, el Creador, Yahvé, que creó las estrellas: «¡Esa mujer me dio a probar la manzana!» ¡Es un desgraciado sin carácter! ¡Y estamos hablando nada menos que del pecado original! La catástrofe primigenia. Pero hombre, ¡por Dios! Cuando uno ve a una mujer impresionante, como tú, con tus ojos verdes, tendida en la cama desnuda y contemplándote como expresión de infalible astucia, imaginas a Adán con cara de inevi-

table perplejidad frente a Eva, un ser imposible de descifrar, y ése es el motivo de que a Adán se le ocurra una excusa tan idiota. «¡Esta criatura tan rara, tan incomprendible, tan extraña, tan misteriosa, inescrutable y seductora que creaste con mi costilla me dio aprobar la manzana!» ¿Lo entiendes ahora? A Quinn se le escapó una breve carcajada. Estaba carcomido por los celos. ¡Mona y yo tumbados en su cama! Pero era una carcajada agradable.

Miré de nuevo a Mona. Basta de historias sobre el Jardín del Edén. (Y basta de historias sobre lo que ocurrió abajo, en el porche principal, entre una persona infinitamente superior a cualquier fantasía producto de mis deseos y yo.)

Maldita sea. ¡Eran esas malditas flores diseminadas por toda la cama! Mona aguardaba pacientemente, con sus pechos desnudos oprimidos contra mí, su pelo rojo enredado en las rosas, mirándome tranquilamente con aquellos ojos verdes y sonriéndome con dulzura. Un ser sobrenatural, y yo había conocido a algunos absolutamente prodigiosos. ¿Qué diantres me pasaba? Haz el favor de continuar como si tal cosa. ¡Como si jamás hubieras cometido un acto perverso monstruo!

-Ríndete ante ambos, ante la sangre y ante mí -dije-.

Quiero que tú y Quinn seáis, al contrario que yo, perfectos. Quiero conducirte a través de un rito iniciático impecable. ¿Me oyes? Quinn se malogró en dos ocasiones las dos veces que nació. Tuvo unas madres insatisfactorias. Quiero borrar eso de su corazón.

Sentí que Quinn me oprimía el brazo. Un gesto de asentimiento, aunque yo estaba prácticamente tendido sobre su apetecible amor de toda la vida, transformada ahora en su compañera inmortal.

-La sangre me ha transmitido ciertas cosas -dijo Mona.

No tenía prisa. Sus lágrimas se habían secado y parecían cenizas sobre sus mejillas-. La sangre era coherente -dijo-.

No caí en la cuenta hasta que terminó. Fue una sensación maravillosa. Luego vinieron los pensamientos. Sé que has sobrevivido siglos. Incluso te has sobrevivido a ti mismo. Estuviste en un desierto como Jesucristo. No moriste porque tu sangre es muy potente. Temes no poder morir. Todo aquello en lo que creías se ha venido abajo. Quieres convencerte de que ya no te quedan ilusiones, pero no es cierto.

Mona se estremeció de nuevo. Las cosas se desarrollaban demasiado deprisa para ella. Quizá también para mí. ¿Dónde se había metido el fantasma? ¿Debía revelarle a Mona lo del fantasma? No. Me alegré de que ya no pudiera leerme el pensamiento.

-No tengo una teología con respecto a nosotros -le dije a Mona. Aunque también me dirigía a Quinn-. Dios no lo tolera, pero ¿eso qué significa?

Mona sonrió casi con amargura.

-¿Y quién tiene una teoría en la actualidad? -preguntó.

-Mucha gente. Por ejemplo, el reverendo Kevin --contesté.

-Tiene una cristoteología -replicó Mona-. Que es diferente.

-A mí me suena bien -dije.

-Venga, hombre, no lograría convertirte aunque no dejara de intentarlo durante los próximos cien años.

Pensé con amargura en Memnoch, el diablo. Pensé en Dios encarnado, con el que había hablado. Pensé en mis dudas de que esa experiencia hubiera sido real, en mis sospechas de que yo fuera el peón de unos espíritus enzarzados en un complicado juego, y pensé en que había huido de la perdición, con sus infinitas y feroces holografías de remordimientos y culpabilidad para acabar en las nevadas calles de Nueva York, optando por lo material, lo sensual, lo sólido, en lugar de lo quimérico. ¿Era cierto que no creía en lo que había visto? ¿O simplemente el cosmos me parecía insoportable?

No lo sabía. ¡Deseaba ser un santo! Estaba asustado. Me sentía vacío. ¿Qué clase de ser era la hija monstruosa de Mona? No quería saberlo. Sí quería saberlo.

Entonces fijé la vista en Mona. Pensé en Quinn. De pronto creí atisbar un tenue destello de significado.

-Tenemos algunos mitos -dije-. Teníamos una diosa.

Pero no es el momento de hablar de esas cosas. No es preciso que creas todo lo que he visto. Lo que voy a darte es una visión. Creo que una visión es más potente que una ilusión. y la visión es que podemos existir como seres poderosos sin lastimar a las personas buenas y amables.

-Aniquilar al malvado -dijo Mona con inevitable incencla.

-Amén -respondí-. Aniquilar al malvado. y además poseemos el mundo, el mundo que deseabas cuando eras una chiquilla alocada, el mundo con el que soñabas todo el día mientras caminabas inquieta por Nueva Orleans, la época en que tú misma has confesado que te paseabas por la ciudad como una pelandusca, tu época de alumna del Sagrado Corazón durante la que te dedicaste a seducir a todos tus primos, mientras en casa te atiborrabas de comida basura y te pasabas horas sentada ante el ordenador; sí, yo mismo lo he visto, y por fin conseguiste librarte de tus padres borrachos, cuyos nombres ya están inscritos en el Libro de la Muerte. Todo eso ocurrió antes de que se te partiera el corazón.

-¡Caray! -exclamó Mona riendo suavemente-. De modo que los vampiros pueden soltar esa perorata sin respirar. Tienes razón. y acabas de decirme que no mire atrás. Te gusta dar Órdenes.

-Durante el truco oscuro escrutamos mutuamente nuestras almas, tal como debe ser -dije-. Ojalá pudiera devorar ahora tu pequeña mente. Me tienes desconcertado. No dejo

de soñar. Me olvido de cosas, como por ejemplo que los vampiros a los que creo acaban odiándome o abandonándome por las razones más nimias.

-Yo no quiero abandonarte -replicó Mona. Luego volvió a fruncir el entrecejo, y en su piel lisa se formaron unas arruguitas que se desvanecieron al instante-. Tengo sed -dijo-. ¿Es normal que tenga sed? Veo sangre. La huelo. La deseo.

Suspiré. Quería darle la mía. Pero no era la forma correcta de hacer las cosas. Mona necesitaba tener apetito para ir en busca de una víctima. De pronto me puse nervioso.

Hasta Quinn, con su lujuria de adolescente hirviendo en su cerebro, afrontaba el renacer de Mona con más aplomo que yo. Ponte las pilas, me dije.

Me retiré del nido de flores. Tomé conciencia de la habitación. Quinn seguía de pie junto a la cama, paciente, tan seguro de mi lealtad que conseguía dominar sus celos. Yo me reflejaba en sus ojos azules.

Mona se revolvió, aplastando las flores esparcidas por la cama, y volvió a recitar en voz baja la estrofa de un poema. Tomé a Mona de la mano y la ayudé a levantarse de la cama. Se sacudió los pétalos que tenía adheridos en el pelo. Procuré no mirarla. Ofrecía un aspecto tan suculento y refulgente como una virgen sacrificial en el mundo de los sueños. Mona suspiró y observó sus ropas diseminadas por el suelo. Quinn las recogió, agachándose y rodeando a Mona con cuidado, como si no se atreviera a tocarla.

Mona me miró. No tenía la menor tacha. Todos los moratones producidos por las agujas habían desaparecido, tal como yo había previsto. Pero debo confesar (a vosotros) que no las había tenido todas conmigo. Antes de su transformación Mona estaba muy débil, muy postrada, muy machacada. Pero las células seguían allí, ocultas, esperando la renovación. y la sangre había dado con ellas y la había recreado.

Los labios le temblaban un poco y preguntó casi en un susurro:

-¿Cuánto tiempo tardaré en poder reunirme con Rowan? No quiero fingir mi muerte, mentirles, desaparecer dejando un espacio donde yo estaba. Yo... Quiero que me expliquen ciertas cosas. Como sabes, mi hija desapareció. La perdimos. Pero puede que ahora... -Mona miró a su alrededor, tomando nota de los objetos más corrientes, la columna de la cama, el borde de la colcha de terciopelo, la alfombra que pisaba con sus pies desnudos. Flexionó un poco los dedos de sus pies-. Puede que ahora...

-No tienes que morir -dije-. Quinn es la prueba de ello. Lleva un año viviendo en Blackwood Farm. Comprendo que te sientas como en el limbo. Esta noche podrás llamar a Rowan. Le dirás que estás bien, que te atiende una enfermera...

-Sí...

-Es una enfermera dulce y encantadora a la que puedo convencer con toda facilidad; lo sé porque lo he hecho en otras ocasiones. Le darán de comer pollo con arroz a la criolla en la cocina. Estás deslumbrante, preciosa mía. Anda, vístete.

-De acuerdo, jefe -murmuró Mona.

Esbozó una breve sonrisa, pero observé que su mente no le daba tregua. Tan pronto miraba las flores como si fueran a atacarla como se sumía en profundas cavilaciones.

-Pero ¿Y las personas que hay en la casa? -preguntó-.

Todas me vieron cuando llegué. Sé el aspecto que tenía. ¿Qué les vamos a decir, que ha sido un milagro?

Me eché a reír a carcajadas.

-¿Tienes una gabardina en tu armario, Quinn?

-Se me ocurre algo más divertido -respondió Quinn.

-Genial. ¿Puedes bajar la escalera llevándola en brazos?

Ya he advertido a Clem que iremos a Nueva Orleans.

-De acuerdo, jefe -volvió a decir Mona esbozando una breve sonrisa-. ¿Qué vamos a hacer en Nueva Orleans ?

-Luego abrió los ojos desmesuradamente. Acababa de tocar con la lengua sus diminutos colmillos-. ¡Dios mío! -murmuró.

-Dios está en el cielo -dije suavemente-. Procura que no te oiga.

Mona tomó la braguita que le entregó Quinn y se la puso, ajustándosela sobre su pequeño nido de vello púbico rojo.

Eso era diez veces peor que una completa desnudez. Luego se enfundó la combinación de encaje con tirantes finos por la cabeza: le iba un poco larga porque Mona no era tan alta como tía Queen, pero por lo demás le sentaba muy bien, le insinuaba los pechos y las caderas. El ancho borde de encaje le quedaba justo encima de los tobillos.

Quinn sacó su pañuelo del bolsillo y limpió la sangre seca de las mejillas de Mona. La besó y Mona le devolvió los besos, y durante unos momentos permanecieron absortos el uno en el otro, besándose una y otra vez como dos largos y elegantes gatos que se lamen mutuamente.

Acto seguido Quinn la tomó en brazos sin dejar de besarla. Ambos ronroneaban de gusto. Quinn ansiaba beber un sorbo de la sangre de Mona.

Yo me senté con gesto cansino en la silla ante el escritorio de Quinn.

Escuché los sonidos de la casa. Oí el ruido de los cacharros en el fregadero, a Jasmine hablando con alguien. Cyndy, la enfermera, rompió a llorar al contemplar la habitación de tía Queen; pero ¿dónde estaba Patsy, la madre de Quinn? Clem nos esperaba frente a la casa, junto a la gigantesca limusina; sí, eso es, no la asustes llevándola por el aire, coge el coche.

Sumido en un estado de aturdimiento de escasas propor-

ciones, observé a Mona ponerse el vestido de seda. Parecía confeccionado a mano, con bordados en los puños y en el cuello alto, que Quinn le abrochó en la nuca. Le llegaba a Mona a los tobillos. Le sentaba divinamente; parecía más un traje de noche que un vestido. Era como la princesa descalza. Sí, ya sé que es un lugar común, digamos entonces que era una mujer sensual y muy atractiva. ¿Vale? Que os den.

Se calzó entonces unas zapatillas blancas algo gastadas como las que venden en los supermercados, sin duda las que llevaba cuando llegó aquí, y tras echar la cabeza hacia atrás y sacudirse el pelo, Mona ya estaba lista. Su cabellera era ahora la cabellera de una vampiro, por lo que no necesitaba cepillarla; cada pelo pugnaba con el de al lado; su melena tenía un aspecto voluminoso y lustroso y enmarcaba su frente alta y bien proporcionada, con cejas divinamente dibujadas. Entonces Mona me miró. Aún estoy aquí, chicos.

-Es delicado -dijo Mona con tacto, como si intentase no ser grosera conmigo-. Quinn sabe que tienes un camafeo en el bolsillo, y yo lo sé porque puedo leer sus pensamientos. -¡Ahora entiendo esos cuchicheos! -dije riendo suavemente-. Me había olvidado del camafeo. -Se lo entregué a Quinn mientras pensaba que esa telepatía triangular iba a constituir una pesadilla.

Sí, yo quise dejarlos tranquilos para que pudieran leerse mutuamente el pensamiento, así que ¿por qué diablos me había puesto celoso?

Quinn, que era mucho más alto que Mona, le prendió el camafeo en el centro del cuello bordado de encaje. Tenía un aspecto antiguo, estaba preciosa.

Luego le preguntó a Mona en voz baja y con tono ansioso:

-¿No querrías probarte los zapatos de tacón de tía Queen?

Mona se echó a reír suavemente, al igual que yo.

Hasta el día en que murió, tía Queen lucía siempre unos zapatos con unos tacones vertiginosos, sujetos al tobillo con una tira y abiertos por delante, algunos adornados con pedrería o, quizá, con brillantes auténticos. El día que la conocí lucía unos zapatos increíbles.

Una de las ironías de su muerte era que tía Queen iba descalza, con los pies enfundados en unas medias, cuando sufrió la caída que la mató. Pero eso fue obra del malvado Goblin, que la había asustado deliberadamente e incluso la había empujado.

De modo que los zapatos no habían tenido nada que ver con su muerte y probablemente había montones de ellos en sus armarios en el piso de abajo.

Pero si unimos la imagen de Mona, la niña salvaje, calzada siempre con zapatos de colegiala, y una imagen cualquiera de los tacones de tía Queen, resulta francamente cómico.

¿Por qué iba a someterse Mona a semejante tormento? y si supierais lo que Quinn se fijaba en los tacones de las mujeres -concretamente los de Jasmine y tía Queen-, resulta aún más cómico.

Mona, cuyo estado de ánimo estaba entre el trance vampírico y el enamoramiento total, no dejaba de contemplar el rostro serio de Quinn para tratar de descifrar este enigma.

-De acuerdo, Quinn, si lo deseas trataré de ponerme sus zapatos -dijo-. Eso sí que era una hembra sobrenatural.

Quinn telefoneó de inmediato a Jasmine. «Sube la bonita bata de raso blanco de tía Queen, la bata larga adornada con plumas de avestruz, y sus sandalias nuevas de tacón, las que llevan unos adornos de pedrería. Apresúrate.»

No era preciso tener el oído de un vampiro para captar la Irespuesta de Jasmine. -¡Cielo santo! ¿Vas a obligar a esa pobre chica enferma a ponerse esos taconazos? ¿Te has vuelto loco, pequeño jefe? ¡Ahora mismo subo! Cyndy, la enfermera, ha llegado, y está tan escandalizada como yo, de modo que subirá conmigo, de modo que deja en paz a esa chica. ¡Cielo santo! No puedes desnudarla como si fuera una muñeca, To-quin Blackwood, ¡Estás como una cabra! ¿Acaso se ha muerto esa niña? ¿Es eso lo que pretendes decirme? ¡Contéstame, To-quin Blackwood, te estoy hablando yo, Jasmine! ¿Sabes que Patsy se ha marchado y se ha dejado todos sus medicamentos y nadie sabe adónde diantres ha ido? No te reprocho que no quieras a Patsy, pero alguien tiene que pensar en ella, y Cyndy está llorando a lágrima viva por Patsy...

-Cálmate, Jasmine -dijo Quinn adoptando un tono de lo más amable y cortés-. Patsy ha muerto. La maté anteanoche. Le partí el pescuezo y arrojé su cadáver al pantano para que los caimanes lo devoraran. Ya no tienes que preocuparte más por Patsy. Tira sus medicinas a la basura. Dile a Cyndy, la enfermera, que prepare la cena. Yo mismo bajaré a recoger las sandalias y la bata de tía Queen. Mona está completamente recuperada. -Quinn colgó el teléfono y se dirigió inmediatamente a la puerta-. Cerrad la con llave cuando haya salido. Yo obedecí.

Mona me miró intrigada.

-Lo decía en serio, ¿verdad? Me refiero a lo de Patsy -dijo-. ¿Y esa Patsy era su madre?

Asentí con la cabeza. Me encogí de hombros.

-Jamás le creerán -dije-. Ha sido lo más inteligente que ha hecho en su vida. Puede repetir su confesión hasta el día del Juicio Final. Pero cuando sepas más detalles sobre Patsy, lo comprenderás.

Mona me miró horrorizada; la sangre intensificaba su expresión.

-¿Qué ha sido lo más inteligente que ha hecho en su vida? ¿Matar a Patsy o decirlo?

-Decirlo -respondí-. Sólo Quinn sabe por qué la

mató. Patsy le odiaba, eso me consta, y era una mujer dura y cruel. Se estaba muriendo de sida. No le quedaba mucho tiempo en la Tierra. El resto sólo lo sabe Quinn.

Mona estaba estupefacta, una vampiro virgen apunto de desmayarse tras haber recibido un shock moral.

-En todos los años que hace que le conozco, Quinn jamás me había hablado de Patsy ni respondido a una sola de las preguntas que le envié por correo electrónico sobre su madre.

Yo volví a encogerme de hombros.

-Quinn tiene sus secretos, como tú los tienes. Yo sé cuál es. Conozco el nombre de su hija. Morrigan. Pero Quinn no lo sabe.

Mona torció el gesto.

En éstas oímos a través de las tablas del suelo una violenta discusión. Incluso Nash y Tommy, que habían terminado de cenar, se habían puesto de lado de Jasmine, y la Gran Ramona había declarado que Quinn era un nigromante. Cyndy, la enfermera, no dejaba de llorar.

-Pero matar a su propia madre... -observó Mona.

Durante unos breves segundos en technicolor, me permití el lujo de pensar en mi madre, Gabrielle, a quien yo había transformado en vampiro. ¿Dónde demonios se hallaba esa fría e impávida criatura cuya soledad me resultaba inimaginable? La había visto hacía poco, y volvería a verla algún día. Junto a ella no hallaría calor, solaz ni comprensión. Pero ¿qué más daba?

Quinn llamó a la puerta con los nudillos. Yo le abrí. Oí el motor de la limusina: Clem estaba preparado para llevarnos a Nueva Orleans. Hacía una noche calurosa. Sin duda había conectado el aire acondicionado. Sería un trayecto agradable hasta Nueva Orleans.

Quinn se apoyó en la puerta después de cerrarla y girar la llave en la cerradura, y respiró hondo.

-Habría sido más fácil asaltar el Banco de Inglaterra -comentó.

Depositó las relucientes sandalias de tacón alto en las manos de Mona.

Mona las examinó.

Luego se las calzó, lo que le proporcionó unos ocho centímetros más de estatura y una tensión en las piernas que incluso a través del vestido ofrecía un aspecto tremendamente seductor. Las sandalias le quedaban algo pequeñas, pero apenas se notaba, y la tira de pedrería que le cruzaba los dedos quedaba exquisita. Quinn le abrochó una tira al tobillo mientras Mona abrochaba la otra.

Mona tomó la bata larga de manos de Quinn, se la puso, y se la ciñó en torno al cuerpo soltando algunas risas al sentir el cosquilleo de las vaporosas plumas de avestruz. Era una prenda vaporosa, resplandeciente, vistosa y magnífica.

Mona se puso a corretear por la habitación describiendo círculos pequeños y grandes. ¿Una de esas cosas que los tíos no sabemos hacer? Tenía un equilibrio pedecto. Acababa de recuperar las fuerzas y una parte frívola de su ser deseaba lucir aquellas imposibles y precarias sandalias. Después de describir varios círculos, se apoyó contra la ventana al otro extremo de la habitación.

-¿Por qué mataste a tu madre? -preguntó.

Quinn la miró desconcertado. Se dirigió hacia ella en un gesto amplio y fluido. La abrazó con fuerza, como había hecho antes, y no dijo nada. Un temor momentáneo. El hecho de que Mona mencionara el nombre de Patsy le había envuelto en una oscuridad total. O quizá se debía ala bata de tía Queen.

En esos momentos sonaron unos insistentes golpes en la puerta, seguidos por la voz de Jasmine.

-¡Abre ahora mismo, pequeño jefe, y déjame que vea a esa niña, o te juro que iré en busca del sheriff!

Acto seguido oímos la dulce voz de Cyndy, tan razonable y amable.

-¿Quinn? ¿Me dejas que le eche un vistazo a Mona?

-Cógela en brazos -le dije a Quinn-. Pasa entre ellas transportando a Mona en brazos, sal de la habitación, baja la escalera, sal por la puerta principal y móntate en el coche. Yo te seguiré.

En menos de tres minutos salimos de la casa y partimos, moviéndonos a ritmo mortal para no alarmar más al nutrido coro de personas que nos hablaban a voces. Mona tuvo la sensatez de arrebujarse en su bata de plumas de avestruz, hasta el extremo de que lo único que se veía de ella era su voluminosa cabellera roja y sus pies calzados en las sandalias con pedrería, los cuales no alcanzaban el suelo del coche. Partimos tras despedirnos con exquisita educación de la vociferante manada, ordenando a Clero, profundamente indiferente a lo que ocurría a su alrededor, que se dirigiera a Nueva Orleans «inmediatamente».

Yo fui quien dio la orden con una breve sonrisa, a la que el conductor respondió con una expresión sarcástica y un encogerse de hombros, pero la inmensa limusina, en cuyo asiento posterior iba sentada Mona, flanqueada por Quinn y yo, no tardó en enfilarse el camino de grava, y entonces eropecé a escrutar la ciudad de Nueva Orleans en busca de posibles víctimas.

-Percibo las voces como la algarabía del infierno -dije-.

Prepárate, cariño. Voy en busca de la eterna basura. Los repugnantes y desalmados mortales que se alimentan de los oprimidos o los oprimidos que se alimentan unos de otros. Siempre me pregunto (y nunca escarmiento) si los auténticos peces gordos se paran alguna vez para contemplar el cielo nocturno violáceo o las ramas de un elevado roble. Traficantes de cocaína,

asesinos de niños, criminales adolescentes por espacio de unos fatídicos quince minutos, el caso es que la funeraria nunca está vacía en nuestra ciudad, es la eterna mezcla de maldad calculada e ignorancia moral.

Mona soñaba, mirando por las ventanillas, absorta en cada cambio que se producía en el paisaje. Quinn también oía las lejanas voces. Quinn podía captarlas de lejos. Estaba ansioso y, aunque enamorado hasta las cachas, no era feliz.

El coche adquirió velocidad al enfilarse la autopista.

Mona contuvo el aliento y me tomó del brazo izquierdo.

Nunca se sabe lo que va a hacer un neófito. Todo les resulta muy emocionante.

-Escucha -dije-. Quinn y yo estamos aguzando el oído.

-Ya las oigo -respondió Mona-. No distingo bien lo que dicen. Pero fijaos en esos árboles. Las ventanillas no están tintadas. Los Mayfair siempre llevan las ventanillas tintadas.

-Ése no era el estilo de tía Queen -dijo Quinn, mirando al frente, enfrascado en las voces-. A ella le gustaba que las ventanillas fueran claras para poder contemplar el paisaje. Le traía sin cuidado que la gente viera el interior del coche.

-Espero que se me pase este vértigo -comentó Mona.

-Al contrario, las cosas se ponen cada vez más excitantes -respondió Quinn.

-Entonces confía en mí -le dijo Mona, apretujándome el brazo-. No temas por mí. Quiero pedirte algunos favores.

-Adelante, pide por esa boquita -contesté.

-Quiero pasar frente a mi casa, me refiero a la casa de los Mayfair entre la Primera y Chestnut. Hace dos años que no la veo, desde que ingresé en el hospital.

-No -respondí-. Rowan presentará tu presencia. No sabrá quién eres, como tampoco sabía que estabas en Blackwood Manor, pero presentará que andas cerca. No iremos allí. Ya llegará el momento, pero ahora no. Concéntrate en tu sed. Mona asintió con la cabeza. No se opuso a mi decisión.

Comprendió que no podía resistirse a mi voluntad.

Pero yo sabía que tenía pensamientos abrumadores, más que los habituales eslabones de la cadena que ligaba a los neófitos a su pasado vivo. Algo había hecho presa en ella, algo relacionado con las distorsionadas imágenes que me había mostrado durante su transformación: su monstruosa hija, la niña mujer. ¿Qué había sido en realidad de esa criatura?

No dejé que Quinn captara que yo tenía en mente esas imágenes. Era demasiado pronto para revelar todo eso. Pero era posible que las hubiera captado en la habitación, cuando yo había transformado a Mona en un vampiro. Durante esos momentos habían pertenecido a Mona, exclusiva y peligrosamente. Era posible que Quinn hubiera captado todo lo que yo había visto. y que ahora lo leyera en

la mente de Mona, aunque yo sabía que ella aún no estaba dispuesta a revelarlo.

El coche atravesó rápidamente el puente sobre el lago, que parecía un gigantesco objeto muerto en lugar de un lago de agua viva. Las nubes formaban una masa triunfante debajo de la luna que asomaba. Cuando eres un vampiro ves nubes que otros no ven. Puedes alimentarte de esas cosas cuando pierdes la fe: la forma caprichosa y cambiante de las nubes, la supuesta percepción de la luna.

-Necesito ir allí -soltó de pronto Mona-. Tengo que ver la casa. Es preciso.

-¿Qué es esto, un maldito motín? -protesté-. Precisamente te estaba felicitando en mi imaginación por no haberte opuesto a mis deseos.

-¿Qué? ¿De modo que merezco una medalla por eso ?

-replicó Mona-. No es necesario que pasemos cerca de la casa -prosiguió con tono lloriqueante-. Necesito ver las calles del Garden District.

-¡Sí, claro! -mascullé-. ¿Te has parado a pensar que quizás alteres su tranquilidad de ánimo, que quizá los obligues a salir a la calle? ¿Estás dispuesta a afrontar esta posibilidad? Por supuesto, no digo que tengas que hacerlo. Sólo trato de responder por ti y el señor Quinn Blackwood, unos ciudadanos dignos y ejemplares. Yo, al fin y al cabo, no soy más que un canalla.

-Querido jefe -dijo Mona muy seria-, deja que me acerque tanto como sea posible, lo que tú consideres prudente. No, no quiero turbarlos. Me horroriza esa idea. Pero piensa que he pasado dos años confinada e incomunicada en un hospital.

-¿Adónde nos dirigimos, Lestat? -preguntó Quinn-.

¿Vamos a cazar en el centro?

-Yo lo denomino la parte posterior de la ciudad -respondí-. Los criollos como yo no lo llamamos el centro. Ya sabes, donde encuentras basura por todas partes. Escucha los sonidos de la ciudad, Mona.

-Ya los oigo -contestó-. Parece como si se hubieran abierto unas compuertas. Y también distingo algunas voces. Un montón de voces. Disputas, amenazas, incluso los disparos sofocados de pistolas...

-Esta noche la ciudad, a pesar del calor, está llena a rebozar -comenté-. La gente se ha echado a la calle, sus pensamientos me inundan en unas oleadas repugnantes. Si fuera un santo, tendría que escuchar esto continuamente.

-Sí, como rezos -apostilló Mona-. Son peticiones.

-Los santos tienen que trabajar -dije, como si estuviera convencido de ello.

Entonces me di cuenta de golpe. Su presencia.

Quinn también reparó en ello.

-¡Santo Dios!-murmuró asombrado.

-Los acorralaremos -dije.

-¿Qué ocurre? -inquirió Mona-. No oigo nada. -Luego cruzó una mirada con Quinn.

¡Esto era poco menos que providencial! Me sentí absolutamente furioso y al mismo tiempo entusiasmado. Me concentré en nuestras víctimas.

Sí, los mataríamos de forma aleatoria mientras se alimentaban. Eran una pareja de vampiros, un hombre y una mujer, intrínsecamente crueles, de gran nivel, con más estilo que carácter, cubiertos de oro y prendas de cuero de marca, embriagados con su poder, gozando de Nueva Orleans como si fuera una quimera, retando al «gran vampiro Lestat», en cuya existencia no creían (como casi nadie), recorriendo las calles de mi Barrio Francés hasta que llegar a un costoso hotel de lujo, donde introducen la llave en la cerradura, rebosantes de sangre, mientras sus risas reverberan hasta el techo, y encienden el televisor dispuestos a pasar una agradable velada tras dejar a sus víctimas inocentes postradas en oscuros callejones, aunque no a todas, dispuestos a relajarse con un poco de música o imágenes en color del mundo mortal, sintiéndose totalmente superiores, pensando vagamente en dormir durante el día en las viejas y asquerosas tumbas encaladas del cementerio Número I de St. Louis, como si fuera toda una hazaña. Esperando sin saberlo la muerte.

Me reclino en el asiento del coche y río para mis adentros.

-¡Esto es fantástico! ¡Deliciosamente perverso! Ella está preparada. No le des más vueltas. Es el narcótico instantáneo de la sangre del enemigo.. Es perfecto para ella. Cuanto antes aprenda a pelear contra los de su especie, mejor. Tú también, Quinn. Nunca has tenido que pelear contra la basura cósmica que hay en la ciudad.

-Pero tenemos que hacerlo perfectamente, Lestat respondió Quinn.- Ya sabes lo que ocurrió en mi primera noche. Metí la pata. No quiero que le suceda nada malo a Mona...

-Estás destrozando mi delicado corazón -dije-. ¿Acaso vais a hacerlo solos? Yo estoy con vosotros. ¿De veras crees que no soy capaz de vérmelas con esos dos que van por libre? Me he vuelto demasiado doméstico para ti, Quinn. Olvidas quién soy y quizá yo también lo haya olvidado.

-Pero ¿cómo terminará? -insistió Quinn.

-Eres de una ingenuidad aplastante -contesté.

-Eso no debe de representar ninguna novedad para ti

-replicó Quinn. Tras lo cual se apresuró a añadir:- Lo siento. Perdóname. Es que...

-Prestad atención -dije-. Estamos hablando de un par de monstruos infernales. Llevan vagando a través de la eternidad desde hace una década a lo sumo, el tiempo suficiente para creerse los reyes del mambo. Antes de liquidarlos averiguaré lo que ocultan sus almas, desde luego. Pero de momento sé que

son unos delincuentes. y no me caen bien. La sangre vampírica siempre es caliente. Será una buena pelea. Son repugnantemente codiciosos. Destruyen la paz en mis calles. Eso equivale a una sentencia de muerte, en todo caso cuando tengo tiempo de ejecutarla. y ahora mismo dispongo de tiempo, y vosotros tenéis sed, y eso es lo que me interesa. Basta de preguntas.

Mona soltó una breve carcajada.

-Me pregunto qué sabor tendrá la sangre de esos vampiros -dijo-, pero no me atrevo a preguntártelo a ti. Digamos que estoy dispuesta a hacer lo que ordenes.

-No seas descarada, niña -repliqué-. ¿Te gusta pelear?

Pelear con mortales no es divertido porque no es equitativo.

Ningún inmortal que se precie lo haría amenos que fuera absolutamente imprescindible. Pero pelear con esos engendros será una gozada. Nunca sabes lo fuertes que pueden ser. y luego están las imágenes que captas a través de su sangre, unas imágenes tremendas, mucho más emocionantes que las que obtienes de presas humanas.

Mona me apretó la mano.

Quinn estaba trastornado. No cesaba de pensar en la primera noche que había cazado: una boda en Nápoles, la novia le había llevado aun dormitorio, decidida a acostarse con él para humillar a su flamante esposo, y Quinn le había succionado la sangre hasta matarla, derramando el primer sorbo sobre su vestido de novia. Quinn había revivido una y otra vez ese vergonzoso episodio, el terrible momento de su condenación.

-Hermanito -dije-, éstos eran seres humanos. Mírame.

Quinn se volvió y le miró a los ojos bajo las parpadeantes luces de la autopista.

-Sé que hasta ahora me he comportado contigo como un tipo elegante -dije-. He desempeñado el papel del culto europeo y ahora ves mi lado duro. Debo tener presente que para ti ha sido un infierno relatarme tu historia, y que la muerte de tía Queen ha sido un verdadero tormento, y que mereces todo lo bueno que yo pueda ofrecerte. Pero tengo que librar al mundo de esos dos bebedores de sangre. y no quiero que Mona y tú os perdáis esta oportunidad.

-Pero ¿y si son muy fuertes, y si los creó un ser muy viejo, como a mí? -preguntó Quinn.

Me eché a reír.

-Te he dado mi sangre, Quinn. y Mona ha sido creada con ella. Mi sangre, Quinn. No pueden competir contigo. Ni con Mona, te lo aseguro.

-¡Quiero hacerlo! -terció Mona de inmediato-. Si dices que son unas presas legítimas, con eso me basta, querido jefe. No puedo expresar lo que siento en mi corazón y mi alma en estos momentos, lo mucho que ansío librar esta pequeña batalla. ¡Es un sentimiento tan intenso, está tan arraigado en mí, que no puedo describirlo! Se remonta a la parte humana de mi ser que nunca morirá, ¿no es cierto?

-Sí -contesté-. Exactamente.

-Bravo -dijo Mona-. Voy a por ellos. Pero hay algo que me confunde...

-Déjalo, casi hemos llegado -contesté.

El rostro de Quinn asumió una expresión dulce y sumisa, inconfundible a la luz de los faros de los coches que pasan a toda velocidad.

-¿Y si suplican misericordia? -preguntó.

-Eso tenlo por seguro -respondí encogiéndome ligeramente de hombros.

-¿Y si conocen algunos poemas? -insistió Quinn.

-Tendrían que ser excepcionales para compensar la muerte de todas sus víctimas inocentes, ¿no crees? -contesté.

Pero Quinn no cejaba en su empeño. No podía.

-¿Y si te aman?

7

Una pausa para una rápida reflexión sobre la cuestión de los santos, que ya sabéis cuánto deseo ser santo y que no lo consigo.

Cuando dejamos al Papa, se hallaba recogido en sus aposentos, pero durante el tiempo que me ha llevado consignar rigurosamente estos hechos -no temáis, regresaremos a ellos enseguida-, el Papa ha viajado a Toronto, a Guatemala ya México, y en México ha canonizado a un santo.

¿Por qué menciono esto cuando Juan Pablo II ha hecho muchas otras cosas durante su breve viaje, incluido beatificar a un par de individuos y canonizar aun santo en Guatemala? Porque por lo que respecta a este santo en México, me siento profundamente impresionado por las circunstancias: se trataba de un tal Juan Diego, un humilde indio («un indígena», como señalan algunos titulares) al que Nuestra Señora de Guadalupe se apareció en 1531. La primera vez que este humilde indio relató al obispo local español que la Virgen se le había aparecido, el obispo, como es natural, no le hizo caso, hasta que Nuestra Señora obró un doble milagro. Ofreció a Juan Diego unas maravillosas rosas rojas para que se las entregara al obispo, teniendo en cuenta que era imposible cultivar rosas en la nevada población montañosa donde habitaba Juan Diego, y cuando el humilde indio abrió alegremente su tilma (poncho) ante el obispo y le mostró las hermosas flores, en la tilma aparecía grabada una imagen en color de Nuestra Señora con el aspecto inconfundible de la Virgen María pero con la piel de una india.

Ese tilma, esa prenda confeccionada con fibras de cactus, con su maravillosa imagen de la Virgen María, sigue expuesto en la catedral de Ciudad de México, y miles de personas acuden todos los días a contemplarla. Se llama Nuestra Señora

de Guadalupe, y no existe ningún ser en toda la cristiandad que no haya visto esa imagen de la madre de Jesús en algún momento de su vida.

De acuerdo. Esta historia me encanta. Siempre me ha encantado. Me gusta lo que le ocurrió a Juan Diego. Cuando iba caminando por la montaña y se le apareció la Virgen, le llamó: «¡Juanito!» ¿No os parece conmovedor? No menos conmovedor es el hecho de que miles de indios abrazaran la fe cristiana después de estos milagros. y también es maravilloso que el papa Juan Pablo II, enfermo y con ochenta y dos años cumplidos, fuera a México para canonizar a Juan Diego.

Pero los críticos del Papa no se sienten satisfechos. Se han alzado voces de protesta, según la prensa. Los descontentos dicen que no hay prueba alguna de que Juan Diego existiera. ¡Menuda grosería!

Lo cual demuestra un abismal desconocimiento de la inmensa riqueza espiritual de la Iglesia católica. Si nadie puede probar que Juan Diego existió, es evidente que nadie puede probar que no existió.

Pero supongamos por un momento que Juan Diego no existe, o no ha existido. El Papa sigue siendo infalible, ¿No es cierto? «Lo que tú ates en la Tierra quedará atado en el Cielo», le dijo Jesús a Pedro. ¿Vale?

Hasta los críticos más irreductibles del Papa reconocen que se trata de un prodigio moderno, ¿o no? Por tanto, sin duda, y sin voces de protesta, en el mismo instante en que Juan Pablo proclamó santo a Juan Diego, el pequeño indio pasó a formar parte del cielo. Imaginad lo que debió de pensar Juan Diego. y tened en cuenta que se trata nada menos que de un «indígena» de las Américas, que de pronto se encuentra en un cielo que, según todas las descripciones, es totalmente indescriptible. De hecho, si la última hornada de místicos están en lo cierto y el cielo al que vamos cuando penetramos en la Luz responde a lo que nosotros imaginamos, Juan Diego, dotado de la definición que le ha dado la curia romana a través de sus argumentos y decisiones, probablemente se pasea por el cielo enfundado en su tilma hecho de fibras de cactus, cogiendo rosas. Me pregunto si llevará zapatos. ¿Se sentirá solo? Por supuesto que no. Únicamente a un ateo se le ocurriría semejante cosa. Os aseguro que ese cielo indescriptible es un indescriptible huracán de magnificencia.

Pero rebajemos el tono para adaptarlo a nuestros sentidos al Pie del Sinaí. Rodeado por su florido jardín, si lo desea, Juan Diego puede tratar a docenas de otros santos que apenas vivieron en la Tierra, incluidos los célebres padres de la Virgen María, Joaquín y Ana, y santa Verónica, a la que he conocido personalmente.

Pero lo más probable es que Juan Diego esté asediado por las peticiones que le formula la gente en sus oraciones. Las voces de los «indígenas» en la Tierra y de los descendientes de los colonizadores le darán a conocer el dolor y el sufrimiento del planeta del que escapó. ¿De qué estoy hablando? De esto: al margen de si existió o no en la Tierra, es probable que Juan Diego esté muy atareado descendiendo a través de los estratos astrales envuelto en su alma con forma

humana, escuchando atentamente a los fieles y transmitiendo sus peticiones al Todopoderoso. Seguro. Es un santo muy importante. Y sin duda Nuestra Señora de Guadalupe está contemplando con benevolencia la nueva masa de turistas y visitantes que acuden a venerarla en Ciudad de México.

Y el Papa ha regresado al Vaticano, habiendo canonizado a 463 santos a lo largo de su vida.

Me gustaría ser uno de esos santos. Quizá sea éste el motivo de que haya decidido escribir este capítulo. Envidio a Juan Diego. Hummm.

Pero no soy un santo. Y no me ha llevado ni cinco minutos escribirlo, de modo que no os quejéis. Pero no puedo olvidar mi pasión por que me canonicen oficialmente.

¡Qué le vamos a hacer! Paciencia. Alors, Mais oui Eh bien. Pasemos directamente al capítulo ocho.

8

Así pues, nadie me acusó nunca de adquirir una profunda sabiduría durante los doscientos años que pasé en esta Tierra. Sólo sé comportarme de una forma.

Clem nos dejó frente a nuestro hotel, un hotel nuevo, lujoso, carísimo y muy de moda, por así decir, cuya puerta principal da a Canal Street, la grande y burda línea divisoria de Nueva Orleans, y su puerta trasera, al Barrio Francés, el mundo pequeño e íntimo que prefiero.

Mona estaba sumida en un trance tan profundo que tuvimos que conducirla hasta el ascensor, yo a su izquierda y Quinn a su derecha. Como es natural, todas las personas que estaban en el vestíbulo se fijaron en nosotros, no porque fuéramos unos bebedores de sangre inmortales decididos a destruir a dos miembros de nuestra especie que se alojaban en el piso quince, sino porque éramos tremenda y extremadamente guapos, especialmente Mona, envuelta en plumas de avestruz y un tejido rutilante y encaramada sobre unos tacones vertiginosos.

Quinn tenía tanta sed como Mona, lo cual le ayudaría a hacer lo que teníamos que hacer. Pero yo no era inmune a las preguntas que Quinn me había hecho en el coche. Poesía, amor. ¡Y yo aspirando en secreto a alcanzar la santidad! ¡Qué vida tan eterna! Y recordad, hijos honorarios de la noche, lo que he dicho sobre la telepatía: por muy útil que sea, no es lo ideal.

Cuando llegamos a la suite, abrí la puerta sin hacer ruido, sin destrozar los goznes, puesto que me proponía volver a cerrarla, y la escena en la que irrumpí con paso felino me dejó estupefacto.

¡Ah, qué criaturas habitan el jardín salvaje de la Tierra!

Los díscolos vampiros bailaban en la penumbra al son de una música muy intensa, el concierto para violín y orquesta de Bartók, que invadía la habitación al máximo volumen. Era una música triste, conmovedora, abrumadora, que exigía renunciar a todo lo barato y cutre, dotada de una apabullante majestuosidad.

Y aunque eran infinitamente más atractivos de lo que yo había supuesto, detrás de los dos vampiros vi a un grupo de niños mortales tumbados en el largo y mullido sofá tapizado de color burdeos, unos seres tarados, inconscientes, que los vampiros utilizaban evidentemente como víctimas de sangre.

Entramos los tres en la habitación y cerramos la puerta. Los insurrectos seguían bailando sin reparar en nuestra presencia, con todos los sentidos inmersos en el magnífico sonido y ritmo.

Presentaban un aspecto absolutamente espectacular: eran muy altos, con la piel tostada, el pelo ondulado y negro azabache largo hasta la cintura —ambos eran de origen semita o árabe—, las facciones pronunciadas, en especial sus magníficas bocas, y con una

gracia innata. Bailaban con los ojos cerrados al tiempo que sus rostros ovalados mostraban una profunda serenidad; movían y arqueaban exageradamente sus cuerpos, tarareando la música a través de los labios cerrados; de vez en cuando, el hombre, que a primera vista era casi indistinguible de la mujer, sacudía su inmenso velo de cabello y lo hacía girar rápidamente a su alrededor en un círculo.

Sus elegantes ropas de cuero negro, relucientes y unisex, consistían en unos pantalones ceñidos y un top sin mangas y escotado. Lucían pulseras de oro en la parte superior e inferior de sus brazos desnudos. De vez en cuando se abrazaban y luego se soltaban, y, de pronto, vimos que la mujer se inclinaba sobre el grupo de niños mortales, alcanzaba el cuerpo inerte de uno de ellos y se lo acercaba a los labios para succionarle la sangre.

Al ver esto Mona soltó un grito y los dos vampiros se detuvieron al instante y nos miraron atónitos. Sus ademanes eran tan parecidos, que daban la impresión de ser unos gigantescos autómatas activados por un sistema central. La mujer dejó caer al niño inconsciente sobre el sofá.

Sentí un pellizco en el corazón. Apenas podía respirar. La música, la triste, conmovedora y bellísima voz del violín invadía mi cerebro.

—Apágala. Quinn —dije, y apenas hube pronunciado estas palabras la música cesó. El salón se sumió en un estruendoso y vibrante silencio.

Los dos vampiros se abrazaron. Formaban una figura grotesca.

Tenían las cejas negras y exquisitamente arqueadas, los ojos hundidos y enmarcados por espesas pestañas. Eran árabes, sí, de las calles de Nueva York. Hermanos, de una familia de pequeños comerciantes, muy trabajadores, y habían sido creados a los dieciséis años. Ellos mismos me transmitieron esos actos, junto con un torrente de veneración hacia mí, un torrente de exuberante felicidad por el hecho de que yo hubiera «aparecido». ¡Dios mío, ayúdame! No me abandones, Juan Diego.

—No soñamos que llegaríamos a verte —dijo la mujer con un marcado acento; tenía una voz melodiosa, sensual y reverente—. Confiábamos y rogábamos poder verte, y aquí estás, en persona. —Separó sus hermosas manos y las extendió para tocarme.

—¿Por qué matáis a víctimas inocentes en mi ciudad? —murmuré—. ¿Dónde habéis conseguido a estos niños?

—Pero tú mismo has chupado la sangre de niños, según consta en las páginas de las Crónicas —dijo el hombre. Tenía el mismo acento que la mujer y un tono cortés, gentil—, ¡No

hacemos sino imitarte! ¿Que hemos hecho nosotros que no hayas hecho tú?

El pellizco en mi corazón se intensificó. Esos malditos hechos, esas malditas confesiones. ¡Dios, perdóname!

—Ya conocéis mi advertencia —dije—. Todos la conocen. Alejaos de Nueva Orleans. Nueva Orleans me pertenece a mí. ¿Quién no conoce esa advertencia?

—¡Pero hemos venido a adorarte! —dijo el hombre—. No es la primera vez que venimos. Tú nunca te habías opuesto. Eras una leyenda.

De pronto se dieron cuenta de su inmenso error. El hombre corrió hacia la puerta, pero Quinn lo agarró del brazo sin mayores problemas y le detuvo.

La mujer permaneció en el centro de la habitación, asustada, contemplándome con sus ojos negro azabache. Luego miró a Mona en silencio.

—No —dijo—, no puedes destruirnos, no lo harás. No puedes arrebatar nos nuestras almas inmortales, no lo harás. Eres nuestro sueño, nuestro modelo. No puedes hacernos esto. ¡Te lo suplico, seremos tus siervos, enséñanos todo lo que sabes! Jamás te desobedeceremos! Lo aprenderemos todo de ti,

—Ya conocéis la regla —respondí—. La habéis quebrantado. Creíais que podríais entrar y salir subrepticamente, dejando atrás vuestros pecados. ¿Y asesináis a niños en mi nombre? ¿En mi ciudad? Eso no lo habéis aprendido en las páginas de mis libros. No queráis echármelo en cara. —Me puse a temblar—. ¿Creéis que confesé lo que hice para que siguierais mi ejemplo? Mis faltas no eran una pauta para vuestras abominaciones. —¡Pero nosotros te adoramos! —exclamó el varón—. Venimos en peregrinación para verte. Haznos tuyos y nos llenarás de gracia, nos perfeccionarás.

—No puedo daros la absolución —contesté—. Estáis condenados. Se ha terminado.

Oí a Mona emitir un pequeño gemido y vi la angustia en el rostro de Quinn.

El cuerpo del hombre se tensó, tratando de soltarse. Pero Quinn le sujetó con una mano por la parte superior del brazo.

—Deja que nos vayamos —dijo el hombre—. Abandonaremos tu ciudad. Advertiremos a los otros que no vengan jamás. Daremos testimonios de lo que nos has dicho. Seremos tus benditos testigos. A todas partes que vayamos, diremos a los demás que te hemos visto, que hemos oído la advertencia de tus propios labios.

—Bebe —le dije a Quinn—. Bebe hasta que no quede ni una gota. Bebe como jamás lo has hecho.

—¡No te niego nada! —murmuró el hombre al tiempo que cerraba los ojos. Sus fuerzas le habían abandonado—. Soy tu fuente de amor.

Sin vacilar, Quinn apoyó la mano derecha sobre la tupida cabellera del hombre y le colocó la cabeza en la posición debida, girándola hasta dejar el cuello al descubierto; entonces cerró los ojos y le clavó los colmillos.

Mona observó fascinada y luego se volvió hacia la mujer. La sed había transformado el rostro de Mona. Parecía medio dormida, con los ojos fijos en la mujer.

—Tómala —dije.

La mujer miró a Mona sin pestañear.

—Eres muy bella —dijo la díscola vampiro con su pronunciado acento—, eres muy bella, y has venido para tomar mi sangre, yo te la doy, tómala. Pero déjame vivir eternamente. —Tras estas palabras abrió los brazos, esos brazos adornados con pulseras de oro, y movió los dedos indicándole a Mona que se acercara.

Mona se movió como en un trance. Abrazó el esbelto cuerpo de la mujer con el brazo izquierdo, le apartó el pelo del lado derecho de la cara, se inclinó ágilmente sobre ella y la tomó.

Observé a Mona. Siempre era un espectáculo contemplar a un vampiro alimentándose, a un ser de aspecto humano con los colmillos hundidos en la carne de otro, con los ojos cerrados como si estuviera profundamente dormido, sin que se oyera nada, sólo los estremecimientos y forcejeos de la víctima, sin que Mona moviera siquiera los dedos mientras bebía con avidez, saboreando la droga de la sangre.

Y así, con este siniestro sacramento, emprendió la senda del diablo, sin necesidad de que yo insistiera, dejándose llevar por su sed.

El hombre se desplomó a los pies de Quinn. Quinn estaba aturdido. Retrocedió unos pasos, trastabillando.

—Viene de muy lejos —murmuró Quinn—. Es un vampiro muy antiguo, de Jericó. ¿Te imaginas?, los creó, pero no les enseñó nada. ¿Qué voy a hacer con estas valiosas imágenes? ¿Qué voy a hacer con esta curiosa intimidad?

—Consérvalas —respondí—. Guárdalas donde conservas otros tesoros hasta que las necesites.

Avancé lentamente hacia él. Luego recogí a la víctima, dúctil y suave, del suelo y la transporté hasta el baño alicatado de la suite y una impresionante maravilla provista de una espaciosa bañera rodeada por unos escalones de mármol verde, y arrojé al

desdichado a la bañera, en la que cayó como una marioneta sin hilos, hundiéndose en ella en silencio. Tenía los ojos en blanco. Murmuraba unas palabras en su lengua nativa, mostrando sus piernas y brazos bronceados y destellos de oro, tendido sobre su inmensa cabellera.

Al regresar al salón vi a Mona con su víctima sobre el regazo. Luego Mona se inclinó hacia atrás y durante unos momentos tuve la impresión de que iba a desvanecerse también, y que ambas yacerían postradas en el suelo juntas, con sus respectivas cabelleras enredadas una en la otra. Pero al cabo de unos momentos Mona se incorporó y alzó a la mujer.

Yo le indiqué que se acercara.

Mona transportó a la mujer, como un hombre transportaría a una mujer, sosteniéndola con un brazo debajo de las rodillas y el otro alrededor de sus hombros. La larga melena negra de la mujer casi rozaba el suelo.

—Métela en la bañera, junto a su compañero —dije.

Mona la arrojó con gesto seguro, dejando que cayera en la bañera junto al hombre.

La mujer estaba en silencio, inconsciente, soñando.

—Su creador era muy viejo —murmuró Mona, como si no quisiera despertarlos—.

Vagaba a través de la eternidad. A veces se daba cuenta de quién y qué era. Otras, lo ignoraba. Creó a esos dos para que le hicieran de sirvientes. Tuvieron que aprenderlo todo por sí mismos. Eran muy crueles. Les complacía ser crueles. Estaban dispuestos a matar a los niños en la otra habitación. Los habrían dejado aquí.

—¿Quieres despedirte de ellos con un beso? —le pregunté.

—Los odio —respondió Mona con voz aletargada—. Pero ¿por qué son tan hermosos? ¿Por qué tienen un pelo tan maravilloso? Debieron de tener unas almas hermosas.

—¿Eso crees? ¿Lo crees de veras? Cuando le succionaste la sangre ¿no sentiste en ella el sabor de su libre albedrío? ¿No sentiste el sabor de unos profundos conocimientos modernos? ¿Y qué era la cumbre de su existencia sino destruir almas inocentes, bailar y escuchar buena música?

Quinn se acercó a Mona por detrás, interesado en oír lo que yo decía, y la abrazó. Mona arqueó las cejas y asintió con la cabeza.

—Observa lo que hago —dije—. Recuérdalo.

Activé el don del fuego utilizando todo mi inmenso poder. Ten misericordia, san Lestat. Durante unos segundos vi la silueta de los negros huesos de ambos devorados por las llamas; el calor me abrasaba el rostro, y en esos segundos, esos breves segundos, los huesos se movieron.

El fuego alcanzó el techo, lo chamuscó y luego remitió hasta desaparecer. No quedaba ni rastro de los huesos. Lo único que quedaba era un charco de grasa negra en la espaciosa bañera.

Mona contuvo el aliento. Tenía las mejillas arboladas por la sangre que había ingerido. Se adelantó y contempló la grasa negra y borboteante. Quinn estaba mudo y evidentemente horrorizado.

—¿Me harás esto cuando decida desaparecer? —preguntó Mona con voz ronca.

La miré escandalizado.

—No, muñeca —respondí—. No podría. Ni aunque mi vida dependiera de ello.

Volví a activar el fuego. Hice que penetrara en el residuo grasoso hasta que éste desapareció por completo.

Los altos y airosos bailarines de larga cabellera no volverían a bailar jamás.

Me sentí un poco mareado. Me replegué en mí mismo. Sentí náuseas. Me aparté de mi poder. Hice acopio de todas mis fuerzas para potenciar mi humanidad.

En el salón, con el talante amable de un humano, examiné a los niños. Eran cuatro, y además de chuparles la sangre les habían golpeado. Yacían unos encima de otros. Todos ellos estaban inconscientes, pero no detecté golpes en la cabeza, ni hemorragia alguna dentro de sus cráneos, ni tampoco daños permanentes. Los niños lucían shorts, camisetas y zapatillas deportivas. No mostraban ningún parecido familiar. Deduje que sus padres debían de estar deshechos en llanto. Todos sobrevivirían. Estaba convencido de ello.

Los pecados de mi pasado me atormentaban. Todos mis excesos se burlaban de mí.

Hice la llamada de rigor para pedir que alguien viniera a atender a los niños. Explicué al asombrado recepcionista lo que había encontrado.

Mona estaba en el pasillo, llorando. Quinn la abrazaba.

—Venga, iremos a mi apartamento —dije—. No ha sido perfecto, Quinn, tenías razón. Pero ya ha terminado.

—Pues a mí me ha parecido magnífico, Lestat —respondió Quinn con los ojos resplandecientes mientras conducía a la desconsolada Mona hacia el ascensor.

9

Tuvimos que arrastrar a Mona por las calles del Barrio Francés. Se enamoró de los colores creados por la gasolina en los charcos de lodo, de los muebles que exhibían los escaparates de las tiendas de Hurwitz y Mintz, de las sillas doradas con la tapicería raída y los pianos de cola cuadrados lacados expuestos en las tiendas de antigüedades, de los camiones parados con el motor en marcha que exhalaban un humo blanco por sus tubos de escape, de los risueños mortales que pasaban junto a nosotros en las estrechas aceras portando en brazos a bebés adorables que volvían sus cabecitas para mirarnos...

... De un viejo negro que tocaba el saxo tenor a cambio de dinero, que nosotros le dimos en abundancia, y de un vendedor de perritos calientes ataviado con un sombrero y al que Mona ya no podía comprarle un perrito caliente salvo para contemplarlo, olisquearlo y tirarlo al cubo de la basura, lo cual le proporcionó un enorme placer...

... Y, por supuesto, atrajimos la atención de todos los vendedores, de una forma muy poco vampírica, puesto que Quinn era más alto que todas las personas con quienes nos cruzamos y su rostro de porcelana era cuatro veces más atractivo, y el resto ya lo sabéis, y de vez en cuando Mona se apartaba de nosotros y echaba a correr como una loca, con su melena ondeando al viento, mientras la gente que paseaba indolentemente al atardecer se apartaba para cederle el paso como si Mona fuera un mensajero celestial, gracias a Dios, tras lo cual daba media vuelta y regresaba junto a nosotros...

... Danzando, dando taconazos como una bailarina de flamenco, dejando que la bata de plumas de avestruz se abriera, flotara unos instantes suspendida en el aire, y cayera, y ella se la ceñía de nuevo alrededor del cuerpo, llorando al ver su imagen reflejada en el escaparate de una tienda, y echando a correr por los callejones hasta que la agarrábamos y la custodiábamos negándonos a soltarla.

Cuando llegamos al apartamento que tengo en la ciudad les di doscientos dólares a mis dos guardaespaldas mortales, que se mostraron agradablemente sorprendidos, y cuando Quinn y yo echamos a andar a través del soportal, Mona nos dio esquinazo.

No nos percatamos hasta que llegamos al florido patio, y cuando me disponía a cantar las alabanzas de la antigua fuente que ostentaba un querubín y de las maravillas tropicales que crecían junto a mis adorados muros de ladrillo, presentí que Mona se había esfumado.

Debo decir que no era empresa fácil. Quizá yo sea incapaz de leer el pensamiento de esa niña, pero poseo los sentidos de un Dios, ¿o no?

—¡Debemos dar con ella! —exclamó Quinn, asumiendo al instante un talante superprotector.

—Tonterías —repliqué—. Ella sabe dónde estamos. Quiere estar sola. Déjala tranquila. Venga, subamos a mi apartamento. Estoy agotado. Debería haberme alimentado. Y ahora no tengo fuerzas para hacerlo, lo cual me coloca en una situación de lo más incómoda. Tengo que descansar.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Quinn mientras me seguía escaleras arriba—. ¿Y si Mona se mete en algún apuro?

—No te preocupes, sabe lo que se hace. Ya te lo he dicho. Tengo que relajarme. No se trata de egoísmo, hermanito. Esta noche he realizado el truco oscuro y me he olvidado de alimentarme. Estoy rendido.

—¿Estas seguro de que a Mona no le ocurrirá nada? —insistió Quinn—. No me di cuenta de que estabas cansado. Debí suponerlo. Iré en busca de ella.

—Nada de eso. Te quedarás conmigo.

El apartamento estaba vacío. No había seres sobrenaturales allí. Ni fantasmas. Habían limpiado y quitado el polvo del saloncito trasero ese mismo día y percibí el lejano perfume de la asistenta. También percibí el penetrante olor de su sangre. Por supuesto, yo jamás había visto a esa mujer. Venía de día, pero cumplía con su trabajo lo suficientemente bien para que yo le dejara unos billetes grandes. Me encanta dar dinero a la gente. Es el único motivo por el que lo llevo encima. Deposité un billete de cien dólares en el escritorio para la asistenta. En este piso tenemos escritorios en todas partes, pensé. Demasiados escritorios. ¿No hay un escritorio en cada alcoba? ¿A qué vienen tantos escritorios?

Quinn, que sólo había estado aquí una vez y en circunstancias muy lamentables, se sintió fascinado por los cuadros impresionistas, que eran realmente divinos. Pero fue el nuevo y ligeramente sombrío Gauguin el que me llamó la atención durante unos momentos. Lo había adquirido y me lo habían entregado hacía pocos días. Quinn también se fijó en él.

Me dirigí como de costumbre al salón delantero que daba a la calle, asomándome de paso a todas las alcobas, como si fuera necesario, para cerciorarme de que no había nadie en casa. El piso no contenía demasiados muebles, pero sí demasiados libros. Y, sin embargo, no suficientes cuadros. Era imprescindible colgar en el pasillo un Emile Nolde. ¿Cómo podía yo hacerme con un cuadro del expresionista alemán?

—Creo que debería ir en busca de Mona —dijo Quinn siguiéndome y contemplándolo todo con aire reverente, sin apartar a Mona de su mente, sin duda controlando cada movimiento de ésta.

El salón delantero. El piano. El piano había desaparecido. Tenía que decirles que compraran un piano. ¿No habíamos pasado frente a una tienda de antigüedades? Sentí de improviso el deseo de tocar el piano, de utilizar mis dotes vampíricas para darle a las teclas. El concierto de Bartók seguía rondándome por la cabeza, junto con la imagen de aquellos dos macabros bailarines acentuando la música.

¡Dadme todo lo humano!

—Creo que debo ir a por ella —dijo Quinn.

—Oye, mira, no me gusta hablar sobre las diferencias entre los sexos —respondí, dejándome caer en mi butaca orejera favorita, tapizada en terciopelo, y apoyando un pie en la silla situada delante del escritorio—, pero piensa que Mona está experimentando una libertad que tú y yo no apreciamos por ser hombres. Camina por la oscuridad sin

temor alguno, disfrutando como loca. Y quién sabe, es posible que quiera beber un poco más de sangre mortal y esté dispuesta a arriesgarse.

—Es un imán —dijo Quinn con tono quejumbroso. Se detuvo frente a la ventana, tirando ligeramente del visillo de encaje—. No sabe que la estoy siguiendo. No está muy lejos. Se lo está tomando con calma. Oigo los pensamientos que le rondan por la cabeza. Camina demasiado deprisa. Temo que alguien lo note...

—¿Por qué sufres, hermanito? —pregunté—. ¿Me odias por haberla transformado en una vampiro? ¿Hubieras preferido hacerlo tú?

Quinn se volvió y me miró como si yo le hubiera agarrado del brazo.

—No —respondió. Se apartó de la ventana y se sentó con gesto cansino en la butaca situada frente a mí, en diagonal, extendiendo sus largas piernas como si no supiera muy bien qué hacer con ellas—. De no haber venido tú yo lo habría intentado —confesó—. No habría podido verla morir. Al menos, eso creo. Pero tienes razón, sufro. No puedes dejarnos, Lestat. ¿Qué hacen esos guardaespaldas frente a la casa?

—¿He dicho yo que fuera a dejaros? —repliqué—. Contraté a esos guardaespaldas por si Stirling se presentaba aquí

—dije—. No creo que vuelva a aparecer otro miembro de Talamasca, pero si Stirling pudo entrar sin mayores problemas, también puede hacerlo otra persona.

(Pasemos a Talamasca: la orden de detectives clarividentes. No conocen sus orígenes. Su antigüedad se remonta a mil años, quizá más. Tienen archivos sobre todo tipo de fenómenos paranormales. Se comunican con las personas que poseen dotes telepáticas y que están solas. Conocen nuestra existencia.)

Quinn y yo habíamos visitado a Stirling en la casa de retiro de Talamasca en Oak Haven después del exorcismo de Goblin y la inmolación de Merrick Mayfair. Merrick Mayfair se había criado con los de Talamasca. Stirling tenía derecho a saber que Merrick había dejado de ser (suspiro) una de los no muertos. La casa de retiro consistía en un inmenso caserón cuadrado situado en una plantación junto a River Road, en las afueras de la ciudad,

Stirling Oliver no sólo había sido amigo de Quinn durante sus años mortales, sino también amigo de Merrick. Los de Talamasca sabían mucho más sobre todos los Mayfair de lo que sabían sobre mí.

Aunque le admiraba y me caía bien, no me complacía pensar ahora en Stirling. Era un hombre de unos sesenta y cinco años y estaba totalmente identificado con los nobles principios de la orden, la cual, pese a su pretendida secularidad, podía haber sido católica: sus rígidas normas impedían interferir en los asuntos del mundo o utilizar a personas o fuerzas sobrenaturales para alcanzar sus fines. De no haber sido tan fabulosa, misteriosa e innegablemente rica, probablemente yo habría sido un benefactor de la Talamasca.

(Yo también soy fabulosa, misteriosa e innegablemente rico, pero ¿a quién le importa?)

Me sentí obligado a ir a ver a Stirling en la casa de Oak Haven para explicarle lo ocurrido con Mona. Pero ¿por qué?

¡Por todos los santos! Stirling no era el papa Gregorio el Grande ni yo san Lestat. No tenía que confesarme por lo que

le había hecho a Mona, pero, sin embargo, era presa de atroces remordimientos, de una profunda congoja, porque sabía que todos mis poderes eran siniestros y todas mis dotes maléficas, y que por más que me disgustaran mis acciones no podían ser sino perversas.

Por lo demás, ¿no había informado anoche Stirling a Quinn de que Mona se estaba muriendo? ¿Qué significaba esa información? ¿Acaso no había tenido Stirling algo que ver con lo ocurrido? No. Quinn no le había dejado anoche para ir en busca de Mona.

Mona había regresado a Blackwood Manor por voluntad propia.

—Antes o después se lo explicaré todo a Stirling —murmuré—. Parece como si Stirling fuera a absolverme, pero no es así. —Miré a Quinn—. ¿Sigues oyéndola? Quinn asintió con la cabeza.

—Camina por las calles, fijándose en todo —respondió. Estaba distraído y las pupilas de sus ojos bailaban lentamente—. ¿Por qué tienes que decírselo a Stirling? —preguntó—. Stirling no puede contárselo a los Mayfair. ¿Qué necesidad tienes de abrumarlo revelándole ese secreto? —Quinn se inclinó hacia delante en la butaca y añadió—: Ahora atraviesa Jackson Square. La sigue un hombre. Y ella se ha percatado. Sabe lo que ese hombre desea. Le ha atraído aposta. No cabe duda de que le está sacando mucho partido a los zapatos de tacón de tía Queen.

—Deja de espiarla —dije—. Lo digo en serio. Deja que te cuente algo sobre tu jovencita. No tardará en presentarse ante los Mayfair. Nada podrá detenerla. Quiere averiguar ciertas cosas de boca de los Mayfair. Lo intuí cuando...

La habitación estaba desierta. Quinn había desaparecido. Yo hablaba con los muebles. En éstas oí abrir y cerrarse rápidamente la puerta trasera.

Estiré las piernas, me arrellané en la butaca, apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos.

Me sumí en un estado de duermevela. ¿Por qué demonios no me había alimentado? Por supuesto, no necesitaba alimentarme cada noche ni siquiera cada mes, pero cuando uno realiza el truco oscuro, sea quien sea, luego tiene que alimentarse, porque pone en ello todas sus fuerzas. Todo es pura vanidad. Todo cuanto existe bajo el sol y la luna es pura vanidad.

Cuando había bajado para enfrentarme con Rowan Mayfair ya me encontraba muy débil, ése era el problema, ése era el motivo por el que estuviera obsesionado con esa criatura.

Alguien me quitó bruscamente el pie de la silla del escritorio. Oí una estruendosa carcajada femenina, las risas de docenas de personas. Percibí un denso humo de puros. El sonido de cristal al romperse. Abrí los ojos. ¡El piso estaba abarrotado de gente! Los dos ventanales que daban a la terraza delantera estaban abiertos y todo estaba lleno mujeres ataviadas con vestidos largos y escotados, bordados con pedrería, y de hombres vestidos con elegantes esmoquines negros con relucientes solapas de satén. Las voces y las risas eran ensordecedoras, pero ¿para quién? Ante mis ojos pasó una bandeja transportada por un camarero de chaqueta blanca que por poco tropieza con mis piernas, y, sentada sobre el escritorio, vi a una niña, una niña sonrosada, muy bonita, de unos siete u ocho años, deliciosa, una princesita, que me miraba fijamente con sus ojos azules y perspicaces.

—Lo siento, cielo, lamento decírtelo pero estás en nuestro mundo. ¡Nos hemos apoderado de ti! —Fingía un acento inglés. Lucía un traje marinero blanco ribeteado de azul, unos calcetines blancos hasta la rodilla y unos zapatos negros de charol. Encogió las piernas—. Lestat —dijo riendo y señalándome.

Luego el tío Julien se sentó en la silla del escritorio, frente a mí, vestido para la ocasión: traje de etiqueta con pajarita blanca, puños blancos, pelo blanco. La gente se agolpó a su alrededor y alguien gritó desde la terraza.

—La niña tiene razón, Lestat —dijo el tío Julien en un francés impecable—, ahora te tenemos en nuestro mundo. Debo decir que tienes un apartamento divino; admiro los cuadros que acaban de enviarte de París. Se nota que tus amigos y tú sois muy listos, y los muebles también me gustan mucho, has llenado cada rincón con muebles y objetos decorativos, pero todos de un gusto exquisito.

—Creí que estabais furiosos con él, tío Julien —dijo la niña en inglés.

—Y lo estamos, Stella —respondió el tío Julien en francés—, pero ésta es la casa de Lestat, y estemos o no furiosos con él, ante todo somos Mayfair y los Mayfair nunca perdemos la educación.

Al oír eso la pequeña Stella estalló en carcajadas. A continuación la niña de suaves mejillas —con su traje marinero, sus calcetines y sus zapatos lustrosos— recobró la compostura, saltó del escritorio y, plaf, aterrizó sobre mis rodillas.

—Me alegro mucho —dijo—, porque eres un solete. ¿No crees, tío Julien, que es demasiado hermoso para ser un hombre? Sí, ya sé que te disgusta el tema de los sexos, Lestat...

—¡Basta! —grité, emanando un poder electrizante y purificador que alcanzó las paredes de la estancia.

Se hizo un silencio sepulcral.

Vi a Mona, mirándome con los ojos como platos, despojada de su bata, mostrando su piel sedosa, y a Quinn junto a ella, con una honda preocupación pintada en el rostro.

—¿Qué ocurre, Lestat? —preguntó Mona.

Me levanté y salí trastabillando al pasillo. ¿Por qué caminaba así? Me volví para mirar la habitación. Habían movido ligeramente los muebles de sitio. ¡Todo estaba desordenado! ¡Las puertas de la terraza estaban abiertas!

—Fijaos en el humo —murmuré.

—El humo de los puros —respondió Quinn con tono inquisitivo.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Mona de nuevo. Se acercó a mí, me abrazó y me besó en la mejilla. Yo la besé en la frente y le aparté un mechón de pelo.

No respondí.

No les quise explicar nada. ¿Por qué?

Les mostré el dormitorio con la ventana cegada y pintada de forma que parecía una ventana. Les mostré el revestimiento de acero de la puerta y la cerradura. Les hablé sobre los centinelas humanos que montarían guardia las veinticuatro horas. Les dije que debían correr las cortinas que había alrededor del lecho y dormir abrazados. Les aseguré que en la estancia no penetraría un rayo de sol, ningún ser mortal ni inmortal, que nada les molestaría. Podían hablar, desde luego. Y pasearse por la habitación. Pero no debían espiar a los Mayfair. No debían tratar de averiguar ningún secreto, ni buscar a una hija perdida, aún no. Ni regresar a Blackwood Manor. Les dije que me reuniría con ellos al día siguiente al anochecer.

Yo también tenía que marcharme.

Tenía que salir de aquí. Tenía que salir de allí. Tenía que salir de donde fuera.

El campo.

Cerca de la casa de retiro de Talamasca.

El lejano rumor de los camiones que circulan por River Road. El olor del río. El olor de

la hierba. Eché a caminar sobre la húmeda hierba.

Un campo tachonado de robles. Una casa de madera pintada de blanco en estado ruinoso —como tantas casas en Luisiana—, cuyos muros combados y su tejado hundido se abrazan sostenidos por las parras.

Seguí caminando.

Me volví bruscamente.

Y entonces le vi. Un fantasma en tecnicolor, con su levita negra, caminando al igual que yo a través de la hierba, arrojando su copa de champán, dirigiéndose hacia mí. De pronto se detuvo. Yo me arrojé sobre él y le agarré antes de que se esfumara, le agarré por el cuello, clavándole los dedos en su carne pretendidamente invisible, sujetándole con fuerza, lastimando a aquel ser supuestamente inmaterial. ¡Ya te tengo! ¡Mírame, insolente fantasma!

—¿Crees que puedes atormentarme? —le espeté—. ¿Te crees capacitado para ello?
—¡Por supuesto! —contestó en inglés, con tono socarrón—. ¡Tú te llevaste a mi niña, a mi Mona! —dijo tratando de soltarse—. Sabías que yo la estaba esperando. Debiste dejar que se reuniera conmigo.

—¿De qué disparatado y semiiluminado más allá provienes? —pregunté—. ¿Qué absurdas promesas místicas ofreces?
Venga, hombre, suéltalo ya, ¿qué Otro Lado pregonas, cuantos ángeles ectoplásmicos están de tu lado? ¡Muéstrame las esplendorosas imágenes de tu célebre, fabuloso, ridículo, autocreado y auto suficiente plano astral! ¿Adonde diablos pensabas llevártela?; Pretendes decirme que un Señor del Universo te había encomendado que llevaras a las niñas al cielo?

De pronto me di cuenta de que no estaba sujetando nada.
Estaba solo.

Hacía una temperatura dulcemente tibia, la vibración de los distantes camiones apenas alteraba la quietud y la luz parpadeante de los faros prestaba belleza a la escena.

¿Quién añoraba el profundo silencio de siglos pasados?

¿Quién añoraba la profunda oscuridad de las noches anteriores a la luz eléctrica? Yo no.

Cuando llegué al retiro de Talamasca vi a Stirling en la terraza. Su pelo canoso estaba alborotado, llevaba un pijama de algodón, una bata anudada con un cordón a la cintura e iba descalzo. Un mortal no le habría descubierto en la sombra, aguardando. Observé su rostro lleno de empatía, su aire vigilante, paciente, célibe.

—La he convertido en una de los nuestros —dije.

—Lo sé —contestó.

—He besado a Rowan Mayfair.

—¿Qué? —preguntó Stirling.

—Los fantasmas de los Mayfair me persiguen.

Stirling no respondió; se limitó a emitir un breve gruñido y me miró con evidente perplejidad.

Escudriñé la casa de retiro. Estaba desierta. En las dependencias anejas al edificio había una sirvienta y una postulante escribiendo en un cuaderno a la luz de un flexo. La vi en la imagen que esta tenía de sí. Sentí deseos de poseerla. No tenía la menor intención de succionarle la sangre. Qué idea tan disparatada. Eso estaba totalmente prohibido.

—Dame un dormitorio —dije—. Un dormitorio con las ventanas cubiertas por unas gruesas cortinas.

—Desde luego —respondió Stirling.

—De modo que los de Talamasca estáis dispuestos de nuevo a contar con mi honor.

—¿Es que no se puede contar con él?

Le seguí hasta el vestíbulo y subimos por la amplia escalinata. Qué curioso era ser el huésped de Stirling, pisar esa alfombra de lana como si fuera un mortal. Dormir bajo un techo que no era mío. A poco que me descuidara acabaría durmiendo en Blackwood Farm. La situación podía salirse de madre. Por favor, no dejes que eso suceda.

Entramos en la fragante y acogedora alcoba repleta de los inevitables detalles. Piñas esculpidas en las cuatro columnas de la cama, el dosel forrado de un encaje hecho a mano a través del cual se veían las leves manchas de humedad en el techo, la entrañable e inefable colcha de retales formada por volutas, círculos y colores vivos, las pantallas de pergamino, las motas oscuras en los espejos antiguos, los escabeles forrados de punto de cruz.

—¿Qué fantasmas Mayfair te persiguen? —preguntó Stirling con voz queda y talante respetuoso—. ¿Qué has visto? —Como no respondí, insistió—: ¿Qué han hecho?

—Hace tiempo Mona dio a luz a una hija —murmuré. Sí, Stirling estaba al corriente—. Pero ¿no puedes decirme lo que sabes?

—No —contestó.

—Quiere hallar a su hija —dije.

—Ya —respondió Stirling educadamente. Tenía miedo.

—Buenas noches —dije dirigiéndome hacia la cama.

Stirling se marchó. Pero conocía el nombre de la niña. Yo había logrado sonsacárselo. Conocía su nombre y su naturaleza, pero no estaba dispuesto a decírmelo.

10

Cuando abrí los ojos me percaté de que Rowan Mayfair estaba en la casa de retiro. Noté su pesadez. Estaba acompañada por alguien que la amaba, alguien que la conocía bien. Una presencia aún más pesada que la suya. Y Stirling estaba aterrorizado.

Me acerqué a la ventana que daba a la fachada y descorrí las cortinas de terciopelo. El cielo mostraba un color escarlata sobre el lejano dique. Las ramas de los robles invadían la parte superior de mi campo visual. No habría tenido mayores dificultades en abrir la ventana, salir al porche y desaparecer sigilosamente de ese lugar.

Pero no lo haría. ¿Por qué iba a renunciar a la oportunidad de verla de nuevo? No había ningún mal en que la viera. Quizá lograra averiguar la fuente del poder que ella ejercía sobre mí. Quizá pudiera neutralizarlo. Y, en cualquier caso, podría ofrecerles algunas disertaciones sobre Mona.

Me detuve frente al espejo antiguo que colgaba sobre el tocador para peinarme. Mi levita negra me favorecía mucho. Al igual que el cuello y los puños de encaje. Sabía que ahí había un punto de vanidad. ¿Y qué? ¿He dicho alguna vez que no fuera vanidoso? He elevado la vanidad a un nivel poético. He transmutado la vanidad en un elemento espiritual.

Mi cuerpo se había recuperado del esfuerzo de conferir el don oscuro, pero tenía mucha sed, aunque era más un deseo

que una necesidad física. ¿Debido quizás a esa mujer? ¡Por supuesto que no! Cuando bajara a la planta baja comprobaría que esa mujer no era más que una mujer normal y corriente y recuperaría el juicio. ¡Al mal tiempo buena cara!

Me detuve para escudriñar Nueva Orleans en busca del par de tortolitos. Acababan de despertarse y habían abandonado su nido de almohadones de terciopelo. El larguirucho Quinn todavía estaba grogui, pero la bulliciosa Mona ya se estaba paseando por la habitación. Contemplaba los cuadros, envuelta en su vistosa bata adornada con plumas de avestruz. Un excelente augurio para los próximos cien años.

De pronto se pusieron a conversar en rápidos torrentes y fragmentos de historias personales y profesiones de amor. ¿Vamos a cazar para alimentarnos ahora o más tarde? Un pequeño sorbo o algo serio. ¿Dónde estaba el jefe? Transmití un mensaje rápido y silencioso a Quinn.

Eh, hermanito, de momento el maestro eres tú. El nombre de la lección es «pequeño sorbo». Me reuniré con vosotros dentro de unos momentos.

Salí al pasillo de la casa de retiro. Los candelabros de la pared ya estaban encendidos y unas fragantes flores amarillas y rojas adornaban las mesas de media luna. Bajé lentamente la escalera. San Juan Diego, te ruego que protejas de mí a los Mayfair.

Oí el rumor de una agitada conversación entre mortales en la planta baja. Percibí un penetrante olor a sangre mortal. Me preocupaba la Mona mortal. Stirling se esforzaba en ocultar la pesadumbre que atenazaba su corazón, pero seguía intensamente acongojado. Para ser un digno miembro de Talamasca se requieren las aptitudes de un cura y un abogado.

Las voces provenían de un invernadero situado en la parte posterior de la casa, contiguo al comedor, en el lado derecho.

Me encaminé hacia allí. De las paredes colgaban unos Rembrandt auténticos. Y un Vermeer. Me detuve a contemplarlos. Las sienas me latían. Los Mayfair, sí, de nuevo me

enfrentaba a esos brujos. ¿Qué necesidad tenía de caer en esa trampa? Nada ni nadie habría podido detenerme.

La decoración del comedor era imponente, aunque no exenta de encanto. Vi los restos de una reciente y succulenta comida en la larga mesa de granito negro, cubierta con un mantel de lino sobre el que reposaban unos cubiertos antiguos de plata maciza. Me detuve para examinarlos.

Vislumbré a Julien al otro lado de la estancia, vestido con su traje gris de a diario, mirándome con sus ojos negros. Pero ¿no eran grises?

—¿Has descansado? —me preguntó, y acto seguido desapareció. Yo contuve el aliento. Eres un fantasma cobardica. Incapaz de mantener una conversación prolongada. Te desprecio.

Stirling me llamó.

Me encaminé hacia la puerta de doble hoja del fondo de la estancia.

El pequeño invernadero era octogonal, de estilo victoriano. Todo estaba pintado de blanco, los muebles eran de mimbre, también blanco, y el suelo de baldosas rosas. Se accedía a él bajando tres escalones.

Los tres estaban sentados en torno a una mesa de mimbre con la superficie de cristal; el ambiente era mucho más alegre que el del comedor, había velas encendidas entre las incontables macetas. Observé a través de las paredes y el techo de cristal que el cielo había empezado a oscurecerse.

Era un lugar maravilloso, que olía a sangre y a flores. Percibí el olor a cera quemada.

Los tres mortales, sentados cómodamente en unas butacas de mimbre, rodeados por magníficas plantas tropicales, sabían que me dirigía hacia allí. La conversación cesó.

Los tres me observaron con una expresión entre educada y recelosa.

Acto seguido los dos hombres se pusieron en pie como si yo fuera el príncipe heredero de Inglaterra. Stirling, que era uno de ellos, me presentó a Rowan Mayfair como si yo no la hubiera visto nunca, y a Michael Curry.

—El marido de Rowan —dijo indicándome que me sentara en la butaca de mimbre que estaba vacía. Yo obedecí.

Rowan me pareció inmediata y espontáneamente bellísima, pálida y esbelta, con un vestido de seda gris de falda bastante corta, y unos zapatos de tacón alto de cuero. Al verla sentí de nuevo un escalofrío; mejor dicho, me sentí desfallecer. Me pregunté si sabía que su vestido era del mismo color que sus ojos y las hebras plateadas de su cabello. Emanaba un intenso poder interior.

Stirling lucía una vieja chaqueta de lino blanca, unos vaqueros azules desteñidos y una camisa de color amarillo pálido con el cuello desabrochado. Escruté rápidamente la chaqueta de lino. Había pertenecido a alguien que había muerto de viejo. Alguien que la había lucido en los Mares del Sur. Había permanecido durante años en un baúl y Stirling la había descubierto y se había enamorado de ella.

Miré a Michael Curry. Era sencillamente uno de los mortales más atractivos que he tratado de describir jamás.

En primer lugar, reaccionaba poderosamente a mis evidentes atributos físicos sin ser consciente de esa vertiente de sí mismo, una actitud que siempre me confunde y excita, y, en segundo lugar, poseía los mismos atributos que Quinn —el pelo negro y rizado y unos ojos de un azul intenso—, pero era más corpulento, más fuerte y físicamente más

acogedor. Por supuesto, era mucho mayor que Quinn. Y mucho mayor que Rowan. Pero la edad carece de importancia para mí. Me pareció irresistible. A diferencia de Quinn, cuyas facciones eran elegantes, Michael Curry las tenía grandes y casi grecorromanas. Las canas que le iluminaban las sienes me enloquecieron. El color tostado de su piel era fabuloso. Y no digamos su afable sonrisa.

No recuerdo cómo iba vestido. Ah, sí, el terno de lino blanco de rigor en Nueva Orleans.

Una sombra de sospecha. La capté de Michael y Rowan. Y comprendí que Michael era un brujo tan potente como ella, aunque en un estilo muy distinto. También comprendí que

había matado. Rowan lo había hecho con la fuerza de su mente. Michael lo había hecho con la fuerza de sus puños. Tuve la sensación de que iban a filtrarse otros valiosos secretos a través de su mirada, cuando de improviso cerró su mente a mi escrutinio con tanta habilidad como naturalidad. Y empezó a hablar.

—Te vi en el funeral de la señorita McQueen —dijo con un acento irlandés de Nueva Orleans—. Estabas con Quinn y Merrick Mayfair. Eres amigo de Quinn. Tienes un nombre precioso. Fue un funeral magnífico, ¿no crees?

—Sí —respondí—. Conocí a Rowan ayer en Blackwood Manor. Tengo que daros una noticia. Mona está bien, pero no quiere regresar a casa.

—Eso es imposible —se apresuró a decir Rowan—. Es imposible.

Estaba exhausta. Llevaba mucho tiempo llorando y preocupándose por Mona. Delante de ese hombre no me atreví a atraerla hacia mí, como había hecho el día anterior. Sentí de nuevo un escalofrío. Tuve una disparatada visión de que la tomaba en mis brazos y me la llevaba de allí, oprimiendo mis colmillos sobre su suave cuello, apoderándome de su sangre, sintiendo que todas las cámaras de su alma se rendían ante mí. Pero la borré de mi mente. Michael Curry me observaba, pero pensaba en Mona.

—Me alegro por Mona —dijo, apoyando la mano en el brazo de la butaca de mimbre que ocupaba Rowan—. Mona está donde desea estar. Quinn es fuerte. Siempre lo ha sido. Con dieciocho años, ese chico ya tenía la desenvoltura de un hombre adulto. — Michael soltó una breve carcajada—. Siempre ha deseado casarse con Mona, desde el día en que la conoció.

—Mona está mejor —insistí—. Juré que si os necesitaba, os lo comunicaría —dije mirando a Rowan—. Y lo haré. Se siente feliz con Quinn.

—Ya lo supuse —dijo Rowan—, pero Mona no puede sobrevivir sin someterse a diálisis.

No respondí. No sabía que era eso de la diálisis. Había oído la palabra, pero no sabía lo suficiente sobre ello como para salirme del apuro.

Julien estaba situado a espaldas de Rowan, detrás de un ramo de flores que asomaba sobre su hombro, esbozando una sonrisa irónica y gozando visiblemente con mi turbación.

Sentí un pequeño sobresalto cuando mi mirada se cruzó con la suya. De pronto, Michael Curry se volvió y miró hacia donde se hallaba Julien, pero éste se desvaneció de inmediato. Aja.. De modo que el mortal ve fantasmas. Rowan no se inmutó. Me observaba atentamente.

—¿Quién es Stella? —pregunté mirando de nuevo a Rowan a los ojos. Mi única esperanza era conseguir que siguiera hablando. Rowan contempló mi mano, y eso me dio mala espina.

—¿Stella? ¿Te refieres a Stella Mayfair? —preguntó Rowan con voz grave y sensual aun sin pretenderlo. Tenía unas décimas de fiebre. Necesitaba dormir en una habitación

fresca. Capté un involuntario atisbo de la congoja que sentía, de los secretos que albergaba—. ¿Qué quieres saber sobre Stella Mayfair?

Stirling experimentaba una profunda turbación. Se sentía como un chivato, pero yo no podía hacer nada para remediarlo. De modo que él era el confidente de la familia. Debí suponerlo.

—Es una niña —dije— que llama a la gente «cielo» y tiene el pelo negro y ondulado. Imagínatela vestida con un traje marinero ribeteado de azul, con calcetines hasta la rodilla y zapatos de charol. ¿Te suena?

Michael Curry soltó una jovial carcajada. Yo le miré.

—Has descrito a Stella Mayfair, no cabe duda. En cierta ocasión Julien Mayfair, que era uno de los mentores de los Mayfair, me contó una anécdota referente a un día que llevó a Stella al centro de la ciudad, a Stella y a su hermano Lionel Mayfair (que es quien disparó contra Stella y la mató), y según su relato Stella lucía un traje marinero y unos zapatos de

charol. El tío Julien la describió así. Al menos eso creo. No, no la describió, pero yo la visualicé así. Sí, vi a Stella vestida de esa forma. ¿Por qué lo preguntas? Por supuesto, no me refiero al Julien vivo. Pero ésa es otra historia.

—Ya lo sé. Te refieres a su fantasma —contesté—. Pero tengo una curiosidad. No pretendo ofender a nadie, pero ¿qué tipo de fantasma era Julien? ¿Lo sabes? ¿Era bueno o malo?

—Caray, qué pregunta tan difícil —respondió Michael—. Todo el mundo idolatra al tío Julien. Todo el mundo da por sentada su bondad.

—Sé que Quinn vio al fantasma del tío Julien —proseguí—. Me lo dijo el propio Quinn. Había venido a ver a Rowan y a Mona, y el tío Julien le abrió la puerta de la mansión de First Street, o como se llame, y Quinn conversó durante largo rato con el tío Julien. Tomaron chocolate caliente. Se sentaron en el jardín posterior. Como es natural, Quinn creyó que el tío Julien estaba vivo, pero luego vosotros lo encontrasteis allí solo y no había ni rastro de su taza de chocolate caliente. Aunque la ausencia de una taza de chocolate caliente no significaba nada metafísicamente, claro está.

Michael se rió.

—Así es. El tío Julien es muy aficionado a las conversaciones prolongadas. Se superó a sí mismo con lo del chocolate caliente. Pero un fantasma no puede hacer esas cosas a menos que le proporciones la fuerza para hacerlo. Quinn es un médium nato. El tío Julien le estaba poniendo a prueba. —De improviso, la jovialidad de Michael dio paso a la tristeza—. Ahora, cuando llegue el momento, para Mona, quiero decir, el tío Julien aparecerá y se la llevará al otro lado.

—¿Eso crees? —pregunté—. ¿Crees en el otro lado?

—¿Tú no? —inquirió Michael—. ¿De dónde crees que proviene el tío Julien? Te aseguro que he visto demasiados fantasmas para no creer en ello. Tienen que provenir de algún sitio, ¿no?

—No lo sé —respondí—. No acabo de entender la conducta de los fantasmas. Ni la de los auténticos ángeles. No

digo que no exista un más allá. Sólo digo que esas entidades que bajan a la Tierra para entrometerse benéficamente en nuestros asuntos están chaladas —afirmé con vehemencia—. Ni tú mismo estás seguro del tema.

—¿Has visto a algún ángel? —preguntó Michael.

—Digamos que aseguraba ser un ángel —respondí.

Rowan me repasó de pies a cabeza lenta y groseramente. Le tenía sin cuidado lo que yo preguntara sobre Julien o lo que Michael dijera. Revivía aquel espantoso momento en que había entrado en la habitación del hospital en la cámara mortuoria, portando la

muerte, y Mona se había asustado. Mientras revivía aquel momento me observaba detenidamente. ¿Por qué no podía yo abrazarla durante unos instantes, consolarla, desaparecer con ella en una de las alcobas del piso superior, destruir esa casa, volar con ella a otra parte del mundo, construir para ella un palacio en la selva amazónica?

—¿Por qué no lo intentas? —preguntó el tío Julien. Se hallaba de nuevo detrás de Rowan, con los brazos cruzados, mirándome despectivamente, pero sin perder un ápice de su encanto—. Nada te complacería más que apoderarte de ella. ¡Menudo trofeo!

—¡Haz el favor de irte al infierno! —dije. Y a mí mismo: «ponte las pilas».

—¿Con quién hablas? —me preguntó Michael volviéndose de nuevo en su silla—.

¿Qué has visto?

Julien desapareció.

—¿Por qué preguntas por Stella? —murmuró Rowan sin apenas pensar en ello. Pensaba sólo en Mona y en mí, y en aquel terrible momento, Observaba mi pelo y la forma en que se ondulaba, y los reflejos que le arrancaba el resplandor de las velas. Y luego pensó en el dolor que le causaba Mona, a la que por poco había matado.

Michael se quedó ensimismado, como si no hubiera nadie más en la habitación.

Presentaba cierto aire desvalido. Stirling me observó con expresión furiosa. ¿Y a mí qué?

Estaba claro que Michael era más franco que Rowan, más inocente en un sentido convencional. Una mujer como Rowan necesitaba un marido como Michael. De haber sabido Michael que yo había besado apasionadamente a Rowan el día anterior, se habría sentido herido. Rowan no se lo había dicho. Ni siquiera Michael habría podido encajar ese golpe. Cuando una mujer de esa edad permite que la beses de esa forma, significa algo muy distinto que cuando lo hace una mujer joven. Hasta yo sabía eso, aunque no fuera humano.

—Es difícil adivinar cómo es Julien —dijo Michael, saliendo de pronto de su mutismo—. Comete errores, a veces errores garrafales.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—En cierta ocasión, Julien apareció para ayudarme, sí, creo que ésa era su intención —respondió Michael—. Pero no dio resultado. Provocó un desastre. Su intervención fue desastrosa. Claro que él no podía saberlo. Supongo que esto es lo que trato de decir, que los fantasmas no saben nada. Según Mona, un fantasma sólo sabe lo que le incumbe, ¿comprendes? Supongo que tiene razón, pero creo que hay algo más. En cualquier caso, no hables de esto con Mona. No se te ocurra hacerle estas preguntas. Yo no... Julien cometió un error tremendo.

Eso era fascinante. De modo que ese tipo tan distinguido y encantador a veces metía la pata. Mi tesis era correcta. ¿Por qué no apareces ahora para que me pueda reír de ti, so idiota?

Por más que me esforcé en adivinar los pensamientos que encerraban las palabras de Michael, no lo conseguí. Esos Mayfair poseían unas aptitudes endiabladamente potentes. Puede que Michael no estuviera tan desvalido como yo había supuesto, puede que fuera tan fuerte que no necesitaba erigir barreras protectoras.

Miré a Rowan, que seguía observando mi mano. ¿Cómo no iba a fijarse en el fulgor de mis uñas? Todos los vampiros tienen las uñas brillantes. Las mías parecen cristal.

Rowan extendió la mano, pero enseguida la retiró.

Tenía que apresurarme a salvar la situación.

—¿Que clase de error cometió Julien? —pregunté.

—Creo que existe una fotografía de la pequeña Stella con un traje marinero —contestó Michael, enfrascándose de nuevo en sus pensamientos. No había notado nada anómalo

en mí. Pasaba de sumirse en sus reflexiones a mirarme directamente a los ojos—. Sí, estoy seguro de que existe.

—¿Dices que a Stella la mató su hermano? —pregunté—

—Stella era ya una mujer —respondió Michael con expresión abstraída—. Había dado a luz a Antha. Antha tenía seis años a la sazón. Stella estuvo a punto de fugarse con un hombre de Talamasca. Quería huir de la familia y del fantasma familiar. Stirling conoce bien esa historia. —De pronto Michael me miró sobresaltado—. Pero no le preguntes nada de esto a Mona. No le digas una palabra al respecto.

—No le diré a Mona una palabra —respondí.

Rowan intuía ciertas cosas en mí, intuía que los latidos de mi corazón eran demasiado lentos para un mortal. Intuía cosas sobre la forma en que la luz de las velas se reflejaba en mi rostro.

—Te diré lo que creo que ocurrió —dijo Michael—. Cuando vienen para llevar a cabo alguna tarea, dejan atrás la salvación total.

—Te refieres a los fantasmas —dije.

—¿De qué estamos hablando? —inquirió Stirling.

—Por supuesto, de la salvación total —murmuré. Sonreí de gozo—. Naturalmente, no tienen más remedio que hacerlo. De lo contrario, cada aparición espectral se convertiría en una teofanía. —Recordé el momento en que anoche había agarrado a Julien por el cuello, formulándole furioso un montón de preguntas que parecían acusaciones. Julien no sabía nada sobre la salvación total. Eso yo ya lo había deducido. Sabía que al descender a la Tierra en mi fantasía como san Lestat había tenido que dejar atrás ciertos conocimientos celestiales.

—Yo no me fiaría de ningún fantasma —dijo Michael—, En eso llevas razón. Pero Julien trata de hacer el bien. Cuando aparece lo hace para ayudar a la familia. Pero...

—Pero ¿qué? —pregunté.

—¿Por que nos hiciste esa pregunta sobre Stella? —inquino Rowan. Tenía una voz melodiosa pero al mismo tiempo áspera—. ¿Dónde viste a Stella? —insistió alzando la voz—. ¿Qué sabes sobre Stella?

—No pretenderás insinuar que los fantasmas ya han aparecido en busca de Mona —terció Michael—. Supongo que sabes lo que eso significa. ¿No crees que deberíamos estar allí, por si nos necesita?

—No, no han aparecido en busca de Mona —contesté—. Ella misma nos lo dirá cuando ocurra. Estoy seguro. —Pero lo dije sin demasiado convencimiento. Lo cierto era que habían tratado de llegar a ella, en una especie de juego macabro, ¿o era mi alma la que querían? Me levanté y dije—: Prometo informaros en cuanto Mona os necesite.

—No te vayas —dijo Rowan furiosa, pero en voz baja.

—¿Para qué, para que puedas seguir escrutándome? —repliqué. Estaba temblando de nuevo. No sabía lo que me decía—. ¿Quieres que te de una muestra de mí sangre? ¿Por eso me observas tan insistentemente?

—Ten cuidado, Lestat —dijo Stirling.

—¿Para qué iba a querer una muestra de tu sangre? —preguntó Rowan examinándome de pies a cabeza—. ¿Acaso quieres que te analice? —inquirió fríamente—. ¿Quieres que te haga algunas preguntas sobre tu persona? ¿Quién eres y de dónde vienes? Tengo la sensación de que te gustaría. Tengo la sensación de que te encantaría que tomara una muestra de tu piel, tu pelo, tu sangre y todo cuanto pudieras darme. Lo veo con toda claridad —dijo dándose un golpecito en la sien.

—¿De veras? —repliqué—. ¿Y harías todos esos análisis en un laboratorio secreto del Hospital Mayfair? —pregunté. El corazón me latía con fuerza. El cerebro me giraba a mil revoluciones por segundo—. Eres un genio de la medicina, ¿no es así? Eso es lo que

veo detrás de esos ojos grises, esos enormes ojos grises. No una cirujana o una oncóloga normal y corriente, no... —Me detuve. ¿Qué estaba haciendo?

Julien se echo a reír.

—Sí, esa mujer es genial. Sigúele el juego. —Julien estaba junto a la puerta trasera del invernadero, en la sombra, riendo a mandíbula batiente—. No puedes compararte con ella, mi impertinente amigo. Es capaz de construir un cubículo de cristal para ti. En este siglo se han descubierto unos materiales increíbles. Incluso una persona tan exótica como tú...

—Cierra la boca, imbécil —murmuré en francés—. Tengo la impresión de que eres mucho más torpe de lo que imaginas. ¿Cuál fue el desastroso error que cometiste? Anda, dímelo.

—¿Estás hablando con Julien? —preguntó Michael mirando hacia donde éste había estado. Pero ya había desaparecido.

—¡Cobarde asqueroso! —exclamé en francés—. Se ha esfumado. No quiere que nadie más le vea.

—Vamos, Lestat —dijo Stirling tirándome del brazo—. Debes marcharte. Mona te espera.

Rowan no se había vuelto una sola vez para mirar al fantasma. Estaba furiosa. Se puso en pie. Sentí de nuevo un empujón, como si hubiera apoyado ambas manos sobre mi pecho. Pero su rostro irradiaba una compleja angustia que ni siquiera su furia podía ocultar.

—¿Dónde está Mona? —inquirió. Su voz ronca nunca me había impresionado tanto—.

¿Crees que no sé que tú te la llevaste de Blackwood Manor? Fui allí a primera hora de la mañana, en cuanto pude escaparme del hospital. Clem os condujo anoche a los tres al Hotel Ritz. Fui al Hotel Ritz. Pero no di con Mona. Ni con Quinn. Ni con Lestat de Lioncourt. Es el nombre con que firmaste en el libro de asistentes en el funeral de tía Queen, ¿no es cierto? Comprobé cómo se escribe y tu vistosa caligrafía. Te gusta firmar con tu nombre, ¿no es así...? Y tienes un acento francés maravilloso, desde luego.

¿Dónde se encuentra Mona en estos momentos, monsieur de Lioncourt? ¿Qué diantres te propones? ¿A qué vienen esas preguntas sobre Stella? ¿Crees que no sé que te llevas algo entre manos? Jasmine y la Gran Ramona creen que eres un príncipe extranjero, con tu melodioso acento francés, tus dotes clarividentes y tu exorcismo para eliminar a los fantasmas y los espíritus de la casa, ¡Y sin duda tía Queen te adoraba! ¡Pero a mí me pareces un Rasputín! ¡No dejaré que me arrebatas a Mona! ¡Te lo aseguro!

Sentí un dolor lacerante que se extendió por todo mi cuerpo, por mi rostro, por mi piel. Nunca había experimentado nada parecido.

Julien había vuelto a ocupar su lugar, en la sombra, riéndose cruelmente, dejando que la luz le iluminara tan sólo el borde de su cara y su cuerpo.

Michael se levantó y Stirling hizo lo propio.

—Por favor, Rowan, cariño —dijo Michael tratando de apaciguarla. Parecía reacio a tocarla, a rodearla con sus brazos, aunque quizás eso la hubiera complacido.

—Os he dicho cuanto sé —balbucí,

—Te acompañaré a la puerta —dijo Stirling tomándome del brazo.

—Dile a Mona que la queremos —dijo Michael.

—¿Acaso nos teme? —murmuró Rowan. La angustia que sentía era superior a su ira. Se acercó a mí—. Mona nos teme, ¿no es así? —Rowan y Mona compartían una historia de horrores. Sí, era un vínculo inquebrantable. Niña. Mujer. Niña, Morrigan. No hubo confesiones ni s. an sólo una imagen. La misma imagen que yo había explicacione T

visto en la sangre. Niña mujer—. ¡Te exijo que me lo digas! ¿Mona nos teme?

—No —respondí. Extendí los brazos a través del aura de poder palpable que la rodeaba. La así por los brazos. Al tocarla, sentí una vaga sacudida. Al diablo con Michael. Pero Michael no trató de impedírmelo—. Ya no —dije mirando a Rowan a los ojos—. Mona no siente temor de nada. Créeme, ojalá pudiera hacer o decir algo para tranquilizarte. Te ruego que esperes a que ella te llame; no pienses más en ella.

Sentí que su fuerza remitía y sus ojos se inundaron de lágrimas. Yo había logrado sofocar un fuego vivo y resplandeciente, arrojando sobre él un manto de tristeza. Sentí el deseo

de protegerla y en mi mente se agolpo un cúmulo de disparatadas fantasías, como si no hubiera ninguna otra persona presente.

Luego la solté.

Di media vuelta y me fui.

El fantasma murmuró despectivamente a mi espalda:

—¡No eres un caballero y jamás lo has sido!

Yo proferí en voz baja todas las obscenidades que conocía en francés y en inglés.

Eché a andar tan deprisa que a Stirling le costó seguirme. Pero me alcanzó frente a la puerta principal de la casa.

Sentí una ráfaga de aire tibio y perfumado. Oí el rumor y el rechinar de las ranas arbóreas y las cigarras. ¡No consiento que ningún fantasma me distraiga de estas cosas! El cielo presentaba un tono rosado que perduraría toda la noche.

Cerré los ojos y dejé que el aire tibio me abrazara amorosa y completamente.

Al aire tibio le tenía sin cuidado que yo fuera o no un caballero, cosa que no era,

—¿Qué te propones hacer con Rowan? —preguntó Stirling.

—¿Acaso eres su hermano mayor? —repliqué.

Atravesamos el porche enlosado y salimos al camino que conducía a la casa. Percibí el aroma de la hierba. El fragor del tráfico que circulaba por River Road era dulce como el fragor del agua.

—Quizá sea su hermano mayor —respondió Stirling bruscamente—. Pero repito: ¿qué pretendes hacer con Rowan?

—¡Por lo que más quieras! —le espeté—. Anteanoche dijiste a Quinn que Mona se estaba muriendo. ¿Qué te indujo a hacerlo? Querías tentarlo para que fuera a reunirse con ella, ¿no es así? El caso es que no lo hizo, pero tú le tentaste para que utilizara sus poderes y la transformara en una vampiro. No lo niegues. Le provocaste. Tú con todos tus archivos. Tus mamotretos. Tus estudios. Quinn se había nutrido de ti, casi se había apoderado de ti. Yo te salvé la vida. ¡Tú y toda tu sabiduría! ¿Y ahora me criticas por mantener una pequeña pugna dialéctica con una mortal que me detesta?

—De acuerdo —respondió Stirling—, reconozco que en mi fuero interno me repugnaba que Mona se estuviera muriendo, que Mona estuviera desesperada, que fuera tan joven, y creí en los siniestros cuentos de hadas y la sangre mágica. Pero esa mujer no se está muriendo. Es la magnate de la familia. Y sabe que hay algo profundamente anómalo en ti. Y tú estás jugando con ella.

—¡No es cierto! ¡Déjame en paz!

—No. No dejaré que la seduzcas...

—¡No pienso seducirla!

—¿Has visto a Stella? —preguntó Stirling—. ¿Es eso lo que te atormenta?

—No te molestes en adoptar un tono amable —le espeté—. Sí. Vi a Stella. ¿Crees que formaba parte de un juego? La vi con su trajecito marinero y se sentó en mis rodillas. Ambos se hallaban en mi casa en la Rué Royale, Julien y Stella, junto con un montón de gente. Julien estaba en vuestro elegante invernadero, burlándose de mí. Pero anoche, en mi casa, profirieron amenazas terribles. ¡Espeluznantes! ¡No sé por qué te cuento esto!

—Claro que lo sabes —replicó Stirling.

—Tengo que regresar junto a los intrépidos aventureros —dije. Respiré hondo.

—¿Amenazas terribles? —preguntó Stirling—. ¿Qué te dijeron?

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¡Ojalá fuera Juan Diego!

—¿Quién es Juan Diego? —inquirió Stirling.

—Quizá no sea nadie —respondí con tristeza—. ¡Pero quizá sea alguien muy importante!

Y tras estas palabras, me alejé.

11

Me elevé por el aire. Me desplazé a gran velocidad, más rápidamente que un fantasma, al menos eso creía. Volé sobre la ciudad de Nueva Orleans, arrullado por sus luces y sus voces. Me pregunté cómo manejaría Mona su nuevo poder si prorrumpía de nuevo en llanto. Quise convencerme de que ningún fantasma podía tocarme ahí arriba, ni en ninguna parte, si utilizaba todos mis considerables poderes, de que ningún fantasma podía inspirarme temor.

Dije «no» al hambre. Dije «calla» a la sed.

Descendí en silencio a los dominios de mis congéneres.

Divisé a Quinn en la Rué Royale, tirando de un montón de maletas apiladas sobre una bolsa rectangular provista de unas excelentes ruedecillas. Silbaba una melodía compuesta por Chopin y caminaba con paso rápido. No tardé en alcanzarle.

—Eres el hombre más atractivo de la Rué Royale, hermanito —dije—. ¿Qué haces con esas maletas?

—¿Vas a dejar que nos alojemos en el piso, querido jefe? —inquirió Quinn. Sus ojos resplandecían de amor. En el breve tiempo que hacía que nos conocíamos, jamás le había visto tan feliz—. ¿Qué respondes? —preguntó—. ¿No cabemos en tu casa? ¿Deseas que nos marchemos?

—En absoluto, deseo que os quedéis —contesté—. Debí decírtelo, —Echamos a andar juntos; yo me esforcé en seguir

sus largas zancadas—. Soy un pésimo anfitrión y jefe de la secta de eruditos, para utilizar nuestra vieja jerga. No soy un caballero. Soy un completo Rasputín. Por supuesto que podéis instalaros en mi casa. ¿Le has pedido a Clem que lleve vuestra ropa al Ritz? —Sí—. Magnífico. ¿Dónde se encuentra la princesa Mona en estos momentos?

—En el dormitorio, trabajando con el ordenador que compramos al atardecer; era lo primero que Mona deseaba adquirir —respondió Quinn con un gesto airoso—. Quiere tomar nota de cada experiencia, cada sensación, cada matiz, cada revelación...

—Ya comprendo —dije—. Vaya. Deduzco que ambos os habéis alimentado.

Quinn asintió con la cabeza.

—Con voracidad, entre unos seres despreciables, aunque tuve que supervisar la operación. Mona cae de vez en cuando en un estado de absoluta parálisis. Quizá si yo no estuviera presente, no le ocurriría. Físicamente es más fuerte que yo. Creo que esto la confunde. Cazamos a un par de vagabundos en las afueras de la ciudad; los dos estaban borrachos y no hubo mayores problemas.

—Pero era su primera víctima humana —observé—. Cuéntame los detalles.

—Los hombres estaban inconscientes, por lo que a Mona no le costó ningún esfuerzo. Aún no ha tenido que vérselas con un tipo vivito y coleando que se resista denodadamente.

—Bueno, ya habrá tiempo para eso. En cuanto a que es más fuerte que tú, sabes que puedo hacer que compitáis en igualdad de condiciones —dijo suavemente—. No comparto mi don de la sangre con muchos. Pero lo compartiré de nuevo contigo. —
¿Qué no habría hecho yo por Quinn?

—Ya lo sé —respondió Quinn—. Dios, la quiero con locura. La quiero tanto que no puedo pensar en otra cosa. Ni siquiera pienso que he perdido a Goblin. Solía pensar que cuando Goblin desapareciera sentiría un vacío insoportable. Estaba seguro. Era inevitable que sucediera. Pero Mona es mi alma gemela, Lestat, tal como soñé cuando nos conocimos, cuando ambos éramos unos crios, antes de que la sangre se interpusiera entre nosotros.

—Así es como debe ser, Quinn —respondí—. ¿Qué sabes de Blackwood Farm? ¿Has tenido noticias?

Era divertido volver a pasear por la calle. Pisar las aceras veraniegas de las que aún brotaba el calor del sol.

—Todo va perfectamente —contestó Quinn—. Tommy se quedará toda la semana. Así podré verle antes de que regrese a Inglaterra. Ojalá no tuviera que ir a la escuela en Inglaterra. Como era de prever, han llamado a todo aquel que estuviera relacionado de algún modo con Patsy. Por lo de las dichas medicinas. Debí coger todas sus medicinas y arrojarlas con ella al pantano. De este modo habrían supuesto que se había fugado. Les dije que yo la había asesinado. Jasmine soltó una carcajada. Dijo que le habría gustado asesinarla ella misma. Creo que la única persona que la quiere realmente es Cyndy, la enfermera.

Pensé en todo aquello durante unos momentos, por primera vez desde que Quinn había matado a Patsy hacía unas noches. Era imposible que un cuerpo sobreviviera en el pantano de Sugar Devil. Estaba infestado de caimanes. Sonreí con amargura al recordar que en cierta ocasión otros habían tratado de eliminarme siguiendo el mismo procedimiento. Pero la pobre y difunta Patsy carecía de mis recursos cuando se hundió en la oscuridad. Su alma sin duda voló a la salvación total.

Seguimos caminando a través de una multitud de agueridos turistas. En la ciudad hacía un calor abrasador.

La semana pasada, a esa misma hora, yo vagaba sin rumbo, desolado, sin compañía, y de pronto Quinn apareció en mi vida con una carta en el bolsillo, pidiéndome ayuda, y Stirling entró sigilosamente en mi piso, retándome a que descubriera su presencia, y al poco tiempo todo Blackwood Manor se había materializado a mi alrededor. Stirling se había convertido también en un actor en mi vida, tía Queen había desaparecido cruelmente la misma noche en que yo la había conocido, luego habíamos perdido también a nuestra amada Merrick, y yo me había visto irremediabilmente atraído hacia la esfera de los Mayfair. ¿Qué sentía? ¿Miedo?

Vamos, Lestat. A mí puedes confesarme la verdad. Soy tú mismo, ¿recuerdas? Me sentía siniestra y apasionadamente excitado por la situación, y experimenté de nuevo un escalofrío al recordar la forma en que Rowan me había humillado con su apasionada indignación hacía sólo una hora.

Y luego estaba Julien, que naturalmente no iba a aparecer en esos momentos: no iba a arriesgarse a que Quinn lo viera también. Lo busqué entre la multitud de transeúntes que habían salido a pasear al atardecer. ¿Dónde estás, maldito cobarde, fantasma de pacotilla, condenado estúpido?

Quinn volvió ligeramente la cabeza, sin detenerse.

—¿Qué has dicho? Pensabas en Julien.

—Te lo contaré más tarde —respondí, y lo dije en serio—. Antes querría preguntarte algo sobre la vez que viste el fantasma del tío Julien.

—Adelante.

—¿Qué vibraciones sentiste en lo más profundo de tu alma? ¿Es un fantasma bueno? ¿Un fantasma malo?

—Humm, bueno, desde luego. Trató de advertirme que yo poseía los genes de los Mayfair. Quería proteger a Mona de mí, evitar que engendrarnos una mutación espantosa, como ocurre de vez en cuando en la familia Mayfair. Yo diría que es un fantasma benigno. Te he contado toda la historia.

—Sí, por supuesto —contesté—. Un fantasma benigno y una mutación espantosa. ¿Te ha hablado Mona de esa mutación? ¿De la hija que perdió?

—Querido jefe, ¿qué te ocurre?

—Nada —respondí.

No era el momento oportuno para contárselo...

Por fin llegamos a mi casa. Los guardias nos saludaron amablemente con una inclinación de la cabeza. Yo les di una generosa propina. Aquellos hombres mortales, vestidos con camisas de manga larga, debían de estar asfixiados de calor.

Cuando subimos por la escalera de hierro forjado oímos el chasquido de las teclas del ordenador. Luego el sonido grave de la impresora.

Mona salió apresuradamente del dormitorio vestida con el mismo atuendo blanco que había lucido la noche anterior, sosteniendo una hoja.

—Escuchad esto —dijo—: «Aunque esta experiencia es innegablemente perversa, por cuanto supone cazar a otros seres humanos, no cabe duda de que es una experiencia mística.» ¿Qué os parece?

—¿Eso es todo cuanto has escrito? —pregunté—. No es más que un párrafo. Escribe algo más.

—De acuerdo —respondió Mona. Regresó corriendo al dormitorio y volvimos a oírla teclear en el ordenador. Quinn la siguió con el equipaje. Me guiñó un ojo, sonriendo. Me dirigí a mi habitación, que estaba frente a la que ocupaban ellos, cerré la puerta, encendí la lámpara del techo, me quité la ropa con un gesto de intensa repugnancia, la arrojé al fondo de mi armario ropero, me puse un jersey marrón de algodón y cuello alto, unos pantalones negros, una chaqueta liviana de seda y lino negra con una trama muy visible, un par de zapatos negros sin estrenar que parecían una escultura moderna y, después de peinarme para quitarme el polvo del pelo, permanecí unos instantes inmóvil, envuelto en un silencio total.

Luego me tumbé en la cama. Sobre mí había un dosel de raso acolchado y, debajo, una colcha de raso. La habitación estaba en penumbra. Sepulté la cara en el montón de cojines de plumas y me quedé hecho un ovillo, con todos los músculos tensos, para protegerme del mundo moderno.

No era un gesto viril, una postura de «macho», un alarde de poderío ante otras entidades sobrenaturales, una actitud de dominio.

Me consoló oír a Mona teclear en el ordenador, la voz grave de Quinn, el ruido de pasos sobre el parquet.

Pero nada podía aliviar el dolor que me habían producido las airadas palabras de Rowan, esos ojos de hematites, su cuerpo temblando de pasión mientras me acusaba.

¿Cómo podía Michael Curry permanecer tan cerca de ese fuego sin chamuscarse?

De pronto experimenté una agitación tan intensa que lo único que me aliviaba era permanecer tendido en la cama hecho un ovillo. Dormir, Dormir, pero no podía. Quinn

y Mona no eran lo suficientemente perversos para mí. Nadie lo era. ¡Ni yo mismo era lo suficiente perverso para mí!

Además tenía que comprobar si se presentaban los fantasmas.

Oí el tictac de un reloj. Un reloj con la esfera pintada y las manecillas adornadas con volutas. No era un reloj de gran tamaño. Era un reloj que lo único que sabía hacer era tictac, quizás a lo largo de siglos, quizá llevaba siglos haciendo tictac, un reloj al que las personas contemplaban, le quitaban el polvo, le daban cuerda con una llave, y quizá lo llegaban a amar; un reloj que estaba en ese piso, tal vez en el saloncito trasero, y que era el único mueble capaz de hablar. Yo lo oí. Y comprendí lo que decía. Su código me deleitaba.

Oí unos golpecitos en la puerta. Qué curioso. Sonaban junto a mi oído.

—Adelante —dije. Soy un idiota. Pero no tanto como para dejarme engañar por los sonidos que oía. No era el sonido de la puerta al abrirse. Ni el de la puerta al cerrarse. Vi a Julien a los pies de la cama, y fue rodeándola, avanzando hacia mí. Lucía su traje de etiqueta y su pajarita blanca; la luz del candelabro realzaba la blancura de sus cabellos. Tenía los ojos muy negros. Yo creía que eran grises.

—¿Por qué te has molestado en llamar? —pregunté—. ¿Por qué no destruyes mi mundo y acabas de una vez?

—No quise que olvidaras de nuevo tus modales —respondió en un francés perfecto—. Cuando te pones grosero eres insoportable.

—¿Qué quieres? ¿Hacerme sufrir? No eres el único. Me han atormentado seres infinitamente más poderosos que tú.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer —dijo Julien.

—Cometiste un «error desastroso». ¿Qué error fue ése? —pregunté—. Quizá ni tú mismo lo sepas.

Julien palideció y su plácido rostro se crispó por la ira.

—¿Quién te envía aquí para jugar con los vivos?

—¡Tú no estás vivo! —exclamó.

—¡Vaya genio! —observé con tono socarrón.

Julien estaba tan furioso que no podía articular palabra. La ira le daba un aspecto más vivo, pese a su palidez. ¿O era dolor? Yo no podía soportar la idea de dolor. Estaba harto de dolor.

—¿Quieres llevártela? —pregunté—. Díselo tú mismo.

Julien no respondió.

Yo me encogí de hombros torpemente sin variar de postura, tendido sobre la colcha.

—Yo no puedo decírselo —dije—. ¿Quién soy yo para decirle: «Julien dice que debes exponerte al sol para alcanzar la salvación total»? ¿Es posible que las preguntas que formulé anoche fueran más que relevantes y tú no sepas de dónde provienes? Quizá no exista una salvación total. Ni un Juan Diego. Quizá sólo quieras llevártela a ese mundo espectral por el que vagas, esperando que alguien pueda verte, alguien como Quinn, o Mona o yo mismo. ¿Es eso? ¿Crees que Mona desea ser un fantasma? Observarás que te muestro mis mejores modales. Que te hablo con un tono educadísimo. Mis padres se sentirían orgullosos.

Sonaron entonces unos golpecitos auténticos en la puerta.

Julien se esfumó. Creí ver algo por el rabillo del ojo. ¿Había estado Stella sentada a mi izquierda todo el rato? Mon Dieu! No cabe duda de que estaba perdiendo el juicio.

—Cobarde —murmuré.

Me incorporé y me senté con las piernas cruzadas, al estilo indio.

—Adelante —dije.

Mona irrumpió en la habitación luciendo un vestido de seda color rosa, de manga larga, y unos zapatos de raso también rosas, de tacón alto. En la mano, sostenía de nuevo un tembloroso folio.

—Suéltalo —dije.

—«Mi objetivo último es transmutar esta experiencia en un grado de participación vital digna de los inmensos poderes con los que Lestat me ha dotado, un nivel de experiencia vital que no se arredre ante las evidentes y a la par dolorosas preguntas teológicas que mi estado transfigurado ha hecho ineludibles, la primera de las cuales, obviamente, es: ¿cómo contempla Dios mi ser esencial?, ¿soy humana y un vampiro?, ¿o sólo un vampiro? Dicho de otro modo: ¿es la condenación (y no me refiero al infierno lleno de llamas, sino a un estado que se define por la ausencia de Dios) un hecho implícito e inherente a lo que soy, o existo todavía en un universo relativista en el que puedo alcanzar la gracia en los mismos términos que los humanos, participando en la Encarnación de Cristo, un acontecimiento histórico en el que creo por completo, pese a que no está de moda desde un punto de vista filosófico, aunque en mi estado trascendente y con frecuencia luminoso el hecho de que esté o no de moda me tiene sin cuidado?» ¿Qué te parece?

—Creo que te has equivocado al incluir el párrafo sobre lo de «una pregunta de moda». Te aconsejo que lo elimines y procures redactar un final más sólido utilizando una afirmación muy concisa sobre hasta qué punto crees en la Encarnación de Cristo. Siempre puedes utilizar «trascendente» y «luminoso» en otra frase. Y también te has equivocado al emplear la palabra «dotado».

—¡Genial! —contestó Mona, y salió corriendo de la habitación.

Como es natural, se dejó la puerta abierta.

Yo salí tras ella.

Mona estaba tecleando de nuevo en el ordenador, que runruneaba sobre uno de mis numerosos escritorios Luis XV. Tenía sus cejas pelirrojas contraídas en un gesto de concentra-

i uní y sus ojos verdes lijos en el monitor. Me detuve junto a ella, con los brazos cruzados, y me quedé observándola.

—¿Que te parece, querido jefe? —preguntó sin dejar de teclear.

Quinn estaba tumbado cómodamente en la cama, contemplando el dosel. Todo el piso estaba lleno de camas cubiertas con dosel. Es decir, seis dormitorios, tres en cada lado.

—Llama a Rowan Mayfair y dile que estás bien. ¿Crees que serás capaz de convencerla? Esa mujer sufre por ti,

—¡Vale! —exclamó Mona, y siguió tecleando.

—Mona, debes hacerlo, por ellos, naturalmente. Michael también sufre.

Mona alzó la vista bruscamente y me miró. Luego, sin apartar los ojos de mí, tomó el teléfono que había a su derecha sobre la mesa y pulsó el número tan rápidamente que apenas vi lo que hacía. Los jóvenes de su generación son muy hábiles con esos teléfonos modernos. ¿Y qué? Yo escribo con una pluma utilizando una ornada caligrafía a una velocidad increíble. Me gustaría saber si Mona es capaz de hacerlo. Y no derramo una gota de tinta sobre el pergamino.

—Sí, Rowan, soy Mona. —Al otro lado del auricular se oyeron unos sollozos histéricos. Pero Mona se impuso—: Estoy estupendamente, estoy con Quinn, no te preocupes por mí, me he recuperado del todo. —Un torrente de preguntas literales. Mona se impuso—: Escucha, Rowan, me encuentro bien. Sí, es como un milagro. Te llamaré más tarde. No, no, no —imponiéndose de nuevo—, llevo la ropa de tía Queen, me queda perfectamente, y sus zapatos también, son geniales, tiene toneladas de zapatos de tacón alto, sí, yo nunca había llevado este tipo de zapatos; sí, vale, no, no, no, basta Rowan,

Quinn quiere que me los ponga, están como nuevos, son fantásticos. Te quiero, dale a Michael y a todos un beso de mi parte. Adiós. —Mona colgó, sofocando los gritos de Rowan.

—Ya está —dije—. Te lo agradezco.

Mona se quedó inmóvil, blanca como la cera, con los ojos fijos en el infinito.

Me sentí como un déspota. Soy un déspota. Siempre lo he sido. Todos los que me conocen saben que soy un déspota. Quizá salvo Quinn,

Quinn se incorporó en la cama.

—¿Qué ocurre, Ofelia? —preguntó.

—Sabes que debo ir a verlos —contestó Mona frunciendo el ceño—, No tengo más remedio.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. Sólo querían tranquilizarse. Aunque reconozco que va a ser difícil.

—No, no, no —replicó Mona—. Debo hacerlo por mí. —Su voz y su rostro eran implacables—. Por lo que debo averiguar —prosiguió fríamente, estremeciéndose como si de pronto hubiera penetrado una ráfaga en la habitación—. Sé que Rowan me ha mentido. Lleva años mintiéndome. Me da miedo pensar hasta qué punto puede haberme mentido. La obligaré a confesármelo.

—¿Crees que no debí forzarte a llamarla? —pregunté.

—No te precipites, Ofelia —dijo Quinn—. Puedes tomarte todo el tiempo del mundo.

—No, tenía que suceder, tú tenías razón —dijo Mona dirigiéndose a mí. Pero temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas. La invadían emociones sobrenaturales.

—Se trata de esa niña mujer —musité. ¿Debía revelárselo a Quinn? ¿Revelarle lo que había visto, la monstruosa hija de Mona?—. ¿Por qué vamos a andarnos ahora con secretos, cariño ?

—Puedes contárselo todo —respondió Mona reprimiendo las lágrimas—. Santo Dios, yo... yo... ¡Voy a dar con ellos! Si ella sabe dónde están, si me lo ha ocultado...

Quinn nos observaba en silencio. Años atrás Mona le había dicho que había tenido una hija, que había tenido que renunciar a ella. Le había dicho que era una mutación. Pero no le había explicado la naturaleza de esa mutación.

En resumidas cuentas, yo había visto en la sangre a una mujer adulta, un ser decididamente no humano. Un ser tan monstruoso como nosotros.

—¿No quieres explicárnoslo todo? —pregunte suavemente.

—Aún no, no estoy preparada —respondió Mona inspirando por la nariz—. Odio todo este asunto.

—Acabo de ver a Rowan Mayfair —dije—. La vi en la casa de retiro de Talamasca. Hay algo que me choca profundamente en ella,

—Es lógico —contestó Mona irritada—. No me importa cómo reaccione cuando me vea, que vea algo que no le parezca humano. Me importa un bledo. No tengo que llevar con ellos el mismo tipo de vida que Quinn lleva con su familia. Ahora lo sé. Eso es imposible. No puedo hacer lo que hizo Quinn. Necesito un nombre legal. Necesito algo de dinero...

—Piénsalo con calma —dije—. No tienes que tomar una decisión ahora mismo. Esta noche preferí tranquilizar a Rowan y a Michael en lugar de trastornarlos, en lugar de crear unas dudas que pudieran lastimarlos. No fue fácil. Quería hacerles algunas preguntas. Pero desistí.

—¿Por qué te preocupas tanto? —inquirió Mona,

—Porque os quiero a ti y a Quinn —respondí—. Me ofendes. ¿O es que no sabes que te quiero? De no haberte querido, no te habría transformado. Quinn me había hablado mucho de ti y cuando te conocí me enamoré de ti, como es lógico.

—Debo obligarles a que me cuenten ciertas cosas —dijo Mona—. Cosas que me ocultan, y luego debo encontrar a mi hija por mí misma. Pero en estos momentos no puedo hablar de ello.

—¿De tu hija? —preguntó Quinn.

—¿Te refieres a que esa niña mujer está viva...?

—¡Basta! No me asediéis ahora a preguntas—dijo Mona—. ¡Dejadme con mi filosofía! De pronto, mudó de talante. Fijó los ojos en el ordenador y se puso a teclear de nuevo.

—¿Qué palabra debo utilizar en lugar de «dotado»?

—Otorgado —respondí.

Quinn se acercó a Mona por detrás y le prendió un camafeo en el escote sin impedir que siguiera escribiendo ;i lod.i velocidad.

—Espero que no trates de convertirla en una tía Qucen —observé mientras Mona seguía tecleando furiosamente. —Es la inmortal Ofelia —respondió Quinn, sin ofenderse.

Quinn y yo dejamos a Mona sentada ante el ordenador. Atravesamos el pasillo, salimos a la terraza posterior, bajamos al patio y nos sentamos en unas sillas de hierro forjado. Me di cuenta de que no estaba acostumbrado a esas sillas.

Tenían cierto encanto. De estilo Victoriano, ornadas. Yo procuraba no poseer nada que no tuviera cierto encanto, o que no fuera absolutamente maravilloso.

El jardín nos rodeaba con sus gigantescos plátanos y sus flores que se abrían de noche. La música del agua de la fuente se confundía con el sonido distante del tecleo de Mona y los murmullos que emitía mientras escribía. Percibí el sonido melancólico de las bandas que tocaban en los nightelubs de la Rué Bourbon. A poco que me afanara, oía los sonidos de toda la ciudad. El cielo presentaba en esos momentos un color lila pálido, nublado, en él se reflejaba el resplandor urbano. —No pienses en eso —dijo Quinn.

—¿A qué te refieres, hermanito? —pregunté dejando a un lado los distantes sonidos.

—Yo la veo como la heredera de tía Queen —dijo Quinn—. Tía Queen ya le dio a Jasmine toda la ropa, las joyas y demás pertenencias que quería regalarle, y aún quedan j numerosos objetos en las cajas de caudales de los bancos para \ la futura esposa de Tommy o la mujer con quien se case el] pequeño Jerome —permitid que os recuerde que Jerome era el hijo que Quinn había tenido con Jasmine—. Así que nombro a Mona heredera de aproximadamente una décima parte de los vestidos de seda más extremados. En cualquier caso, Jasmine nunca se pondría ese tipo de vestidos. Y los zapatos adornados con pedrería que nadie quiere. Y los camafeos de concha, que son bastante corrientes.

»Si tía Queen supiera lo que me ha sucedido, en qué me i

1

lie convenido, como solemos decir delicadamente; si supiera que Mona está por fin conmigo, que hemos removido cielo y tierra para que Mona esté conmigo, querría que yo le diera esos objetos a Mona. Le complacería saber que Mona se pasea sobre sus vertiginosos tacones.

Yo le escuche y comprendí lo que decía. Debí haberlo comprendido desde el principio. Pero la hija de Mona... ¿Quién y qué era la hija de Mona?

—A Mona le han encantado las ropas y los zapatos de tía Queen —dije—. Supongo que como ha estado enferma durante tanto tiempo, toda su ropa ha desaparecido. ¿Quién sabe?

—¿Qué viste en la sangre cuando la transformaste? ¿Quién era esa niña mujer?

—Eso es lo que vi —contesté*—. Una hija de Mona que era una mujer adulta, un monstruo incluso a los ojos de Mona. Ella la parió. Y se la arrebataron. Mona la quería. La amamantó. Yo lo vi. Y luego la perdió, como ella misma te ha contado. Desapareció. Quinn me miró atónito. No había captado nada de eso en los pensamientos de Mona.

Pero cuando bebes la sangre ves cosas que nadie querría ver. Eso es lo más horrible. Eso es lo más maravilloso.

—¿Es posible que fuera tan monstruosa, tan anormal? —inquirió Quinn desviando los ojos—. Hace años, como te he contado, fui a cenar a casa de los Mayfair. Rowan me mostró la casa. Intuí que encerraba algún secreto, una historia siniestra. Lo intuí en el silencio de Rowan y en la forma en que a veces perdía el hilo de lo que decía. Pero lo vi en Michael. Y ahora Mona se niega a contárnoslo.

—Tú también te niegas a decirle por qué mataste a Patsy —respondí—. A medida que avanzamos un año tras otro en esta vida, comprendemos que el hecho de revelar la verdad no siempre nos purifica. Hay ocasiones en las que confesar algo es un alivio, pero también las hay en las que es un tormento.

La puerta trasera se abrió bruscamente.

Mona bajó estrepitosamente la escalera sosteniendo dos folios en la mano.

—¡Dios mío, cómo me gustan estos zapatos! —exclamó dando una vuelta por el patio. Luego se detuvo ante nosotros. Parecía una muñeca de cera bajo la luz proveniente de las ventanas superiores, señalando con un dedo, como una monja en una escuela. Y entonces dijo:

—«Debo confesar que he visto con innegable claridad, aunque sólo llevo existiendo en este exaltado estado dos noches, que la naturaleza de mis poderes y medio de existencia confirman la supremacía ontológica de una filosofía sensualista que predomina en mí, a medida que paso de momento en momento y de hora en hora afanada en asimilar el universo que me rodea y el microcosmos de mi propio ser. Esto exige de mí una inmediata redefinición del concepto de lo místico que he citado anteriormente para incluir un estado al mismo tiempo elevado y totalmente carnal, trascendente y orgásmico, que me conduce, cuando bebo sangre o contemplo una vela encendida, más allá de todo límite humano epistemológico.

»"Si anteriormente la hermenéutica del dolor me había convencido plenamente de mi salvación personal, si había ideado una exhaustiva oración de silencio en la que había abrazado a Cristo y sus cinco heridas a fin de soportar la finalidad que consideraba ineludible con respecto a mí, ahora comprendo que me aproximo a Dios por un sendero sin definir.»

»M¿Es posible que por el hecho de ser un vampiro, y de poseer un alma de vampiro a la par que humana, esté exenta de las obligaciones humanas y de toda condición ontológica humana? No lo creo.

»MPor el contrario, creo que tengo el deber de cumplir la suprema obligación humana: investigar el más noble uso de mis poderes, pues aunque me he convertido en vampiro por propia decisión y mediante un bautismo de sangre, sigo siendo humana por nacimiento, madurez y naturaleza física esencial, y, por consiguiente, debo compartir la condición humana pese al hecho de que no envejeceré ni moriré según las pautas habituales.

»"Para retomar la ineludible cuestión de la salvación, sí, sigo viviendo en un universo relativista, por más espectacularmente que se me pueda definir en cuanto a forma y función, y me hallo en la misma dimensión en la que existía antes de mi transformación, por lo que debo preguntar: ¿acaso me hallo inequívocamente fuera de la economía de la gracia establecida por nuestro divino Salvador a través de su Encarnación, incluso antes de su Crucifixión, hechos estos que creo firmemente que ocurrieron dentro de la historia y la cronología humana, que conozco y de los que exijo una respuesta?

»"¿O pueden los sacramentos de la Santa Madre Iglesia redimirme en mi presente estado? Deduzco, por mi breve experiencia, por el éxtasis y abandono que han

sustituido innegablemente todo dolor y sufrimiento dentro del organismo que soy, que mi misma naturaleza me ha excomulgado del Cuerpo de Cristo.

»"Pero es posible que jamás averigüe la respuesta a esta pregunta, por más que investigue el mundo y a mí misma, ¿Acaso esta ignorancia no me aproxima más a una participación plenamente existencial en la humanidad?"

»"Lo prudente es aceptar, con profunda humildad y con el afán de alcanzar cuanto antes una perfección espiritual que justifique mi existencia, que quizá no logre averiguar a lo largo de mi periplo, ya dure incontables siglos o unos breves años de un éxtasis casi insoportable, si comparto la Redención del Salvador, y que mi misma ignorancia puede ser el precio que deba pagar por mi sensibilidad extrahumana y mi inherente triunfo ávido de sangre sobre el dolor que padecí con anterioridad, sobre la inminente muerte que me tiranizaba, sobre la omnipresente amenaza del tiempo humano."

»¿Qué os parece?

—Excelente —respondí.

—Me ha gustado el termino «inequívocamente» tomen tó Quinn.

Mona corrió hacia él y empezó a golpearle en la cabeza y en los hombros con los folios y a asestarle patadas con sus zapatos de tacón alto. Quinn contuvo el aliento y fingió protegerse con un brazo.

—¿Lo ves? ¡Eso es mejor que llorar! —dijo.

—¡Sinvergüenza! —declaró Mona prorrumpiendo en carcajadas—. ¡Mi joven y egregio sinvergüenza! ¡Eres indigno de todas las consideraciones filosóficas que he derrochado sobre ti! ¿Y qué has escrito tú desde tu bautismo de sangre, una sangre que se ha secado en los circuitos de tu cruel cerebro sobrenatural?

—Un momento, calla —dije—. Hay alguien discutiendo con los guardias apostados a la puerta —añadí levantándome de un salto.

—Dios mío, es Rowan —dijo Mona—. Maldita sea, nunca debí llamarla a su móvil.

—¿Celular? —pregunté. Pero era demasiado tarde. —Teléfono móvil —aclaró Quinn levantándose y abrazando a Mona.

Se trataba en efecto de Rowan, que, jadeante y frenética, entró corriendo por el soportal seguida por los dos guardias, que no dejaban de protestar enérgicamente, y se paró en seco al ver a Mona frente a ella, en el patio.

12

Rowan se llevó tal sobresalto al ver a Mona, al contemplarla bajo la luz proveniente de las ventanas superiores y el inevitable resplandor del cielo, que se detuvo como si hubiera chocado con un muro invisible.

Michael la alcanzó y se llevó también una sorpresa no menos impactante.

Mientras ambos nos contemplaban perplejos, sin saber cómo interpretar lo que veían, dije a los guardias que se retiraran y dejaran el asunto en mis manos.

—Subid a mi piso —dije indicando la escalera de hierro forjado.

Era inútil decir nada en esos momentos. No era una vampiro hembra lo que Rowan y Michael habían visto. No sabían ni sospechaban que hubiera nada sobrenatural en Mona. Lo que les desconcertaba era su espectacular recuperación.

Fue un momento esencialmente terrorífico. Porque aunque Michael Curry había esbozado una franca sonrisa de innegable júbilo, el rostro ceñudo de Rowan mostraba una emoción semejante a la ira. Toda su historia personal se precipitaba detrás de esa ira, que me fascinó en la misma medida que sus anteriores emociones.

A regañadientes, como una sonámbula, Rowan dejó que la tomara del brazo. Todo su cuerpo estaba tenso. Sin embargo, me siguió escaleras arriba y luego la precedí, para conducir

a los demás a mi apartamento. Mona indico a Rowan que fuera tras de mí, y luego, sacudiendo la cabeza para apartarse el cabello de la cara y con expresión contrita, le siguió los pasos a Rowan.

El saloncito trasero era el lugar más indicado para este tipo de reuniones, pues no contenía estanterías pero sí un mullido sofá de terciopelo y varias butacas estilo Reina Ana más que tolerables. Había numerosas piezas de bronce dorado y marquetería, el flamante y vistoso papel de las paredes era de color vino con rayas crema, las guirnaldas de flores de la alfombra parecían sufrir convulsiones y los cuadros impresionistas que colgaban de la pared en unos gruesos marcos de madera taraceada parecían ventanas que daban a un universo más grato y soleado, pero a pesar de todo era una habitación acogedora.

Apagué inmediatamente el candelabro que pendía del techo y encendí dos pequeñas lámparas de mesa. La habitación quedó envuelta en un suave resplandor, pero no demasiado tenue, e indiqué a todos que se sentaran. Michael miró a Mona sonriendo. —Cariño, estás guapísima —se apresuró a decir como si pronunciara una oración—. Mi hermosa niña.

—Gracias, tío Michael, te quiero —respondió Mona con tono trágico, enjugándose los ojos enérgicamente, como si esas personas fueran a devolverla a su estado mortal. Quinn estaba petrificado y sus peores sospechas iban acertadamente dirigidas contra Rowan.

Rowan estaba también prácticamente paralizada, salvo por sus ojos, que apartó de pronto de Mona y los fijó en mí. La situación no admitía dilación.

—Como podéis ver —dije mirando primero a Rowan, luego a Michael y finalmente de nuevo a Rowan—, Mona se ha recuperado por completo de su enfermedad, sea cual fuere, y la dolencia que la consumía ha remitido. Está perfectamente y puede valerse por sí misma. Si creéis que voy a explicaros cómo ha sucedido, o algo relacionado con ese proceso, estáis

muy equivocados. Podéis llamarme Rasputín u otras cosas peores. Me tiene sin cuidado.

Rowan pestañeó, pero su rostro no mudó de expresión. La turbulencia que se agitaba en su interior era indescifrable, imposible de interpretar, y la única sensación definida que lo[^]ré captar fue un intenso terror que se remontaba a hechos que le habían ocurrido en el pasado. No pude sacar nada en limpio, y tampoco había tiempo para llevar a cabo ese escrutinio mental. Su confusión estaba oponiendo una resistencia exagerada.

Yo tenía que continuar.

—No os marcharéis de aquí con las respuestas que esperáis —proseguí—. Podéis enfadaros conmigo. Adelante. Una noche, dentro de muchos años, Mona quizás os explique lo ocurrido, pero de momento debéis aceptar lo que habéis visto. No es preciso que sigáis preocupándoos por ella. Mona está bien y puede valerse por sí misma.

—No soy una ingrata —dijo Mona con voz ronca y los ojos empañados en unas lágrimas rojizas que se apresuró a enjugar con el pañuelo—. Sabéis que os estoy agradecida. Pero me gusta sentirme libre.

Rowan fijó de nuevo sus ojos en Mona. Quizá Rowan hallaba algún atisbo de virtud en ese milagro, pero su mente no lo demostraba.

—Tu voz ha cambiado —dijo—. Tu pelo, tu piel... —Rowan se volvió de nuevo hacia mí—. Hay algo que no encaja —añadió. Luego miró a Quinn.

—La reunión ha terminado —dije—. No pretendo ser grosero, os lo aseguro. Pero ya sabéis lo que necesitabais saber. Es obvio que tenéis el teléfono de esta casa. Así fue como disteis con nosotros. Ya sabéis dónde encontrarnos.

Me puse en pie.

Quinn y Mona hicieron lo propio, pero Rowan y Michael no se movieron. Michael estaba pendiente de lo que hiciera Rowan, pero finalmente se levantó a regañadientes, porque al margen de cuáles fueran las intenciones de Rowan, eso era lo que procedía. Era un hombre tan encantador que pese a las circunstancias no quería causar ningún problema ni ofender a nadie, y menos a Mona.

Michael no nos contemplaba como lo hacía Rowan, Michael nos miraba a los ojos.

Escrutó la expresión de Quinn, pero no su aspecto físico. Ni siquiera le importaba que Quinn fuera tan alto. En las personas buscaba bondad, y la hallaba invariablemente, y su propia bondad impregnaba todo su ser, poniendo de relieve sus notables dotes físicas. Poseía una belleza ruda, y exhalaba una serenidad y seguridad en sí mismo que sólo podía provenir de una inmensa fuerza.

—¿Necesitas algo, tesoro? —le preguntó a Mona. —Necesito algo de dinero —respondió Mona, haciendo caso omiso de la insistente mirada de Rowan—. Claro está que ya no soy la heredera. Nadie quería hablar de eso cuando me estaba muriendo, pero hace años que lo sé, Y si fuera necesario, me retiraría ahora mismo. La heredera de la fortuna Mayfair tiene que tener un hijo. Todos sabemos que ya no puedo tener hijos. Pero quiero solicitar una cantidad de dinero. No me refiero a los billones del legado, sino a una cantidad que me permita vivir decorosamente. Supongo que no habrá ningún problema.

—El absoluto —respondió Michael esbozando una afectuosa sonrisa y encogiéndose de hombros. Ese hombre era un encanto. Deseaba abrazar a Mona. Pero imitó a Rowan, que no se había movido de la butaca—. No habrá ningún problema, ¿verdad, Rowan? —preguntó. Echó una ojeada por la habitación un tanto nervioso. Contempló durante unos segundos los espléndidos cuadros impresionistas que colgaban sobre el sofá frente al cual me hallaba de pie. Luego me miró con expresión afable.

Michael no podía adivinar la transformación que había experimentado Mona. Pero no sospechaba que se tratara de algo siniestro o perverso. Lo aceptaba con una tranquilidad pasmosa, y cuando escudriñé su mente justo en esos momentos en que, desconcertado por la actitud de Rowan, había

lujado la guardia, lo comprendí. Michael aceptaba a Mona tal como era porque deseaba sinceramente su recuperación. Había pensado que Mona estaba condenada a morir debido a su enfermedad. Pero se había obrado un milagro en ella. Michael no necesitaba saber quién era el artífice de ese milagro. ¿San Juan Diego? ¿San Lestat? Daba lo mismo. No le importaba. Si le hubiera contado a Michael alguna historia absurda como que le habíamos administrado a Mona una gran cantidad de lípidos y agua de un manantial, éste se la hubiera tragado sin mayores problemas. Había suspendido ciencias en la escuela.

Pero Rowan no podía escapar a su condición de genio científico. No podía pasar por alto el hecho de que la recuperación de Mona era físicamente imposible. Y en su mente albergaba recuerdos muy dolorosos que no contenían imágenes ni personas, sino tan sólo sentimientos sombríos e imprecisos y una apabullante sensación de culpa.

Rowan permaneció sentada en su butaca, silenciosa e inmóvil. Nos miraba incesantemente a Mona y a mí con expresión indignada y acusadora.

Tuve la sensación, tal vez equivocada, de que Rowan estaba haciendo acopio de valor para satisfacer su curiosidad,

pero...

Mona se acercó entonces a Rowan, y eso no fue una buena idea.

Yo le hice una indicación a Quinn y éste trató de detener

a Mona, pero Mona se soltó. Estaba decidida.

Pero al mismo tiempo se mostraba recelosa, como si Rowan fuera un animal que pudiera arañarla. Esto no me gustó. Mona se situó entre Rowan y el resto de los presentes. Yo no podía ver a Rowan, pero sabía que Mona se hallaba a escasa distancia de ella y eso me preocupó.

Mona se inclinó con los brazos extendidos, como si se dispusiera a besar y abrazar a Rowan.

Rowan retrocedió tan rápidamente que cayó de bruces sobre la mesa y la lámpara que había junto a la butaca, donde había estado sentada y palaplaf, se estampó contra la pared.

Michael reaccionó al instante y corrió a socorrerla, pero tampoco había mucho que hacer.

Mona retrocedió hacia el centro de la estancia, murmurando:

—Dios mío.

Quinn la sujetó por detrás, la abrazó y la besó en la mejilla.

Rowan estaba como paralizada. El corazón le latía aceleradamente. Se había quedado con la boca abierta y cerró los ojos como si fuera a gritar. Lo que sentía era peor que terror: era una profunda repugnancia, como si hubiera visto a un insecto gigante. Yo nunca había visto a un ser mortal reaccionar de un modo tan brutal ante un vampiro. La había invadido el pánico.

Yo sabía que podía seducirla con mi encanto porque lo había hecho antes, había superado la barrera entre las especies sin provocar ese pánico, y en estos momentos estaba decidido a superarla de nuevo echándole todo el valor del que pudiera hacer acopio, porque para eso se requería un gran valor. —Muy bien, cariño, muy bien, cielo —dije avanzando hacia Rowan tan rápidamente como pude—. Querida, tesoro mío —dije tomándola en brazos, pasando frente a un atónito Michael y dirigiéndome hacia la puerta. El cuerpo de Rowan se relajó (gracias a Dios)—. Yo te sostengo, cielo —dije, susurrán-dolc al oído, besándole la oreja—. Yo te sostengo, cariño mío —dije mientras la sacaba de la habitación y bajaba los escalones. Su cuerpo estaba totalmente flácido—. Estás conmigo, cariño mío, no dejare que nada te lastime, sí, sí. —Rowan apoyó la cabeza en mi pecho y agarró débilmente la pechera de la camisa. Jadeaba—. Lo comprendo, cielo —dije—. Pero estás a salvo, te lo prometo, te doy mi palabra, y Michael está aquí contigo, no tienes nada que temer, cariño, sabes que te digo la verdad, que todo esto es cierto.

Mis palabras fueron penetrando en su mente a través de los diversos estratos de culpabilidad, a través de sus recuerdos y la ayudaron a evadirse del presente, de lo que había intuido y ante lo que, al no poder negarlo, sólo era capaz de retroceder, y de todas las verdades que tanto temía.

Michael me siguió y cuando llegamos a los escalones del porche me la arrebató y Rowan cayó inmediatamente en sus brazos.

Yo la besé descaradamente en la mejilla, oprimiendo mis labios durante unos instantes sobre su piel. Rowan me tomó la mano y entrelazó sus dedos con los míos. ¡Santo cielo, qué bella eres, amor mío! En aquellos momentos Rowan sentía un pánico tan violento que no podía articular palabra.

—Eres mi hermana, mi esposa, un recoleto vergel: un manantial cerrado, una fuente sellada

—le susurré al oído. Besé una y otra vez su suave mejilla y le acaricié el pelo. Rowan me apretó la mano, pero la fuerza de sus dedos se había suavizado, al igual que ella.

—Yo te sostengo, cariño —dijo Michael exactamente con el mismo tono—. Yo te sostengo, Rowan, amor mío, tesoro, te llevaré a casa.

Cuando me retiré Rowan me miró con aire intrigado y sin animadversión. Intuí algo sobre el amor que Michael le profesaba, que era inmenso y sin pizca de mezquindad, un amor no posesivo, de adoración. Fue difícil para mí aceptarlo.

Rowan perdió el conocimiento. Su cabeza cayó hacia delante y se apoyó sobre Michael.

Este se alarmó.

—No te preocupes —dije—. Llévala a casa, tiéndete a su lado y no la dejes sola.

—Pero ¿qué diablos ha ocurrido? —murmuró Michael meciendo a Rowan en sus brazos.

—No importa —respondí—. Recuérdalo. No tiene importancia. Lo que importa es que Mona se ha salvado.

Luego regresé arriba.

Como era de prever, Mona estaba sollozando.

Lloraba a lágrima viva tendida sobre la cama del dormitorio

que compartía con Quinn, donde el ordenador seguía runruneando. Quinn estaba sentado a su lado, como de cos tumbre.

—¿Qué es lo que he hecho? —preguntó Mona alzando la vista y mirándome fijamente—. Dime qué es lo que hecho. Me senté ante la mesa del ordenador. Mona se incorporó. Tenía las mejillas manchadas de sangre. —No puedo vivir como vive Quinn en Blackwood Mañor, ¿no lo comprendéis? No he hecho nada malo.

—Deja de mentirte —contesté—. Sabes muy bien que estás furiosa con Rowan. Tus intenciones no eran tan puras cuando te acercaste a ella. Rowan te ha hecho algo, te ha engañado, te ha hecho algo que no le perdonas. Eso fue lo que nos insinuaste aquí, en esta habitación. Tenías que demostrarle tu poder, tenías que forzar... —¿Eso crees? —preguntó.

—Estoy convencido de ello —respondí—. Crees que Rowan te oculta algo. Unos secretos mágicos, unos secretos que tú no nos has contado ni a Quinn ni a mí. Durante los últimos años le has reprochado que fuera tu médico, la científica chiflada, sí, eso es, la científica chiflada, la guardiana de las llaves de los secretos mágicos, que entraba y salía de tu cámara mortuoria, ordenando que te administraran unos y otros fármacos, sin explicarte lo que ocurría, ocultándote otros secretos aún más siniestros, unos secretos que Rowan, Michael y tú conocéis, ¿no se así? —Yo la quiero.

—Y en aquellos momentos comprendiste que poseías una potente magia. Que poseías las llaves de un poderoso secreto. Te mostraste condescendiente con Rowan. Y ella se dio cuenta del engaño, de tu fingido afecto, y el pánico la invadió al percatarse de que no estabas viva, que era lo que tú querías. Querías que reconociera tu poder, que comprendiera que comparada contigo, en tu presente estado, no era nada.

—¿Es eso lo que piensas? —preguntó Mona llorando y j respirando agitadamente. Estoy seguro de ello. Y tú no has terminado con Rowan. Ni mucho menos.

—Un momento, Lestat—terció Quinn—. Eres injusto. Mona nos confesó que tenía una deuda pendiente con Rowan. Pero seguro que no pensaba en todas esas cosas cuando se acercó a ella.

—Te equivocas —insistí.

—Te has enamorado de ella —afirmó Quinn.

—¿De quién? ¿De Mona? Ya os he dicho que os amo a los dos.

—No —dijo Quinn—. Sabes muy bien que no me refiero a Mona. Te has enamorado de Rowan de una forma muy distinta del amor que sientes por nosotros. Has conectado con algo que tiene Rowan en lo más profundo de su ser y con lo que nosotros no podemos competir. Se produjo anoche. Pero no puedes poseer a Rowan. Es imposible.

—Mon Dieu! —murmuré.

Atravesé el pasillo, entré en mi habitación y cerré la puerta con llave.

Julien estaba apoyado contra el elevado cabecero de caoba de la cama, ataviado con su elegante traje de etiqueta y su pajarita blanca, con los brazos cruzados y observándome satisfecho.

—Es cierto, no puedes poseerla —dijo riendo suavemente—. Te he visto caer en la trampa, como una mosca atraída por la miel. Lo he pasado en grande. Rowan te ha pillado con la guardia baja, sí, no lo niegues, has probado la semilla del mal con tus refinados sentidos, con esos besos en la sombra; te has enamorado perdidamente de ella con una ternura ajena a tus odiosos poderes. Pero jamás podrás poseerla. Rowan Mayfair nunca será tuya. No puedes poseer a la magnate, la creadora de la empresa familiar más importante, la defensora de los sueños públicos de la familia, el genio filantrópico de la familia, ¡la estrella guía de la familia! Jamás podrás poseerla. Te retorcerás observándola de lejos sin saber lo que puede ocurrirle. La vejez, una enfermedad, un accidente, una tra-

gedia. ¡Menudo espectáculo! Y no podras intervenir. ¡No te atreverás!

Junto a Julien estaba la pequeña Stella, que debía de tener unos ocho o nueve años, luciendo un precioso vestido blanco de cintura baja y un lazo blanco en su negra cabellera.

—¡No seas cruel con él, tío Julien! —dijo Stella—. Pobre-cito.

—Es un ser despreciable y cruel, querida Stella —respondió Julién—. Se llevó a nuestra querida Mona. Se merece lo peor.

—Escucha, fantasma de tres al cuarto —dije—. No soy un cretino sentimental salido de una mala poesía de Byron. No estoy enamorado de vuestra estimada Rowan Mayfair. El amor que siento por ella es algo con lo que jamás te has topado en tu absurdo vagabundear. Rowan tiene más problemas de los que imaginas. ¿Por qué no me cuentas qué desastroso error cometiste con tus astutas maquinaciones y apariciones? ¿O prefieres que se lo sonsaque a Mona, a Rowan o a Mi-chael? No has tenido precisamente un éxito angelical. Toma a tu niña en brazos y lárgate de aquí, ¿Te proporciona Dios la facultad de retorcerte y escupir de ira?

Sonaron unos golpes en la puerta. Oí a Mona decir mi nombre insistentemente.

Los fantasmas desaparecieron.

Mona se arrojó en mis brazos.

—¡No soporto que te enfades conmigo! ¡Dime que no lo estás! ¡Te quiero con toda mi alma!

—No, no estoy enfadado —respondí—. Deja que te abrace con fuerza, mi pupila, cariño mío, mi pequeña. Te adoro. Todo se arreglará. Conseguiremos que todo sea perfecto para todo el mundo. De una forma u otra.

13

Unos pasillos de un hotel. Unas voces sofocadas que no paraban de hablar. Una moqueta de color azul oscuro. Unas luces eléctricas que imitaban las llamas de las velas. Una puerta tras otra. Qué mesa tan hortera. ¡Eres un asqueroso materialista! Deja de fijarte en las mesas y cumple de una vez con tu repugnante misión. ¿Te imaginas que un tipo decidido a hundirte compilara un catálogo de todos los muebles que has descrito personalmente en tus Crónicas Vampíricas? Te mostraría tal como eres, un demonio avaricioso, desvergonzado, codicioso, sediento de sangre y perpetrador de los siete pecados capitales. ¿Qué te dijo en cierta ocasión Louis? Que conviertes la eternidad en unos encantos. ¡Venga, muévete!

El interior de un dormitorio. Espejos y caoba. Restos de una comida servida en la habitación. (¡Vaya, ni una sola mesa!) Una mujer de piel aceitunada, de pelo oscuro, tendida sobre las almohadas, semiinconsciente. Apestaba a ginebra. Las cortinas estaban descorridas y mostraban a través de la ventana del rascacielos la noche bulliciosa y

refulgente. Un vaso lleno de cubitos de hielo y ginebra y tónica, cuyas burbujas heladas reflejaban la luz.

La mujer se volvió, incorporándose sobre los codos. Lucía un camisón de satén color crema; tenía los pezones flácidos, morenos.

—¿De modo que te han enviado? —preguntó con los ojos entornados, la mirada despectiva, la boca pintarrajeada crispada en un gesto adusto—. ¿Cómo vas a hacerlo? ¡Menuda melena rubia!

Me tumbé en la cama junto a ella, apoyándome sobre el codo izquierdo. La cama estaba saturada de su dulce perfume humano. Las suntuosas sábanas y almohadas eran de satén.

—Eres un sicario —dijo la mujer con tono despectivo. Cogió el exquisito vaso—. ¿Te importa que beba un trago

antes de morir? —Y apuró su ginebra con tónica. Olía a veneno.

Ah, deudas de juego, millones, algo increíble, pero todo eso no era más que la punta del iceberg: esa mujer había estado metida en asuntos más turbios, viajaba con frecuencia a Europa y contribuía a que unos canallas acumularan fortunas. Cuando disparaba una pistola, vaciaba el cargador. Así se ganaba la vida. Su socio se había esfumado. Sabía que ahora le tocaba a ella. Pero no le importaba. Había dilapidado todo el dinero. Estaba siempre borracha. Estaba harta de esperar.

Su pelo negro y fino estaba grasiento. Era uno de esos rostros que la madurez transforma por completo. Hay muchos, pero ¿a quién le importa?

La mujer se recostó de nuevo sobre las almohadas.

—Mátame de una vez, cabrón —murmuró. Apenas se la entendía.

—Vale, guapa —respondí. Me eché sobre ella y la besé en el cuello. Humm, Olía a nadie.

—¿Qué pretendes, violarme? —preguntó riendo—. ¿Eres incapaz de encontrar a una puta de doscientos dólares en esta asquerosa ciudad? ¿Sabes cuántos años tengo?

¿Cómo es

posible que un guaperas como tú tenga que hacérselo con una vieja?

Le tapé la boca. La mujer respondió débilmente a la presión de mis labios.

—Y encima me besa —dijo con tono burlón—. Déjate de caricias y mueve las caderas, tío.

—Me subestimas... Tengo algo mejor para ti.

La besuqueé en el cuello, en la arteria, oí cómo circulaba la sangre por ella, abrí la boca lentamente, deleitándome de nuevo con el sabor de una piel humana, clavé mis colmillos y empecé a succionarle la sangre tan rápidamente que la mujer perdió el conocimiento antes de sentir el minúsculo agujonazo de dolor. ¡Dios, esto es el Paraíso! Tómatelo con calma.

Ingrávido, intemporal, apocalíptico. No me mientas, tesoro, no esperes que me arrepienta por las cosas que he hecho, sería absurdo, no soy Dios, cariño, entonces ¿quién eres?, pues el Diablo, cariño, ya te lo he dicho, pero yo no te creo, te odio, sigue, te odio como nunca he odiado a nadie, ¡esto me encanta!, ¡qué delicia!, cuéntamelo, ¿qué dices? Casi he terminado, si quieres renunciar, hazlo, pero si no, continúa, yo no lo necesito, lo necesitas tú, jugamos a la rayuela en la acera, unas tizas de colores, las odio, suéltame, saltamos a la cuerda, una puerta con mosquitera que se cierra de un portazo, nunca lo conseguí, unos niños que lloran, necesito la sangre, espera, ya lo veo, jamás imaginé que pudiera ser tan... retroceder por ese pasillo, no, adivínalo, no lo es. Risas, luz y risas, debí...

El corazón de la mujer no podía seguir bombeando. La alcé un poco y succioné con más fuerza, su corazón se detuvo, sus arterias estallaron, la sangre me cegó, mi cuerpo adquirió peso lentamente y sentí el tacto del satén, el deslumbrante fulgor de las luces urbanas, el reflejo de los cubitos de hielo, el milagro de los cubitos de hielo.

La sangre me inundó el cerebro. ¡Santo Dios, mi Señor! Yo me largo de aquí. No yacerás junto al cadáver de tu víctima. Por el pecado mortal del orgullo destrocé el inmenso ventanal, con los brazos extendidos, haciendo añicos el cristal. ¡Llevadme con vosotras, rutilantes luces urbanas! Los fragmentos de cristal cayeron sobre el techo de grava del respiradero y las máquinas de aire acondicionado que giraban incesantemente imponentes, modernas y prosaicas.

¡Menuda sorpresa se llevará el sicario!

14

La noche siguiente me desperté y vi que el National Catholic Reporter estaba entre el correo que había llegado. Lo abrí apresuradamente para comprobar si había alguna noticia de san Juan Diego.

El periódico incluía un extenso reportaje con una maravillosa foto en blanco y negro del Papa luciendo su mitra blanca, muy escorado hacia la derecha, pero al parecer en un estado de salud aceptable, contemplando a los «bailarines indígenas» que actuaron durante la misa de canonización en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en Ciudad de México. La multitud era gigantesca. Por supuesto, el artículo mencionaba el hecho de que algunas personas dudaban de que Juan Diego hubiera existido.

Pero ¿qué nos importaba a los fieles como yo?

Después de devorar todos los artículos sobre los viajes del Papa me percaté de que encima del escritorio había una nota de uno de los guardias, en la que decía que Michael Curry había pasado por la tarde y había dejado recado de que yo le llamara. Nadie respondía al teléfono.

La noche anterior regrese tan tarde que no vi a Mona y a Quinn, que aún no se habían levantado.

El piso estaba insólitamente silencioso. Al parecer también era demasiado temprano para que aparecieran Julien y Stella. O puede que mi último sermón hubiera ahuyentado a Julien

durante un tiempo. Pero no lo creía. Seguramente mis palabras le habían dado renovadas energías y esperaba el momento más oportuno para atacar.

Cuando me disponía a coger el teléfono y llamar al número que Michael le había dado al guardia me di cuenta de que Michael acababa de entrar en el portal.

Bajé a recibirlo. La tarde estaba iluminada e impregnada de los olores de las cocinas del Barrio Francés.

Indiqué a los guardias que dejaran entrar a Michael por la puerta trasera.

Michael estaba frenético. Lucía el mismo terno de color blanco que el día anterior, con la camisa desabrochada y sin corbata; iba arrugado y manchado de tierra y tenía el pelo alborotado.

—¿Qué ocurre? —le pregunté tomándole del brazo.

Michael meneó la cabeza. Estaba tan nervioso que apenas podía articular palabra.

Estaba aturdido. A un nivel inconsciente, me impidió que leyera sus pensamientos al tiempo que me rogaba que le ayudara.

Le conduje al patio. Pero Michael sudaba profusamente y en el jardín hacía demasiado calor. De modo que le conduje donde soplaba el viento artificial.

—Vamos arriba —dije.

En el preciso momento en que llegamos al saloncito trasero apareció Mona, vestida con un bonito traje de seda azul y unos zapatos de tacón ceñidos en el tobillo y con el pelo revuelto: acababa de levantarse de la cama.

—¿Qué ocurre, tío Michael? —preguntó muy alterada.

—Hola, pequeña —respondió Michael débilmente—. Tienes un aspecto magnífico. —Acto seguido se desplomó sobre el sofá de terciopelo y apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos.

—¿Qué te pasa, tío Michael? —insistió Mona, con cierto miedo a tocarle, sentándose precariamente en el borde de una silla junto al sofá.

—Se trata de Rowan —contestó Michael—. Ha perdido el juicio y no sé si esta vez conseguiremos hacer que lo recobre. Nunca la había visto en ese estado.

Michael me miró.

—He venido para pedirte sin rodeos que me ayudes. Ejerces un gran influjo sobre ella. Anoche lograste calmarla. Con-lío en que puedas volver a hacerlo.

—Pero ¿qué le ha ocurrido a Rowan? —inquirió Mona—. ¿Ha vuelto a caer en un estado catatónico?

Sólo pude captar unas imágenes confusas en la mente de Michael, quien no parecía haber entendido la pregunta de Mona. Tuve que conformarme con sus palabras.

—Stirling está con ella en estos momentos —dijo Michael—, pero no ha conseguido nada. Esta mañana Rowan insistió en que quería ir a confesarse. Yo llamé al padre Kevin. Les dejé solos durante aproximadamente una hora. Como es natural, el padre Kevin no puede repetir nada de lo que Rowan le diga. A mi modo de ver, el padre Kevin también está a punto de perder la chaveta. No puedes introducir a un sacerdote normal y corriente como el padre Kevin en una familia como la nuestra y esperar que sobreviva, que represente algo, que ejerza sus funciones sacerdotales. No es justo.

—Michael —dije—, ¿qué es lo que hace Rowan?

Michael no pareció oírme y prosiguió:

—Rowan desarrolla un trabajo frenético en el Hospital Mayfair, como bien sabes —agregó mirando a Mona—, pero nadie más parece darse cuenta de que trabaja hasta el agotamiento, hasta el extremo de que no tiene vida interior, no lleva una vida apacible, una vida intelectual aparte de la que encierra el Hospital Mayfair; es una vocación compleja, maravillosa, sí, pero a la vez un medio de evadirse.

—Una obsesión —apostilló Mona con voz queda. Estaba muy disgustada.

—Sí —dijo Michael—. Su imagen pública es la única que posee. La Rowan interior se ha desintegrado. O en todo caso está ligada a los secretos del Hospital Mayfair. Y ahora esta crisis, esta total desconexión, esta locura. ¿Sabéis cuántas personas se alimentan de su energía? ¿de su ejemplo? Rowan ha creado un mundo que depende de ella; acuden miembros de la familia de diversos lugares para estudiar medicina; han empezado las obras de la nueva ala del hospital; se ha puesto en marcha el programa de estudios cerebrales; Rowan dirige personalmente cuatro proyectos de investigación y no sé cuántas cosas más. He prescindido de mis necesidades egoístas, y encima esto...

—Pero ¿qué ha ocurrido? —insistí. —Anoche Rowan se estuvo varias horas tumbada en la cama, murmurando unas frases que no alcancé a distinguir. No quiso hablar conmigo. No hubo forma de arrancarla de ese estado. No quiso ponerse el camisón ni comer ni beber nada. Yo me tendí junto a ella, tal como me dijiste que hiciera. La abracé. Incluso le canté. Es una costumbre de los irlandeses. Cantamos cuando nos sentimos melancólicos. Es muy curioso. Pensé que yo era el único, pero me di cuenta de que todos los Mayfair lo hacen. Es la sangre de Tyrone McNama-ra que corría por las

venas del tío Julien. Le canté canciones melancólicas. Hasta que caí dormido. Cuando me desperté, Rowan había desaparecido.

»La encontré en el jardín trasero, en el césped, debajo del roble. Estaba descalza, vestida con un bonito traje de seda, excavando en el lugar donde habían estado enterrados los restos. —Michael miró a Mona—. Iba descalza y excavaba con una de las grandes palas del jardinero. Hablaba consigo misma sobre Emaeth y Lasher y no dejaba de maldecirse. Cuando traté de detenerla, me golpeó. Intenté recordarle que había ordenado que se llevaran los restos de allí. En cuanto terminaron las obras del Hospital Mayfair, mandó que viniera una partida de operarios para que sacaran de ahí los restos. — ¿Emaeth y Lasher? —pregunté.

—Lo recuerdo —dijo Mona—. Yo estaba presente cuando ocurrió.

—Ese día Rowan no estaba en sus cabales —dijo Michael—. Se repetía continuamente. Decía que pertenecía a

Talamasca. Los operarios examinaron cada palmo de tierra como hacen los arqueólogos. Sí, tú misma los viste, y recuerdo que el olor era muy intenso.

Mona se esforzó en reprimir las lágrimas. Sentí lástima de ambos. Eran prisioneros de esos secretos.

—Sigue —dijo Mona.

—Traté de razonar con ella. Habían excavado toda la zona y se habían llevado al Hospital Mayfair todo lo que habían encontrado. Pero Rowan no lo comprendía. Le recordé lo que ella me había dicho a la sazón. Eran cartílagos de una especie infinitamente más elástica... ¡Ni siquiera era la escena de un crimen! Pero Rowan no me escuchaba. No cesaba de caminar de un lado a otro hablando consigo misma. Dice que no sé quién es ella. Me lo repite constantemente. Dijo que ingresaría en la orden de Talamasca, que se retiraría allí. Como si fuera un convento. Dijo que era donde debía estar. En Talamasca. Antiguamente, cuando las mujeres cometían algún desmán, las enviaban a un monasterio. Rowan dijo que haría una donación a Talamasca para que la admitieran, para que acogieran a la científica chiflada, porque eso es lo que es. No cree que yo sea capaz de comprenderla, Mona. No cree que sea capaz de perdonarla.

—Lo sé, tío Michael.

—Según ella, soy un individuo moral —declaró Michael con voz ronca—. Y luego dijo algo aún peor.

—¿Que? —preguntó Mona.

—Dijo que tú... estabas muerta.

Mona no respondió.

—Insistí en que estabas perfectamente. Acabábamos de verte. Estabas bien, te habías curado. Pero Rowan meneó la cabeza. «Mona ya no está viva», dijo.

Michael me miró.

—¿Vendrás conmigo, Lestat? —preguntó.

Me quedé algo asombrado. Ese hombre era muy intuitivo, pero sólo veía en mí lo que deseaba ver.

—¿Hablarás con ella? —me preguntó—. Tuviste un efecto extraordinario en ella. Lo vi con mis propios ojos. Quisiera que vinierais tú y Mona. Podéis traer a Quinn. Rowan siente un gran afecto por Quinn. No suele fijarse en la gente, pero siempre ha estimado a Quinn. No sé, quizá porque Quinn ve espíritus, o porque Quinn y Mona se aman, cualquiera sabe. Quinn le cayó bien desde el primer día en que vino a ver a Mona hace años. Rowan siempre se ha fiado de Quinn. Si pudieras hablar con ella, Lestat... Y si tú vinieras, Mona, para demostrarle que estás viva, que estás perfectamente, para abrazarla...

—Escúchame, Michael —dije—. Quiero que te vayas a casa. Quinn, Mona y yo tenemos que hablar de esto. Iremos a verte o te llamaremos en cuanto podamos. Ten la seguridad de que estamos muy preocupados por Rowan. En estos momentos sólo nos preocupa Rowan.

Michael se reclinó en el sofá, cerró los ojos y respiró hondo. Parecía derrotado.

—Confiaba en que regresaríais conmigo —dijo.

—Créeme —respondí—, nuestra pequeña consulta no nos llevará mucho rato. Tenemos obligaciones imperiosas. Te llamaremos o iremos tan pronto como podamos. Queremos mucho a Rowan —añadí tras unos instantes de vacilación.

Michael se levantó, suspiró y se encaminó hacia la puerta. Le pregunté si quería que le lleváramos en coche y murmuró que su chófer le había traído al centro.

Luego se volvió y miró a Mona. Ella se había levantado, pero era evidente que no se atrevía a abrazarlo.

—Te quiero, tío Michael —musitó.

—Tesoro —dijo Michael—, ojalá pudiera vivir de nuevo mi vida y borrar aquella noche.

—No pienses en ello, tío Michael —respondió Mona—. ¿Cuántas veces he de decírtelo? Por el amor de Dios, entré por la ventara trasera. Yo tuve la culpa de todo. Michael no parecía convencido.

—Me aproveché de ti, pequeña —murmuró.

Les miré estupefacto.

—Tío Julien tuvo su parte de culpa, Michael —dijo Mona—. Lo que ocurrió fue debido al conjuro del tío Julien. (Cometió un gran error. En cualquier caso, ya no importa. Mi estupor aumentó.

Michael observó a Mona entornando los ojos. No sé si lo hizo para verla desenfocada o con mayor nitidez. Parecía como si contemplara de nuevo su hermosura.

—Qué buen aspecto tienes —dijo Michael suspirando—. Cariño mío. —Luego se acercó a ella y la abrazó afectuosamente, rodeándola por competo, como un oso—.

Tesoro mío

—dijo.

El temor hizo presa en mí.

Ambos oscilaron abrazados; Michael estrecho a Mona con fuerza. No sospechaba nada. Flotaba como en un sueño. Y Mona, como la vampiro neófita que era, se sentía como una rosa.

Por fin Michael se separó de Mona y dijo con tono cansino que debía regresar junto a Rowan. Yo le reiteré que le llamaríamos dentro de poco.

Michael me miró durante unos momentos, como si me viera con otros ojos, pero no era más que el cansancio. Veía lo que deseaba ver en mí, y me dio de nuevo las gracias.

—Cuando Rowan se enfureció contigo te llamó Rasputín —dijo—. Lo cierto es que tienes ese poder, Lestat, lo cual es una buena cosa. Presiento que posees una gran bondad.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté. Me complació formularle aquella pregunta. Michael era uno de los mortales más enigmáticos que jamás había conocido. ¡Y pensar que era el marido de Rowan! Cuando nos conocimos pensé que era el marido perfecto para ella. Michael me estrechó la mano sin que yo pudiera evitarlo. ¿No sintió lo dura que era? Sólo una capa finísima de piel era permeable. Yo era un monstruo. Pero Michael me miró a los ojos como tratando de hallar algo distinto de los pecados mortales que predominaban en mí.

—Eres bueno —dijo, confirmando su suposición—. ¿Crees

que dejaría que sostuvieras a mi esposa en brazos si no lo pre sintiera? ¿Crees que te dejaría besarle la mejilla? ¿Crees que acudiría a pedirte que calmaras a mi esposa porque yo no puedo si no supiera que eres bondadoso? No cometo ese tipo de errores. He estado con los muertos. Los muertos han acudido a mí y me han rodeado. Me han hablado, Me han enseñado cosas. Lo sé.

Contuve el aliento. Asentí con la cabeza, —Yo también he estado con los muertos — dije—. Me dejaron confundido.

—Quizá les exigiste demasiado —comentó Michael con tono sombrío—. Creo que cuando un muerto acude a nosotros es porque es un ser tullido. Acude para que le hagamos sentirse completo.

—Sí, creo que tienes razón —respondí—. No cabe duda de que les he fallado. Pero estuve también con ángeles que me exigieron mucho y yo me negué a dárselo.

Michael me miró con cierto estupor.

—Sí, ya me lo contaste. Ángeles. No me imagino estar con ángeles.

—No me hagas caso —dije—. Hablo demasiado sobre mis heridas y fracasos. Pero podemos hacer algo por Rowan, y te prometo que lo haremos.

Michael asintió con la cabeza.

—Venid todos a casa —dijo,

—¿Rowan y tú estáis solos allí? —pregunté.

—Está también Stirling Oliver, pero... —contestó Michael.

—Muy bien. Puede quedarse —respondí—. Iremos lo antes posible. Esperáanos allí.

Michael asintió esbozando una breve sonrisa que denotaba confianza, gratitud y bondad. Luego se marchó.

Me quedé temblando, escuchándole bajar por las escaleras y atravesar el soportal. Cerré los ojos.

En la habitación se produjo un silencio sepulcral. Yo sa-

BIA que Quinn había alcanzado la puerta. Me esforcé en apaciguar los latidos de mi corazón. Me esforcé en dominarme. Mona rompió a llorar suavemente y se cubrió los ojos con el pañuelo.

—Mona la de las Mil Lágrimas —dije tratando de reprimir las mías. Y lo conseguí—. ¿Cómo es posible que Michael interpretara mis palabras en sentido contrario?

—No lo hizo —afirmó Quinn.

—Desde luego que sí —insistí—. A veces creo que los teólogos lo entienden todo al revés. El gran problema no es cómo explicar la existencia del mal en el mundo, sino cómo explicar la existencia del bien.

—Eso no te lo crees ni tú —dijo Quinn.

—Te aseguro que sí —contesté.

De repente, me sumí en un trance al pensar en el Papa en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, en Ciudad de México, contemplando a «los indígenas» bailar adornados con sus tocados de plumas. Me pregunté si los españoles habrían asesinado a esos indios con sus tocados de plumas por hacer justamente eso en tierra consagrada dos, tres o cuatro siglos atrás. Pero qué más daba. San Juan Diego los protegería a todos a partir de ahora.

Me estremecí a fin de poner en orden mis ideas.

Me senté en el sofá. Tenía que meditar sobre lo que había averiguado.

—De modo que el padre de tu hija es Michael —le dije a Mona con la mayor delicadeza.

—Sí —respondió Mona. Se sentó junto a mí y dejó reposar la mano sobre la mía—.

Hay muchas cosas que no puedo decirte. Pero en aquellos momentos, Rowan no estaba

ahí. Rowan... Rowan hizo algo terrible. No puedo revelártelo. Rowan abandonó a Michael. Rowan era la decimotercera bruja. No puedo revelar lo que hizo. Pero Rowan dejó a Michael el día de Navidad.

—Sigue, hablabas sobre Michael —dije.

—Ocurrió al cabo de unas semanas. La casa estaba a oscuras. Yo me colé por la ventana. Creía que Michael estaba enfermo, traumatizado por el abandono de Rowan. Subí sigilosamente a su habitación. En cuanto le toqué comprendí que no estaba tan enfermo.

Quinn se sentó junto a nosotros. Deduje que había oído nuestra conversación con Michael. Le disgustó mucho lo que Mona me había contado. Para él fue un golpe tremendo averiguar que Michael era el padre de la criatura sobre la que él sabía tan poco. Pero guardó silencio.

—Entonces el tío Julien nos arrojó un encantamiento a los dos —dijo Mona—. Fue él quien hizo que nos uniéramos. Yo trataba de ayudar a Michael a superar la marcha de Rowan. El tío Julien quería demostrarle a Michael que no estaba enfermo. Pero confieso que yo lo deseaba. Lo deseaba con todo mi corazón. En aquella época yo era la puta de la familia. En mi ordenador tenía una lista de todos los primos a los que había seducido. Había seducido a mi primo Randaíl, que en aquel entonces tenía ochenta años. Por poco se pega un tiro después de eso, pues entre otras cosas yo tenía tan sólo trece años. Fue repugnante. Tuve que confesarle a mi tía Bea que había seducido a Randall y pedirle que llamara a los médicos... Bueno, dejemos eso. Mi primo Randall está estupendamente. Imagínatelo. Quiero pensar que ha cumplido los noventa años gracias a mí.

—Por supuesto —comentó Quinn secamente—. Pero el caso es que tuviste una hija con Michael.

—Sí —respondió Mona—. La hija que me arrebataron.

—Fue el hecho de parir a la niña mujer lo que te produjo j la enfermedad que te estaba matando —dije—, la enfermedad para la que no había cura.

—Sí —respondió Mona—. Al principio no sabíamos a qué i se debía. Ocurrió de forma progresiva. Me quedaba poco tiempo de vida. Pero ¿de qué sirve hablar de eso ahora? Rowan buscó esos restos debajo del árbol porque trataba de hallar algo que pudiera aliviarme. Ese fue el motivo, al menos en parte. Pero ya no importa. ¿Qué podemos hacer?

—Pero ¿quienes eran los seres que había enterrados debajo del árbol? —pregunté—. Michael los llamó Emaeth y Las-her.

—Esos secretos les pertenecen a ellos —insistió Mona—. El caso es que he conseguido escapar de la muerte gracias a vosotros dos. Pero Rowan no tiene escapatoria posible. Excepto quizás a través del Hospital Mayfair, A través de un proyecto tras otro. No. Pero yo debo exigirle que me diga la verdad. ¿Trató de encontrar a mi hija o no? ¿Me mintió?

—¿Por qué iba a mentirte? —preguntó Quinn—. ¿Qué motivos tendría para hacerlo? Mona, Lestat, ¿no comprendéis que no puedo asimilar esas cosas a menos que me expliquéis lo que significan?

La expresión de Mona se tornó sombría. Era tan guapa que no podía expresar amargura, por terribles que fueran sus pensamientos.

—No lo sé —contestó echándose el pelo hacia atrás—. A veces tenía la impresión de que si Rowan hubiera conseguido dar con uno de ellos... la mutación, las otras especies... las habría guardado bajo llave en el Hospital Mayfair hasta haber realizado todo tipo de análisis para averiguar si su carne, su leche materna o su sangre podía ayudar a los seres humanos.

—¿Las otras especies? —pregunté.

Mona suspiró.

—Sobre todo la leche materna, porque tenía propiedades curativas. Yo solía imaginar, mientras yacía en la cama en la oscuridad, que mi hija se hallaba encerrada en ese edificio. Era una fantasía. Rowan me obligaba a ingerir líquidos y yo suponía que contenían la leche materna de mi hija. Todo está relacionado con la mutación. Pero ya no importa. Lo importante es que debemos ayudar a Rowan, y yo debo obligarla a que me cuente la verdad, que me diga cómo puedo encontrar yo misma a mi hija.

—¿Sigues deseando encontrarla? —repitió Quinn como si ahora lo comprendiera todo—. ¿Después de lo que has pasado?

—Sí—respondió Mona—. Ahora más que nunca. A fin de cuentas, ya no soy humana. Ahora Morrigan y yo somos iguales. Morrigan vivirá durante siglos y yo también. Es decir, suponiendo que Rowan me haya estado diciendo la verdad todos estos años, suponiendo que no sepa dónde está mi hija, si es que mi hija está viva...

—Otra especie —dije—, no una mutación. Los bebés que alcanzan la madurez al poco de nacer.

—La maldición de la familia... No puedo explicarlo... —insistió Mona—. ¿No lo entendéis? Sólo unos pocos May-fair saben lo que ocurrió. El resto vive inmerso en una bendita inocencia. Eso es lo irónico. La familia es muy numerosa y muy digna, intachable. No tienen ni remota idea de lo que ocurrió, no vieron nada, no experimentaron nada, jamás supieron...

—Entiendo tu lealtad hacia ellos —dije—. Pero ¿no comprendes que ahora tu familia somos Quinn y yo?

Mona asintió con la cabeza.

—Soy una Mayfair —dijo—. ¿Qué puedo hacer para alterar eso? Nada. Ni siquiera la sangre oscura puede alterarlo. Soy una Mayfair y por eso debo ir allí. No tengo más remedio.

—Cuando el tío Julien se apareció a Quinn para decirle que corría por sus venas la sangre de los Mayfair, ¿sabía el tío Julien lo de la especie? —pregunté—, ¿temía que Quinn poseyera los genes de esa especie?

—Por favor —respondió Mona—, no me hagas más preguntas. ¡Ocurrieron tantas cosas y tan terribles! En aquella época el tío Julien lo sabía porque nosotros lo sabíamos. Quería mantenernos a Quinn y a mí separados. Pero el nacimiento de Morrigan me causó un daño tan grave que ya no importó. Después de ese parto yo ya no podía tener más hijos de ninguna especie.

—Morrigan —dije—. ¿Querías a esa criatura? ¿Poseía un intelecto? ¿Sabía hablar?

—No imaginas lo que significa parir a uno de esos seres

--contestó Mona—. Te hablan incluso desde el útero; te conocen, y tú les conoces a ellos, y poseen todos los conocimientos de su especie... —Mona se detuvo de pronto, como si hubiera quebrantado un juramento.

Le rodeé los hombros con el brazo y la besé; luego le aparté el mechón de pelo que nos separaba y volví a besarla en la mejilla. Mona se calmó. Me encantaba la textura de su piel. Me encantaba el tacto de sus labios al tocarlos.

Quinn nos observó, pero no se opuso a que yo la besara y la acariciara, como tampoco se había opuesto Michael a que yo besara y acariciara a Rowan.

—¿Quieres que vaya allí solo? —pregunté.

—Por supuesto que no —replicó Mona—. Deseo ver a Rowan. Quiero obligarla a decírmelo. ¿Es cierto que mi hija no ha intentado jamás, en ningún momento, ponerse en contacto conmigo? Debo saberlo.

—Creo que ambos me habéis dicho lo que debemos hacer —dije con gravedad—. intercambiaremos secretos. Esa será la base de nuestro diálogo. Les contaremos a Rowan y a Michael exactamente lo que somos. Y ellos nos hablarán sobre la niña mujer y nos dirán todo cuanto pueda ayudar a Mona a dar con ella. Nos revelarán lo que Mona no puede revelarnos—Mona alzó la vista. Sus ojos parecían verlo todo con más claridad. Yo la miré.

—¿Estás dispuesta a hacerlo, cariño? —pregunté.

—Sí —respondió Mona—. En realidad es la historia de ellos, no la mía.

—Pero estuviste a punto de morir en esa historia —dije—. ¿Cómo no va a ser también la tuya?

—Digamos que me colé en ella de rondón —contestó Mona—. Deseaba a Michael. Y Rowan lo había abandonado. Durante esas interminables noches en el hospital me pregunté si Rowan me había perdonado. Si mi hija vivía y... —De pronto sacudió la cabeza y alzó las manos como para ahuyentar a un espectro.

Yo le aparte un mechón de la frente. Mona se inclinó hacia mí y la besé en la frente.

—Debemos ir allí, querido jefe —musitó Mona—. Se lo prometimos a Michael. Rowan tiene que contarme la verdad.

—Esto no me gusta —dijo Quinn meneando la cabeza. Era evidente que no estaba de acuerdo con el plan. Nadie en Blackwood Farm conocía los secretos de Quinn. Incluso su astuta tía Queen había muerto convencida de la inocencia de su adorado sobrino.

—Es el único medio de salvar la cordura de Rowan May-fair —dije—. Ella sabe lo que ocurrió pero no está segura, y eso la reconcomerá y la obsesionará y, dada su relación con Mona, ni ella ni Michael se librarán nunca de ese lastre. El daño ya está hecho. Lo único que puede repararlo es la verdad.

—Tienes razón —dijo Mona—. Si os hablan a ti y a Quinn sobre Taltos, si os confían sus secretos, si os confiesan cosas que la mayoría de los Mayfair ignoran, se formará un vínculo entre vosotros, y ese vínculo quizá nos salve a todos.

Taltos.

De modo que ése era el nombre de esa especie. Ése era el nombre de la criatura que desprendía un curioso aroma, de las sepulturas en el jardín trasero y del útero agonizante.

—Está claro que Michael y Rowan han ocultado un terrible secreto —dije—. Por lo que deduzco que son capaces de guardar otro. Y los Mayfair inocentes acogerán a Mona. Y su vida no tendrá que estar llena de sombras. Podrá ir y venir como haces tú, Quinn. Así sucederá todo.

Quinn me observó en silencio, respetuosamente. Luego preguntó:

—¿Estás enamorado de Rowan?

—Eso no tiene nada que ver —respondí.

Mona me miró. Tenía el rostro congestionado y sus ojos relampagueaban.

Fue un momento intenso y doloroso. ¿Cómo era posible que mi alma no se hubiera endurecido por completo después

de las vidas que me había cobrado? Hable utilizando el lenguaje de los mortales.

—Iremos allí para salvar a Mona, ¿no es así? Pide un coche, Quinn.

Les dejé, abrí la puerta y salí al balcón trasero. Soplaba algo de brisa. Los plátanos se mecían junto a los muros de ladrillo y pude distinguir las rosas blancas en la penumbra. En mi interior ardía un fuego ilícito.

—«La rosa de Sharon y el lirio de los valles —musité—. Eres muy bella, sin tacha alguna.» —Con cuánto respeto acogió el viento estas extrañas palabras.

Habría preferido tomar el trayecto más largo: caminar a través de las calles anchas y estrechas de la parte alta de la ciudad oyendo el estrépito del tranvía o el fragor metálico

del tráfico que circulaba por Chrondelet Street, disfrutando del espectáculo de los robles peregrinos que crecían en la parte inferior de St. Charles Avenue, de las lujuriosas flores de Garden District y del reluciente musgo que cubría los ladrillos.

Pero no había tiempo para eso salvo en mi memoria. El corazón me latía con fuerza. Y en el corazón de Quinn, mi corazón estaba a prueba.

—¿Sabes? Hace dos años que no he visto la casa entre First y Chestnut —comentó Mona mientras esperábamos en la acera que llegara la limusina—. El día que vino la ambulancia pensé que regresaría al cabo de un par de semanas, como de costumbre. Vaya, me pregunto si el tío Julien rondará todavía por las habitaciones.

«No, cariño», pensé, pero no lo manifesté en voz alta. El tío Julien, ese espíritu denigrado, está al otro lado de la calle, en la sombra de un comercio que ha cerrado hasta mañana, mirándome con cara de pocos amigos. ¡Maldito seas! Pero quién sabe, quizá venga con nosotros.

15

Amor. ¿Quién sabe nada sobre el amor de otra persona? Cuanto más ama uno, mejor conoce la trágica pérdida del amor, más respeta el silencio de la ignorancia frente a la esclavitud espiritual de otra persona.

Contemplé la casa que Quinn había descrito hacía años en los días estivales, cuando iba a visitar a su amada Mona y los mirtos crecían junto a la verja negra, y los dos célebres robles centinelas asomaban entre las losas resquebrajadas con sus gigantescas raíces.

Columnas blancas en el piso superior e inferior, una puerta lateral, grandes ventanales, mecedoras en el porche, una balaustrada de hierro forjado debajo de guirnalda de plantas trepadoras en flor. Y el amplio y misterioso jardín situado a un lado de la casa, que se prolongaba hacia una oscuridad íntima y oculta. Fue a ese soleado espacio donde el tío Julien había conducido al joven Quinn para decirle que por sus venas corría sangre de los Mayfair, que no podía casarse con Mona. ¡Algunos fantasmas no desisten jamás! Contemplé el resplandor del agua en la piscina situada al fondo, y lo que fuera que se ocultaba más allá, en la fosa del misterioso Taltos.

Dejé que el confiado Michael me condujera al salón doble con una sonrisa de alivio.

Noté de inmediato un aroma extraño. Una especie extraña. Tenue pero inconfundible.

Mona

también lo percibió, y olfateaba el aire con ese gesto rápido, vampírico.

Era una estancia impotente.

Había un inmenso espejo sobre cada una de las dos chimeneas de mármol blanco, y, en los extremos de la larga estancia en penumbra, otros espejos multiplicaban los candelabros hasta el infinito. Alfombras de Aubusson y muebles corrientes, pero exquisitos, diseminados por la estancia violaban la división natural de los dos salones

con una zona de descanso formada, debajo del arco central, por un sofá y unas butacas, y más allá, el largo y negro piano Bosendorfer cubierto por un elegante velo de polvo.

En las paredes colgaban los retratos de unos antepasados, como era de rigor: una fornida dama con el pelo negro vestida con un traje de amazona y, al otro lado, junto a un reloj de pared alemán que emitía su acompasado tictac y que daba la hora puntualmente, nada menos que monsieur Julien Mayfair, con sus ojos centelleantes y una sonrisa que yo jamás le había visto.

Oí unos murmullos, como si la casa estuviera llena de fantasmas. Miré por el rabillo del ojo al genuino y odioso Julien. Michael se volvió. Luego lo hizo Julien, situado al otro lado, y percibí un frufrú de tafetán, como si se tratara de un traje de noche antiguo.

Michael se volvió de nuevo.

—¿Dónde están? —murmuró.

—No les caemos bien —dije.

—¡Las decisiones las tomamos nosotros, no ellos! —exclamó Michael enojado. Era la primera vez que yo veía esa emoción en él. Estalló y se desvaneció en el acto. Existe una palabra grandilocuente que describe esa emoción: «evanescente».

—¿A quiénes te refieres? —inquirió Mona, saliendo de su trance. Sus ojos reflejaban una profunda emoción. Había vivido en esa casa, la amaba, la habían arrancado de ella, había sentido el aliento de la muerte en su piel, y ahora ese aliento se había disipado y ella había regresado a casa.

¿Es preciso que le lea el pensamiento para saberlo? En absoluto. Lo leí en los ojos de Quinn, y éste, que habita en una gran mansión, se sentía muy a gusto aquí, aterrizado como estaba de perder el cariño de todo el clan Mayfair, como si hubieran acudido a recibirnos por la serpenteante y escarpada carretera portando unas antorchas como en una película de serie B.

Michael fijó sus ojos azules en mí. Estaba extenuado, pero seguía mostrando una inmensa fortaleza, se sentía orgulloso de su casa y discretamente feliz de la admiración con que la contemplábamos,

—Yo mismo la he encalado, la he pintado, y he instalado unos cables nuevos, lijado los suelos y esmaltado. —Los murmullos se intensificaron—. Aprendí a hacerlo en el oeste, y durante todo el tiempo que viví allí jamás me olvidé de esta casa, frente a la cual solía pasar de niño; jamás me olvidé de ella, y, desde luego, nunca soñé que un día sería su amo y señor —risas—, es decir, en la medida en que un hombre puede sentirse amo y señor de esta casa, que tiene una propietaria, o quizá dos, y durante mucho tiempo... —Michael perdió el hilo—. Venid, os enseñaré la biblioteca.

Yo le seguí lentamente.

Fuera, la noche batía con fuerza sobre las ventanas, los pájaros cantaban y las ranas croaban, con toda la autoridad del inmenso jardín.

Un pasillo angosto, unos muros elevados. Una escalera letal. Demasiado recta, demasiado larga. Percibí de nuevo el extraño aroma. Pero más que eso percibí el olor a muerte de un ser mortal. ¿Cómo había llegado a percibirlo? A través de la mano con que me apoyaba en la balaustrada. Un ser mortal que subía y bajaba. Una escalera en la que uno podía partirse fácilmente el cráneo. Las puertas, como puertas de un templo, se alzaban en protesta contra ese impedimento doméstico.

—... Añadida en 1868 —dijo Michael—, todo es un poco más reducido en esta habitación, pero la decoración de sus paredes y techo es la más exquisita de toda la casa.

—Una pared forrada de libros, de cuero antiguo.

—Desde luego —respondí—, un techo magnífico. Veo unas caras diminutas en el medallón de yeso.

Mona dio una vuelta por la habitación, caminando silenciosamente sobre la alfombra roja, se acercó a un ventanal que daba a un pequeño porche lateral y se asomó como si midiera el mundo a través de aquellos visillos de encaje, que ostentaban unos pavos reales bordados. A continuación, dio media vuelta y miró a Michael.

Michael asintió con la cabeza. Su recuerdo transmitió a Mona una breve pero clara amenaza. Algo terrible, algo letal había penetrado por la ventana. Percibí unos himnos de muerte y de moribundos. El fantasma de la familia se había materializado en un ser de carne y hueso. Rechazo. Apresúrate. Rowan espera. Rowan tiene miedo. Rowan está muy cerca.

—Vamos, cariño —le dijo Michael a Mona.

¿Tenía ese apelativo un tono tan íntimo cuando yo la llamaba así?

Durante unos momentos deseé rodearle los hombros con el brazo para reivindicar mi ascendencia sobre ella. Sobre mi pupila, mi pequeña. Era vergonzoso.

El comedor era un rectángulo perfecto que contenía una mesa redonda perfecta. Las sillas eran Chippendale, y unos murales que reflejaban el antiguo esplendor de la plantación cubrían las paredes de la estancia. Había un candelabro de un estilo distinto. Pero no conozco su nombre. Pendía sobre la mesa, formado por multitud de velas. Rowan estaba sentada a la mesa, sola; su imagen se reflejaba perfectamente en la superficie pulida de madera.

Lucía una bata de color granate, anudada a la cintura, con ! unas solapas de satén y un aire un tanto masculino, pero su sugestivo rostro sin maquillar y sus hombros estrechos le daban el aspecto de una hembra perfecta. Por el escote asomaba el borde de un camisón blanco. Su pelo, peinado con sencillez, enmarcaba sus grandes ojos grises y su boca virginal. Me miró como si no me conociera. La tensión de lo que ocultaban sus ojos era tan inmensa, que daba la impresión de estar ciega.

Luego Rowan miro a Mona. Se levantó de la silla, exten-dió el brazo y la señaló con el índice.

—¡Sujétala! —murmuró como si apenas pudiera articular palabra. Rodeó la mesa apresuradamente—. ¡La enterraremos debajo del árbol! ¿Me oyes, Michael? —preguntó resollando—. Sujétala, está muerta, ¿no lo ves? ¡Sujétala! —Rowan echó a correr hacia Mona, pero Michael, destrozado por el dolor, la detuvo—, La enterraré yo misma —dijo Rowan—. Ve a por la pala, Michael —gritó con voz ronca e histérica, pero débil. Mona se mordió el labio y retrocedió hacia el rincón, con los ojos centellantes. Quinn se esforzó en sujetarla.

—Cavaremos una fosa muy profunda —dijo Rowan frunciendo su delicado ceño—. ¡La enterraremos para que no pueda regresar jamás! ¿No ves que está muerta? ¡No la escuches! Está muerta. Sabe que está muerta.

—¡Deseas que esté muerta! —exclamó Mona entre sollozos—. ¡Eres odiosa! —La ira brotó de sus labios como una larga lengua en llamas—. ¡Eres odiosa y una embustera! ¡Conoces al hombre que se llevó a mi hija! Siempre supiste la verdad. Dejaste que se la llevara. Me odiabas debido a Michael. ¡Me odiabas porque era hija de Michael! Dejaste que ese hombre me la arrebatara.

—Basta, Mona —dije.

—Te lo ruego, tesoro, amor mío —le imploró Michael a Rowan, por el bien de todos y de él mismo. Estaba agotado, y la sujetó casi sin fuerzas mientras Rowan le arañaba los brazos tratando de soltarse.

Me acerqué a Rowan, la aparté de su legítimo esposo y la miré a los ojos, a esos ojos intensos y enloquecidos.

—Lo hice porque se moría —dije—. Yo soy el culpable.

Entonces Rowan me vio. Me vio por primera vez. Tenía el cuerpo rígido como un tronco. Michael, situado tras ella, me miró perplejo.

—Prestad atención —dije—. Hablaré sin sonido.

Somos unos seres legendarios, unos nombres vulgares, cazadores nocturnos, excluidos eternamente del día, vivimos de la sangre humana, cazamos sólo a los malvados, nos alimentamos de vidas basura, suponiendo que exista tal cosa, vivimos entre los humanos desde los albores del tiempo, nosotros mismos pasamos por humanos, nuestro cuerpo es transformado por la sangre oscura, perfeccionado dentro de su potencial por la sangre oscura, Quinn, Mona y yo. Tienes razón, Mona esta muerta, pero sólo a la vida humana. Yo obré la magia. La llené de sangre vivificadora. Acéptalo. Ya esta hecho. Es irreversible. Lo hice yo. Una joven moribunda definida por

el dolor y el temor no podía dar su consentimiento. Hace dos siglos, yo tampoco di mi consentimiento. Hace un año, Quinn no consintió a ello. Puede que nadie consienta a ello. Ocurrió gracias a mi capacidad de convicción y mi poder. Yo soy el culpable. Mona ha recobrado renovadas fuerzas. Sí, caza a los inmundos. Pero vuelve a ser Mona. La noche le pertenece, y durante el día se oculta del sol. Yo tengo la culpa. Échamela a mí.

Guardé silencio.

Rowan cerró los ojos. Contuvo el aliento como si tratara de exorcizar un terrorífico coágulo de sus pulmones.

—Es hija de la sangre —musitó. Se apoyó contra mí clavándome los dedos de la mano izquierda en mi hombro. Yo la abracé e introduje mis dedos en su cabello.

Michael bajó la vista como si, después de cerrarse la ventana, deseara meditar a solas. Tras dejar a Rowan en mis manos, parecía haberse aislado del resto de los presentes en la habitación. Pero había captado y asimilado lo que yo les había revelado. Se sentía cansado y deprimido.

Mona se acercó a él y Michael la abrazó con exquisita ternura. La besó en las mejillas como si la verdad hubiera propiciado en él una poderosa y casta comunión. La besó en la boca, en el pelo.

—Tesoro, pequeña mía —dijo—, mi niña bonita, mi pequeño genio. —Era casi como el abrazo que le había dado hacía tan sólo media hora, pero esta vez lo comprendí. El hecho de saber en qué se había convertido Mona transformó lentamente la forma en que Michael la acarició.

Michael sentía un deseo carnal, un deseo innato que él había alimentado durante años, un deseo carnal práctico, vi-tal, que formaba parte de su ser, de su visión, pero eso no era lo que sentía por Mona. Había dejado de desearla después de atenderla durante seis años, y esta verdad aberrante le permitía ahora acariciarla de nuevo, besarla, arrullarla, alisarle el pelo con sus manos, sí, y ella estaba de nuevo junto a él, el padre de su hija, el padre de su muerte.

—Como el Taltos —murmuró Mona esbozando su inocente y dulce sonrisa. Una joven intrépida. Michael sin duda distinguía con mayor claridad su reluciente piel en esa habitación en penumbra, y el brillo anómalo de sus ojos, y la voluminosa cabellera roja que enmarcaba su rostro risueño.

Mona no captó la tristeza que Michael sentía, su tremendo dolor. Michael la soltó con gran delicadeza, tras lo cual acercó una de las sillas y se sentó ante la mesa. Luego se inclinó hacia delante y se pasó las manos por el pelo.

Quinn se sentó en una silla frente a Michael y le miró. Mona se acercó en silencio a Quinn. Ya estaban todos instalados.

Yo seguía abrazando a Rowan. ¿Y mi deseo carnal? La

tormenta de sangre lo arrastra todo en su vorágine, todo deseo de conocer, asimilar, aceptar, poseer, matar, amar... En mi interior se había desatado una violenta tempestad, Pero soy muy fuerte. Es un hecho sabido. Y cuando uno ama a otro como yo amaba a Rowan, no pretende hacer daño. Jamás. Las triviales operaciones del corazón se consumen en soledad. Se consumen en una humildad que me permitía sentir esto, saberlo, y ocultarlo en mi prudente alma.

La obligué a alzar la cara, presionándole la mejilla con mi pulgar, un gesto que si me lo hubieran hecho a mí, no lo habría soportado, pero era un gesto tentativo y yo estaba dispuesto a apartar la mano si Rowan mostraba la menor reticencia. Pero me miró con aire de complicidad. Y su cuerpo se

rindió a mí, y la mano que tenía apoyada en mi hombro me rodeó afectuosamente el cuello.

—De modo —dijo Rowan con esa maravillosa voz, esa voz profunda y melodiosa—, que los Mayfair del círculo interno tenemos otro secreto sacrosanto, otro ser inmortal. Sigilosa y tenuemente, Rowan se soltó y, besándome la mano en secreto, se acercó a Michael, apoyó las manos sobre sus hombros y miró a Mona, que estaba sentada frente a él. —Y yo me despertaré de esta gnosis —prosiguió— y, con el tiempo, sí... con el transcurso del tiempo, me afanaré en proteger esta verdad, y volveré a penetrar en el mundo que he creado para que no pueda prescindir de mí.

—Cariño, has regresado —murmuró Michael. Esa era la criatura que yo adoraba. Cuando Rowan y yo nos miramos a los ojos vi que ella lo había comprendido, y descubrí en ella un respeto y una comprensión por mi devoción tan profundos que no pude articular palabra en el denso silencio.

Así surge la poesía, superando lo literal: Qué bella eres, amor mío, terrible como un ejército que enarbola sus estandartes. Aparta tus ojos, que me abrumen; eres mi hermana, mi esposa, un recoleto vergel: un manantial cerrado, una fuente sellada.

16

¿Por qué la amaba hasta ese punto? Sin duda alguien leerá estas páginas y preguntará: ¿qué tenía Rowan de especial?, ¿qué fue lo que hizo que tú, de todos los seres, te enamoraras de ella?, ¿que tú, amante de hombres y mujeres, vampiro, destructor de almas inocentes, te enamoraras perdidamente de esa mujer? Tú, el foco de tantos afectos, que te ufanas continuamente de tu confiado e irresistible encanto... ¿Por qué la amabas ?

¿Qué puedo decir? Ignoraba qué edad tenía. Es un dato que no puedo consignar aquí. No puedo describir su pelo salvo para decir que lo tenía corto y con las puntas vueltas hacia fuera, y que su rostro era todavía lozano, sin la menor arruga, y que tenía el cuerpo esbelto como el de un muchacho.

Pero uno asimila esos detalles en el frenesí del amor que siente hacia la persona en cuestión. En sí mismos no significan nada.

Pero si uno cree que una mujer tan fuerte ha creado ella misma sus rasgos faciales, la línea de sus cejas, su postura erguida, la franqueza de sus gestos, la forma en que el cabello le cae sobre la cara, la longitud de sus pasos, el sonido de sus pisadas, entonces lo significan todo.

Junto a la pelirroja Mona, Rowan presentaba un color ceniciento, parecía una mujer dibujada al carboncillo, con una mirada penetrante y asexuada, un alma tan inmensa que se diría que llenaba cada fibra de su cuerpo y emanaba hacia el infinito, y un conocimiento del mundo que la rodeaba que superaba con creces al de cualquier persona que ella hubiera conocido o llegara a conocer jamás.

Imaginad esa soledad.

Rowan no hablaba a las personas con tono de superioridad. Simplemente, no les hablaba. Dios sabe la cantidad de vidas que había salvado. Y sólo ella sabía la cantidad de personas que había asesinado.

Hacía poco que había comenzado a realizar en el Hospital Mayfair sus grandiosos sueños. Se trataba de una gigantesca y continua máquina de sanar.

Pero lo que la llevaba a través del mundo eran proyectos aún sin revelar para los que poseía la riqueza, los conocimientos, una visión incisiva como el láser, el valor y la energía personal.

¿Qué amenazaba a esa mujer fuerte como una roca que había hallado a través de la tragedia y la herencia el objetivo perfecto? Su cordura. De vez en cuando cedía ante la

locura como si se tratara de una potente bebida alcohólica, y cuando estaba bebida huía de sus sublimes propósitos y se ahogaba en recuerdos y remordimientos, perdiendo el juicio y el sentido de la proporción, farfullando confesiones de infamia y estratagemas semiexploradas de escape que podían alejarla para siempre de sus expectativas.

En ese preciso momento Rowan consideraba su cordura como su estado de gracia, y me veía como el demonio que la había hecho regresar a él.

A sus ojos, yo era la conexión entre ambos mundos. Significaba que ella era capaz de hacer lo que quisiera.

Hija de la sangre.

Me deseaba. Por lo que yo era, es decir, por todo lo que ella había intuido en mí durante nuestros tres encuentros, y lo que sabía con certeza, tanto con respecto a mi profesión como a su temor.

Me deseaba por completo. Era un deseo enraizado en sus facultades que superaba y eclipsaba su amor por Michael. Yo lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Pero Rowan no tenía la menor intención de ceder a él. ¿Y su voluntad? Era como el acero. También se puede dibujar el acero al carboncillo, ¿no es así?

17

—Debéis guardar este secreto y no revelárselo a nadie —dijo Mona con voz trémula sosteniendo con firmeza la mano de Quinn—. Si no se lo reveláis a nadie, dentro de un tiempo podré relacionarme con ellos. Me refiero al resto de la familia. Podré frecuentarlos. Al igual que Quinn frecuenta a todos los habitantes de Blackwood Farm. Dispondré de cierto tiempo para despedirme de ellos. ¿Por qué me has llamado «hija de la sangre»?

Rowan la miró desde el otro lado de la mesa. Luego, con un gesto mecánico e impaciente, se quitó su gruesa bata de color granate como si se despojara de un caparazón roto, mostrando su tensa figura enfundada en un camisón de algodón blanco que le dejaba al descubierto los brazos.

—Salgamos de aquí —dijo Rowan con su voz suave y profunda, pero con más firmeza. Tenía la cabeza ligeramente agachada—. Vayamos donde están enterrados los otros. Stir-ling está allí. Siempre me ha gustado ese lugar. Podemos conversar en el jardín. — Rowan echó a andar y entonces me percaté de que iba descalza. El borde de su camisón rozaba el suelo.

Michael se levantó de la mesa y la siguió. Parecía como si evitara mirarnos a los ojos.

Alcanzó a Rowan y le rodeó los hombros con un brazo.

De inmediato, Mona echó a andar tras ellos.

Pasamos por una antecocina con unas elevadas alacenas de cristal que contenían unos vistosos platos de porcelana, cruzamos luego una cocina moderna, atravesamos una puerta de vaivén y bajamos unos escalones de madera pintados que daban acceso a un espacioso patio enlosado.

Frente a nosotros Había una gigantesca piscina octogonal que relucía debido a la multitud de bombillas que había instaladas en el fondo y, más allá, una elevada y elegante caseta de baño.

Largas balaustradas de piedra caliza circundaban el terreno del jardín, rebosante de plantas tropicales, y el aire estaba saturado del intenso perfume a jazmín nocturno.

A la izquierda crecía un algarrobo cuyas gigantescas ramas se inclinaban sobre nosotros. Las cigarras emitían sus sonoros cantos desde los numerosos árboles que nos rodeaban. No se oía el ruido del tráfico que circulaba por el exterior. El aire parecía bendecido.

Mona contuvo el aliento, sonrió, agitó su cabellera y se volvió para que Quinn la abrazara, murmurando rápidamente como un colibrí al batir sus alas:

—Todo está igual, tan hermoso como lo recuerdo. Nada ha cambiado.

Rowan se detuvo y alzó la cabeza para contemplar las nubes que se deslizaban por el firmamento, dejando que Mona lo asimilara todo lentamente. Me miró durante unos segundos. Hija de la sangre. Archivo de datos. Luego miró a Mona y enseguida observó de nuevo las nubes.

—¿Quién iba a cambiar un lugar como éste? —preguntó Rowan suavemente con su voz grave y melodiosa, respondiendo a Mona.

—Sólo somos sus custodios —apostilló Michael—. Algún día, después de que hayamos muerto, otros Mayfair vivirán aquí.

Aguardamos unos minutos, formando un apretado círculo. Quinn estaba visiblemente nervioso. Mona estaba entusiasmada.

Miré a mí alrededor en busca del fantasma de Julien. Pero no había ni rastro de él. Supuse que no quería arriesgarse a que Michael le viera.

Stirling apareció por una puerta de hierro forjado negra situada a la izquierda y se dirigió hacia nosotros. Lucía una camisa de hilo blanca hecha a medida y presentaba su habitual aspecto impecable. Estaba extrañamente silencioso. Rowan siguió avanzando con paso decidido, descalza, señalando el jardín del que acababa de salir Stirling. Stirling miró a Mona a los ojos durante unos segundos, recabando información, y luego siguió a Rowan y a Michael hacia el jardín del que había salido.

Todos penetramos en un mundo distinto, más allá de las proporciones de las balaustradas italianas y las losas cuadradas y perfectas que cubrían el suelo. Abundaban las begonias y los plátanos y un amplio césped se extendía bajo un gigantesco y vetusto roble, donde había una mesa de hierro y algunas modernas sillas de hierro forjado que sospecho que eran más cómodas que las reliquias que hay en mi patio. Un elevado muro de ladrillo rodeaba el jardín frente a la verja y una hilera de tejos lo separaba del garaje situado a la izquierda; el edificio de dos plantas que albergaba a los sirvientes, a la derecha, lo ocultaba del mundo exterior, mientras que un alto y recio ligustrum nos impedía ver buena parte de la mansión.

En las dependencias del servicio había alguien. Durmiendo. Soñando. Una persona anciana. Pero olvidemos ese detalle.

La tierra empapada, unas flores plantadas de forma aleatoria, unas hojas que se confundían agitadas por la húmeda brisa nocturna, todos los cantos nocturnos, el olor del río que discurría a ocho manzanas de allí sobre el Irish Channel, donde el silbido de un tren rasgó la noche, seguido por el distante y sofocado estrépito de los vagones. Las cigarras enmudecieron de golpe, pero el canto de las ranas arbóreas era estentóreo, y también se oían los pájaros nocturnos que sólo los vampiros percibimos.

Unas luces situadas a escasa altura a lo largo del sendero de cemento proporcionaban una iluminación tenue. Había otras luces diseminadas por los rincones del jardín. Dos reflectores instalados en lo alto del roble proyectaban un suave resplandor sobre la escena. Había luna llena, pero aparecía velada tras la panoplia rosada de nubes, de modo que nos hallábamos envueltos en una sutil oscuridad rosácea y penetrable, rodeados por el cálido ambiente del jardín en el que un sinfín de minúsculas bocas trataban de alimentarse de nosotros. Al pisar el césped percibí el leve olor de la especie extraña, el olor que Quinn había captado cuando el fantasma del tío Julien lo había traído aquí de niño. Observé que el olor también impactó a Mona, que lo percibió con su agudizado olfato. Se tensó, como si sintiera náuseas, y luego respiró hondo. Quinn se inclinó para besarla.

Stirling hizo de anfitrión, invitándonos a sentarnos en las sillas colocadas en torno a la mesa. Trató de ocultar su asombro al contemplar a Mona. El prodigio de Quinn

transformado en vampiro lo había presenciado en circunstancias angustiosas, y, de nuevo, más tarde, la noche que fuimos a informarle de que Merrick Mayfair había muerto, Pero Mona... Por más que se esforzó, Stirling no logró disimular su estupor. Rowan tenía el camisón blanco empapado de barro. Pero a ella no parecía importarle. Murmuraba, o quizá cantaba, pero no logré entender lo que decía. Michael contempló el roble como si hablara con él. Luego se quitó su arrugada chaqueta de lino blanca y la colgó en el respaldo de una silla. Siguió mirando el árbol como si concluyera un soliloquio. Era un hombre alto y fuerte, extraordinariamente atractivo. Stirling condujo a Mona a una silla e indicó a Quinn que ocupara la silla contigua. Yo esperé a que Rowan y Michael tomaran asiento, De improviso, Rowan se volvió y me arrojó los brazos al cuello. Se abrazó a mí con la fuerza de una mujer mortal, oprimiendo su cuerpo suave y sedoso contra el mío, musitan- do palabras febriles que no llegue a entender, contemplándome de pies a cabeza, mientras yo permanecía inmóvil, sintiendo que el corazón me latía aceleradamente. Luego empezó a acariciarme por todo el cuerpo, deslizando las palmas de sus manos sobre mi rostro, mi pelo, asiéndome de las manos y enlazando sus dedos con los míos. Por último, introdujo mi mano entre sus piernas, se apartó estremecida, me soltó y me miró a los ojos.

Yo estuve a punto de perder el juicio. ¿Percibió alguien la tormenta que se desató en mi mente? Cerré el candado de mi corazón. Lo castigué. Soporté el suplicio. A todo esto, Michael no dejó de observarnos en ningún momento. Se sentó, de espaldas al roble, frente a Mona y Quinn, y se puso a hablar con Mona, recitando de nuevo con tono paternal y voz arrulladora lo dulce y bonita que era, insistiendo en que era su amada hija. Yo contemplé la escena por el rabillo del ojo, hasta que, por puro agotamiento, el candado de mi interior se rompió y perdí los estribos. Abracé el cuerpo dúctil de Rowan y la besé en la frente, besé la piel tersa y dulce de su frente, y luego sus labios dulces y complacientes, hasta que ella retiró sus brazos flácidos de mi cuello y se sentó junto a Michael. En silencio. Exhausta.

Me dirigí al otro lado de la mesa y me senté junto a Mona. Sentí un regusto amargo de deseo. Era increíble desear a alguien hasta ese punto. Cerré los ojos y escuché los sonidos de la noche. Unas criaturas voraces y repulsivas que cantaban magníficamente. Y unos bichejos nauseabundos cuya presencia me parecía insoportable se arrastraban sobre la tierra blanda y fértil. Y el incesante estruendo del tren que circulaba por la ribera. Y luego el canto absurdo del órgano de vapor sonaba en el barco fluvial que transportaba a los turistas por el río mientras éstos se divertían riendo, bailando y cantando.

—El jardín salvaje —murmuré. Me volví, como si los odiara a todos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Rowan. Sus ojos dejaron de moverse febrilmente durante unos momentos.

Todos callaron, salvo los monstruos cantores. Unos monstruos dotados de alas y seis o siete patas, o desprovistos de patas.

—Es una frase que yo solía utilizar antiguamente para describir la Tierra —respondí—, cuando no creía en nada, cuando creía que las únicas leyes eran las leyes estéticas. Pero entonces era joven y estúpido, un bebedor de sangre neófito que esperaba que se produjeran otros milagros. Antes de averiguar que nosotros sabíamos más de nada, y nada más. A veces recuerdo esa frase en noches como ésta, tan accidentalmente hermosa.

—¿Y ahora crees en algo? —inquirió Michael.

—Me sorprendes —contesté—. Supuse que esperabas, como suelen hacer los mortales, que yo lo supiera todo.

Michael meneó la cabeza.

—Supongo que intuyo que lo vas descifrando todo paso a paso —dijo—, como el resto de nosotros. —Observó los plátanos que crecían detrás de mí. Parecía preocupado por la noche, y profundamente dolido por cosas que yo no podía averiguar. No pretendía mostrar su dolor. Pero éste era demasiado intenso para ocultarlo, de modo que se enfrascó en sus pensamientos, casi por cortesía.

Mona se esforzó en reprimir las lágrimas. Era evidente que ese lugar, ese jardín secreto, tan oculto del mundo formado por las calles del Garden District con sus casas arracimadas, era sagrado para ella. Deslizó la mano derecha sobre mi mano izquierda. Su mano izquierda estaba enlazada con la de Quinn, y yo sabía que se la estrechaba con la misma fuerza con la que estrechaba la mía, oprimiéndola una y otra vez para tranquilizarse. j

En cuanto a mi amado Quinn, se sentía profundamente incómodo y perplejo por todo. Observó a Rowan y a Michael con evidente turbación. Nunca había estado rodeado de tantos mortales que sabían lo que era. En realidad, nunca había estado con más de uno, concretamente Stirling. Por lo demás, sentía la presencia del anciano en la parte trasera de la casa. Y no le gustaba.

Y Stirling, que había adivinado acertadamente que la revelación ya se había producido, que Rowan se había tranquilizado y estaba absorta en sus pensamientos, parecía atemorizado, aunque sin perder la dignidad. Estaba sentado a mi izquierda, con los ojos fijos en Rowan.

—¿En qué crees ahora? —me preguntó Mona con voz trémula, pero insistente—. Si tu antigua resignación con respecto al jardín salvaje era errónea, ¿qué la ha sustituido?

—Mi creencia en el Creador —respondí—, que lo creó todo con amor y deliberadamente. ¿Qué otra cosa iba a ser?

—Amén —dijo Michael suspirando—, un ser forzosamente mejor que nosotros... Mejor que cualquier criatura que existe en la Tierra, un ser que demuestra compasión...

—¿Os mostraréis vosotros compasivos con nosotros? —preguntó Quinn de sopetón mirando a Michael a los ojos—. Aparte de guardar el secreto de Mona, quiero que guardéis también el mío.

—Tu problema es que crees que aún eres humano —replicó Michael—. Tu secreto está a salvo. Haremos lo que tú quieras. Espera un tiempo prudencial. Luego Mona puede regresar con su familia. No es nada complicado.

—A ti te parece asombrosamente sencillo —contestó Quinn con tono receloso—. Me pregunto por qué.

Michael soltó una breve y amarga carcajada.

—Deberías saber lo que significaba Taltos —respondió—, y lo que nos hicieron.

—Y lo que yo le hice a uno de ellos —soltó Rowan, imprudentemente, en voz baja, y levantó la mirada como si recordara lo sucedido.

—Ni lo sé ni lo comprendo —dijo Quinn—. Creo que Lestat se refería a un intercambio de secretos. Hay cosas que Mona no puede explicar. Le duelen demasiado. Unas cosas en las que estáis implicados vosotros. Mona está atrapada en una telaraña de lealtades de la que no consigue liberarse. Pero una cosa está clara: desea encontrar a su hija, Morrigan.

—No sé si podemos ayudarla —dijo Michael.

—Yo misma me las arreglare para dar con Morrigan —protestó Mona—. He recobrado las fuerzas. —Me apretó la mano—. Pero debéis decirme todo lo que sepáis. He permanecido dos años postrada en la cama confundida y enloquecida. Estoy todavía hecha un lío. No comprendo por qué no habéis encontrado a mi hija.

—Te lo explicaremos todo de nuevo —le aseguró Michael.

Rowan murmuró unas palabras, como si hablara para sí. Luego regresó de nuevo a la realidad, con la mirada remota, indecisa, recorriendo con los ojos la mesa, como si no mirara nada en concreto.

—Yo sabía lo que erais —dijo. Hablaba en voz baja, pero prosiguió sin vacilar—: Sabía lo que erais, hijos de la sangre, bebedores de sangre, vampiros. Lo sabía. No fue sencillo. Michael lo sabía. Nos enteramos poco a poco.

Rowan me miró directamente por primera vez y continuó: —En cierta ocasión vi a uno de vuestra especie caminando por el Barrio Francés. Era un varón, moreno, muy guapo, distinto de todo cuanto le rodeaba. Parecía estar buscando a alguien. Yo experimenté unas sensaciones conflictivas que me dejaron paralizada, una atracción hacia él y, al mismo tiempo, temor. Sabéis que poseo ciertas aptitudes, aunque no están tan desarrolladas como podrían estarlo. Soy una bruja que no quiere ser una bruja, una científica chiflada que no quiere estar loca. Sentí deseos de conocerlo, de seguirle. Ocurrió hace mucho tiempo. Jamás he olvidado ese episodio. Comprendí que no era un ser humano, ni un fantasma. Creo que no se lo había contado a nadie.

»Y entonces desapareció esa mujer de Talamasca. Se llamaba Merrick Mayfair. Yo no la conocía personalmente, pero sabía que existía, que era una Mayfair de color, descendiente de una rama de la familia que vive en la parte baja de la ciudad. No lo recuerdo. Creo que fue Lily Mayfair, sí, o quizá Lauren (yo odiaba a Lauren, porque era perversa), quien me dijo que había muchos Mayfair de color, pero esa Merrick no estaba muy unida a ellos. Esa Merrick poseía unos poderes psíquicos tremendos. Había oído hablar de nosotros, de los Mayfair de First Street, pero no quería tener tratos con nosotros. Se había pasado la vida en Talamasca y, sin embargo, nunca habíamos oído hablar de ella. Los Mayfair detestan no conocer la existencia de otros Mayfair.

»Lauren me explicó que esa Merrick Mayfair había venido una vez, cuando abrimos la casa para una visita turística en beneficio de los conservadores del patrimonio, después de que Michael lo hubiera restaurado todo, después de que hubiera pasado la mala racha, antes de que Mona enfermara gravemente. Esa tal Merrick había visitado First Street con los turistas, imaginaos, para conocer el núcleo. Y nosotros no estábamos ahí. No lo sabíamos.

Al oír esas palabras sentí como si me traspasara una espada. Miré a Stirling. Él también sufría. Recordé a Merrick encaramándose sobre el altar en llamas, llevándose con ella, hacia la Luz, al espíritu que había atormentado a Quinn durante toda su vida. No lo reveles. No reavives los recuerdos. No puedes ayudarles.

Pero Rowan se refería a una época anterior a la noche en que Merrick desapareció para siempre. Rowan se refería a la época en que Merrick acudió a nosotros.

—Entonces Merrick desapareció —dijo Rowan—, y los de Talamasca se quedaron desconcertados. Merrick había desaparecido. Hubo rumores de magia negra. Entonces Stirling Oliver vino al sur. —Rowan miró a Stirling, que la observaba temeroso, pero sereno.

Rowan bajó de nuevo los ojos y siguió hablando con voz suave y queda, a un paso del histerismo.

—Sí —dijo dirigiéndose a mí—. Lo sé. A veces temí perder el juicio. No construí el Hospital Mayfair para convertirme en la científica chiflada. La científica chiflada es

capaz de las mayores atrocidades. La doctora Rowan Mayfair tiene que ser buena. Yo creé este inmenso centro médico para que la doctora Rowan Mayfair se comprometiera a hacer el bien. Una vez puesto en marcha el proyecto, no podía permitirme el lujo de caer en la locura, de soñar con los Taltos y el lugar donde estaban enterrados, de soñar con extrañas criaturas que había visto y perdido sin dejar rastro. Con la hija de Mona, hicimos cuanto pudimos por encontrarla. Pero yo no podía vivir en un mundo tenebroso. Tenía que dedicar todos mis esfuerzos a personas normales y corrientes, firmar contratos, realizar pruebas, convocar a médicos en todo el país, volar a Suiza y a Viena para entrevistarme con médicos que deseaban trabajar en el centro médico ideal, el centro médico que superaba a todos los demás en cuanto a equipamiento, laboratorios, personal, comodidades, protocolos y proyectos.

»El hospital me mantendría en el mundo de los cuerdos, promovería mis visiones médicas hasta los límites...

—Lo que has hecho es magnífico, Rowan —dijo Quinn—. Hablas como si no creyeras en tu hospital cuando no estás allí. Todos los demás creen en él.

Rowan prosiguió con el mismo tono quedo, atropelladamente, como si no le hubiera oído.

—Acude a él toda clase de gente —dijo. Sus palabras fluían como si no pudiera detenerlas—. Personas que jamás han dado a luz a un Talto, que jamás han visto fantasmas, que jamás han enterrado cadáveres en el jardín salvaje, que jamás han visto a hijos de la sangre, que jamás han confiado en presenciar nada prodigioso; un centro médico que ayuda a toda clase de seres humanos, que los acoge con afecto, que es real para ellos, real, esto es lo que importa. Yo no podía dejar que todo eso se viniera abajo, no podía quedarme en mi habitación, sumida en pesadillas o delirios, no podía fallar a mis internos y residentes, a mis ayudantes de laboratorio, a mis equipos de investigación, y, con mis antecedentes, la neu-rocirujano, la científica por vocación, podía aportar un enfoque personal a cada aspecto de ese gigantesco organismo; no podía huir, no podía fracasar, no puedo fracasar ahora, no puedo ausentarme, no puedo...

Rowan se detuvo, con los ojos cerrados, y cerró con fuerza la mano en un puño sobre la mesa.

Michael la miro en silencio y con tristeza.

—Continúa, Rowan —dije—. Te escucho.

—Me estás enojando —dijo Mona con voz baja y áspera—. Creo que te odio.

Yo la miré estupefacto,

—Sí, siempre me has odiado —replicó Rowan levantando la voz, pero no los ojos, que seguía moviendo de un lado a otro—. Porque no conseguí curarte. Y no pude dar con Morrigan.

—¡No te creo! —le espetó Mona.

—Rowan no te miente —terció Quinn con tono de reproche—. Recuerda lo que acabas de decir. Has estado enferma y confundida durante varios años.

—Mona, cariño, no sabemos dónde está Morrigan —dijo Michael.

Mona se apoyó en Quinn y éste le rodeó los hombros con el brazo.

—Dínoslo, Rowan, dinos lo que tengas que decir —dije—. Quiero oírlo.

—Sí, anda —dijo Mona—, continúa con la saga de Rowan.

—Mona —murmuré, inclinándome para asirla por la cabeza y atraerla hacia mí al tiempo que le susurraba al oído—: estos seres son mortales y con los mortales debemos tener una paciencia infinita. Nada es como era antes. Debes dosificar tus fuerzas. Controlar tus viejas envidias y rencores mortales. Aquí están fuera de lugar. ¿No te das

cuenta de que ahora tienes el poder para buscar a Morrigan? Lo que aquí está en juego es el resto de tu familia.

Mona asintió a regañadientes. No lo entendía. Su enfermedad mortal la había alejado de esas personas. Yo acababa de comprender hasta qué punto la había separado de ellas. Aunque seguramente habían ido a visitarla cada día al hospital, Mona estaba drogada, atormentada por el dolor, sola.

Un suave murmullo quebró mi concentración. La persona que estaba en las dependencias de los sirvientes se había despertado y bajaba corriendo los escalones de madera. La puerta con mosquitera se cerró de un portazo y oí unas pisadas apresuradas a través del susurrante follaje.

La criatura que apareció entre las begonias y los heléchos podía haber sido un pequeño duende, pero era una mujer muy vieja, un ser menudo con el rostro diminuto y completamente arrugado, los ojos negros y el pelo blanco peinado en dos trenzas sujetas con una cinta rosa. Vestía una bata tiesa y floreada y calzaba unas zapatillas acolchadas de un color rosa desteñido.

Mona corrió hacia ella exclamando:

—¡Dolly Jean! —Luego levantó en volandas a la diminuta criatura y comenzó a dar vueltas sosteniéndola en brazos.

—¡Señor, por todos los santos! —exclamó Dolly Jean—. ¡Pero si eres tú, Mona Mayfair! Hija mía, déjame enseguida en el suelo y cuéntame lo que te ha ocurrido. ¡Fijaos en esos zapatos! Rowan Mayfair, ¿por qué no me dijiste que la niña estaba aquí? Y tú, Michael Curry, querías emborracharme con ron, no creas que no me di cuenta, ¿acaso crees que tu madre que está en el cielo no sabe las cosas que haces? Pensaste que te habías desecho de mí, lo sé, no me tomes por tonta... ¡Pero fijaos en Mona Mayfair! ¿Qué le habéis dado?

Mona no era consciente de que gracias a su fuerza vampí-rica estaba sosteniendo a la anciana en el aire, ni tampoco de lo anormal que eso parecía.

Los espectadores nos quedamos mudos.

—¡ Ay, Dolly Jean, ha pasado mucho tiempo! —sollozó Mona—. Ni siquiera recuerdo la última vez que te vi. Estaba encerrada, llena de tubos, soñando. Y cuando me dijeron que Mary Jane Mayfair había vuelto a fugarse, me quedé estupefacta.

—Ya lo sé, pequeña —respondió Dolly Jean—, no me dejaban entrar en tu habitación, tenían sus normas, pero no creas que no recé el rosario todos los días por ti. Cualquier día Mary Jane se quedará sin dinero y regresará a casa, o la encontraremos muerta en la funeraria con una tarjeta sujeta al dedo gordo del pie.

Todos nos pusimos de pie, excepto Rowan, que permaneció sumida en sus pensamientos como si no ocurriera nada. Michael tomó a la aparentemente ingrávida Dolly Jean de los brazos de Mona y la sentó en una silla situada entre Rowan y él.

—¡Dolly Jean, Dolly Jean! —sollozó Mona mientras Quinn la condujo de nuevo al lugar que ocupaba a la mesa.

Rowan ni siquiera miró a Mona o a Dolly Jean. No dejaba de murmurar, al tiempo que la narración se desarrollaba en su cabeza, ininterrumpidamente, y sus ojos escudriñaban en vano la oscuridad.

—Cálmate, Dolly Jean, y tú también, Mona. Dejad que hable Rowan —dijo Michael

—¿Quién diantres eres tú? —me preguntó Dolly Jean—. ¡Virgen Santa! ¿De dónde has salido?

Rowan se volvió de pronto y miró a Dolly Jean con evidente asombro. Luego se encerró de nuevo en su soledad y sus insistentes recuerdos.

La anciana se quedó callada e inmóvil. Al cabo de unos instantes murmuró:

—Pobre Rowan, ha vuelto a darle uno de sus ataques. —Luego me miró de nuevo, contuvo sonoramente el aliento y exclamó—: ¡Sé quién eres!

Yo la miré sonriendo. No pude remediarlo.

—Por favor, Dolly Jean —dijo Michael—, tenemos que resolver unos asuntos.

—¡Jesús, María y José! —exclamó Dolly Jean, contemplando esta vez a Mona, que se apresuró a enjugarse sus últimas lágrimas—. ¡Mi pequeña, Mona Mayfair, es una hija de la sangre! —Luego fijó los ojos en Quinn, volvió a contener sonoramente el aliento y exclamó—: ¡El del pelo negro!

—¡No! —declaró Rowan con tono áspero y furioso, volviéndose de nuevo hacia la anciana—. Es Quinn Blackwood. Ya sabes que siempre ha estado enamorado de Mona. —Lo dijo como si fuera la respuesta a todas las preguntas del universo.

Dolly Jean se volvió bruscamente en la silla y movió la cabeza arriba y abajo para examinar de pies a cabeza a Rowan, que la miró con ojos centelleantes, como si no la hubiera visto jamás en su vida.

—¡Ay, mi niña, mi pobre niña! —le dijo Dolly Jean a Rowan. Luego le acarició la cabeza—. Querida niña, no te entristezcas por los demás. Animo, hija mía.

Rowan la miró durante unos momentos como si no entendiera una palabra de lo que decía Dolly Jean; luego desvió la vista y la fijó en el infinito, medio soñando, medio cavilando. —Esta tarde, a las cuatro —dijo Dolly Jean sin dejar de acariciar la cabeza de Rowan—, esta pobre criatura estaba cavando su propia fosa en este jardín. Vi que te afanaste en ocultarlo, Michael Curry; crees que puedes ocultarlo todo, y cuando bajé para preguntar a Rowan qué hacía metida en un hoyo y llena de barro, me pidió que cogiera la pala y la enterrara viva. —Calla, quédate quieta —murmuró Rowan, con la mirada ausente, como si escuchara los sonidos nocturnos—. Ha llegado el momento de adoptar una visión más amplia. Los iniciados se han multiplicado, y éste es el círculo interior. Procura ser digna de él, Dolly Jean. Guarda silencio.

—Muy bien, hija mía —respondió Dolly Jean—, sigue hablando, y tú, mi espléndida Mona, rezaré todo el día el rosario por ti, y por ti también, Quinn Blackwood. Y tú, rubiales, ¡qué guapo eres! ¡Crees que no me he dado cuenta, pero te equivocas!

—Gracias, señora —contesté con voz queda.

En éstas terció

I

Quinn:

—¿Prometéis todos guardar nuestro secreto? La situación se vuelve cada vez más peligrosa para nosotros. ¿Qué puede ocurrir a partir de ahora?

—Descuida, guardaremos el secreto —dijo Stirling—. Hablémoslo con calma. En cualquier caso, no se puede dar marcha atrás.

—¿Acaso crees que pretendemos convertir a todo el clan Mayfair en hijos de la sangre?

—Dolly Jean soltó una risota-

da y golpeó la mesa con las palmas de ambas manos—. ¡Esto es de lo más cómico! ¡Si ni siquiera podemos hacer que crean en los Taltos! ¡Nuestra brillante doctora ni siquiera puede hacerles creer en la gigantesca hélice, ni que se porten como es debido para evitar que nazca otro bebé adulto! ¿Crees que nos harían caso si les contáramos lo de los hijos de la sangre? Cariño, cuando llamamos se limitan a dejar el teléfono descolgado.

Durante unos momentos temí que Rowan fuera a perder los estribos. Fulminó a Dolly Jean con la mirada. Temblaba violentamente. Estaba blanca como la cera y movía los labios, pero sin pronunciar palabra.

De pronto, Rowan soltó una carcajada de lo más extraña. Una carcajada suave y espontánea. Su rostro adquirió una expresión infantil y risueña.

Dolly Jean la miró entusiasmada.

—¡Bien sabes tú que no puedes lograr que crean en la neumonía! —dijo dirigiéndose a Rowan—. ¡Ni siquiera en la gripe!

Rowan asintió con la cabeza y sus carcajadas dieron paso lentamente a una dulce sonrisa. Jamás había visto esas expresiones en Rowan; me llenaron de gozo.

Mona lloraba y trataba de hablar al mismo tiempo.

—Por favor, cálmate, Dolly Jean —dijo Mona—. Tenemos que resolver unos asuntos.

—Entonces dame un trago de ron —respondió Dolly Jean—. ¡Por el amor de Dios, niña, levántate y ve a traérmelo! Ya sabes dónde está el ron. ¿No? Pues tráeme el Amaretto y un vasito de licor. Eso me hará muy feliz.

Mona obedeció en el acto. Echó a andar por el césped hacia la piscina, donde sus tacones sonaron sobre las losas del suelo, y dobló la esquina de la casa.

Michael miró a la anciana con expresión pensativa, meneando la cabeza.

—Si bebes eso después de la cantidad de ron que has ingerido —murmuró—, vomitarás.

—Nací vomitando —replicó la anciana. Stirling miró a Dolly Jean como si fuera un ser horripilante. Yo estuve a punto de soltar una carcajada.

Rowan siguió sonriendo a Dolly Jean. Era una sonrisa dulce, enigmática y sincera.

-Haré que te bebas toda la botella de Amaretto -dijo Rowan suavemente con su voz ronca y confidencial-. Voy a ahogarte en él.

Dolly Jean se puso a brincar en su silla riéndose a mandíbula batiente. Luego asió el rostro de Rowan con firmeza

-Al menos he conseguido que te rías, mi pequeña genio, nu doctora, mi jefa, mi señora de la casa. Te quiero, hija mía, soy la única de todo el clan Mayfair que no te teme. - Acto seguido beso a Rowan en la boca y la soltó—. Tú dedícate a cuidar de todo el mundo, que para eso te ha puesto Dios en la tierra, para que cuides de todo el mundo.

—Y no hago más que fracasar una y otra vez —contestó Rowan.

-No es cierto, cariño -dijo Dolly Jean-. Construye otra ala en ese hospital. Y no te preocupes por nada, querida niña.

Rowan se repantigó en la silla. Parecía aturdida. Cerró los OJOS.

Mona se acercó a la carrera por el césped, portando una bandeja que contenía varias botellas de licores y unos vasos relucientes, y la depositó en la mesa de hierro forjado -Veamos -dijo-. Aquí hay tres seres humanos -añadió poniendo los vasos delante de Stirling, Michael, Dolly Jean y Rowan-. No, cuatro seres humanos. Muy bien hay un vaso para cada ser humano.

Pensé que Quinn iba a morir de vergüenza. Yo me estremecí.

— Michael tomó la botella de Irish Mist y se sirvió una pequeña cantidad. Dolly Jean se apropió de la botella de Amaretto y bebió un generoso trago. Stirling se sirvió dos dedos de coñac que fue bebiéndose a sorbos. Rowan no se sirvió nada

Se produjo un silencio durante el cual Mona se sentó de nuevo en su silla.

—Rowan —dije—, nos explicabas cómo averiguaste lo que éramos. Hablabas sobre Merrick Mayfair, que desapareció de Talamasca.

—Esa sí que es buena —intervino Dolly Jean bebiendo otro trago de Amaretto—. Estoy impaciente por oírlo. Adelante, Rowan, si es que estás en tus cabales y te apetece hablar. Ardo en deseos de oír la historia. Continúa, como si yo no estuviera presente para animarte.

—Debéis comprender lo que la orden de Talamasca significaba para nosotros —dijo Rowan. Tras una pausa, prosiguió en voz baja, captando la atención de todos los

presentes—: Los de Talamasca han conocido a la familia Mayfair a lo largo de sus trece generaciones. Mona lo sabe. No sé si tú, Quinn, lo sabías, pero nosotros se lo confiábamos todo. Conocían la existencia de los Taltos. Lo sabían. Era como si nos confesáramos con ellos. Poseen la solidez y la apabullante seguridad de la Iglesia católica. Stirling fue muy paciente con nosotros. Mona le quería mucho.

—No hables como si no estuviéramos presentes —protestó Mona.

—Paciencia, Mona —dije.

Rowan prosiguió como si no nos hubiera oído.

—Entonces Dolly Jean, nuestra querida Dolly Jean Mayfair de la Plantación Fontevrault, dijo que Merrick Mayfair se había convertido en una hija de la sangre. «¡Es cierto! ¡Eso es exactamente lo que le ha ocurrido a esa chica!» Dolly Jean lo sabía de buena tinta. Había llamado a Tante Osear, y Tante Osear se lo había dicho.

Rowan sonrió a Dolly Jean, quien asintió con la cabeza e ingirió otro gigantesco trago de Amaretto. Rowan se inclinó, al igual que Dolly Jean, hasta que sus frentes se rozaron, y se besaron tiernamente en la boca. Parecía como si esas dos mujeres fueran amantes.

—Hazme quedar bien —replicó Dolly Jean—, o lo negaré todo. Aunque la verdad es que ya no recuerdo lo sucedido.

—Calla —dijo Rowan suavemente dedicándole a la anciana otra dulce sonrisa.

Dolly Jean asintió y bebió otro trago de licor, Rowan se reclinó en la silla y continuó:

—Dolly Jean le ordenó a Henri que nos llevara, a ella y a mi en la limusina al centro, para visitar a Tante Osear. Vivía en el Barrio Francés, donde Sansón perdió el flequillo.

Tante Osear es una anciana Mayfair de color que habita en un apartamento situado en un tercer piso, desde cuyo balcón se ve el río. Tante Oscar tenía más de cien años. Pero sigue vivita y coleando. Rowan comenzó a hablar con más rapidez. —Tante Osear llevaba puestos por lo menos tres vestidos, uno encima de otro, y cuatro vistosas bufandas de lana alrededor del cuello, y un abrigo granate con el cuello ribeteado de una piel dorada, creo que de zorro, con las cabezas y las colas de unos zorritos, no estoy muy segura, y un anillo en cada uno de sus huesudos dedos, y tenía una cara larga y ovalada, y el pelo negro como ala de cuervo, y unos ojos enormes en forma de huevo de color amarillo. El piso estaba atestado de muebles: tres aparadores uno junto a otro, tres escritorios uno junto a otro, mesas de comer en tres comedores, y sofás y butacas por todas partes, y una alfombra encima de otra, y mesitas adornadas con pañitos y figuritas de porcelana y fotografías enmarcadas, y numerosos servicios de té de plata maciza. Y armarios roperos llenos de ropa colgada y guardada de cualquier manera.

Dolly Jean se puso a reír mientras bebía otro trago, y Mona soltó una discreta risita.

Rowan prosiguió como si no las hubiera oído.

—Unos preciosos niños mulatos de unos doce años corrían por todas partes, sirviéndonos café y tarta, llevándole el correo a Tante Osear, bajando a por los periódicos. En todas las habitaciones había un televisor y un ventilador en el techo que refrescaba el ambiente. En ningún lugar he visto a niños

tan hermosos como en Nueva Orleans. El color de esos niños era indescriptible.

»Tante Osear se dirigió al frigorífico, que, aunque era un modelo ultramoderno, ella llamaba nevera, y lo abrió para mostrarnos que guardaba en él el teléfono, porque nunca lo utilizaba. El teléfono estaba entre la leche, los yogures y los tarros de confitura, pero cuando Dolly Jean la había llamado, Tante Osear había oído sonar el teléfono a través de la puerta del frigorífico porque se trataba de Dolly Jean, y había atendido la llamada.

»Tante Osear nos contó que hacía más de doscientos años que los hijos de la sangre vivían en el Barrio Francés, alimentándose de la morralla, y que Merrick Mayfair se había convertido en uno de ellos. Estaba escrito. El tío Vervain de Merrick Mayfair lo

había predicho: un día su querida Merrick Mayfair se convertiría en una hija de la sangre. Y se lo reveló únicamente a Tante Osear. El tío Vervain había sido un conocido doctor de vudú al que todo el mundo respetaba, pero al ver lo que el futuro le deparaba a su sobrina, se llevó un disgusto tremendo. Tante Osear dijo que Merrick Mayfair viviría eternamente.

Yo me estremecí. Ojalá hubiera visto yo la Luz... Pero ¿cuántas oportunidades iba a darme Dios?

—Como es natural, el tío Julien trató de impedir esta catástrofe. Creo que tío Julien está expiando sus pecados, deambulando inútilmente por la Tierra...

—Eso me gusta mucho —dije de sopetón.

Rowan prosiguió como si tal cosa.

—..., Según nos explicó Tante Oscar. El tío Julien se había aparecido en sueños a la Gran Nananne de Merrick Mayfair, cuando la anciana yacía agonizando, y le había dicho que entregara a Merrick Mayfair a los de Talamasca. Pero Tante Osear dijo que el tío Julien tenía la desgracia de que cada intervención suya en el mundo de los vivos fracasaba.

—¿Eso dijo Tante Oscar? —pregunté.

Michael sonrió y meneó la cabeza. Miró a Mona, que lo estaba observando.

Rowan continuó su relato.

-Cuando describí al ser de pelo negro que había visto caminando por el Barrio Francés, Tante Osear me dijo que lo conocía. Le llamaba Louis. Dijo que la señal de la cruz hacía que desapareciera, pero no tenía ningún poder sobre él. Simplemente, la respetaba. Tante Oscar dijo que el más peligroso era el otro, el rubio, que tenía un nombre muy extraño y «hablaba como un gánster y tenía el aspecto de un ángel». No he olvidado esas palabras, me parecieron muy raras Rowan me miró. Yo la contemplaba arrobado.

-Años más tarde, hace unos días, apareciste en el salón doble de Blackwood Farm y Jasmine te llamó «Lestat». Hablabas como un gánster y tenías el aspecto de un ángel. Por más que intenté convencerme de lo contrario, en mi fuero interno supe lo que eras. Lo supe enseguida. Recordé el olor a alcanfor que emanaba del apartamento de Tante Osear y la forma en que ésta me dijo: «El de pelo negro nunca ataca a una presa si para ello tiene que enzarzarse en una lucha, pero el rubio es capaz de cualquier atrocidad. Es más temible que el otro.»

—No es cierto -repliqué suavemente-. Incluso los condenados aprenden. No es como dicen nuestros libros de oraciones. Incluso los vampiros pueden aprender. Dios tiene que

ser un Dios misericordioso. Nadie está más allá de la redención.

—¡Redención! -murmuró Rowan-. ¿Cómo voy a redimirme yo?

—No digas eso, cariño —dijo Michael.

—Esta niña necesita todo tu amor —terció Dolly Jean— Juro que cada mañana se levanta, desayuna y baja a los infiernos'

Rowan me sonrió. Bajo la pálida luz mostraba un aspecto juvenil, sus facciones parecían más suaves y refinadas, y sus ojos grises se serenaron unos momentos antes de iniciar de nuevo su búsqueda febril.

¡Ah, conocer el beso de tus labios, pues tu amor es más dulce que la sangre!

UNA PAUSA. Aprovechando que su legítimo esposo estaba distraído, absorto, Rowan fijó sus ojos en los míos.

Perdóname.

—Pero salto de una época a otra —dijo Rowan—. Este relato no guarda el debido orden cronológico. —Rowan miró a su alrededor, como si le sorprendiera comprobar que el

jardín estaba a oscuras, que las botellas relucían bajo la tenue luz y el bonito fulgor de los vasos.

—Continúa, Rowan, por favor —dije.

—Sí. Permitid que retroceda un poco, al momento en que Merrick Mayfair desapareció, sí—dijo asintiendo con la cabeza—. En términos generales, yo había oído y había visto ciertas cosas, y se lo conté a Michael, que escuchó esas terribles historias como hace siempre, con ese inquietante pero encantador aire de resignación típicamente celta, que cada año se hace más acusado en él. Pero cuando hablé con Stirling, observé en su rostro que lo había comprendido todo. Manifestó su deseo de conocer a Tante Osear. Y lo consiguió. Pero lo único que dijo fue que echaban de menos a Merrick Mayfair, eso es todo.

»Entonces a Lauren Mayfair, la gran abogada de la firma Mayfair y Mayfair, que sabe todo lo referente a leyes, y, por tanto, no sabe nada, se le metió en su obtusa cabecita averiguar más detalles sobre la extraña desaparición de una Mayfair que quizá necesitaba a sus parientes blancos. Bobadas.

—Bien dicho —declaró Dolly Jean bebiendo otro trago de la botella—. Lauren se empeñó en averiguar qué hacía un miembro de la familia Mayfair en la orden de Talamasca, lo cual le disgustaba profundamente.

—Lauren conocía la casa en la que había nacido Merrick Mayfair —dijo Rowan—, y, tras las pertinentes indagaciones, averiguó que seguía perteneciendo a Merrick Mayfair. De modo que se desplazó a la parte baja de la ciudad. Y fuera lo que fuere lo que vio, se quedó espantada. Me llamó y me dijo: «La han remozado como un palacio en ese barrio tan peligroso, y todos los vecinos temen acercarse a ella. Quiero que me acompañes.» Y yo accedí. Aún me reía al recordar mi extra-

ña entrevista con Tante Oscar. Así que me dije: ¿por qué no voy a acompañarla?, sólo tengo que terminar el proyecto de un hospital y un centro de investigación, ¿Quién soy yo para objetar que estoy demasiado atareada para hacerle ese favor? »Dolly Jean dijo que estábamos locas, que uno no se acerca a un hijo de la sangre sin más ni más, especialmente si lo conoces, pero nosotras estábamos decididas a ir cuando anocheciera. Los hijos de la sangre sólo salen de noche, y Dolly Jean nos advirtió seriamente que nos dirigiéramos a la entrada principal y llamáramos a la puerta, evitando hacer algo que diera a un hijo de la sangre motivo justificado para lastimarnos. —Dolly Jean no cesó de asentir con la cabeza y reírse durante toda esta perorata—. Entonces llamamos a Tante Oscar, que oyó nuestra llamada a través de la puerta del frigorífico, y nos dijo lo mismo. Lauren Mayfair estaba que trinaba, como suele decirse. Dijo que antes de cumplir los veintiún años estaba ya harta de la locura congénita de los Mayfair. Dijo que si volvía a oír a una persona emplear la expresión "hijo de la sangre", se querrellaría con ella. De modo que yo le dije: "¿Por qué no los llamamos vampiros?"

Mona prorrumpió en carcajadas y Dolly Jean se rió tan fuerte que tuvo que golpear la mesa con su puño izquierdo. Por poco se ahoga. Por fin las carcajadas de Mona remitieron, y Michael les pidió a las dos que se calmaran. Rowan aguardaba a que recobrasen la compostura.

Rowan prosiguió, con los ojos fijos en mí, pero luego desvió la mirada.

—Así que fuimos. Era el barrio más sórdido que yo jamás había contemplado. Las piedras de la acera habían desaparecido arrastradas por el lodo, los edificios se habían derrumbado formando unas pilas de cascotes, y las zarzas se extendían como trigales. En éstas vimos la típica casa construida sobre unos postes, recién pintada y con su flamante jardín. Estaba rodeada por una elevada verja con una puerta de hierro forjado, y un timbre junto a la puerta, de modo que llamamos y apareció en el porche una mujer muy alta, descal-

za, que nos abrió la puerta y se quedó mirándonos, iluminada a contraluz. Era Merrick Mayfair.

»Sabía quienes éramos. Era asombroso. Me felicitó por el centro médico y dio las gracias a Lauren por haber asistido años atrás al funeral de Gran Nananne, Estuvo muy amable con nosotros, pero no nos invitó a entrar. Nos dijo que estaba perfectamente. Que no había desaparecido, sino que se había convertido en una eremita. Recuerdo que al observarla utilicé todos mis poderes clarividentes, pero me hechizó. Era el timbre de su voz, y la forma en que caminaba, lo que le daba ese aire tan singular. El centro de gravedad no estaba en sus caderas, como está en todas las hembras humanas. Y su voz poseía una maravillosa dimensión musical. En cuanto al resto de ella, estaba en penumbra,

»Por supuesto, Lauren había satisfecho la increíble mentalidad legalista de Merrick de que todo estaba en orden. ¡Menuda idiota superficial! Y el siguiente ataque de Merrick fue contra los de Talamasca, a los que se proponía "echar de Luisiana", pero al comprobar que poseían una lista interminable de bufetes de abogados en Londres y Nueva York y que todo un contingente de la familia estaba contra ella, incluidos Michael y yo, optó rápidamente por escindir la firma, y por decirme que yo estaba "chiflada", y que iba "a ingresar a Tante Oscar en una residencia para ancianos". Yo la zarandeé. No quise hacerlo. Jamás había zarandeado a nadie de ese modo. Pero cuando Lauren dijo eso sobre Tante Osear, me enfurecí. Le dije que si se atrevía a hacer semejante cosa con un Mayfair, la mataría. Perdí los estribos. ¿Qué le hacía pensar que tenía derecho a hacer semejante cosa? Me aparté de ella. Temí... Temí hacer algo aún peor. Y no se volvió a hablar del asunto. Desde entonces Lauren no quiere saber nada de mí.

»Y yo estaba demasiado implicada en el centro médico para pasarme toda la noche hablando con Dolly Jean sobre los hijos de la sangre y lo que hacían y dejaban de hacer. Con todo, no pude resistirme a volver al apartamento de Tante Osear con Dolly Jean, pero cuando se pusieron a hablar sobre "bebés adultos" nacidos en los pantanos, sobre la forma en que los aterrorizados Mayfair del pantano los habían matado a hachazos, y comprendí que se referían a los bebés Tal-tos, creí que iba a sumirme en un trance y me fui.

»Pasemos ahora al momento casi presente, cuando de pronto muere la señorita McQueen, la querida tía de Quinn, a quien todo el mundo adoraba, y todos asistimos a su funeral, excepto Mona, que al estar tan enferma ni siquiera le comunicamos la noticia. El funeral se celebra con gran pompa y boato, al estilo de Nueva Orleans, y en esto que os veo sentados en el banco frente a mí, en la iglesia de St. Mary's, a vosotros, Quinn y Lestat, y a una mujer alta con la cabeza cubierta con un echarpe, y veo a Stirling acercarse a ella y llamarla Merrick. Entonces comprendí que era la misma persona que yo había visto antes, y tuve la certeza de que no era humana. Pero no pude concentrarme en ello.

»De pronto la mujer se volvió, alzó sus gafas de sol y me miró a los ojos. Yo pensé: "¿Qué tiene esa mujer que ver con-migo?" La mujer sonrió. Y al cabo de un rato me sentí somno-lienta e incapaz de concentrarme en nada en concreto, salvo en i que tía Queen había muerto y todos acusábamos su pérdida. »Yo no quería mirar a Quinn. No quería pensar en el cambio que había notado en su voz por teléfono, en lo mucho que había cambiado, tanto su voz como su forma de expresarse desde hacía más de un año. A fin de cuentas, quizás estuviera equivocada. ¿Qué importancia tenía que me hubiera fijado en esas cosas? ¿Qué más daba que el hombre rubio de piel tostada que estaba sentado en el banco junto a Quinn tuviera el aspecto de un ángel? ¿Cómo iba yo a

adivinar que cuando lo conociera en el salón doble de Blackwood Manor, un par de días más tarde, habría "conquistado" a Mona y le oiría hablar como un gánster?

Rowan soltó una breve y dulce carcajada, como si se riera para sus adentros.

—El Hospital Mayfair era mi vida, mi misión en el mundo real. Y durante la misa del funeral, cerré los ojos y recé, y

luego Quinn se subió a la tarima y pronunció unas frases cariñosas y maravillosas sobre tía Queen, y el joven Tommy Blackwood le acompañaba. ¿Cómo iba a hacer algo así alguien que no estuviera vivo?

»Y tuve que regresar al centro médico y hallar a Mona en su cama llena de agujas y vendajes y tubos que le arañaban la piel, y convencerla de algún modo de que Quinn estaba estupendamente, de que su amado había crecido diez centímetros desde que había partido para Europa hacía mucho tiempo..,

Rowan se detuvo de nuevo, como si hubiera agotado las palabras. Estaba como ausente, con la mirada fija en el infinito.

—Esas cosas no nos conciernen —dijo Mona con tono áspero.

Yo la miré atónito.

—¿Por qué nos cuentas todo esto? —prosiguió Mona—, ¡Tú no eres la protagonista de todo lo que ha ocurrido aquí! De acuerdo, trataste durante años de impedir que yo muriera. De no haber sido tú, habría sido otro médico. Y exhumaste los cadáveres de los Taltos que están enterrados aquí, ¿y qué...?

—¡No, basta! —murmuró Rowan—. ¡Estás hablando de mis pecados, estás hablando de mi hija!

—¡No puedo! —replicó Mona—. Por eso tienes que hacerlo tú. Pero tú sigues con tu rollo...

—De modo que tú también pariste a una criatura de esa especie —le dije suavemente a Rowan. Alargué la mano sobre la mesa y la deposité sobre la suya. Tenía la mano fría, pero enseguida me apretó los dedos.

—¡Traidor! —exclamó Mona dirigiéndose a mí.

—Pobre chica —dijo Dolly Jean, que estaba borracha y se caía de sueño—, haber parido a esos bebés adultos, que le han desgarrado la matriz...

Al oír esas palabras Rowan contuvo el aliento. Retiró la mano y encorvó la espalda como si se replegara en sí misma.

Michael se mostró profundamente alarmado, al igual que Stirling.

—Cierra la boca, Dolly Jean —dijo Michael.

—Continúa, Rowan, te lo ruego —dije—. He comprendido todo lo que has dicho. Nos has explicado exactamente cómo y por qué puedes guardar nuestros secretos.

—Así es —apostilló Quinn—. Rowan nos ha dicho que no nos soporta.

Los ojos de Michael reflejaban un profundo dolor, íntimo y solitario.

—Es cierto —dijo en voz baja.

—Parí a dos de esas criaturas —dijo Rowan—. Dejé que el mal volviera a reproducirse al cabo de doce generaciones.

Eso es lo que Mona desea oír. Este es el secreto que debemos divulgar a cambio de los vuestros...

—¡Y dale! —exclamó Mona—. ¡Otro capítulo de la saga de Rowan! ¡Yo quiero que me hables de mi hija! Del hombre que se la llevó.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no he logrado dar con ellos? —preguntó Rowan—. Los he buscado por todas

partes.

Yo estaba furioso con Mona. Respiré hondo, la aparté del brazo protector de Quinn, que la sujetaba por los hombros, y la obligué a volverse hacia mí.

—¡Escúchame! —dije en voz ronca—. Deja de abusar de tu poder. Debes tener presente que lo posees. ¡Y debes tener presente también las inevitables limitaciones de tus parientes! Si deseas ir en busca de su hija, recuerda que tú posees unos recursos que Rowan y Michael jamás podrán soñar con alcanzar. ¡Quinn y yo hemos venido para averiguar qué es el Taltos porque tú te niegas a decírnoslo! —Mona me miró con los ojos muy abiertos, ligeramente aterrorizada—. Cada vez que te preguntamos sobre esta cuestión, te pones a llorar como una magdalena. De hecho, durante las treinta y seis últimas horas has derramado más lágrimas que todos los vampiros neófitos que he conocido en mi vida. ¡Se está convirtiendo en una lata on-tológica, existencial, epistemológica y hermenéutica!

—¿Cómo te atreves a ridiculizarme? —me espetó Mona.

Luego respiró hondo para calmarse—. Suéltame ahora mismo. ¡Si crees que voy a obedecerte de pensamiento, palabra y obra, estás soñando! ¡No soy una golfa como insinúas! Era la heredera del legado de la familia Mayfair. Sé lo que significa tener seguridad en mí misma y poder. ¡Yo no creo que tengas el aspecto de un ángel y menos aún el atractivo de un auténtico gánster!

La miré estupefacto y la solté.

—¡Me rindo! —dije indignado—. ¡Eres una mocosa y una desleal! Haz lo que quieras. Quinn hizo que Mona se volviera hacia él y la miró directamente a los ojos.

—Calla, por favor —le dijo—. Deja que Rowan se exprese como quiera. Si deseas volver a ser Mona Mayfair, debes hacerlo.

—Es cierto, Mona —intervino Stirling—. Recuerda que ésta es una exposición de almas, un intercambio de revelaciones.

—A ver si lo entiendo —dijo Mona—. ¿De modo que consigo burlar a la muerte y nos reunimos aquí para escuchar los recuerdos personales de Rowan Mayfair?

Dolly Jean, que se había quedado dormida agarrada a la botella, se despertó de pronto, dio un salto en la silla, se inclinó hacia delante, achicó sus ojillos y miró a Mona con dureza.

—¡Cierra la boca, Mona Mayfair! —dijo—. Aunque hayas estado enferma, sabes muy bien que Rowan apenas habla, y cuando lo hace es porque tiene algo que decir. Tú y tus elegantes amigos os estáis enterando de unas cuantas cosas sobre los Mayfair, y no veo por qué tienes que molestarte por eso. ¿No querías que tus apuestos acompañantes te comprendieran?

¡Pues cállate!

—¡Eso, únete al coro! —replicó Mona bruscamente—.

¡Bébette tu Amaretto y déjame en paz!

—Mona —dijo Quinn tan amablemente como pudo—. Hay ciertas cosas que debemos averiguar por tu bien. ¿Tanto te duele escuchar a Rowan?

—De acuerdo —respondió Mona compungida, reclinándose en la silla. Se enjugó la cara con uno de sus pañuelos y me clavó los ojos con hosquedad.

Yo la miré y luego me volví de nuevo hacia Rowan.

Rowan observó la escena con expresión remota; su rostro mostraba una expresión algo más relajada. Dolly Jean bebió otro trago de Amaretto, se repantigó y cerró los ojos.

Michael nos observó a los tres. Stirling aguardó, decididamente fascinado por nuestras ásperas palabras.

—Rowan —dije—, ¿puedes explicarnos qué es el Taltos? Queremos conocer los detalles esenciales. ¿Puedes dárnoslos?

—Sí —contestó Rowan con tono resignado—. Sé tanto como el que más.

La expresión de Rowan era plácida, pero desvió la vista como si quisiera concentrarse.

—Un mamífero —dijo— evolucionó de forma totalmente distinta que el Homo sapiens, en una isla volcánica del Mar del Norte, miles de años antes que nosotros. Compartimos aproximadamente un cuarenta y cinco por ciento de nuestros genes en común. Son unas criaturas parecidas a nosotros, pero suelen ser más altas y poseen unas extremidades más largas. Su estructura ósea se compone casi totalmente de lo que llamamos cartílago. Cuando un miembro puro de esta especie se apareja con otro, la hembra ovula y el feto se desarrolla al cabo de unos minutos o unas horas, no lo sé con precisión, pero, en cualquier caso, le provoca a la madre un estrés tremendo. El parto va acompañado de intensos dolores, y el bebé nace con la forma de un pequeño adulto y empieza a madurar de inmediato.

Al oír estas palabras, la expresión de Mona cambió. Se acercó más a Quinn, que la rodeó de nuevo con el brazo y la besó en silencio.

—El Taltos necesita alimentarse de la leche materna para crecer —dijo Rowan—. Sin esa leche no puede desarrollarse como es debido. Al cabo de una hora de nacer se expone a quedarse enano. Con esa leche, y los cuidados telepáticos de su madre, el bebé alcanza su plena estatura al cabo de una hora. La estatura media del Taltos es de unos dos metros. Los varones alcanzan los dos metros y quince centímetros. Siguen alimentándose de la leche materna durante tanto tiempo como sea posible, semanas, meses o años. Lo cual perjudica grave-mente a la madre.

Rowan se detuvo. Luego se llevó una mano a la frente y dejó escapar un profundo suspiro.

—Esa leche... —dijo—. Esa leche posee propiedades curativas. Puede curar a un ser humano. —Su voz se quebró—. Nadie sabe lo que esa leche es capaz de lograr... Un torrente deliberado de imágenes. Una alcoba con una cama semicubierta por un dosel, y Rowan incorporada en ella, mamando del pecho de una joven hembra. Fundido. Varios disparos de pistola. La imagen de Rowan cavando en este jardín. Michael esta junto a ella. Rowan se niega a soltar la pala. \ El cuerpo de una joven hembra yaciendo inerte en la húmeda tierra. Un dolor lacerante.

Rowan reanudó su relato con voz firme, automática. —Nadie sabe cuántos años puede llegar a vivir un Taltos puro. Quizá miles de años. Sabemos que las hembras pueden convertirse en estériles al cabo de cierto tiempo. Conocí a una ya entrada en años. Era muy simple. Vivía en una zona rural de la India. ¿Los varones? Sólo conozco la existencia de uno, el que se llevó a Morrigan. Algunos conservan su potencia hasta que mueren. En su estado puro el Taltos tiende a ser muy ingenuo e infantil. Antiguamente, muchos morían debí- do a su impericia o víctimas de algún accidente.

Tras detenerse unos momentos, Rowan prosiguió:

—El Taltos es telepático, curioso por naturaleza y dotado de un cúmulo de conocimientos históricos e intelectuales básicos. Nace «informado», como suele decirse, de todo lo referente a su especie, la isla de la que proviene y los lugares de las islas británicas a los que emigró cuando su isla fue destruida por el mismo volcán que la creó. Uno de sus baluartes fue el valle de Donnelaith, en Escocia. Posiblemente el último.

-Así era el Taltos... cuando era puro, antes de averiguar la existencia de la humanidad o mezclarse con ella. La población quedó diezmada a causa de accidentes y alguna que otra plaga, y las hembras, debido a sus múltiples partos.

—¿A qué te refieres cuando dices que nace dotado de conocimientos? —pregunté—. No acabo de entenderte.

—Nosotros no nacemos dotados de unos conocimientos innatos —contestó Rowan—. No venimos al mundo sabiendo cómo construir una casa o hablar una lengua. Pero un ave posee conocimientos innatos que le permiten construir un nido, emitir el canto o ejecutar la danza del cortejo. El gato posee conocimientos innatos para ir en busca de comida, cuidar de sus crías e incluso devorarlas si son débiles o deformes.

—Ya entiendo —dije.

—El Taltos es un primate muy inteligente dotado de un gran cúmulo de conocimientos —dijo Rowan—. Esto, junto con su extraordinaria habilidad reproductora, es lo que le hace tan peligroso. Su ingenuidad, su simplicidad y su falta de agresividad son los puntos que lo hacen vulnerable. Asimismo, es extremadamente sensible al ritmo y la música. Uno casi puede paralizar a un Taltos recitando una larga rima o cantando una canción rítmica.

—Comprendo —respondí—. ¿Cómo llegaron a mezclarse con seres humanos? Rowan dudó unos instantes.

—No conozco la respuesta exacta desde el punto de vista médico. Sólo sé que ocurrió.

—Los seres humanos llegaron inevitablemente a las islas británicas —intervino Michael—. Existe una larga historia sobre «las personas altas» y su lucha con los agresivos invasores. Se produjeron apareamientos con miembros de las dos especies. Para las hembras humanas, casi siempre es mortal. La mujer concibe, sufre un aborto y se desangra. Es fácil imaginar el odio y el temor que esto inspiraba. En cambio, el varón humano provoca en la hembra Taltos una hemorragia insignificante. No acarrea consecuencias irreparables, salvo que si el apareamiento se produce repetidamente a lo largo de los años, los óvulos femeninos se agotan.

Michael se detuvo unos instantes para recuperar el resuello, y prosiguió:

—En algunos casos el cruce de especies produjo unas «personas diminutas» con deformaciones, unos Taltos con genes humanos y unos humanos con genes de los Taltos. Con el paso de los siglos, todo esto dio pábulo a supersticiones y leyendas.

—Las cosas no ocurrieron plácidamente —dijo Rowan. Su voz sonaba algo más firme, pero sus ojos seguían moviéndose febrilmente—. Hubo unas guerras atroces y unas matanzas que fueron auténticos baños de sangre. Los Taltos, que eran menos agresivos que los humanos, fueron derrotados por la nueva especie y se dispersaron. Se ocultaron. Se hicieron pasar por humanos. Ocultaron sus ritos de nacimiento. Pero como dice Michael, se aparearon con los humanos. Y, a espaldas de los primeros pobladores de las islas británicas, se desarrolló una especie humana que poseía una gigantesca hélice de genes, el doble que la de un humano normal, capaz de dar a luz en cualquier momento a un Taltos o a una criatura enana deforme que pugnaba por convertirse en un Taltos. Cuando dos humanos de esas características cohabitaban, era probable que de su unión naciera un Taltos.

Rowan se detuvo. Michael vaciló unos instantes, y cuando Rowan apoyó la cara en las manos, Michael continuó con el relato.

—Los genes secretos fueron transmitidos por los condes de Donnelaith, en Escocia, y sus descendientes, eso lo sabemos con certeza, y las leyendas supersticiosas se multiplicaron con cada criatura Taltos que nació en el seno de esa familia.

»Una orgía celebrada con motivo de las fiestas de mayo propició la fatídica unión entre un conde y una campesina del valle: al cabo de tres generaciones tuvo lugar el establecimiento de la familia Mayfair. De esta forma, los genes de los Tal-

tos se transmitieron a lo que posteriormente se convertiría en un gran clan colonial, primero en la isla caribeña de Santo Domingo y luego aquí, en Luisiana.

»Pero antes de que el nombre de la familia Mayfair se hiciera célebre, los de Talamasca se interesaron por sus orígenes. Desenterraron la historia de una bruja llamada Suzanne que había invocado accidentalmente a un espíritu, el cual parecía ser un hombre de ojos castaños llamado Lasher, un espíritu que había de atormentar a la familia hasta la generación de Rowan. El fantasma de originó en el valle de Donnelaith, al igual que los Mayfair.

—Nosotros creíamos que era el fantasma de un ser humano —terció Rowan—, o un ser astral carente de una historia humana. Eso fue lo que creí cuando ese ser me cortejó, y yo traté de controlarlo.

—Y resultó ser el fantasma de un Taltos —dije,

—Sí —respondió Rowan—. Esperó el momento idóneo, generación tras generación, hasta que apareció una bruja que podía parir a un Taltos, una bruja con unos poderes psíquicos lo suficientemente potentes como para ayudarlo a apropiarse de ese feto Taltos y renacer a través de él.

—Yo ignoraba que por mi sangre corrían los genes de los Taltos —interrumpió Michael—. Jamás lo imaginé. Es debido a una aventura entre el tío Julien y una joven irlandesa del barrio ribereño. El niño fue acogido en un orfanato católico irlandés. Era uno de mis antepasados.

—Ese Lasher era un fantasma muy astuto —dijo Rowan meneando la cabeza con una sonrisa amarga—. A lo largo de las generaciones aportó a esta familia una gran riqueza en varios aspectos. Aparecieron, en diversas generaciones, brujas que supieron cómo manipularlo. A los varones los detestaba y si se entrometían en sus asuntos, los castigaba. Salvo a Julien. Julien fue el único varón lo suficientemente fuerte como para utilizar a Lasher a la perfección. Julien consideraba que Lasher era un ser malvado, pero hasta él creía que ese fantasma había sido anteriormente humano.

—El mismísimo Lasher lo creía —dijo Michael. El fantasma no acababa de comprender lo que era, no tenía claro qué deseaba, salvo renacer. Todo cuanto acá era con ese propósito: cobrar vida, convertirse de nuevo en un ser de carne y hueso. Siendo yo niño vi al fantasma en varias ocasiones, al pasar frente a la casa. Le vi en el jardín, Jamás imaginé que un día viviría en esta casa. Jamás imaginé que un día... —Michael se detuvo, incapaz de continuar.

—El legado quedó establecido hace muchos años —intervino Mona—. Si querías formar parte de la familia, si querías estar vinculado al legado, tenías que conservar el apellido Mayfair tanto si te casabas como si no.

—De ese modo, el clan continuaba unido —dijo Rowan—, y muchos de sus miembros se unieron entre sí.

—En cada generación hay una heredera —dijo Mona sonándose la nariz—, que debe vivir en esta casa y tener hijos.

—Era un legado matriarcal en su vertiente legal y moral

—dijo Rowan suavemente—. Michael y yo... encajábamos perfectamente en el plan de Lasher. Por supuesto, mi hijo no era un Taltos puro, sino una mezcla de un Taltos y un ser humano. Lo llevé cinco meses en mi vientre. Y la noche en que nació, apareció Lasher con toda su fuerza y se introdujo en el bebé enano e hizo que creciera, obligándome a utilizar todos mis poderes. ¡Rowan la científica chiflada conocía los circuitos y las células! ¡Rowan la científica chiflada sabía cómo

guiar a aquel ser monstruoso! —Rowan cerró los ojos. Volvió ligeramente la cabeza, como si el recuerdo la abrumara. Una brillante imagen del bebé adulto, alto, escurridizo, su rostro expresando asombro, sus movimientos torpes, su cuerpo de color rosado. Rowan vistiéndola a la criatura mientras ésta ríe de gozo. Una imagen de la criatura mamando de su pecho. Rowan cae al suelo inconsciente. La criatura se pone a mamar del otro pecho con voracidad. ¡Amor mío, qué secretos ocultas!

Silencio.

El rostro de Michael mostraba una expresión de puro tormento. Entonces comprendí su dolor por haber engendrado a esas criaturas, y al parecer sólo a ellas.

Stirling parecía tan angustiado como antes, pero desca-radamente fascinado. Mona, con los ojos cerrados, se apoyó en Quinn mientras observaba a Rowan. En el jardín se oían murmullos suaves, inevitables, indiferentes, exquisitos.

—Esos bebés adultos son monstruosos —comentó Dolly Jean medio dormida—. Ojalá hubiera sabido que el fantasma era un bebé adulto, pero jamás se me pasó esa idea por la cabeza,..

—Mi hija no era monstruosa —murmuró Mona—. Su padre era un demonio, pero ella no.

Michael luchando con esa criatura llamada Lasher. Nieve y hielo. La criatura es tremendamente escurridiza, taimada, flexible, invulnerable a los golpes. La criatura ríe y se burla de Michael. Arroja a Michael a las heladas aguas de la piscina; Michael se hunde hasta el fondo. Sirenas, furgonetas, Rowan y la criatura echan a correr hacia el coche...

—Yo me fui con él —murmuró Rowan—. Me fui con aquel monstruoso bebé adulto que no tenía otro nombre que el de un fantasma. Abandoné a Michael. Me llevé al bebé. La científica loca pensó ante todo en salvarlo de quienes querían destruirlo, a ese ser que se apropió del cuerpo del hijo de Michael y envió su auténtica alma al cielo. Yo sabía que Michael no pararía hasta matarlo, de modo que huí con él. Fue un error terrible.

Silencio.

Rowan seguía con el rostro vuelto hacia un lado, como si quisiera apartarse de todo lo que había dicho, con los ojos cerrados y las manos apoyadas en la mesa. Sentí deseos de abrazarla. Pero no hice nada.

Michael estaba inmóvil. El padre de ese monstruo. No. Envió su auténtica alma al cielo. Sólo era el padre de ese cuerpo misterioso, el vehículo del misterio.

—¿Y concebiste una hija con el Taltos? —le pregunté a Rowan—. ¿Pariste a dos de esas criaturas?

Rowan asintió con la cabeza. Abrió los ojos y me miró con firmeza. Era como si no hubiera nadie más presente.

—El varón era una atrocidad —dijo Rowan—. Un monstruo espiritual. Tenía dos objetivos: recordar lo que había sido, a medida que los recuerdos de los Taltos le iban inundando, y engendrar a una hembra con la que aparearse. Yo perdí el control sobre él de inmediato. Sufrí un aborto tras otro mientras ese ser mamaba de mis pechos hasta dejarlos secos. Al principio conseguí llevarlo a laboratorios y hospitales, donde, utilizando mi autoridad, logré hacerle algunas pruebas y enviar en secreto el material a un laboratorio en San Francisco.

»Como heredera del legado, yo podía sacar todo el dinero que necesitara de nuestras cuentas en el extranjero, siempre y cuando lograra dar esquinazo a la familia, que me buscaba por todas partes. De modo que ese ser dispuso de los fondos necesarios para emprender conmigo una odisea a través de medio mundo. En el valle de Donnelaith evocó un torrente de recuerdos. Pero al poco tiempo estaba desesperado por regresar a Estados Unidos,

»Decidí establecernos en Houston para poder estudiar a Lasher. Supuse que, dadas mis relaciones con hospitales y centros médicos, podría encargar el material necesario para montar un laboratorio sin que me descubrieran. Pero ignoraba que era el lugar ideal para el monstruo. Como yo me rebelaba contra él, Lasher me dejaba maniatada, sin comer y medio loca. Más tarde averigüé que solía realizar el breve trayecto a Nueva Orleans para cohabitar con diversas mujeres Mayfair. Por supuesto, sus víctimas sufrían abortos espontáneos y las encontraban muertas, bañadas en su propia sangre.

»La familia estaba aterrorizada.

»Las mujeres Mayfair morían una tras otra. Y la familia no conseguía dar con el paradero de Rowan, que había abandonado a Michael para fugarse con un monstruo. Y Rowan se había convertido en una prisionera. Al poco tiempo todas las mujeres Mayfair iban acompañadas por guardias armados. El monstruo se presentó en First Street y estuvo a punto de atacar a Mona.

-Pero Mona, durante el tiempo que permanecí ausente, hizo el amor con Michael y concibió un bebé Taltos, aunque ella lo ignoraba.

»Por fin, cuando yo casi había perdido toda esperanza de salvarme, concebí otro hijo. Una niña. Me habló, pronunció la palabra "Taltos". Me reveló su nombre: Emaeth. Me habló de épocas que su padre no recordaba. Yo le dije, con la voz secreta y telepática, que cuando naciera debía acudir a Michael en Nueva Orleans. Le hablé sobre la casa en First Street. Le dije que si yo moría, debía ir a ver a Michael y comunicarle mi muerte. Nos hablábamos en silencio.

»Lasher se mostró eufórico cuando oyó la voz de la niña. Pronto la convertiría en su esposa. Y entonces, cuando él comenzó a tratarme mejor, logré escapar. Tal como iba, vestida con una ropa inmunda, me dirigí a la carretera.

»Pero no conseguí llegar a casa. Me encontraron en estado comatoso en un parque, junto a la carretera, desangrándome aparentemente como consecuencia de un aborto. Nadie imaginó que había parido a Emaeth, la cual, pobre huérfana, incapaz de reanimarme ni obtener más leche de mis pechos, emprendió a pie el largo trayecto a Nueva Orleans.

»Me trasladaron rápidamente a casa. En el hospital tuvieron que extirparme los órganos para detener la hemorragia. Probablemente me salvó de la terrible enfermedad que casi acabó con Mona. Pero mi cerebro había sufrido graves daños. Permanecí sumida en un coma profundo.

»Yo me hallaba arriba, inconsciente, cuando Lasher, vestido de sacerdote, logró burlar a los guardias, entró en esta casa e imploró a los de Talamasca y a Michael que le perdonaran la vida. A fin de cuentas, ¿acaso no era un espécimen muy valioso? Contaba con que los de Talamasca lo salvarían. Les contó una historia sobre su antigua existencia. Constituye un fascinante estudio de la inocencia de los Taltos. Pero Lasher no era inocente. Lasher se había cobrado numerosas vidas. Michael peleó con él y lo mató. Así terminó el prolongado dominio de Lasher sobre la familia. Yo seguía en estado comatoso cuando Emaeth apareció y se inclinó sobre mí para ofrecerme su leche curativa.

»Cuando me desperté y vi a la hija Taltos que había parido, y me di cuenta de que estaba mamando de su pecho, sentí horror. Aquella criatura larguirucha con cara de

bebé me aterrizzaba. Fue un momento de extraña lucidez. Yo mamaba de los pechos de esa criatura como si fuera un bebé desvalido. Tomé la pistola que guardaba en la mesilla y la maté. La destruí. Acabé con ella rápidamente.

Rowan meneó la cabeza. Desvió los ojos como solemos hacer cuando nos sumergimos en el pasado. Remordimientos, tragedias... su dolor parecía estar más allá de esas palabras.

—No tenía por qué ocurrir —murmuró Rowan—. ¿Qué hizo Emaeth salvo encaminarse a la casa tal como yo le había indicado? ¿Qué hizo salvo reanimarme con su abundante leche? Una sola hembra Taltos. ¿Cómo podía lastimarme? Fue el odio que sentía por Lasher lo que me trastornó, la repugnancia que me inspiraba esa monstruosa especie y mi comportamiento atávico.

»Así murió mi hija. Había dos fosas excavadas bajo este roble. Y yo, un ser también monstruoso, la enterré cuando salí del coma. —Rowan suspiró—. Mi pobre hija —dijo—. Yo la traicioné.

Silencio. Incluso el jardín enmudeció. El sofocado estrépito de un coche al pasar parecía tan natural como la brisa que agitaba las ramas de los árboles.

Yo estaba inmerso en la tristeza de Rowan.

Stirling observó a Rowan desde la sombra, con los ojos húmedos y relucientes. Michael se quedó en silencio.

Entonces Mona dijo suavemente:

—Hubo problemas en Talamasca. A cuenta de los Taltos. Algunos miembros de la orden habían tratado de controlar a Lasher. Habían llegado incluso a asesinar. Michael y Rowan partieron para Europa para investigar la corrupción dentro de la orden. Sentían un vínculo familiar con Talamasca. Al igual que todos nosotros. Durante ese tiempo, comprobé que estaba encinta. Mi bebé empezó a crecer de una forma descontrolada. Empezó a hablarme. Me dijo que se llamaba Morrigan. —La voz de Mona se quebró—. Yo estaba hechizada, enloquecida.

»Me trasladé al sur, a la plantación de Fontevault, donde vivía Dolly Jean, y ella y Mary Jane Mayfair, mi prima y amiga, que más tarde huyó, y me ayudaron a dar a luz a Morrigan. Fue un parto tremendamente doloroso. Y terrorífico. Pero Morrigan era alta y hermosa. Nadie podía negar que era una belleza. Era una criatura espléndida, fresca y mágica.

Dolly Jean soltó una breve risotada entre sueños.

—Conocía un montón de cosas —dijo—. ¡Era un animal salvaje!

—En aquel tiempo la querías —dijo Mona—, no lo niegues.

—No digo que no la quisiera —replicó Dolly Jean entornando los ojos y mirando a Mona—, pero ¿qué vas a pensar de una persona que le dice a todo el mundo que va a asumir el control de la familia y fundar un clan de bebés adultos? ¿Acaso tenía que mostrarme complacida?

—¡El caso es que nació! —dijo Mona suavemente—. No sabía lo que significaba. Tenía mi ambición, mis sueños.

—No sé dónde está —dijo Rowan con voz grave y conmovida—. No sé si está viva o muerta.

Mona estaba profundamente compungida, pero yo la había avergonzado debido a sus lágrimas y se esforzó en reprimirlas. Yo traté de acariciarle la mano, pero ella la apartó.

—¡Pero tú conocías al Taltos que se la llevó! —le espetó Mona a Rowan—. Le conociste en Europa. El había oído la historia de tus viajes con Lasher. —Mona se volvió hacia mí—. Eso fue lo que ocurrió. Ese Taltos dio con ellos. Sí, otro, un viejo

superviviente. Se hizo amigo de ellos. Por supuesto, ellos no me lo contaron ni se lo contaron a Morrigan. ¡No, nos consideraban unas crías! Lo mantuvieron en secreto. Imagínate. Un viejo Taltos. ¿No había sufrido yo bastante como para que no me previnieran contra él? Y cuando ese Taltos se presentó, dejaron que se llevara a mi hija.

—¿Cómo quieres que le detuviera? —preguntó Rowan—. Tú estabas con nosotros —dijo a Mona—. Morrigan enloqueció al percibir el olor de ese hombre en nuestras ropas, en los regalos que él nos hizo. Nunca sabremos por qué vino. Sabemos tanto como tú. Ese hombre estaba en el jardín. Morrigan se acercó a la ventana y salió a reunirse con él. Fue imposible detenerlos. No volvimos a verles nunca.

—Te aseguro, Mona, que buscamos a ese hombre por todos los medios imaginables —dijo Michael—. Debes creernos,

—Quiero ver los expedientes —dijo Mona—, los informes. Su nombre, los nombres de sus empresas en Nueva York, Ese viejo y astuto Taltos era un hombre rico, poderoso. Vosotros mismos me lo dijisteis. ¡

—Te los entregaré encantada —respondió Rowan—. Pero ten presente que ese hombre liquidó todos sus negocios. Se esfumó.

—Debisteis haber empezado a buscarle inmediatamente —se quejó Mona con amargura.

—En aquellos momentos conviniste con nosotros, Mona —dijo Rowan—, que esperaríamos a que ese hombre se pusiera en contacto con nosotros. Respetamos la decisión de estar juntos que habían tomado él y Morrigan. No creímos que desaparecerían. No se nos pasó por la cabeza.

—Temíamos recibir noticias de ellos —intervino Michael—. No sabíamos cómo conseguirían multiplicarse ni sobrevivir en el mundo moderno, ni tampoco cómo Ash lograría controlarlos.

—Ash era el nombre de ese individuo —dijo.

—Sí —respondió Michael. Al hablar, su dolor se hizo evidente—. Ash Templeton. Era muy anciano. Llevaba solo muchísimo tiempo. Había visto extinguirse a su especie. Él fue quien nos contó la historia de los Taltos. Creía que los Taltos no podían sobrevivir en el mundo de los humanos. A fin de cuentas, había visto cómo desaparecían de la Tierra. La suya era una historia trágica. Por supuesto, cuando escuchamos sus relatos no sabíamos que Morrigan existía. Dejamos a Ash en Nueva York. Sentíamos un gran cariño por él. Le aseguramos que podía contar siempre con nuestra amistad. Cuando regresamos a casa, descubrimos la existencia de Morrigan.

—Quizá fuera una intuición telepática lo que le guió hasta Morrigan —dijo.

—No lo sabemos —contestó Rowan—. El caso es que vino aquí, entró en el jardín, vio a Morrigan a través de los ventanales, y cuando ella percibió su olor, salió corriendo a reunirse con él.

—Durante años temimos por ellos —dijo Michael—. Rebuscábamos en la prensa por si se publicaba alguna historia relacionada con los Taltos. Estábamos pendientes de cualquier noticia referente a ellos, al igual que los de Talamasca. Procura acordarte de la época anterior a tu enfermedad, Mona. Si haces un esfuerzo, lo recordarás. Teníamos miedo porque sabíamos que esa especie podía causar graves daños a los seres humanos.

—¡Bien dicho! —terció Dolly Jean—. Morrigan estaba dispuesta a gobernar el mundo y no dejaba de predicar que su visión procedía de sus padres humanos. Cuando no miraba hacia atrás, miraba hacia delante, o bailaba describiendo círculos, o bien olfateaba el aire en busca de olores. Era un animal

salvaje.

—Calla, Dolly Jean, por favor —murmuró Mona mordiendo el labio inferior—. Tú la querías. Y vosotros... Yo quise seguirles el rastro antes de que vosotros os decidierais a hacerlo. Durante años os negasteis a decirme ese nombre. Me decíais que dejara el asunto en vuestras manos. ¡Déjalo en manos de Mayfair y Mayfair! Y ahora lo pronunciáis como si tal cosa. Ash Templeton. Ash Templeton. —Mona rompió a llorar.

—Eso no es cierto —protestó Michael—. Yo reconocí a esa criatura como mi hija. Lo sabes bien. Nos pusimos a buscarlos antes de comunicártelo. No sabíamos que enfermarías gravemente. —Hababa con voz ronca, pero tragó saliva y se humedeció sus resacos labios con la lengua para proseguir—: No sabíamos hasta qué punto necesitarías la leche de una Taltos para salvarte. Lo averiguamos a tiempo. Pero tratamos de ponernos en contacto con Ash y comprobamos que había vendido todas sus acciones. Había desaparecido de los bancos, las Bolsas y los mercados mundiales.

—Al margen de lo que sintiera por nosotros —dijo Rowan—, lo cierto es que desapareció. Optó por mantener su futuro en secreto.

Mona sollozaba apoyada en Quinn. A Michael le dolía profundamente verla en ese estado.

Stirling intervino entonces con tono de reverente autoridad:

—Mona —dijo—, en Talamasca emprendimos la búsqueda de Ash y Morrigan casi inmediatamente. Tratamos de hacerlo de forma discreta. Pero les buscamos con ahínco. Hallamos pruebas de que habían visitado Donnelaith. Pero luego les perdimos el rastro. Te lo repito por enésima vez y te ruego que me creas: no encontramos rastro de ellos por ninguna parte.

—Es asombroso —dije.

—No estoy hablando contigo —me espetó Mona, mirándome enojada y acercándose más a Quinn, como si me temiera.

—Me choca que no aparecieran indicios de su paradero —comenté—, independientemente de lo que les hubiera ocurrido.

—A mí también me extrañaba —dijo Michael—. Durante tres años vivimos temiendo que aparecieran en circunstancias desastrosas. No imaginas el terror que sentía. Me decía: ¿y si esos jóvenes tienen un montón de hijos?, ¿y si éstos se rebelan contra Ash?, ¿y si cometen asesinatos? Luego, cuando dejamos de vivir aterrorizados y tratamos de dar con su paradero, todos nuestros esfuerzos fueron inútiles.

Dolly Jean volvió a soltar una risotada, encorvando los hombros y balanceándose hacia delante y hacia atrás.

—Los bebés adultos son capaces de matar a seres humanos con la misma facilidad con que los humanos pueden matar a bebés adultos. Quizás estén procreando en algún sitio, pariendo una caterva de hijos, diseminándose por todas partes, ocultándose en los valles y las colinas, en las montañas y las llanuras, viajando por tierra y mar... ¡Hasta que un día oigan el sonoro repique de una campana y echen todos a andar por el mundo simultáneamente, disparando cada uno contra un ser humano, bang, para apoderarse del planeta!

—Eso cuéntaselo a Tante Oscar —murmuró Rowan secamente arqueando las cejas.

Yo le guiñé el ojo a Dolly Jean, que asintió con la cabeza y meneó un dedo.

Michael miró a Mona y se inclinó hacia ella al tiempo que le decía:

—Espero que te hayamos dado lo que necesitabas. En cuanto a los expedientes, mandaré que los copien y te los envíen donde tú me indiques. Demostrarán nuestros esfuerzos por seguir todas las pistas que creímos podían conducirnos a ellos. Te entregaremos todos los informes que tenemos sobre Ash Templeton.

—Claro está —dijo Dolly Jean— que podrían estar muertos en la tumba, como Romeo y Julieta. Dos bebés adultos abrazados, pudriéndose en una fosa hasta quedar reducidos a mero hueso y piel. Pero él no soportaba las escenitas que ella le hacía, ni sus delirios de cartílago.

Queda

grandeza, y le ató una media de seda alrededor del cuello y...

—¡Basta, Dolly Jean! —exclamó Mona—. ¡Como digas otra palabra me pongo a gritar!

—¡Ya lo estás haciendo! ¡Cálmate! —murmuró Quinn.

Por fin, tras sostener una pugna conmigo mismo, dije con voz queda:

—Yo los encontraré.

Todos me miraron sobresaltados.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Mona con tono hosco. Su pañuelo estaba manchado de lágrimas de sangre.

Yo la miré tan despectivamente como pude, pensando en lo tierna y bonita que era y lo malvado y cruel que era yo. Luego miré a Rowan, que estaba sentada al otro lado de la mesa.

—Os doy las gracias a todos por haber compartido vuestros secretos con nosotros — dije. Miré a Michael y añadí—: Habéis confiado en nosotros, y nos habéis tratado como si fuéramos unos seres puros y bondadosos, sobre lo cual tengo mis dudas. Pero, en todo caso, tratamos de serlo.

Rowan esbozó lentamente una sonrisa radiante. Fue extraordinario.

—Unos seres puros y bondadosos —repitió—. Qué palabras tan maravillosas. Ojalá pudiera componer con ellas un himno y cantarlo en voz baja todo el día...

Ambos nos miramos.

—Concededme algún tiempo. Si aún existen, si han fundado una colonia, si se hallan en alguna parte del mundo, conozco a quienes sin duda sabrán dónde se encuentran, os lo aseguro.

Rowan arqueó las cejas y me miró con aire pensativo.

Luego esbozó de nuevo una sonrisa que iluminó su hermoso rostro, y asintió.

Michael parecía vagamente estimulado por mis palabras, y Stirling se mostraba intrigado y respetuoso.

—Está claro —dijo Dolly Jean sin abrir los ojos— que no creíste que éste fuera el hijo de la sangre más anciano del mundo. En cuanto a ti, grandullón —añadió dirigiéndose a mí—, eres más bonito que un ángel y derrochas el suficiente encanto para ser un gánster. He visto todas las películas de gánsters tres veces y sé lo que me digo. Si te tiñeran el pelo de negro, podrías interpretar el papel de Bugsy Siegel.

—Gracias —respondí muy serio—. En realidad mi ilusión siempre ha sido interpretar el papel de Sam Spade. Estaba solo y deprimido cuando la revista Black Mask publicó por primera vez El halcón maltes. Leí la novela a la luz de la luna. Sam Spade se convirtió en mi héroe.

—No me extraña que hables como un gánster —dijo Dolly Jean—. Pero Sam Spade es un tipo de pacotilla. Es mejor que hagas de Bugsy Siegel o Lucky Luciano.

—¡Basta! —gritó Mona—. ¿No has oído lo que acaba de decir Lestat? —La pobre estaba hecha un lío: trataba de sofocar sus sollozos y al mismo tiempo la furia que sentía contra mí—.

—¿Podrás hacerlo? —me preguntó con voz débil y perpleja—. ¿Podrás encontrar a Ash y a Morrigan?

No respondí. Decidí dejar que sufriera durante una noche.

Me levanté de la mesa. Besé a Rowan en la mejilla, le tomé la mano y se la apreté durante unos breves e intensos momentos. Un maravilloso jardín se cerró vedándome el acceso, mi hermana, mi amada esposa. Rowan me apretó la mano con todas sus fuerzas. Los caballeros se pusieron de pie para despedirme. Murmuré una frase superficial de gratitud y Rowan me soltó la mano que me había estado apretujando sin que nadie se diera cuenta.

Me encaminé lentamente hacia el jardín, situado más allá de la piscina. Deseaba elevarme por el aire hacia las espectaculares nubes, alejarme lo más posible de la Tierra. Pero Mona gritó implorándome:

—¡No me dejes, Lestat!

Echó a correr a través del césped a tal velocidad que el aire le ahuecó la falda.

—¡Sinvergüenza! —dije rechinando deliberadamente los dientes. Mona se arrojó jadeando y temblando en mis brazos—. ¡Eres una bruja intolerable! ¡Una hija de la sangre indisciplinada! ¡Una pupila odiosa! ¡Una neófita rebelde y obstinada!

—¡Te adoro con toda mi alma, eres mi creador, mi mentor, mi guardián! ¡Te amo! — exclamó Mona—. ¡Tienes que perdonarme!

—No tengo que hacerlo —contesté—. Pero lo haré. Ve a despedirte como es debido de tu familia. Nos veremos mañana por la noche. Ahora quiero estar solo.

Me dirigí hacia la parte más recóndita del jardín.,.

... Y desde allí hacia las nubes, hacia las crueles e ignorantes estrellas, tan lejos de los humanos como pude.

—Maharet —dije invocando a la vampiro hembra más anciana—. Maharet, he hecho una promesa a las personas que amo. Ayúdame a cumplirla. Escucha con tus poderosos oídos a las personas que amo. Escúchame a mí con tus poderosos oídos.

¿Dónde estaba esa torre de marfil? Nuestra gran antepasada, que acudía de vez en cuando en nuestra ayuda. No tenía remota idea, porque nunca me había molestado en ir en su busca. Pero sabía que a lo largo de todos los siglos que Maharet había soportado, había adquirido unos poderes que superaban todos mis sueños y temores; así que si quería, podía oírme. Maharet, nuestra guardiana, nuestra madre, escucha mi ruego. Canté la canción de los individuos altos, que se habían extinguido y habían aparecido de nuevo para formar una colonia en algún remoto lugar del mundo moderno. Unos seres gentiles, fuera del tiempo, fuera de lugar, quizá malditos. Y trágicamente importantes para mi pupila y sus parientes humanos. No me hagas hablar demasiado para que otros inmortales no capten mis intenciones y las utilicen con fines perversos. Escúchame, Maharet, dondequiera que estés. Tú conoces este mundo como nadie. ¿Has visto a esas criaturas altas? No me atrevo a pronunciar sus nombres.

Luego me sumí en unas reconfortantes imágenes fantasmales, vagando de un lado a otro a mi antojo, disolviéndome de vez en cuando en la poesía del amor, contemplando glorietas de amor, lugares predestinados que ofrecían una seguridad divina más allá del bien y del mal, donde podía morar con el ser que amaba. Era una visión condenada y lo sabía, pero gocé con ella.

Había anochecido. El aire tibio contenía la primera insinuación de otoño.

Mona y Quinn aparecieron en la puerta del jardín cinco minutos después de que yo les llamara. Todos los hombres que se hallaban en la terraza tenuemente iluminada del hotel se volvieron para admirar a la espectacular belleza con la espléndida melena roja. Mona estaba despampanante. Lucía un breve top de tirantes, adornado con lentejuelas, una falda que le llegaba hasta encima de las rodillas y unos tacones vertiginosos que no

permitían que los músculos desnudos de sus pantorrillas se relajaran; y Quinn, su atractivo acompañante, vestía un traje color caqui de corte impecable, una camisa blanca y una corbata roja.

Yo había deambulado por la periferia del nutrido y siniestro grupo de gente, escrutando sus mentes, dejando que su chachara se estrellara contra mí, aspirando el perfume del humo de los cigarrillos, de la sangre caliente y de la colonia, reflexionando de vez en cuando sobre la pura codicia y el cinismo de aquella patulea.

De los altavoces que había distribuidos por el jardín surgía una música rítmica, como un latido colectivo.

El tema eran las mujeres, unas mujeres rusas, importadas por mediación del joven y arrogante macarra —pelo castaño repeinado, aspecto algo demacrado como marcaba la moda,

chaqueta de Armani, rostro reluciente y entusiástico—, que, con gestos convulsos, como si estuviera bajo los efectos de metanfetaminas, trataba de convencer a sus clientes, todos ellos compradores, elogiando «la piel blanca, el pelo rubio, la frescura, la clase» de las mujeres que había contratado a través de sus conexiones en Moscú y San Petersburgo.

—Jamás habéis visto tanta carne blanca.

La mercancía era tan abundante que podían sustituir a las chicas cada seis meses.

—Las reciclamos, no os preocupéis, os lo garantizo. Son chicas de alto standing, chicas que ganan mil pavos la media hora; las enviamos, con o sin ropa, hasta el punto de venta... —El tipo se calló. Había visto a Mona.

Mona y Quinn se reunieron conmigo. Todos los presentes se pusieron a cuchichear sobre ella. Era la única mujer en la terraza. ¿A qué venía tanta expectación? ¿Acaso era el gran trofeo?

Me concentré en el macarra, y en el tosco y fornido guardaespaldas que no se separaba de él: un tipo vestido con un esmoquin de lo más cutre y un poco de polvo blanco en las solapas. Eran todos unos repugnantes drogas.

—Lo haremos aquí mismo —murmuré.

Mona soltó una elegante carcajada. Contemplé sus brazos desnudos. El vestido que llevaba olía a madera de cedro. Del armario ropero de tía Queen. Quinn se limitó a sonreír, dispuesto para la caza.

El ritmo de la música cambió y empezó a sonar una samba brasileña en versión jazzística.

Incluso los camareros de chaqueta blanca que pasaban entre los invitados ofreciéndoles unos ridículos canapés y copas de champán cuyo contenido derramaban sobre las bandejas estaban zumbados. El calvorotas de Dallas se acercó al macarra: ¿cuánto pedía por la pelirroja? Él estaba dispuesto a pujar por ella, «¿me entiendes?». Todos se acercaron para opinar sobre Mona en voz baja, y el macarra no me quitaba ojo. Un tipo de Detroit de manos blancas y finas farfulló que

la instalaría en un apartamento en Miami Beach y le daría todo lo que ella quisiera, que una chica así se merecía...

Sonreí al macarra. Tenía los codos apoyados en la verja negra de hierro forjado que había a mi espalda, el talón apoyado en la barra inferior, las gafas de sol de color violeta en la punta de la nariz. Lucía un jersey de cuello vuelto morado, de vestir, y un magnífico traje de cuero negro. ¡Me encanta mi ropa! Mona y Quinn bailaban un poco, meciéndose al son de la música, mientras ella tarareaba la melodía.

El macarra se me acercó, repartiendo sonrisas muy personales a diestra y siniestra, como si fueran collares baratos en Mardi Gras. Se situó a mi derecha (Mona estaba a mi izquierda) y dijo:

—Te doy mil pavos por ella ahora mismo, sin preguntas, tengo la pasta en el bolsillo de mi chaqueta.

—¿Y si ella no acepta? —pregunté sin apartar los ojos de la febril y ruidosa concurrencia. De pronto percibí un olor a caviar, a quesos, a fruta fresca. ¡Humm!

—Yo me ocuparé de eso —contestó el macarra soltando una risita despectiva—. Tú llévate al otro tío y déjala a ella aquí.

—¿Y después? —pregunté.

—No hay después. ¿Es que no sabes quién soy? —Parecía como si el tipo se compadeciera de mí—. Tienes buena pinta, pero eres estúpido. Te doy doscientos mil pavos por ella. Lo tomas o lo dejas. Cinco segundos. Eso es todo.

Yo solté una suave carcajada.

Miré sus ojos crueles y enloquecidos. Tenía las pupilas enormes. Facultad de Derecho de Harvard, narcotráfico, trata de blancas. Había trepado a lo más alto y caído a lo más bajo. El macarra sonrió mostrándome sus dientes perfectamente blanqueados.

—Debiste informarte sobre mí—dijo—. ¿Quieres trabajo? Te enseñaré tantas cosas que la gente te tomará por inteligente.

—Vamos a ello, guapo —dije. Deslicé la mano por su axila izquierda e hice que se volviera suavemente hasta que quedó apoyado contra la verja entre Mona y yo. Luego me incliné y le tapé la boca con la mano izquierda antes de que pudiera protestar. Mona se volvió y oprimió los labios sobre el cuello del macarra dejando que su cabellera les ocultara.

Sentí que la vida se escapaba del frágil cuerpo del macarra; oí a Mona succionarle la sangre con avidez mientras algunos espasmos sacudían el cuerpo de aquel tipejo.

—Deja que viva —murmuré. ¿A quién trataba de engañar?

Noté una mano sobre mi hombro. Alcé la vista y vi al guardaespaldas de mirada estúpida, demasiado zumbado para saber por qué sospechaba o qué hacer al respecto.

Quinn lo apartó y lo inmovilizó, y una vez lo hubo colocado de espaldas a la concurrencia, empezó a chuparle suave y lentamente la sangre. ¿Qué parecía?

Seguramente que le estaba susurrando algo al oído.

Los asistentes continuaron divirtiéndose, riendo, bebiendo, eructando. Un camarero casi tropezó conmigo al pasar con su precaria bandeja.

—No, gracias, no necesito una copa —dije, lo cual era cierto.

Pero me gustaba el color amarillo pálido del champán que contenían esas copas. Y me gustaba el burbujeo y el danzar del agua de la fuente instalada en medio de la concurrencia, y me gustaban las luces rectangulares de todas las ventanas del hotel que trepaban hacia el cielo rosáceo formando una hilera, y me gustaba el sonido descarnado del saxofón que tocaba la samba en versión jazzística y parecía bailar consigo mismo, y me gustaba la forma en que se agitaban las hojas de las plantas, de las que todos los allí presentes pasaban olímpicamente, y me gustaba...

El aturdido guardaespaldas se bamboleó. Un subalterno le sujetó del brazo, sonriendo taimadamente y ufanándose de tenerlo en posición de desventaja. El macarra había muerto. Los ojos de Mona centelleaban. La sangre que había ingerido contenía drogas.

—Trae una silla para el anfitrión —ordené al primer camarero cuya atención logre captar—. Creo que se ha metido una sobredosis. Es un camello.

—¡Dios mío! —La mitad de las copas que había en la bandeja del camarero chocó con la otra mitad. Los clientes se volvieron, cuchicheando. El anfitrión se había caído al suelo. Lo cual no era bueno para la trata de blancas.

Nosotros nos largamos.

La maravillosa penumbra del entresuelo del hotel, mármol y luces doradas, ascensores con espejos, sonido de puertas, relucientes extensiones de moqueta, tiendas de objetos

de regalo llenas de monstruos de peluche rosas, cristal recio, aceras, suciedad, risas estentóreas de los turistas, personas inocentes y desodorizadas semidesnudas de todas las edades envueltas en tejidos de colores vivos inarrugables, papeles por el suelo, un calor glorioso, y el estrépito de los vehículos que circulan por St. Charles Street al doblar el recodo hacia el

Canal.

Multitud de... buenas personas... felices y satisfechas.

20

Estábamos de regreso en el apartamento. Instalados en el salón posterior. Mis queridos amigos sentados en el sofá. Durante el paseo de vuelta los efectos de las drogas que contenía su sangre habían remitido. Yo estaba sentado ante el escritorio, frente a ellos. Ordené a Mona que se cambiara de ropa. Ese vestido corto con lentejuelas me impedía concentrarme. Y teníamos que hablar inmediatamente de unos asuntos importantes.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó Mona—. ¿Pretendes decirme cómo debo y no debo vestirme? ¡No creerás que voy a obedecerte! No estamos en el siglo XVIII, cariño. No sé en qué castillo te criaste, pero te aseguro que no voy a dejar que ningún señor feudal me dicte lo que debo ponerme, por muy...

—Querido jefe, ¿no podías haberle pedido a Mona que se cambiara de ropa en lugar de ordenárselo? —preguntó Quinn conteniendo su exasperación.

—¡Sí, eso! —dijo Mona, inclinándose hacia delante, mostrando el canalillo debajo del top de lentejuelas que apenas le cubría los pechos,

—Mona, amor mío —dije con absoluto candor—, ma chérie; hermosa mía, haz el favor de ponerte algo menos su-gerente. Ese vestido te favorece tanto que me cuesta concentrarme. Perdóname. Te pido disculpas por mis onmisensuales pulsiones. Un tributo. Habiendo vivido dos siglos como un hijo de la sangre, debería poseer la suficiente sabiduría prudencia para no tener que pedir perdón por estas cosas, pero por desgracia en mi corazón arde una llama humana que temo que jamás se extinguirá del todo, y es el calor de esa llama lo que me distrae y me hace sentir impotente ante tu presencia. Mona entornó los ojos y frunció el ceño. Escrutó afanosamente mi rostro en busca de un rictus despectivo. Pero no lo halló. Entonces su labio inferior empezó a temblar.

—¿Puedes realmente ayudarme a encontrar a Morrigan? —preguntó.

—No diré una palabra hasta que te cambies de ropa —contesté.

—¡Eres un déspota y un tirano! —protestó Mona—. Me tratas como si fuera una niña o una ramera. No quiero cambiarme de ropa. ¿Vas a ayudarme a encontrar a Morrigan o no? Aclárate de una vez.

—Eres tú quien tiene que aclararse. Te comportas como una niña y una ramera.

¡Careces de dignidad, de pundonor! ¡No tienes compasión! Tenemos que discutir varios asuntos antes de ponernos a buscar a Morrigan. Anoche no te portaste bien. Cambiáте enseguida de ropa o te obligaré a hacerlo a la fuerza.

—¡No te atrevas a tocarme! —exclamó Mona—. Parecías muy complacido cuando todos los hombres de la fiesta se volvieron para mirarme. ¿Qué es lo que no te gusta ahora de este vestido?

—¡Quítatelo! —dije—. Me distrae.

—Si crees que vas a sermonearme por la forma en que me comporté con mi familia...

—De eso se trata, que ya no son simplemente tu familia.

La cosa es mucho más seria, y tú lo sabes. Estás dejando que unos absurdos arrebatos emocionales nublen tu inteligencia.

Anoche abusaste de tus poderes, de tus singulares ventajas. Ve a cambiarte de vestido.

—¿Qué harás si me niego? —inquirió Mona.

Sus ojos relampagueaban.

La miré estupefacto.

—¿Has olvidado que éste es mi apartamento? —repliqué—. ¿Que soy yo quien te ha acogido aquí? ¿Que existes gracias a mí?

—¡Anda, échame! —contestó Mona. Tenía el rostro arrebolado. Se levantó de un salto y se inclinó sobre mí, fulminándome con la mirada.

—¿Sabes qué hice anoche cuando nos dejaste plantados y te fuiste porque estabas loco de amor por Rowan? ¡Perdidamente enamorado de La Doctora Dolorosal! ¿No lo adivinas? Leí tus libros, tus sensibleras, empalagosas y melancólicas Crónicas Vampíricas. ¡Ahora comprendo por qué todos tus pupilos te detestan! ¡Trataste a Claudia como a una muñeca porque tenía el cuerpo de una niña! ¿Y qué es eso de que convertiste a una niña en un vampiro...?

—¡Basta! ¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Y le diste a tu propia madre el don oscuro, y luego trataste de impedir que se cortara su larga melena y que vistiera prendas masculinas, y eso en el siglo XVIII, ¡cuando las mujeres parecían un pastel de bodas! ¡Eres un monstruo autocrático!

—¡Me estás menospreciando, insultando! Si no dejas de...

—Sé por qué estás tan chalado por Rowan, ¡porque es la primera hembra adulta, aparte de tu madre, que ha conseguido captar tu atención durante más de cinco minutos!

¡Lestat descubre el sexo opuesto! ¡Sí, existen hembras adultas! ¡Y yo soy una de ellas, y esto no es el Jardín del Edén, y no pi so quitarme este vestido!

—¡Un momento, Lestat, por favor! —exclamó Quinn poniéndose en pie.

—¡Fuera! —grité.

Me levanté. Me sentía tan herido que apenas podía articular palabra. Sentía que me escocía toda la piel, como cuando Rowan se había encarado conmigo en la casa de retiro de Talamasca, un dolor lacerante, insoportable.

—¡Fuera de mi casa, ingrata! —grité—. ¡Vete antes de que te arroje escaleras abajo! ¡Eres una puta poderosa, utilizas tu poder para conseguir lo que tu sexo o tu juventud pueda reportarte, eres una liliputiense moral con zapatos de tacón, una adolescente de carrera, una niña profesional! No conoces el significado de percepción filosófica, de conocimiento espiritual, de auténtico crecimiento... ¡Vete de aquí, heredera del legado Mayfair! ¡Qué triste debe de ser machacar a tu familia mortal de First Street, atosigarles hasta sacarlos de quicio y hacer que te partan el cráneo con una pala y te entierren viva en el jardín!

—Lestat, te ruego..., —terció Quinn extendiendo las manos.

Pero yo estaba furibundo.

—¡Llévatela a Blackwood Farm!

—¡Nadie va a llevarme a ninguna parte! —gritó Mona. Echó a correr hacia la puerta, sacudiendo su melena, envuelta en el resplandor de las lentejuelas, y la cerró dando un portazo. La oímos bajar estrepitosamente la escalera de hierro.

Quinn meneó la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Eso no debió suceder —murmuró—. Podía haberse evitado. No lo entiendes, Mona no está acostumbrada a vivir como una persona sana, a poner un pie delante del otro, a formular una palabra tras otra...

—Fue inevitable —contesté. Temblaba de rabia—. Por eso le di yo el don oscuro en lugar de dejar que lo hicieras tú, para que se enfureciera conmigo, ¿no lo entiendes? Pero ¿cómo ha podido atacar tan violentamente las cosas que me han ocurrido? Carece de modulación moral, de ritmo moral, de paciencia moral, de amabilidad moral. ¡Es

una bruja cruel! No sé lo que digo. Ve tras ella. ¡Es tan descarada y arrogantemente torpe! Ve a buscarla.

—Por favor —dijo Quinn—, no dejes que esto cree una enemistad entre nosotros.

—Entre tú y no, jamás —respondí—. Anda, vete. Oí a Mona sollozando en el jardín. Salí al halcón.

—¡Vete de mi casa! —le grité a Mona, que resplandecía en la oscuridad—. No te quedes ahí lloriqueando en el jardín. ¡No te quiero aquí! ¡Vete! —Bajé la escalera. Mona huyó de mí retrocediendo por el soportal.

—¡Quinn! —gimió—. ¡Quinn! —Como si yo fuera a asesinarla—. ¡Quinn! —chilló. Quinn pasó junto a mí rozándome.

Me volví y subí la escalera. Permanecí un buen rato apoyado en la barandilla del balcón, tratando de recuperar la calma, de controlar el temblor de mis manos, pero fue inútil. Tan pronto como cerré la puerta vi a Julien por el rabillo del ojo. Me esforcé en aplacar los furiosos latidos de mi corazón. No quería temblar. Por fin logré recobrar la compostura y alcé la vista hacia el techo, resignado a encajar la siguiente diatriba barata que me arrojaran.

—Eh bien —dijo Julien en francés. Tenía los brazos cruzados y su esmoquin negro destacaba contra el papel adamascado estampado con listas que cubría las paredes—. Se ha lucido usted, monsieur. Te has enamorado profundamente de una mortal que jamás se rendirá ante ti; sólo conseguirás lacerar su corazón y tarde o temprano su inocente esposo acabará notándolo. Y en estos momentos mi ingenua sobrina, a la que has conseguido atraer hábilmente a tu mundo, recorre febrilmente las calles con un amante adolescente que no tiene remota idea de cómo consolar ni dominar su creciente locura. Es usted un magnífico ejemplo del Anden Régime, monsieur, ¿o debo llamarte cbevalier? ¿Cuál era exactamente tu título? ¿Había un título inferior? Suspiré y luego sonreí lentamente. Mis temblores habían remitido.

—Les bourgeois siempre me han defraudado —dije suavemente—. El título de mi padre no significa nada para mí, y que tú le des tanta importancia es enojoso. ¿Por qué no dejamos correr el asunto?

Me senté en la silla que había ante el escritorio, apoyé el talón en la barra de esta y contemplé al fantasma con admiración. Camisa blanca inmaculada. Zapatos negros de charol. No cabía duda de que Julien sabía vestirse. En mi agotamiento y mi dolor por lo que acababa de ocurrir con Mona, le mire a los ojos y rogué en silencio a san Juan Diego, ¿Es posible que salga algo bueno de esto?

—Vaya —dijo Julien—. ¿De modo que me has tomado cariño ?

—¿Dónde está Stella? —pregunté—. Quiero verla.

—¿De veras? —preguntó Julien arqueando las cejas e inclinando ligeramente la cabeza hacia delante.

—No me gusta estar solo —dije—, aunque lo parezca. Y en estos momentos no deseo estar solo.

Julien perdió su aire de apabullante superioridad. Me miró con tristeza. De joven había sido un hombre apuesto, deduje al contemplar sus rizos blancos y sus astutos ojos negros.

—Lamento decepcionarte —dije—. Pero puesto que apareces y desapareces a tu antojo, supongo que tendré que acostumbrarme a ti.

—¿Crees que me gusta lo que hago? —preguntó Julien con amargura.

—Creo que apenas sabes lo que haces —respondí—. Quizá tengamos eso en común. He oído hablar de ti. Me han contado cosas bastante inquietantes.

Julien me miró sin comprender. Luego su expresión dio paso lentamente a la admiración.

Oí unos pasos ligeros en el vestíbulo, las pisadas de una niña. Y Stella irrumpió en la habitación, ataviada con un vestido blanco como la nieve, unos calcetines blancos y sus za-patitos de charol. Era una niña encantadora.

—Hola, cielo, tienes una casa impresionante —dijo—. Me encantan tus cuadros. Es la primera vez que tengo ocasión de contemplarlos. Me encanta su suave colorido. Me encantan los barcos de vela y esas personas tan agradables vestidas con elegantes trajes largos. Son unos cuadros deliciosos. Si no fuera una niña, sospecharía que aplacan los nervios de la gente.

—No puedo decir que los elegí yo mismo —contesté, lo hizo otra persona. Pero de vez en cuando añado otro a la colección. A mí me gustan los tonos vivos e intensos. Me gusta que tengan una fuerza más potente y salvaje.

—¿Qué piensas hacer sobre esto? —inquirió Julien, claramente irritado por la conversación que manteníamos Stella y yo.

Mi corazón había retomado su ritmo normal.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. Te aseguro que tu intromisión no augura nada bueno, según deduzco por lo que me han contado. Al parecer algunos de tus descendientes mortales creen que estás condenado al fracaso en todas tus apariciones terrenales, ¿no lo sabías? Alguien te ha arrojado una maldición, según me han dicho. Stella se sentó de un salto en una silla Luis XV, haciendo que su vestido se ahuecara a su alrededor. Alzó la vista y miró a Julien preocupada.

—Me juzgas equivocadamente —dijo Julien con frialdad—. No conoces mis logros. Y muy pocos de mis descendientes los conocen. Pero volvamos a tu presente obligación. Supongo que no dejarás que mi sobrina campe por ahí con los poderes que le has dado. Yo me eché a reír.

—Ya te lo he dicho —contesté—, si quieres recuperarla, tienes que decírselo tú mismo. ¿Por qué le tienes tanto miedo? ¿O es ella quien no quiere saber nada de ti? ¿Quien hace oídos sordos a tus pretensiones? ¿Quien ahora se encuentra en un plano sobrenatural y tú le pareces insignificante?

El rostro de Julien adoptó una expresión dura.

—No creas que me engañas —dijo—. Estás dolido por lo que te ha dicho Mona estás dolido por Rowan, por no poder poseerla, por más que intentes perjudicarla. Estás pagando por tus pecados. Estás pagando en estos momentos, mientras hablamos. Te aterra pensar que no volverás a verlas. Y quizá no vuelvas a verlas. Y aunque no sea así, quizá te muestren ambas tal rebeldía que te sentirás más desmoralizado de lo que lo estás ahora. Vamos, Stella, dejemos a este saltimbanqui con sus pesadillas. Estoy cansado de él.

—¿No quiero irme, tío Julián! —protestó Stella—. Llevo unos zapatos nuevos y me encanta lucirlos. Además, Lestat me parece encantador. Cielo, debes perdonar al tío Julien. La muerte tiene un efecto deprimente sobre él. ¡Jamás habría dicho esas cosas cuando vivía!

Stella saltó al suelo, corrió hacia mí, me echó sus suaves bracitos al cuello y me besó en la mejilla.

—Adiós, Lestat — i
dijo.

—Au revoir, Stella. La habitación se quedó vacía. Completamente vacía.

Me volví, desconsolado y estremecido, y apoyé la cabeza en mi brazo, como si fuera a dormirme sobre el escritorio.

—Ay, Maharet —dije, invocando de nuevo a nuestra gran antepasada, a nuestra madre, que, por lo que yo sabía, se hallaba al otro lado del globo—. Ay, Maharet, ¿qué he hecho y qué puedo hacer? ¡Ayúdame! Permite que mi voz llegue a ti a través de los miles de kilómetros que nos separan.

Cerré los ojos. De nuevo, hice acopio de mis potentes poderes telepáticos. Te necesito. Me avergüenzo de mis fallos. Me presento ante ti como el Príncipe Mocosito de los Bebedores de Sangre. No pretendo ser ni más ni menos que eso. Escúchame. Ayúdame. Ayúdame por el bien de los demás. Te lo suplico. Escucha mi ruego.

Me hallaba en este sombrío estado de ánimo, solo con este mensaje, en el que mi alma estaba enfrascada, cuando oí unos pasos en la escalera de hierro forjado del exterior. Alguien llamó a la puerta. El guardia que estaba apostado en la verja dijo: —Clem, de Blackwood Farm, está abajo. —¿Cómo diantres ha dado con estas señas? —pregunté. —Viene en busca de Quinn; dice que es preciso que Quinn regrese de inmediato a Blackwood Farm. Al parecer Clem fue a casa de los Mayfair en busca de Quinn y le enviaron aquí.

Ya solo falta que cuelgue un letrero luminoso, pensé.

Ahora tenía la ocasión de utilizar de inmediato mis poderes telepáticos, si bien con un fin un tanto trivial: escudriñar las manzanas que recorría la deslumbrante pareja y transmitir mi mensaje a Quinn.

Lo conseguí en un abrir y cerrar de ojos.

Quinn y Mona estaban en un pequeño café en Jackson Square. Mona sollozaba y se cubría el rostro con un manojito de servilletas de papel. Quinn le rodeaba los hombros con el brazo para ocultarla al mundo.

He captado tu mensaje. Di a Clem que me espere en la esquina de Chartres y St. Ann. Y por favor, Lestat, te lo ruego, acompáñame.

Me reuniré contigo en Blackwood Farm, querido muchacho.

Eh bien, después de transmitir debidamente los mensajes a Clem, que se hallaba junto a la limusina que resollaba, boqueaba y se estremecía en la Rué Royale, gocé al menos de unos momentos de silencio en los que poner en orden mis pensamientos y decidir qué hacer.

¡No iba a desplazarme en el coche hasta la otra orilla del lago con esa odiosa valquiria embutida en su vestido de lentejuelas! Prefería surcar los aires.

Al salir percibí de nuevo que el aire otoñal empañaba el grato calor. No me hizo ninguna gracia. Temía que el invierno no tardaría en presentarse. Pero ¿qué tenía todo esto que ver con mi desdichado corazón y mi alma ilegítima, y qué le había hecho a Rowan con mis descarados y furtivos susurros? ¿Y qué le había hecho a Michael, ese hombre fuerte y de talante apacible que me había confiado el corazón de su esposa? ¿Y cómo había podido Mona decirme cosas tan hirientes? ¿Y cómo había podido yo reaccionar de una forma infantil?

Cerré los ojos.

Borré de mi mente todo lo superfluo y las imágenes aleatorias.

Me dirigí de nuevo a Maharet. Te necesito, dondequiera que estés.

Entonces eché mano del artificio para describir de nuevo mis necesidades sin revelar a los cuatro vientos los detalles innecesarios y evitar que los inmortales captaran mi mensaje y descifrarán mis p
iso dar con una tribu de individuos, de intenciones. Es rec

huesos delicados, ancianos, simples, ligados a mis pupilos, que no constan en los archivos del mundo y cuya historia y localización son esenciales para la salud psíquica de los seres que amo. Necesito que me guíes. He cometido errores con mis pupilos y

se han desmandado. Dame tu sabiduría, tu fino oído, tu visión. ¿Dónde están esos individuos? Soy tu leal subdito. Más o menos. Te quiero.

¿Recibiría Maharet mi mensaje? No lo sabía. Sinceramente (sí, ¿acaso os creéis que todo esto es una sarta de mentiras?), sólo le había pedido ayuda en una ocasión, hace años, y ella no me había respondido. En aquella época yo había cometido la más absurda torpeza. Había cambiado mi cuerpo por el de un mortal, que posteriormente me había abandonado. ¡Qué idiotez! Yo había tenido que ir en busca de mi cuerpo sobrenatural y recuperarlo. Y había dado con la solución a mi problema yo solo, o prácticamente solo. De modo que todo había terminado bien.

Pero había conseguido ver a mi misteriosa antepasada cuando ésta había venido a socorrerme sin que yo la llamara, y se había esforzado en ayudarme. Me había perdonado mis salidas intempestivas y mi mal genio. Yo la había descrito en mis crónicas, y ella lo había soportado sin protestar. Había tenido que soportar muchas cosas de mí.

Quizá me había oído la noche anterior. Quizá me oiría ahora.

Si no conseguía nada, volvería a invocarla. Una y otra vez.

Y si su silencio persistía, invocaría a otros. Le rogaría a Marius, mi antiguo mentor e hijo sabio del milenio. Y si eso fallaba, exploraría yo mismo la Tierra en busca de los Taltos, independientemente de cuántos hubiera. :

Sabía que tenía que cumplir mi promesa de hallar a los Taltos, por Michael y por Rowan, mi preciosa Rowan, aunque Mona me abandonara, lo cual era más que probable.

Pero sentí que se me encogía el corazón. Ya había perdido a Mona. Y no tardaría en perder a Quinn. Y ni siquiera sabía cómo había ocurrido exactamente.

En el fondo de mi mente empezó a cobrar forma la espantosa idea de que una pupila de mentalidad moderna era algo tan complejo como un reactor nuclear, un satélite de comunicaciones, un ordenador Pentium 4, un horno microondas, un teléfono móvil o cualquier otro de esos complicados artilugios modernos que yo no comprendía. Por supuesto, todo se debía a una desmedida sofisticación.

O a un misterio.

La muy bruja. La odiaba. Por eso rodaban por mis mejillas unas lágrimas de sangre, ¿o no? Menos mal que no las veía nadie.

Eh bien, me dirigí a Blackwood Farm, y al elevarme rogué a Maharet que me ayudara en mi empresa. No dejé de repetir mi ruego durante todo el trayecto.

21

Blackwood Manor era como un farol en la oscuridad rural: la puerta principal estaba abierta al porche, los reflectores, conectados, y Jasmine, tan guapa como de costumbre, lloraba sentada en los escalones con un pañuelo blanco en la mano y las rodillas encogidas, agotada y deprimida, sollozando desconsoladamente.

—¡Ay, Les-Dot, ayúdame! —exclamó—. ¿Dónde está Quinn? ¿Dónde está mi pequeño jefe? Le necesito. ¡Voy a enloquecer! Ese chico se ha desmandado. Nash no cree en fantasmas, Tommy les tiene pánico y la abuela ha mandado llamar al cura para que arroje al diablo de mi cuerpo. ¡Como si yo tuviera la culpa de todo!

Me acerqué a ella, la tomé en brazos, estrechando su cuerpo dúctil y suave, y entramos juntos en la casa. Jasmine apoyó la cabeza en mi pecho.

El salón delantero estaba lleno de gente.

—El coche ya sube por el camino de acceso —dije—. ¿Qué ha pasado?

Me senté en el sofá del salón, sosteniendo a Jasmine en mis rodillas. Le di unas palmaditas. La pobre estaba extenuada y afligida.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Jasmine—. Nos sentimos muy solos aquí.

El pequeño Tommy Blackwood, de trece años, tío carnal

de Quinn, se sentó en una butaca frente a nosotros y estuvo observándome con expresión seria y la mano apoyada en un brazo de la butaca. Era un jovencito maravilloso, tal como lo había descrito Quinn, y, gracias a sus viajes por Europa con tía Queen y el todavía humano Quinn, había adquirido una actitud con respecto a la vida que le sería siempre muy útil.

Me complació volver a verle.

Nash Penfield, su tutor, también estaba presente, vestido con un traje impecable de espiga. Era un hombre que parecía haber nacido para calmar a los demás, aunque por algún misterioso motivo no lograba calmar a Jasmine. Se detuvo junto a la butaca de Tommy, con aire perplejo, contemplando a Jasmine con profunda preocupación y mirándome a mí al tiempo que asentía respetuosamente con la cabeza.

La Gran Ramona, la abuela de Jasmine, estaba sentada junto al sofá con cara de pocos amigos, vestida con un som-brío traje de gabardina color vino en el que llevaba prendido un broche de brillantes bajo su hombro derecho. Se había cepillado el pelo y lo llevaba recogido en un artístico moño en la nuca; lucía medias y unos elegantes zapatos negros.

—Calla, mujer —le dijo la Gran Ramona a Jasmine—, estás llamando la atención.

¡Siéntate bien y deja de balbucear como una estúpida!

Detrás de ellas estaban dos de los hombres del cobertizo, vestidos aún con sus monos de trabajo. Uno de ellos era el jovial Alien, un hombre de cara redonda y pelo blanco.

No conocía el nombre del otro. Mentira, sí lo conocía. Se llamaba Joel.

Nadie dijo nada después de la bronca que la Gran Ramona le había echado a Jasmine.

Antes de que yo pudiera empezar a escrutar las mentes de los presentes, Quinn entró en la habitación, y Mona, la arpía vestida de lentejuelas, atravesó el vestíbulo como un haz plateado de luz y entró en el dormitorio de tía Queen, el único que estaba en la planta baja.

La presencia y el aspecto de Mona despertó la curiosidad

y el asombro de la concurrencia, pero nadie consiguió verla detalladamente. ¡Insolente mocosa!

El que importaba aquí era Quinn. Se sentó frente a mí junto a la gigantesca puerta que daba al vestíbulo. Su característica inocencia, lentamente, a medida que Quinn iba observando a los presentes, fue adquiriendo un aire señorial de control. Cuando Cyndy, la enfermera, entró luciendo el uni-forme blanco almidonado que tan bien le sentaba, aunque con aire lloroso y compungido, Quinn se puso en pie rápidamente. Cyndy se sentó alejada de nosotros, junto al piano.

Al cabo de unos momentos apareció el sheriff un ser humano fornido y jovial al que yo había conocido la noche que murió tía Queen, seguido por una persona que identifiqué enseguida como Grady Breen, el abogado de la familia, un hombre entrado en años, de porte digno, embutido en un terno de mil rayas, y al que Quinn me había descrito cuando me relató la historia de su vida,

—Vaya, esto parece serio —dije en voz baja.

Jasmine no dejaba de temblar abrazada a m .

í

—No me dejes, Lestat —dijo—. No me abandones. No sabes lo que me persigue.

—Tesoro, mientras estés conmigo nadie te hará ningún daño —susurré. La acaricié con ternura intentando evitar que se percatara de que mi cuerpo parece un trozo de mármol

—Levántate de las rodillas de ese hombre, Jasmine —murmuró la Gran Ramona—, y compórtate como el ama de llaves que eres. ¡Lo único que hace que la gente consiga contenerse es su dignidad!

Jasmine no la obedeció.

Los dos caballeros que habían acudido allí para prestar sus servicios profesionales ocuparon unas sillas en la sombra, cerca de Cyndy, la enfermera, como si no quisieran invadir el círculo familiar. La barriga del sheriff colgaba por encima de su cinturón, cargado de armas y un busca que no cesaba de emitir sonidos ininteligibles y que el sheriff silenció con chocante violencia.

Jasmine me rodeo los hombros con el brazo izquierdo y se apretujó contra mí como si temiera que la dejara, cosa que no pensaba hacer. Le acaricié la espalda y la besé en la cabeza. Era una personita deliciosa. Tenía sus largas y sedosas piernas apoyadas en el sofá.

El hecho de que Quinn le hubiera hecho el amor en cierta ocasión y hubieran engendrado juntos al pequeño Jerome, ocupaba un lugar preponderante en mi calenturienta mente semihumana, semivampírica. Opino que los encantos de las personas no deberían echarse nunca a perder, ni acarrear con secuencias nefastas para el mundo mortal.

—Me arrepiento de haber sido tan cruel con ella —dijo Jasmine—. Nunca me dejará tranquila. —Jasmine sepultó la frente en mi pecho y me abrazó con fuerza. Yo la rodeé por completo con mi brazo.

—No te ocurrirá nada malo, tesoro —dije.

—¿De qué diantres estáis hablando? —preguntó Quinn, visiblemente disgustado por ver a Jasmine tan alterada—.

¿Qué ocurre, Jasmine? Agradecería que alguien me pusiera al corriente.

—¿Habéis tenido noticias de Patsy? —pregunté. Evidentemente ése era el tema que preocupaba a todo el mundo, y que yo captaba en fragmentos y pinceladas, tanto si lo buscaba como si no.

—Eso parece —dijo Grady Breen—. A mi entender, y en vista de que Jasmine no puede hablar, debería ser la Gran Ramona quien nos lo contara todo.

—¿Cómo que no puedo hablar? —protestó Jasmine, sin alzar la cabeza ni dejar de temblar—. ¿Creen que soy incapaz de contarles lo que vi con mis propios ojos, que la vi pegada a la ventana de mi habitación, empapada y cubierta de algas del pantano? ¿Creen que no sé que vi a Patsy, que no reconocí la voz de Patsy cuando dijo «Jasmine, Jasmine» una y otra vez? ¿Creen que no sé que fue una muerta quien dijo «Jasmine, Jasmine» una y otra vez? Y yo acostada con el pequeño Jerome, aterrorizada de que el niño se despertara y la viera

arañando la ventana con sus unas pintadas de rojo, repitiendo con voz angustiada «Jasmine, Jasmine»? Quinn palideció de la impresión.

Cyndy, la enfermera, rompió a llorar.

—Debe ser enterrada en terreno sagrado —dijo—, digan lo que digan ustedes.

—¡En terreno sagrado! —exclamó la Gran Ramona—. Pero ¿qué dices, Cyndy? ¡Si lo único que tenemos de ella son algunos cabellos que arrancamos de su cepillo de pelo.

¿Quieres que enterremos su cepillo?

Sentí que Nash Penfield se sentía profundamente frustrado. No tuve que leerlo en sus pensamientos. Hacía tiempo que deseaba asumir el control de la situación, por el bien de todos. Pero comprendía que no era quién para terciar en esa discusión.

Mona se acercó taconeando contra el suelo de mármol del vestíbulo y apareció en el salón vestida con un sobrio traje negro de cuello alto, manga larga y puños ceñidos a las muñecas que le llegaba hasta las rodillas, y calzada con unos zapatos de tacón alto con los que sus pantorrillas se tensaban magníficamente. Se sentó a la izquierda de Quinn. La muy hipócrita mostraba una expresión dulce y seria.

Todos se volvieron al mismo tiempo para observarla, inclusive Jasmine, aunque de forma disimulada, pero nadie comprendió a qué obedecía su sorprendente aspecto. Yo me negué a mirarla. Poseo una excelente visión periférica.

—¿Cuándo se te apareció ese fantasma? —me apresuré a preguntar con la intención de que todos dejaran de observar a Mona y se hicieran la inevitable pregunta sobre su transformación.

—Cuéntanos la historia desde el principio —dijo Grady Breen con tono serio y profesional—, puesto que estamos tratando con u s no documentos legales.

—¿A qué documentos legales te refieres? —inquirió Quinn con paciencia.

—Bien —dijo la Gran Ramona adelantando un poco su silla, con expresión seria y autoritaria—. Creo que todos los presentes saben que durante años el fantasma de Willi.un Blackwood ha aparecido en esta habitación, señalando el escritorio francés situado entre los ventanales, aunque nadie ha logrado descifrar el motivo de esas apariciones. Tú mismo has visto al fantasma en varias ocasiones, Quinn, al igual que tú, Jasmine. Debo confesar, y pongo a Dios por testigo, que yo también lo he visto, y en cuanto rezaba un Ave María, el fantasma desaparecía en el acto, como quien pellizca la llama de una vela. Y cuando abríamos el escritorio, nunca encontramos nada. Absolutamente nada. Luego volvíamos a depositar la llave en la cocina, en una taza, aunque no me explico por qué tomábamos tantas precauciones.

»Pero lo que no saben es que después de que tú te llevaras a Mona Mayfair de aquí, Quinn, es decir, poco después de que tu madre se marchara dejándose todos sus medicamentos, el fantasma empezó a aparecerse día y noche. ¡Les juro que en cuanto entraba en esta habitación, veía al abuelo William ahí de pie, señalando el escritorio! Y mi nieta Jasmine también. ¡Siéntate bien, Jasmine!

(El escritorio al que se refería la Gran Ramona era un elegante escritorio Luis XV, con un cajón central, patas curvadas y ornamentadas y decorado con bronce dorado.)

—Por fin, Jasmine me dijo que no lo soportaba más, que no conseguía dar con Quinn y no podía llevar a cabo sus tareas, ni yo tampoco, y un buen día mi hijo Clem entró aquí y vio también al fantasma. De modo que decidimos registrar de nuevo el escritorio, aunque Quinn no estuviera aquí para autorizarnoslo.

»Pero una noche, antes de hacerlo, Jasmine estaba acostada en la cama con su hijito, Jerome, y apareció Patsy en la ventana de su cuarto, sí, se lo aseguro, era Patsy, empapada de agua del pantano, repitiendo «Jasmine, Jasmine» y arañando el cristal con sus largas uñas pintadas de rojo. Así que Jasmine cogió al pequeño Jerome en brazos y salió corriendo de la casa gritando.

Jasmine asintió vehementemente, arrebujándose contra mí.

—Lo cierto —dijo la Gran Ramona— es que Jasmine es la única de la casa que era amable con Patsy. Excepto tú, Cyndy, tesoro, pero no vivías aquí. ¿Cómo iba el

fantasma de Patsy a salir del pantano y arrastrarse hasta Mapleville? Entonces le dijimos a Grady Breen que íbamos a abrir el escritorio, que convenía que viniera, porque estaba cerrado y la llave que habíamos guardado siempre en una taza en la cocina había desaparecido, por lo que teníamos que utilizar un cuchillo para forzarlo.

—Lo cual es lógico —terció Quinn con tono afable.

La Gran Ramona miró a Grady Breen, un hombre de lo más respetuoso, que extrajo de su maletín de cuero marrón un montón de papeles escritos a mano guardados en una carpeta de plástico.

—Y cuando abrimos el cajón del escritorio —prosiguió la Gran Ramona—, encontramos cartas escritas por Patsy de su puño y letra en las que decía: «Cuando encontréis esto ya habré muerto»; en ellas explicaba que se proponía ir a Sugar Devil Swamp, inclinarse por la borda de la piragua y dispararse un tiro en la sien derecha para caer al agua, y advertía que no quería que enterráramos sus restos en la tumba familiar junto a su padre debido al odio que sentía por él, cosa que era por todos conocida.

—Estaba muy enferma —apostilló Cyndy, la enfermera—. Sufría unos dolores tremendos. No sabía lo que hacía. ¡Que Dios la acoja en su seno!

—Sí —dijo Grady—, y afortunadamente, bien, no afortunadamente, sino oportunamente, es decir, no oportunamente, sino casualmente, Patsy había sido arrestada en varias ocasiones por posesión de drogas y la policía tenía sus huellas dactilares, de modo que pudimos cotejar las huellas que había en estos folios con las suyas. Ésta es también su letra... —Grady se levantó, atravesó la habitación apresuradamente y entregó la carpeta de plástico a un atónito y silencioso Quinn—. Escribió unos diez borradores de su carta, porque al parecer ésta no la satisfacía, incluso hasta el último momen-

to, cuando por lo visto saltó de... Cuando por fin decidió dirigirse allí y llevar a cabo su plan.

Quinn sostuvo el paquete como si temiera que fuera a estallar, limitándose a contemplar la carta que veía a través del plástico. Luego depositó el paquete sobre el famoso escritorio que señalaba el fantasma y en el que ese paquete había sido descubierto.

—Ésa es sin duda su letra —dijo suavemente.

Todos asintieron con la cabeza, farfullando, mostrándose de acuerdo, y los hombres del cobertizo murmuraron que Patsy era muy aficionada a escribir notas que decían:

«¡Llenad enseguida el depósito de mi furgoneta!», y «¡Lavad inmediatamente mi coche!», y también aseguraron que era su letra.

Entonces el fornido sheriff, un hombre devotamente ignorante, se aclaró la garganta y anunció:

—Luego encontramos las pruebas concluyentes en la piragua.

—¿Qué pruebas? —preguntó Quinn frunciendo ligeramente el ceño.

—Su cabello —respondió el sheriff—, que era idéntico al cabello que extrajimos del cepillo de pelo que estaba arriba. Todo el mundo sabía que Patsy había ido al pantano única y exclusivamente por ese motivo, por lo que sin duda se disparó ella misma un tiro en el pantano; de lo contrario, ¿qué hacía en la piragua?

—¿Han cotejado ya su ADN? —inquirió Quinn fríamente.

—No ha sido necesario. Todo el mundo pudo comprobar que eran sus cabellos, pegados debido a la laca, que olía muy fuerte —contestó el sberiff—, pero no tardaremos en obtener los resultados del ADN si se proponen enterrar los mechones de pelo en el pequeño cementerio que utilizan para enterrar cosas raras y celebrar sesiones espiritistas con grandes fogatas y demás.

—Haga el favor de ser más amable con este chico —terció Cyndy, la enfermera, con voz dulce—. Estamos hablando de su madre.

—Sí, haga el favor de atenerse a los hechos —dijo Nash Penfield con voz grave y autoritaria. Su amargura era más que evidente. Deseaba protegerles a todos, en especial a Tommy.

—¿De modo que el forense está satisfecho de los resultados? —preguntó Quinn—. ¿Ha dictaminado que se trata de un suicidio?

—¿Podría hacerlo —empezó a declarar el sheriff— si tú, Quinn Blackwood, dejaras de pasearte por la casa diciendo que habías asesinado a tu madre y arrojado sus restos a los caimanes! Y si Jasmine dejara de explicar a todo el mundo que Patsy había trepado hasta la ventana de su habitación, cubierta de algas del pantano, pidiendo socorro. ¡Por el amor de Dios!

—¡Lo hizo, lo hizo! —murmuró Jasmine con voz entrecortada—. ¡No me dejes, Lestat! —No te dejaré —musité—. No permitiré que te ataque ningún fantasma, Jasmine.

—Pero ¿cuándo viste a ese fantasma, Jasmine? —preguntó Quinn—. ¿Después de que encontrarais esa carta?

—No, ya te lo ha dicho mi abuela, la vi antes de que descubriéramos la carta: se acercó a la ventana, llorando y arañando el cristal. ¡Y ha vuelto a hacerlo! Tengo miedo de acostarme en mi habitación. No sé lo que pretende Patsy, jefe, ¿qué puedo hacer por ella? En estos momentos el pequeño Jerome está arriba, en la habitación de Tommy, jugando con sus vi-deojuegos, porque temo incluso dejarlo en el edificio donde duermo. ¿Qué puedo hacer? Quinn, tienes que organizar otra sesión de espiritismo para Patsy. De pronto intervino Mona. Fue como si se hubiera encendido una luz en esa esquina de la habitación.

—Seguramente la pobre no sabe que está muerta —dijo Mona con ternura—. Alguien debe decírselo. Es preciso guiarla hacia la Luz. Es lo que suele ocurrirles a las personas que mueren de repente. Yo puedo decírselo.

—¿De veras? ¿Podrías hacerlo? —preguntó Jasmine—. Tienes razón, Patsy no lo sabe y por eso vaga de un lado a otro, perdida y abandonada, arrastrándose desde el pantano hasta el edificio donde duermo sin saber lo que le ha ocurrido.

El sheriff sonrió despectivamente al tiempo que arqueaba las cejas y entornaba los ojos. Nash lo observó con palpable disgusto.

—Eso fue lo que le ocurrió a Goblin, ¿no es así? —preguntó la Gran Ramona—. Todos le dijisteis que estaba muerto y se lo creyó. Pues bien, eso es lo que tenéis que hacer ahora.

—Así es —dijo Quinn—. Yo le diré a Patsy que está muerta. No me importa hacerlo. No creo que requiera una sesión espiritista.

—Bien, les aconsejo que lo hagan cuanto antes —dijo el sheriff, levantándose dispuesto a marcharse, mientras se ajustaba su pesado cinturón—. Pero debo confesarles que me choca que cada vez que se produce una muerte aquí, aparezca un fantasma. ¡Es de lo más extraño! ¿A que nadie ha visto al fantasma de la señorita Queen comportándose de esa forma? ¡Claro que no! Seguro que nadie la ha visto arañando el cristal de una ventana. ¡Esa sí que era una gran dama!

—¿De qué está hablando? —preguntó Quinn con voz queda, mirando furioso al sheriff. Yo nunca había visto esa expresión en su rostro ni tampoco le había oído expresarse en ese tono—. ¿Es que trata de sermonearnos sobre qué persona muerta es digna y cuál no? Haría mejor en apostarse junto a la ventana de Jasmine y largarle ese sermón a Patsy. O, mejor aún, ¿por qué no vuelve a su despacho y dicta un libro de buenas maneras para los muertos recientes?

La Gran Ramona rió en voz baja. Yo reprimí una carcajada. Nash parecía profundamente preocupado. Tommy parecía asustado.

—¡No me hables en ese tono! —respondió el sheriff incli-nándose sobre Quinn—. Estás chalado, Tarquin Blackwood. ¡A toda la gente de la parroquia le escandaliza que hayas heredado Blackwood Farm! Todos saben que será el fin de esta casa. Y también les escandalizan otras cosas que has hecho, y encima vas diciendo que has asesinado a tu madre. Debería arrestarte.

Observe que una fría ira invadía a Quinn.

—Es cierto que la asesiné, sheriff —dijo con voz de hierro—. La sorprendí cuando estaba tumbada en su diván, arriba, le partí el cuello, la transporté hasta la piragua y me adentré en el pantano hasta que vi los lomos de los caimanes a la luz de la luna, y entonces arrojé su cadáver al lodo. Y dije: «¡Anda, cómetelo, mamá!» Como se lo cuento.

Sus palabras consternaron a todos los presentes. La Gran Ramona y Jasmine protestaron: «No, no, no», Nash se afanó en murmurar algunas palabras tranquilizadoras a Tommy, Tommy miró a Quinn con cara de pocos amigos, uno de los hombres del cobertizo rompió a reír, y Cyndy, la enfermera, juró que Quinn era incapaz de hacer semejante cosa. Grady Breen, que no podía articular palabra, meneó la cabeza al tiempo que hojeaba inútilmente los papeles que llevaba en su maletín. Incluso Mona estaba estupefacta y miraba a Quinn con sus ojos verdes y vidriosos como si no acabara de creerle.

—¿Va a arrestarme, sheriff? —preguntó Quinn mirándolo fríamente.

En la habitación se hizo un profundo silencio.

El sheriff entornó los ojos, incapaz de responder.

Nash parecía temeroso y dispuesto a intervenir.

Quinn se levantó de la butaca y miró al sheriff. La combinación del rostro juvenil de Quinn y su imponente estatura bastaba para alarmar a cualquiera, pero además el aire amenazador que emanaba era palpable.

—Adelante, grandullón —murmuró Quinn con tono dramático—. Póngame las esposas. Silencio.

El sheriff se quedó inmóvil, luego volvió la cabeza, retrocedió medio metro, se dirigió hacia la puerta, salió al vestíbulo y, farfullando que nadie en Blackwood Farm tenía el menor sentido común, y na stima que la casa se echara a perder, sí, ¡SE que era u lá

ECHARA A PERDER!, cerró de un portazo y desapareció.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo Grady Breen en voz alta y con tono jovial—.

Pediré enseguida una copia

del informe del forense. —Se encaminó hacia la puerta principal tan rápidamente que no habría sido de extrañar que hubiese sufrido un ataque cardíaco una vez en su coche.

(Pero

no fue así.)

Entretanto, Tommy echó a correr hacia Quinn y lo abrazó bajo la mirada impotente de Nash.

Esto pilló a Quinn por sorpresa. Pero enseguida le dijo al chico para tranquilizarlo:

—No te preocupes por nada. Regresa a Eton. Y cuando vuelvas a casa, Blackwood Farm seguirá en pie, como siempre, intacta y tan bella como siempre, para hacer feliz a mucha gente, con Jasmine, la Gran Ramona y todos los demás, igual que hoy.

Los hombres del cobertizo murmuraron que así sería. Y Cyndy, la enfermera, dijo que era cierto.

—Sí, señor —dijo la Gran Ramona.

Al ver que la necesitaban, Jasmine se enjugó por última vez la cara, recibió el torrente de besitos que le di, se acercó a Tommy y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Ven conmigo a la cocina, Tommy Blackwood —dijo—.

Tú también, Nash Penfield. Tengo un estofado de pollo en el fuego. Ven tú también, Cyndy...

—¿Que tú tienes un estofado de pollo en el fuego? —preguntó la Gran Ramona—. ¡El estofado lo he preparado yo! ¡Fijaos en Mona Mayfair, si se ha recuperado por completo!

—No, no, adelantaos —dijo Mona levantándose e indicando a los otros que nos dejaran—. Quinn, Lestat y yo te vamos a hablar.

—Pequeño jefe —dijo Jasmine—, no pienso dormir en la planta baja de esa casa. Me he trasladado arriba con Jerome y la abuela, y cerraré los postigos. Patsy me persigue.

—Iré en su busca —dijo Quinn—. No te preocupes.

—¿Se presenta a alguna hora determinada? —preguntó Mona amablemente.

—Sobre las cuatro de la mañana —respondió Jasmine—. Lo sé porque cuando aparece se para el reloj.

—Concuerda —comentó Quinn.

—¡No empieces otra vez! —lo increpó Jasmine—. Ahora que han encontrado esas cartas y creen que Patsy se mató de un tiro, ya no sospechan de ti. ¡Déjate de bobadas!

—Y con esto se marchó llevándose a Tommy.

—Un momento —dijo Tommy rebelándose y perdiendo algo de su dignidad viril en la pura tristeza de un niño—. Quiero saberlo. —Tragó saliva antes de preguntar—: Tú no la mataste, ¿verdad, Quinn? —Era conmovedor.

Durante unos momentos todos guardamos silencio. Luego Quinn respondió:

—No, Tommy, no la maté. Es importante que me creas, que creas que jamás haría una cosa así. Pero no me porté bien con ella. Y ahora ha muerto. Y eso me entristece. En cuanto al sheriff no me cae bien, por eso le dije esas cosas tan ofensivas.

Era una mentira perfecta, ejecutada con tal determinación que al pronunciarla brilló en la oscuridad de los pensamientos de Quinn. Rebosaba del vibrante amor que Quinn sentía por Tommy. Su odio hacia Patsy seguía siendo tan intenso como siempre. Le enfurecía pensar que su fantasma rondaba por la propiedad.

—Así es —dijo Jasmine—. A todos nos hubiera gustado que Quinn la hubiera tratado mejor. Patsy era una persona muy independiente, ¿no es cierto, pequeño jefe?, y a veces no la comprendíamos.

—Muy bien expresado —contestó Quinn—. No nos esforzamos en comprender su forma de ser.

—Por supuesto que Tommy lo entiende —intervino Nash—. Todos lo entendemos. Quizá yo pueda explicárselo mejor, si tú me lo permites, Quinn. Ven, Tommy, cenaremos en la cocina. Ahora que ha venido Quinn, no tienes de qué preocuparte, y la señorita Mayfair, si me permite decirlo, está guapísima. Es magnífico volver a verla, y tan recuperada.

—Gracias, señor Penfield —respondió Mona con una dulzura que desmentía su temperamento de animal salvaje.

Pero Quinn mostraba una expresión sombría, y en cuanto la habitación quedó vacía, a excepción de los tres monstruos clandestinos, nos acercamos a él.

—Vamos arriba —dijo Quinn—. Necesito tu consejo, Lestat. Tengo que solucionar algunas cosas. Se me han ocurrido unas ideas.

—Sabes que haré lo que me pidas —respondí.

Yo ignoré deliberadamente a Mona, que, vestida de negro, como una penitente, subió precediéndonos por la escalera circular.

La impresionante suite que ocupaba Quinn —consistente en un dormitorio y un saloncito separados por un gigantesco arco— había sido limpiada y ordenada desde la transformación de Mona Mayfair en una irresponsable arpía. Y el lecho sobre el que ésta había recibido el don oscuro estaba cubierto con su elegante colcha de terciopelo azul y sus cortinas.

Miré la mesa que había en el centro de la estancia y ante la que Quinn y yo nos habíamos sentado durante horas mientras él me contaba su vida. Mona y yo nos sentamos ante ella, pero Quinn se quedó un buen rato contemplando pasmado la habitación, como si significara ahora algo totalmente nuevo para él.

—¿Qué ocurre, hermanito? —pregunté.

—Estoy meditando, querido jefe —contestó—. Simplemente meditando.

Yo me abstuve de mirar a la arpía. ¿Me alegraba de que estuviera sentada a mi derecha en lugar de paseándose por la ciudad con su minivestido de lentejuelas, vulnerable y llorosa? Sí, pero no tenía ninguna obligación de confesárselo a una persona que me había rechazado tan bruscamente. ¿No es cierto?

—Ven, siéntate a charlar con nosotros —le dije a Quinn.

Por fin me hizo caso y se sentó en el lugar que solía ocupar, de espaldas a la mesa del ordenador, frente a mí.

—No sé qué hacer, Lestat.

—Si quieres, saldré para ver a Patsy a las cuatro de la mañana —propuso Mona—. No le tengo miedo. Trataré de comunicarme con ella.

—No, amor mío —respondió Quinn—. No pensaba en Patsy. Si no fuera por Jasmine, Patsy me importaría un bledo. Estoy pensando en Blackwood Manor, en lo que será de esta casa. Durante el tiempo en que tía Queen y yo permanecimos en Europa, controlamos la situación por teléfono, por fax o por otros medios, y durante todo el año pasado estuvimos aquí, imprimiendo a la casa nuestra firmeza y autoridad. Pero ahora todo ha cambiado. Tía Queen ha muerto, ha desaparecido, y no creo que yo venga por aquí a menudo. No me siento capaz.

—Pero ¿no pueden la Gran Ramona y Jasmine ocuparse de la casa, como hicieron cuando tú estuviste en Europa? —preguntó Mona—. Creí que Jasmine era perfectamente capaz de ocuparse de su intendencia. Y que la Gran Ramona era una cocinera genial.

—Es cierto —dijo Quinn—. En realidad, ellas se ocupan de todo. De la cocina, de la limpieza y de recibir a los huéspedes que se presentan inesperadamente. Son capaces de organizar los festejos de Pascua y Navidad, las cenas, y cualquier acontecimiento imaginable. Jasmine tiene grandes dotes como gerente y como guía. Lo cierto es que son capaces de hacer mucho más de lo que creen. Y tienen mucho dinero, el suficiente para marcharse de aquí y llevar una vida holgada donde decidan instalarse. Eso les da una sensación de seguridad y un aire de independencia. Pero prefieren quedarse aquí. Éste es su hogar. Pero quieren que haya una presencia, la presencia de un Blackwood, y sin eso se sienten inseguras.

—Entiendo —dijo Mona—, no logras conseguir que se consideren dueñas de esta casa.

—Exactamente —respondió Quinn—. Les he ofrecido numerosas oportunidades —prosiguió—. Todo tipo de ventajas y participación en los beneficios, pero quieren que yo resi-

da aquí. Necesitan mi autoridad. Y Tommy también. Y además debo pensar en Brittany, la hermana de Tommy, y Terry Sue, la madre de Tommy. Vendrán aquí con frecuencia. Se han con-vertido en parte de Blackwood Farm debido a Tommy. Alguien tiene que estar al frente de la casa para recibir las. Y Jasmine quiere que yo esté al frente, no sólo

por ella, sino por mi hijo, Jerome, pero no estoy seguro de poder seguir siendo el dueño y señor de Blackwood Farm como lo habría sido si...

—La respuesta es bien simple —dije.

—¿Cuál es? —preguntó Quinn, sorprendido.

—Nash Penfield —respondí—. Hazle conservador residente para que dirija y mantenga la propiedad en tu nombre y en el de Tommy y Jerome.

—¿Conservador residente! —El rostro de Quinn se animó—. Qué idea tan brillante. Pero ¿tú crees que aceptará el cargo? Acaba de licenciarse en filosofía y se está preparando para empezar a dar clases.

—Por supuesto que lo aceptará - contesté—. Ese hombre pasó varios años en Europa contigo y con tía Queen. Y dijiste que había sido un viaje de lujo.

—Desde luego, tía Queen rompió la hucha —respondió Quinn—. Y Nash le sacó a ese viaje el máximo partido en el mejor sentido del término.

—Exactamente. Sospecho que a Nash le aburriría una vida normal y corriente. Le entusiasmaría ser el conservador de esta propiedad, conservar las tradiciones de Pascua y Navidad por el bien de la parroquia, y lo que tú le pidieras, a cambio de ganar un buen sueldo, disponer de una magnífica habitación y del tiempo suficiente para escribir un par de libros relacionados con su especialidad académica.

—Perfecto —dijo Quinn—. Además, posee el estilo y la elegancia para desempeñar ese cargo. Ésta podría ser la respuesta.

—Coméntaselo. Dile que en su tiempo libre podría empezar a construir una buena biblioteca colocando estanterías en las paredes del salón doble. Y podría escribir una breve his-

toria de Blackwood Farm, un folleto destinado a los turistas, ya sabes, con detalles sobre la arquitectura, planos, leyendas y demás. Incluye en el trato la limusina y un chófer las veinticuatro horas del día, un coche nuevo para él cada dos años, una generosa cuenta de gastos y vacaciones pagadas en Nueva York y California, y no creo que te cueste convencerlo.

—Seguro que aceptará encantado —dijo Mona—. Observé que estaba desesperado por intervenir cuando el sheriff se comportó como un idiota. Pero creyó que no tenía derecho a hacerlo,

—Precisamente —dije, sin mirar a Mona—. Es el cargo ideal para un hombre de sus aptitudes.

—Ojalá acepte —dijo Quinn con creciente entusiasmo—, ésa sería la solución. Y yo podría ir y venir de esta habitación, contigo y con Mona, cuando me apeteciera.

—Es un trabajo mucho más interesante que cualquier puesto que puedan ofrecerle en otro lugar —dije—. Y de paso puede hacer de anfitrión para Terry Sue, la madre de Tommy, y ejercer una influencia positiva sobre el pequeño Jerome, y quizá ser su tutor, y no tienes que decirle cómo debe tratar a Jasmine y a la Gran Ramona porque ya lo sabe. Nash las adora. Nació en Tejas, en el sur. No es un yanqui ignorante que no sabe cómo tratar educadamente a una persona negra. Las respeta absolutamente.

—Me parece que has dado en el clavo —dijo Quinn—. Si se quedara a vivir en Blackwood Farm, creo que funcionaría. Funcionaría durante mucho tiempo. Jasmine estaría encantada. Siente un gran afecto por Nash.

Yo asentí y me encogí de hombros.

—Es una idea magnífica —dijo Quinn—. Dentro de un tiempo les diré que Mona y yo nos casamos en Europa. No protestarán. Es perfecto. ¿Crees realmente que Nash aceptará, Mona?

Yo me negué a mirarla.

—Nash ya forma parte de Blackwood Farm —respondió Mona.

Quinn se acercó al teléfono. —Jasmine —dijo—, necesito que subas. Casi al instante oímos vibrar la escalera: Jasmine subía corriendo y entró resollando.

—¿Qué pasa, pequeño jefe? —preguntó jadeando—. ¿Ha ocurrido algo?

—Siéntate, haz el favor —contestó Quinn, —¡Me has dado un susto de muerte, bribón!

—declaró Jasmine sentándose en una silla—. ¡Cómo se te ocurre llamarme con esa urgencia! ¿No te das cuenta de que tenemos todos los nervios de punta? Ahora Clem dice que tampoco quiere dormir en la casita porque teme que Patsy le persiga a él también.

—¡Déjate de bobadas, sabes muy bien que Patsy no puede hacerte daño!

Quinn se sentó cómodamente y empezó a contarle a Jasmine el plan, que Nash sería el conservador de la propiedad, pero antes de haberle dicho todo lo que se proponía decirle, Jasmine alzó las manos y declaró que era un milagro. Toda la parroquia se alegraría. Nash Penfield había nacido para residir en Blackwood Farm.

—Seguro que ha sido tía Queen quien te ha metido esa idea en la cabeza, pequeño jefe —dijo Jasmine—. Sé que nos está mirando desde el cielo. Y mi madre también. Murió en este mismo lecho. Que Dios nos bendiga a todos. ¿Sabes lo que piensan las gentes de esta parroquia? ¡Que Blackwood Farm nos pertenece a todos!

—¿A todos? —preguntó Mona—. ¿Quiénes son todos?

—Toda la parroquia, mujer —respondió Jasmine—. El teléfono no ha parado de sonar desde que murió tía Queen: que si vamos a celebrar el banquete navideño, que si vamos a organizar el Festival de las Azaleas. Te aseguro que la gente cree que este lugar pertenece a toda la parroquia.

—Y tienen razón —contestó Quinn—. Es verdad. ¿Así que estás de acuerdo en que le ofrezca a Nash Penfield ese puesto?

—¡Naturalmente! —respondió Jasmine—. Se lo diré a la abuela; descuida, ella no protestará. Tú habla con Nash Penfield. Está en el saloncito con Tommy. Les pedí que tocaran el piano. Nash sabe tocarlo. Tommy conoce una canción. Pero Tommy dice que cuando una persona muere hay que abstenerse de tocar el piano durante varias semanas. Aquí no observamos nunca esta regla porque regentamos una pensión con derecho a desayuno. Y yo digo que Tommy puede tocar esa canción.

Quinn se levantó y salió con Jasmine.

Bajé la escalera tras ellos. Quería que este plan prosperara. Mona apareció más tarde y se comportó con elegancia y reticencia. No le hice ni caso: era pura fachada.

Las personas sabias no deben dejarse engañar por esos ardides.

Tommy estaba sentado ante la enorme mesa cuadrada del salón doble, una reliquia que al parecer seguía siendo útil. El niño lloriqueaba un poco y Nash estaba inclinado sobre él. Percibí el amor puro que Nash sentía por Tommy.

—Tommy —dijo Quinn—. Había una mujer en la época de Beethoven que perdió a su hijo. Estaba desconsolada. Beethoven entraba en su casa, sin anunciarse, y tocaba el piano para ella. La mujer se hallaba acostada arriba, trastornada, oyéndole tocar el piano en el cuarto de estar. La música del piano era un regalo que le hacía Beethoven, para consolarla. Si lo deseas, puedes tocar el piano. Ofrece la música a tía Queen. Anda, toca. Abre las puertas del cielo con tu música, Tommy.

—Dile al pequeño jefe lo que quieres tocar —dijo Jasmine.

—Es una canción que compuso Patsy —respondió Tommy—. Patsy nos envió el CD cuando estábamos en Europa. Yo escribí a casa para que me enviaran la partitura. Tía Queen se preocupó de reservar siempre suites que dispusieran de un piano para que yo

podiera aprender la canción. Es muy irlandesa y muy triste. Yo quería tocarla para Patsy, para tratar de apaciguar su alma.

Quinn no dijo nada. Palideció.

—Adelante, hijo —dije yo—. Es una buena idea. Tía Queen se pondrá muy contenta y Patsy también. Patsy te escuchará. Toca la canción.

Tommy colocó las manos sobre el teclado y empezó a tocar una balada culta muy sencilla, celta. Contenía también el sonido folk de Kentucky. Luego nos sorprendió a todos cuando comenzó a cantarla con una excelente voz grave de chico soprano, tan melancólica como la música.

Decid a mis amigos de mi parte
que no regresaré.

Decid a los colegas de mi parte
que ya no puedo bailar.

Decid a la gente que amo
que he regresado a casa.

Ahora me encamino al cementerio,
sola.

Antes de que las hojas empiecen de nuevo a caer
me habré marchado.

Suben y bajan apresuradamente por la escalera,
la cama es amplia y mullida.

Pero yo estoy acostada, en silencio, y tengo frío
porque mi madre se ha marchado.

¿ Veré pronto su rostro afable?

No tengo sueños ni fe.

Me gustaría componer una canción
diciendo lo bien que lo he pasado.

Tuve el escenario, tuve los focos.

La música encerraba la historia.

Pero las cosas tienen ahora un color morado
y toco estas notas tristes.

Esperaré a que llegue el otoño
para marcharme definitivamente.

Permanecemos inmóviles, unidos por la triste canción, como sumidos en un profundo encantamiento.

Quinn se inclinó para besar a Tommy en la mejilla. Tom-my contempló la partitura que había ante él. Jasmine le rodeó los hombros con el brazo.

—Es muy bonita —dijo—. La escribió Patsy, que sin duda sabía lo que iba a ocurrir.

Luego Quinn se llevó a Nash al comedor. Mona y yo le seguimos, aunque lo cierto es que no nos necesitaba.

Os relataré lo que vi cuando se sentaron a charlar.

Vi que Nash lo comprendió todo al instante, y que anhelaba obtener el puesto que Quinn le describía. Vi que ése siempre había sido su sueño secreto, y que Nash había estado esperando el momento propicio para proponérselo a Quinn.

Entretanto, Jasmine le pidió a Tommy que tocara de nuevo la canción.

—Pero no es cierto que viste a ese horrible fantasma, a Patsy, ¿verdad? —preguntó Tommy.

—No —respondió Jasmine tratando de tranquilizar al chico—. Lo dije por decir, no sé por qué, no tengas miedo del fantasma de Patsy, no pienses en eso, además, cuando veas a un fantasma sólo tienes que santiguarte y entonces desaparecerá. Canta de nuevo esa canción, yo la cantaré contigo...

—Toca otra vez la canción, Tommy —dije—. Tócala y cántala tantas veces como quieras. Si el fantasma de Patsy ronda por esta casa, la oírás y lo consolará.

Salí por la puerta principal, que estaba abierta, bajé los escalones envuelto en el aire cálido y húmedo, rodeé la casa y me dirigí a través de la penumbra hacia el bungalow situado al fondo a la derecha, donde se alojaban Jasmine, la Gran Ramona y Clem.

El bungalow estaba alegremente iluminado. Sólo encontré a Clem, sentado en una mecedora en el porche, fumando un cigarro muy aromático. Le indiqué que no se levantara, doblé el recodo de la casa y eché a andar por la blanda y traicionera orilla del pantano.

Oí a Tommy cantando y me puse a tararear las palabras en voz baja, casi en un susurro. Traté de imaginar a Patsy tal como era en sus tiempos de esplendor: una estrella del coun-try, con sus cazadoras de cuero ribeteadas de flecos y sus botas, con su pelo cardado, cantando sus propias canciones. Era la imagen que Quinn me había transmitido. Quinn me había confesado a regañadientes que Patsy sabía cantar. Incluso tía Queen me había dicho con cierta reticencia que Patsy era una magnífica cantante. No había una sola persona en el mundo de Blackwood Farm que sintiera cariño por Patsy.

Yo sólo había conocido a la Patsy enferma, amargada y llena de odio, sentada en el sofá con su camisón blanco, sabiendo que nunca se recobraría, que nunca podría cantar de nuevo, llamando a gritos a Cyndy, la enfermera, para que le administrara otra inyección, detestando a Quinn en voz alta y con toda su alma, su alma seca y retorcida, Patsy, a la que la aguja de algún drogadicto le había contagiado la plaga, a la que no le importaba cuántas veces la había transmitido ella.

Y Quinn la había matado exactamente como se lo había descrito al sheriff.

Seguí avanzando junto al pantano. Dejé que mi fino oído de vampiro captara las voces en la casa. Nash empezó a tocar la canción de Patsy, utilizando más notas y con una expresión más intensa. Él y Tommy la cantaron juntos. Era muy triste. Jasmine rompió a llorar y murmuró:

—Ay, le desgarras a uno el corazón.

La oscuridad rural me rodeaba. Me olvidé de la música.

El pantano parecía uno de los lugares más salvajes y temibles, desprovisto de una simetría bucólica y de armonía. Lo que allí prosperaba era un paisaje voraz dispuesto a luchar hasta la muerte, un paisaje que jamás hallaría un refugio seguro, un paisaje que se devoraba a sí mismo. Quinn me lo había dicho. Debí suponerlo.

Siglos atrás, mis pupilos, Claudia, la asesina, y Louis, el cobarde, me habían arrojado al pantano creyendo que estaba muerto; y yo, un ser horrendo, había sobrevivido en aquellas aguas estancadas y contaminadas y había regresado, maltrecho, arrastrándome, para vendarme, para saborear una venganza que otros afilaron hasta un punto mortal.

Pero no quiero pensar en eso.

No sé cuánto tiempo caminé.

Me lo tomé con calma.

Patsy. Patsy.

Los sonidos de la noche eran singulares y al mismo tiempo constituían un grave runruneo que transportaba la cálida brisa. La luna lucía en lo alto, iluminando

fugazmente alguna zona del pantano, poniendo de relieve su escabroso y abominable caos.

De vez en cuando me detenía.

Contemplé las estrellas que tachonaban el cielo, tan arteramente espléndidas en la noche rural. Y las odié, por costumbre. ¿Qué consuelo ofrecía el estar perdido en el universo infinito, ser un necio sobre una minúscula mota de polvo que no deja de girar y cuyos antepasados, que sabían interpretar los dibujos y significados de esos innumerables y misteriosos puntos de fuego frío y blanco, se burlaban de nosotros con su impasible indiferencia?

Me tenía sin cuidado que brillaran sobre el inmenso prado a mi derecha, sobre el lejano robleal, sobre las casas cálidamente iluminadas que había dejado atrás.

Esa noche mi alma se identificaba con el pantano. Mi alma se identificaba con Patsy. Seguí avanzando.

Ignoraba que Blackwood Farm se extendía hasta los mismos límites del pantano. Pero deseaba averiguarlo. Caminé tan cerca del agua como pude sin arriesgarme a caer en ella.

Al poco rato me di cuenta de que Mona me seguía. Trataba de ocultarse, pero oí sus ruidos sofocados y percibí el perfume que emanaba de su persona y que impregnaba los vestidos de tía Queen, un perfume en el que no había reparado antes.

Al cabo de unos momentos me percaté de que Quinn también rondaba cerca, aunque se mantenía a cierta distancia

de- Mona y de mí. No comprendí por que me seguían tan afanosamente.

Utilicé mi visión más potente para traspasar la densa oscuridad que se extendía a mi izquierda.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda, un escalofrío como el que había sentido cuando Rowan Mayfair y yo nos conocimos y ella había utilizado su poder para examinarme, un escalofrío que provenía de una fuente ajena a mí.

Me detuve y me volví hacia el pantano. De inmediato sentí la presencia de una figura femenina frente a mí. Estaba tan cerca que habría podido tocarla sin alargar las manos más que unos centímetros.

Estaba cubierta de musgo y de parras, inmóvil e inerte como el ciprés que parecía sostenerla, calada hasta los huesos, y los mechones de su empapada cabellera se adherían a su sucio camisón blanco; relucía ligeramente, despedía una luz que las ojos mortales no podían percibir y me miraba fijamente.

Era Patsy Blackwood.

Débil, silenciosa, atormentada.

—¿Dónde está? —murmuró Quinn, a mi izquierda—. ¿Dónde estás, Patsy?

—Silencio —dije sin apartar la vista de Patsy, observando sus ojos enormes y tristes, los mechones que le colgaban sobre el rostro, sus labios entreabiertos. Exhalaba una melancolía y un dolor inenarrables.

»Patsy —añadí—, todas tus tribulaciones en este lugar han terminado, cariño.

Patsy frunció el ceño lentamente, sin inmutarse. Me pareció oír que dejaba escapar un prolongado suspiro.

—Sigue avanzando, bonita mía —dije—. Sigue el sendero que te conducirá a la gloria. No pierdas el tiempo vagando por este desolado paraje, Patsy. No permanezcas en las tinieblas cuando puedes dirigirte a la Luz. No vagues como un alma en pena, buscando y gimiendo. Sigue avanzando. Dale la espalda a esta época y a este lugar y ruega que las puertas del cielo se abran para ti.

Patsy mudó ligeramente de expresión. Relajó el ceño y me pareció que se estremecía.

—Sigue adelante, tesoro —dije—. La Luz te aguarda. Aquí, en este mundo, Quinn recopilará todas tus canciones, todas las canciones que grabaste, para que todo el mundo las conozca, Patsy, las viejas y las antiguas, y perdurarán eternamente. ¿No te parece una idea espléndida legar tus maravillosas y populares canciones a la gente? Ése será tu regalo, Patsy.

Patsy abrió la boca, pero no dijo nada. Tenía las mejillas pálidas y humedecidas por el agua del pantano, el camisón hecho jirones, los brazos llenos de arañazos y sucios, y por más que trataba de doblar los dedos, no lo conseguía.

Oí a Mona soltar un gemido. Sentí una fuerza que movió el aire húmedo que me rodeaba. Quinn juró en voz baja que, ya que había pecado asesinándola, conseguiría que sus canciones vivieran eternamente.

Pero nada cambió para mí durante aquella angustiada y tensa aparición, excepto que Patsy alzó un poco la mano derecha y pronunció unas breves palabras con sus labios entreabiertos. Pero alcancé a oírla. Me pareció que se inclinaba hacia mí. Y me incliné hacia ella...

... Amadme, amadme como debemos amarnos unos a otros, con un amor sin reserva, ¡amad a Patsy!

Me incliné sobre el peligroso vacío, como si fuera a arrojarme al abismo, y la besé en los labios, húmedos e impregnados de la pestilencia de las aguas contaminadas, y sentí una intensa corriente que brotaba de mi interior, un viento procedente de lo más recóndito de mi ser que envolvió a Patsy inexorablemente, la alzó y la transportó lejos, mientras su forma se hacía más borrosa, inmensa y brillante...

—¡Dirígete a la Luz, Patsy! —gimió Mona. El viento arrastró sus palabras, sofocándolas...

... Una joven adolescente vestida con ropa vaquera rasgueando su guitarra, cantando a voz en cuello: «¡Gloria!», siguiendo el ritmo con el pie, mientras la multitud la aclama, una imagen fugaz de ángeles, innumerables monstruos de lo ignoto, esas alas, no, no lo he visto, sí, lo he visto, ¡alejaos! ¡Gloria/ No lo he visto... ¡Gloria/ Me arrastro por la hierba tratando de penetrar en la Tierra... El tío Julien me indica sonriendo que me acerque. ¡Gloria/ Éste es un juego muy peligroso. Tú no eres san Juan Diego. ¡No quiero, me niego a ir contigo! Patsy, con un atuendo de cuero rosa, los brazos alzados, bajo el foco que la deslumbra, cantando a voz en cuello: «¡Gloria in Excelsis Deo!»

Oscuridad. Todo ha terminado. Me he librado de esa fuerza. Estoy aquí. Siento la hierba bajo de mis pies.

—Laudamus te —musité—. Benedicimus te. Adoramus te. ¡In Gloria Dei Patris/
Cuando abrí los ojos, comprobé que yo estaba tumbado en el suelo... y en la noche reinaba el silencio y, de no ser por Mona, que me sostenía la cabeza en su regazo, y por Quinn, arrodillado a su lado, la soledad.

23

De vez en cuando, exijo que se me trate como al héroe sobrenatural que soy.

Regresé a la casa, haciendo caso omiso de Quinn y de Mona (especialmente de Mona), abrí la puerta de la cocina y le dije a Jasmine que el espíritu de Patsy había desaparecido definitivamente de la Tierra, que yo estaba agotado y que necesitaba dormir en la cama de tía Queen, sin importarme lo que pudieran pensar los demás.

El pequeño y travieso Jerome saltó de su pequeña mesa y exclamó:

—¡Pero yo no llegué a verla, mamá! ¡No llegué a verla!

—Te haré un dibujo de ella. ¡Siéntate! —contestó Jasmine, y con la autoridad incontestable del ama de llaves, me condujo a través del vestíbulo y me abrió enseguida la puerta de la sagrada alcoba, murmurando que Mona había revuelto los armarios hacía

tan sólo dos horas, pero que ella lo había arreglado todo. Me arrojé con gesto teatral sobre la cama de satén rosa, cubierta por un dosel de satén rosa, apoyé la cabeza sobre las almohadas de satén rosa y permanecí inmóvil, envuelto en el perfume de Chantilly, dejé que Jasmine me quitara las botas sucias, lo cual le complace mucho, y cerré los ojos.

De pronto Quinn dijo con voz suave y respetuosa:

—Lestat, ¿nos permites que Mona y yo montemos guardia contigo? Te estamos muy agradecidos por lo que hiciste.

—Fuera de mi vista —respondí—. Jasmine, haz el favor de encender todas las lámparas y luego oblígalas a salir de aquí. ¡Patsy ha muerto y mi alma es débil! He visto las alas cubiertas de plumas de los ángeles, ¿No me merezco dormir un rato?

—¡Salid de aquí, Tarquin Blackwood y Mona Mayfair! —dijo Jasmine—. ¡Gracias a Dios que Patsy ha desaparecido! Lo presiento. Esa chica estaba perdida y ahora regresa a su casa y no tendrá que seguir buscando. Le llevaré estas botas a Allen. Allen es el experto en botas en esta casa. Él te las limpiará. Y vosotros marchaos de aquí, ya habéis oído a Lestat. Su alma está débil. Dejadla descansar. Iré a buscarte una manta, Lestat. Amén.

Me quedé dormido.

Julien me susurró al oído en francés y con tono vehemente:

—¡Te seguiré hasta los confines de la Tierra a través de todas tus empresas hasta hacerte enloquecer! Vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¡Todo cuanto haces es vanidad, para tu propio orgullo y gloria! ¿Crees que los ángeles no saben lo que haces y para quién lo haces?

—¡Vaya, hombre! —murmuré—. ¡Madito fantasma! Creíste que me tenías entre los mundos, ¿no es cierto? ¿Es ahí donde vives eternamente, observando a los otros pasar de largo? El alma de Patsy te importa un comino. ¿No descendía de ti al igual que Quinn? ¿Y Mona? Te portaste como un demonio en esta casa con la antepasada de Patsy, no reconoces a tus descendientes cuando éstos no te complacen: eres un ser cruel, un pordiosero astral...

Caí en un sueño profundo y mi cerebro se sumió en la dulzura del agotamiento humano, lejos del sonido del yunque entre los mundos, lejos del torrente del cielo. Adiéu, mi pobre y atormentada Patsy. Sí, yo lo había hecho con un beso, y sí, con un paso, y sí, ella se había elevado hacia el cielo. ¿No fue una acción positiva? ¿No le había hecho yo un favor?

¿Podía alguien negarlo? Eh, Juanito, ¿no fue una acción positiva? ¿No fue el exorcismo de Goblin una acción positiva? Me sumergí en la seguridad del sueño ignorante. En la habitación iluminada por un resplandor dorado que me envolvía y protegía.

¿Qué podía hacer yo para beneficiar a Mona y a Quinn?

Al cabo de dos horas un reloj me despertó al dar la hora. No sabía en qué casa estaba ni qué aspecto tenía, y tampoco me importaba. La habitación me reconfortó y tranquilizó, como si estuviera imbuida de la pureza y generosidad de tía Queen.

Me sentí descansado. Las perversas células de mi cuerpo habían llevado a cabo su sucio e inevitable trabajo. Y si había tenido unos sueños terribles, no lo recordaba.

Lestat volvía a ser Lestat. Como si le importara a alguien, ¿Os importa a vosotros?

Me incorporé en la cama.

Julien estaba sentado ante la mesita redonda de tía Queen, la mesa en la que la anciana solía comer, la mesa situada entre la cama y el armario ropero. Julien lucía su elegante esmoquin. Fumaba un cigarrillo delgado y negro. Stella estaba sentada en el sofá con su bonito vestido blanco. Jugaba con una de las muñecas de trapo de tía Queen.

—Bonjour } Lestat —dijo Stella—. Por fin te has despertado, mi apuesto Endimión.

—Todo lo haces por tus propios y egoístas fines —dijo Julien en francés—, Deseas que esos mortales te quieran. Te deleitas con su ciega adoración. La devoras como si fuera sangre, ¿No estás cansado de matar y destruir?

—No digas disparates —repliqué—. Estando como estás muerto, deberías tener más juicio. Los muertos son inteligentes. Pero tú no lo eres. Te arrastras por los callejones del otro mundo. Te conozco.

Julien esbozó una pérfida sonrisita.

—¿Cuál es exactamente tu plan? —preguntó en francés—. ¿Enviarme a través del firmamento cubierto de nubes como hiciste con Patsy Blackwood?

—¿Por qué iba a preocuparme por tu salvación? —pregunté—. Como te he dicho, me estoy acostumbrando a ti. Independientemente de dónde provengas, es un privilegio mantener contigo estas pequeñas charlas. Y además está Stella. Stella siempre es un encanto.

—Qué amable eres —dijo la pequeña Stella sosteniendo la muñeca por los brazos—. ¿Sabes, cielo? Me planteas un problema muy curioso. #

—Explícate —dije—. Nada me divierte más que los niños versados en filosofía.

—No estés tan seguro de que yo sea capaz de hacer una observación filosófica —replicó Stella, frunciendo el ceño y sonriendo al mismo tiempo. Dejó caer la muñeca en su regazo. Se encogió de hombros y luego se relajó lentamente—. Te diré lo que pienso de ti, cielo. Tienes una conciencia sin un alma que la respalde. Eres un caso muy singular. Sentí un desagradable escalofrío. —¿Dónde está mi alma, Stella? —pregunté. Stella dudó unos instantes.

—¡Hecha un lío! —contestó por fin—. ¡Atrapada en una telaraña! Pero tu conciencia vuela independientemente de tu alma. Es maravilloso. Julien sonrió.

—Hallaremos el medio de cortar esa telaraña —dijo. —¿Es que te propones salvar mi alma? —inquirí. —Me tiene sin cuidado lo que haga cuando abandone esta Tierra —respondió Julien—. ¿No te lo había dicho? Es su caparazón carnal lo que detesto, la maléfica sangre que le da vida, el apetito que la motiva, y el implacable orgullo que te llevó a arrebatarme a mi sobrina.

—Estás nervioso —dije—. Recuerda a la niña. Supongo que la has traído para que sea tu testigo con algún propósito. Pórtate bien en su presencia.

En éstas el pomo de la puerta giró. Ambos se esfumaron. Qué personajes tan tímidos y discretos.

La muñeca cayó en el sofá, y, al carecer de codos ni rodillas, mostraba un aire desvalido mientras contemplaba la habitación con sus grandes ojos pintados.

Mona y Quinn entraron en la estancia. Quinn se había cambiado y llevaba un jersey grueso de canalé y un sencillo pantalón, pues el aire acondicionado en Blackwood Farm era muy potente. Mona aún llevaba puesto el sugerente vestido negro; su pálido rostro y sus manos relucían. En el escote, se había prendido un camafeo precioso y de gran tamaño, engarzado con ónices blancos y azules.

—¿Podemos hablar? —preguntó Quinn educadamente. Miró a Mona preocupado, y luego se volvió hacia mí.

Comprendí que Quinn había estado en lo cierto al describirme su amor por Mona. La infelicidad de Mona, es decir, la propia Mona, tanto si se sentía feliz como desdichada, seguía suplantando todos los problemas y dolores del propio Quinn. Mona seguía consolándole, al menos de momento, de la pérdida de tía Queen, y de la pérdida de Goblin, de su doble. Al margen de lo que aquella pequeña arpía me hiciera, el amor que Quinn sentía por ella era una bendición.

¿Cómo si no cabía explicarse la facilidad con que Quinn había accedido a que yo usurpara el magnífico lecho de tía Queen llevado por mi vanidad, por así decir? Apoyé la espalda en las almohadas hasta haberme incorporado por completo, con las piernas cómodamente estiradas y los pies cruzados. Luego asentí con la cabeza.

Rara vez podía contemplar mis pies enfundados en unos calcetines negros. Apenas conocía ningún dato personal sobre mis pies. Parecían un tanto pequeños para el siglo XXI. Mala suerte. Pero un metro ochenta y cinco era una buena estatura.

—Quiero que sepas que yo adoraba a tía Queen —farfullé—. He dormido sobre la colcha. Su muerte me impresionó profundamente.

—Querido jefe, estás en tu elemento —dijo Quinn con amabilidad—. Puedes instalarte aquí. Ya sabes cómo era mi tía. Se pasaba el día durmiendo. Todas las ventanas están pro-

vistas de una persiana que no deja pasar la luz por debajo de las elegantes cortinas de terciopelo.

Sus palabras me tranquilizaron de inmediato. Se lo di a entender en silencio.

Quinn se sentó en la banqueta delante del tocador de tía Queen, de espaldas al espejo grande y redondo y la suave luz de la lámpara. Mona se sentó en el sofá, muy cerca de la muñeca que el fantasma de Stella acababa de dejar allí.

—¿Has descansado? —pregunté a Mona despectivamente—. Toma esa muñeca de trapo y colócala como es debido, para que no parezca tan desvalida.

—Desde luego —respondió Mona, como si no fuera una siniestra aparición del infierno. Depositó la muñeca apoyada contra el brazo acolchado de la butaca, le cruzó las piernas y le colocó sus manitas sobre el regazo. La muñeca me miró con tristeza.

—¿Qué te ocurrió junto al pantano, Lestat? —preguntó Quinn con tono solícito.

—No estoy seguro —respondí—. Creo que una fuerza pretendía llevarme con ella.

Estábamos conectados y empezó a elevarse. Pero conseguí desprenderme. No estoy seguro. A veces veo ángeles. Es aterrador. No puedo hablar de ello. No quiero revivirlo. Pero Patsy se ha ido. Eso es lo importante.

—Vi la Luz —dijo Quinn—. Estoy convencido de que la vi, pero no vi el espíritu de Patsy. —Hablabas con sinceridad, sin el menor artificio.

—Yo también la vi —dijo la arpía—. Tú peleabas con alguien, soltabas palabrotas en francés, y dijiste algo sobre el tío Julien.

—Ya no importa —respondí mirando a Quinn—. Como he dicho, prefiero no revivirlo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Quinn respetuosamente.

—¿A qué diantres te refieres? —contesté—. Alguien tenía que hacerlo, ¿no?

—Cierto —respondió Quinn—. Pero ¿por qué tú? Fui yo quien asesinó a Patsy. Y tú fuiste solo al pantano y atrajiste su espíritu. Hiciste que la Luz descendiera para ella. Se produjo una pelea. ¿Por qué lo hiciste?

—Supongo que por ti —respondí encogiéndome de hombros—. Quizá pensé que nadie era capaz de hacerlo. O lo hice por Jasmine, porque le prometí que no dejaría que el fantasma la atormentara. O por Patsy. Sí, lo hice por Patsy. —Tras reflexionar unos momentos, dije—: Ambos sois unos vampiros muy jóvenes. Apenas habéis visto nada. Yo he presenciado el aullido del viento de los muertos que vagan por la Tierra. He visto sus almas en el vacío que hay entre ambas esferas. Cuando Mona dijo que Patsy no sabía que estaba muerta, tomé la decisión. De modo que fui allí y lo hice.

—Y luego está la canción —dijo la pequeña arpía mirando a Quinn—. Tommy tocó esa canción irlandesa tan melancólica.

—Hablando de las canciones de Patsy, cumplí mi promesa —dijo Quinn—. Al menos, he empezado a cumplirla. He llamado al agente de Patsy, lo saqué de la cama. Vamos a reeditar todas sus grabaciones, publicaremos un recopilatorio especial, todo lo que Patsy hubiera deseado. Su agente estaba encantado de que Patsy hubiera muerto, apenas podía reprimir su euforia.

—¿Qué? —exclamó Mona.

—Cuando muere una estrella del pop su agente y su compañía disco gráfica se forran —respondió Quinn encogiéndose brevemente de hombros—. Su agente publicará la trágica muerte de Patsy. Eso potenciará su carrera. Hará que sus discos se vendan mejor.

—Sabía que cumplirías tu promesa —dije—. De no haberlo hecho tú, me habría encargado yo, es decir, si tú me lo hubieras autorizado. Ahora todo ha concluido.

—Patsy tenía una voz maravillosa —comentó Quinn—. Ojalá hubiera podido asesinarla a ella y no a su voz.

—¡Quinn! —protestó Mona.

—Yo creo que eso es justamente lo que has hecho, hermanito —comenté.

Quinn rió suavemente.

—Supongo que tienes razón, querido jefe —dijo. Miró a Mona y sonrió al observar su ingenua expresión de asombro—. Una noche te lo contaré todo sobre Patsy. De pequeño, yo creía que estaba hecha de plástico y cola. Siempre es taba gritando. Pero no hablemos más de ella.

Mona meneó la cabeza. Amaba demasiado a Quinn para insistir en el tema. Además, tenía otras cosas en la cabeza.

—¿Qué viste junto al pantano, Lestat? —me preguntó.

—No me escuchas —repliqué exasperado—. Ya te lo he dicho, pequeño e impertinente monstruo, no me apetece revivirlo. El asunto está zanjado por lo que a mí respecta. Además, dame una buena razón por la que deba volver a hablar contigo. ¿Por qué estamos en la misma habitación?

—Lestat —dijo Quinn—, te ruego que des a Mona otra oportunidad.

Me enfurecí, no contra Mona, no caería de nuevo en esa trampa, sino contra todo en general. Eran unas criaturas tan bellas, y...

—Muy bien —dije reflexionando mientras hablaba—. Os expondré las reglas. Si queréis que permanezca con vosotros, que quede claro que el que manda aquí soy yo. Y me niego a demostraros mi valía. ¡No estoy dispuesto a que durante mi mandato cuestionéis constantemente la solvencia de mi autoridad!

—Lo comprendo —dijo Mona—. De veras, te lo aseguro —recalcó con aparente sinceridad.

—Por ejemplo —dije—, deseo olvidar lo que vi junto al pantano. Y vosotros también debéis olvidarlo.

—De acuerdo, estimado jefe —se apresuró a contestar Mona.

Una pausa.

Yo no estaba convencido.

Quinn no miraba a Mona, sino que me observaba atentamente.

—Sabes lo mucho que te quiero —dijo Quinn.

—Yo también te quiero, hermanito —respondí—. Lamento que mis desencuentros con Mona nos hayan distanciado a ti y a mí.

Quinn se volvió hacia Mona.

—Di lo que tengas que decir —le ordenó.

Mona bajó los ojos. Tenía las manos apoyadas una sobre otra en el regazo, mostrando un aspecto desvalido y lleno de ternura. Su vestido negro realzaba su palidez; su cabellera tenía un aspecto espléndido.

(¡Como si esos detalles tuvieran importancia!)

—Te cubrí de injurias —confesó Mona con una voz más suave y melodiosa que en otras ocasiones—. Hice mal —añadió alzando los ojos para mirarme. Yo nunca había visto una expresión tan plácida en sus ojos—. Hice mal al referirme a tus otros pupilos como lo hice, al referirme a tus antiguas tragedias con tanta saña, para herirte. No debo hablarle a nadie con esa dureza, y mucho menos a ti. Fue reprobable desde el punto de vista espiritual y moral. Yo no soy así. Te ruego que me creas. Ésa no es mi forma de ser. Me porté de un modo despreciable.

Me encogí de hombros, pero en el fondo estaba impresionado. Mona había demostrado un excelente dominio del inglés.

—Entonces ¿por que lo hiciste? —pregunté fingiendo indiferencia.

Mona reflexionó unos momentos antes de responder y Quinn se quedó mirándola con evidente inquietud.

—Estás enamorado de Rowan —contestó por fin Mona—. Yo lo vi. Me aterrorizó. Silencio.

Un dolor inexplicable. Mi corazón no albergaba ninguna imagen de Rowan. Tan sólo un vacío al comprender que estaba muy lejos de mí. Quizá para siempre. «O la cuerda plateada se soltara, o el cuenco dorado se romperá.»

—¿Te aterrorizó? —pregunté—. No te entiendo.

—Yo quería que me amaras a mí —contestó Mona—.

Quería que siguieras interesado en mí. Quería que estuvieras de mi lado. Yo... no quería que te sintieras cautivado por ella. —Tras dudar unos instantes, continuó—: Estaba celosa. Me sentía como una prisionera que sale de la cárcel al cabo de dos años y recibe una serie de privilegios que no desea perder.

Me sentí de nuevo impresionado.

—No ibas a perder nada —contesté—. Absolutamente nada.

—Pero debes comprender —terció Quinn— lo que significa para Mona recibir todos los dones que le hemos concedido y ser incapaz de modular sus sentimientos. Estábamos en el jardín detrás de la casa de First Street, el lugar donde habían sido enterrados los cadáveres de los Taltos.

—Sí—dijo Mona—. Hablábamos de temas que me habían atormentado durante años. Y yo... yo...

—Debes confiar en mí, Mona —dije—. Debes confiar en mis principios. Ésa es nuestra paradoja. Cuando recibimos la sangre no dejamos atrás las leyes naturales. Somos unas criaturas de principios, Yo no dejé de amarte un solo instante. Al margen de lo que sintiera por Rowan durante la reunión familiar, no modificó para nada lo que siento por ti. ¿Cómo iba a hacerlo? Te advertí en dos ocasiones que tuvieras paciencia con tu familia porque pensé que te convenía. Luego, la tercera vez, reconozco que me pasé con mis burlas. Pero lo hice para impedir que siguieras insultándome, ofendiendo a las personas que quieres. Pero no me hiciste caso.

—Te juro que de ahora en adelante lo haré —declaró Mona de nuevo con un aplomo que yo no había percibido ni la noche anterior, ni tampoco al principio de la velada—. Quinn se ha pasado horas sermoneándome. Me ha regañado por la forma en que trato a Rowan, a Michael y a Dolly Jean. Me ha dicho que no puedo llamarles «seres humanos» descaradamente en su presencia. Que es una grosería por parte de un vampiro.

—Lleva razón —dije estremeciéndome. (¡Hipócrita!)

—Me ha dicho que debemos tener paciencia con ellos, y ahora lo comprendo, comprendo por que Rowan dijo lo que dijo. No debí interrumpirla. Ahora lo comprendo. No volvere a hacer esos comentarios tan ofensivos. Debo tratar de alcanzar... mi madurez en la sangre. —Mona se detuvo unos instantes y luego agregó—: Un lugar donde coincidan la serenidad y la cortesía. Sí, eso es. Todavía estoy muy lejos de conseguirlo.

—Es cierto —dije mirándola, observando la imagen que presentaba. No estaba muy convencido por ese acto perfecto de contrición. Ni de sus decorosas muñecas enfundadas en los ceñidos puños negros, y menos aún de los zapatos, con esos vertiginosos tacones y esas tiras que se enroscaban alrededor de los tobillos como serpientes. Pero me gustó la frase que había utilizado: «Un lugar donde coincidan la serenidad y la cortesía.» Me gustó mucho, y sabía que era de su propia cosecha. Todo cuanto decía Mona era de su propia cosecha, independientemente de lo que le dijera Quinn. Lo comprendí por la forma en que Quinn reaccionaba al oírla.

—Y a propósito del vestido de lentejuelas —dijo cortando el hilo de mis pensamientos—. Ahora lo comprendo también.

—¿De veras? —pregunté muy serio.

—Pues claro —respondió Mona encogiéndose de hombros—. Todos los hombres se sienten más estimulados por lo que ven que las mujeres. ¿Por qué íbamos a ser las criaturas de la noche una excepción? —Sus ojos verdes centelleaban. Tenía los labios teñidos de rosa—. No querías que mis piernas y mi escote te distrajeran, y fuiste sincero.

—Debí expresarte mis deseos con más tacto y respeto —dije con tono monocorde—. De ahora en adelante trataré de comportarme de forma más caballerosa.

—No, no —contestó Mona sacudiendo su cabellera roja con aire de sinceridad—.

Todos sabíamos que ese vestido era vulgar. Por eso me lo puse para ir a la terraza del hotel. Era deliberadamente provocativo. Por eso, cuando entré en esta casa, fui enseguida a cambiarme y me puse un atuendo más decoroso. Además, tú eres mi creador, ese fúe el término que utilizó Quinn. El creador, o el maestro. El profesor. Tenías todo el derecho de decirme: «Quítate esc

vestido.» Yo sabía por qué lo decías.

»Pero ten en cuenta que estuve muy enferma durante una etapa crucial de mi vida. Cuando era una joven mortal, nunca pude lucir un vestido como ése. Nunca fui una mujer mortal, ¿comprendes? .

De pronto me invadió una profunda tristeza.

—Pasé de ser una niña a una inválida —dijo Mona—. Y luego, al recibir los poderes que me encomendasteis, no se me ocurrió otra cosa que atacarte porque pensé que tú... pensé que amabas a Rowan. —Mona se detuvo, confundida, y desvió la mirada—.

Supongo que quería demostrarte... que yo también era una mujer, luciendo ese vestido...

—dijo con expresión ausente—. Supongo que ésa fue la razón. Quería demostrarte que era tan mujer como Rowan,

Sus palabras me llegaron al alma. Al alma que suponía que no poseía, esa alma que estaba hecha un lío.

—No deja de ser irónico el significado de la feminidad —dijo Mona con voz ronca debido a la emoción—. El poder de ser madre, el poder de seducir, el poder de renunciar a ambas cosas, el poder de... —Cerró los ojos y susurró—: ¡Ese vestido era el descarado emblema de la feminidad!

—No le des más vueltas —dije mostrándole por primera vez un poco de ternura—, Lo explicaste perfectamente la primera vez. Está claro.

Mona lo comprendió. Alzó la vista y me miró.

—Una puta poderosa —murmuró—. Eso fue lo que me llamaste, y tenías razón. Estaba embriagada de poder, había perdido el norte, había...

—No sigas...

—Tenemos la facultad de trascender, somos unos privilegiados, y aunque los nuestros sean unos privilegios siniestros, somos unos prodigios, somos libres en muchos aspectos maravillosos...

—Mi misión es guiarte —dije—, instruirte, permanecer contigo hasta que puedas desenvolverte por ti misma, y procurar no perder los nervios contigo. Hice mal. Utilicé mi poder al igual que tú, pequeña. Debí ser más paciente contigo.

Silencio. Este dolor también se disipará. Forzosamente.

—Pero amas a Rowan, ¿no es cierto? —preguntó Mona—. La amas sinceramente.

—Acepta lo que te digo —respondí—. Soy un tipo muy cruel. Pero trato de ser amable.

—No eres cruel —replicó Mona soltando una breve carcajada. Una radiante sonrisa animó su compungido rostro—. Te adoro.

—Te aseguro que soy cruel —dije—. Y doy por descontado que me adoras. Recuerda lo que tú misma has dicho. Yo soy el maestro.

—Pero ¿amas a Rowan?

—No hurguemos en el tema, Mona —intervino Quinn—. Creo que hemos cumplido la importante tarea de reconciliarnos, y Lestat ya no nos abandonará.

—Nunca pensé en marcharme —dije con voz queda—. Jamás os abandonaría a ninguno de los dos. Pero ya que nos hemos reunido, creo que debemos pasar a otros asuntos más importantes.

Silencio.

—Estoy de acuerdo —dijo Mona.

—¿A qué otros asuntos te refieres? —preguntó Quinn con cierto temor.

—Anoche hablamos sobre cierta búsqueda —respondí—. Yo hice una promesa. Y me propongo cumplirla. Pero quiero dejar algunas cosas claras... sobre esa búsqueda y sobre lo que aspiramos a conseguir con ella.

—Sí —dijo Quinn—. No estoy seguro de comprenderlo todo sobre los Taltos.

—Es demasiado complicado para comprenderlo —respondí—. Seguro que Mona está de acuerdo.

Observé que el animado rostro de Mona se nublaba de

nuevo, que fruncía el ceño, que apretaba suavemente los labios. Pero incluso en eso distinguí una nueva madurez, una nueva seguridad en sí misma.

—Tengo algunas preguntas... —dije.

—Adelante —contestó Mona—. Trataré de responderlas.

Después de reflexionar unos instantes, me lancé.

—¿Estás segura de que deseas encontrar a esos seres?

—¿Debo encontrar a Morrigan! ¡Lo sabes muy bien, Les-tat! ¿Cómo puedes...? Tú dijiste...

—Te lo preguntaré de otra forma —dije alzando la mano—: olvida lo que haya podido decirte antes. Ahora que has tenido tiempo para meditar, para acostumbrarte a lo que eres, ahora que sabes que Rowan y Michael no te mintieron, ahora que lo sabes todo, y que no hay nada nuevo que averiguar, ¿deseas encontrar a Morrigan para comprobar si está bien, o para mostrarte ante ella en un auténtico reencuentro?

—Sí, ésa es la cuestión esencial —dijo Quinn—. ¿Qué respondes?

—Para reunirme con ella, por supuesto —contestó Mona sin dudar—. Jamás se me ocurrió otra posibilidad —añadió perpleja—. Yo... no se me ocurrió limitarme a

averiguar si estaba bien. Siempre pensé en reunirme con ella. Deseo abrazarla, estrecharla contra mí... —Su rostro denotaba dolor. Guardó silencio.

—¿No comprendes que si Morrigan deseara eso habría regresado hace tiempo junto a ti? —pregunté con el máximo tacto.

Sin duda Mona había pensado en eso. Por fuerza. Pero al observarla ahora me pregunté si no habría alimentado algunas fantasías, algunas mentiras, concretamente que Rowan conocía el paradero de Morrigan y se lo había ocultado. Que Rowan le había entregado en secreto la leche mágica, pero no había servido de nada.

Sea como fuere, Mona estaba profundamente consternada.

—Quizá no pudo reunirse conmigo —musitó—. Quizás Ash Templeton se lo impidió.

—Sacudió la cabeza y se llevó

las manos a la frente—. ¡No sé qué clase de ser es ese Ash! Naturalmente, Michael y Rowan creyeron que Ash era... un héroe, un superdotado, un sabio observador de los siglos. Pero ¿y si...? No sé. Quiero verla. Quiero hablar con ella. Quiero que ella me diga lo que desea. Que me explique por qué no vino a verme, por qué no trató siquiera de... Lasher era cruel, pero era un ser aberrante, un... —Mona se cubrió la boca con su mano derecha; los dedos no dejaban de temblarle.

Quinn estaba trastornado. No soportaba verla sufrir,

—Sean cuales sean las circunstancias, no puedes darle a Morrigan la sangre —dije suavemente—. No podemos transmitir la sangre a una criatura de esa especie. Es impensable, apenas sabemos nada sobre ellos. Lo más probable que es no podemos transmitirles la sangre. Pero, aunque pudiéramos, no podemos convertir esa especie en inmortal. Los ancianos de nuestra especie jamás lo tolerarían, créeme.

—Ya lo sé, no te pido eso, no se me ocurriría... —Mona calló, incapaz de articular palabra.

—Quieres saber si está bien —dijo Quinn con delicadeza—. Eso es lo más importante, ¿no crees?

Mona asintió con la cabeza y desvió la mirada.

—Sí, quiero saber si hay en alguna parte del mundo una comunidad de esos seres, que viven felices. —Mona frunció el ceño, esforzándose en reprimir su dolor. Luego suspiró y sus mejillas se tiñeron de rojo—. Pero no es probable, ¿verdad? —preguntó mirándome.

—No —respondí—. Eso es lo que Rowan y Michael trataron de decirnos.

—¿Entonces debo averiguar qué ha sido de ellos! —murmuró Mona con amargura—. ¡Es preciso!

—Yo lo averiguaré.

—¿De veras?

—Sí —contesté—. No te lo prometería a menos que pensara cumplir mi promesa.

Averiguaré si han sobrevivido, si han fundado una comunidad en alguna parte, y entonces pue-

des decidir si deseas reunirte con ellos o no. Pero si se produce esa reunión, lo averiguarán todo sobre ti. Es decir, suponiendo que posean los poderes que Rowan asegura que poseen.

—Por supuesto que los poseen —dijo Mona—. Os lo aseguro. —Cerró los ojos y respiró hondo y trabajosamente—. Es terrible confesarlo —prosiguió—, pero todo lo que dijo Dolly Jean era cierto. No puedo negarlo. No puedo ocultaros la verdad a ti y a Quinn. No puedo. Morrigan era... casi insostenible.

—¿En qué sentido? —preguntó Quinn.

Comprendí lo que le había costado a Mona confesar eso: hasta entonces había asegurado todo lo contrario.

Mona se apartó el pelo de la cara y fijó la vista en el techo, como si lo escudriñara. Se enfrentaba a lo que siempre había temido.

—¡Era obsesiva, insistente, insoportable! —dijo—. No cesaba de hablar de sus proyectos y sus planes, sus sueños, sus recuerdos. Decía que los Mayfair se convertirían en una familia de Taltos, y cuando captó en Rowan y Michael el olor del Taltos varón se puso insoportable. —Mona cerró los ojos—. La perspectiva de una comunidad de esos seres me resulta... inimaginable. Ese ser anciano, Ash Templeton, al que Rowan y Michael conocieron, aprendió hace siglos a pasar por humano. Ésa es la cuestión. ¡Esas criaturas pueden vivir eternamente! ¡Son inmortales! Es una especie totalmente incompatible con los humanos. Morrigan era nueva e inexperta. —Mona me miró implorándome.

—Tómalo con calma —dije. Nunca la había visto sufrir de esa forma. Durante sus llantinas Mona había mostrado tal generosidad y ausencia de egoísmo que su tristeza adquiriría un cierto aire ficticio. En cuanto a sus ataques de furia, estaba claro que había gozado con ellos. Pero ahora padecía un auténtico suplicio.

—Morrigan era como yo, ¿no lo entendéis? —dijo Mona—. Era una Taltos recién nacida. Al igual que yo soy una

hija de la sangre recién nacida, o como queráis llamarme. Compartimos los mismos defectos. Morrigan era rebelde y se peleaba con todo el mundo. Así me comportaba yo, ofendiéndote y criticando tus confesiones escritas, yo... ella... daba por descontado, suponía, corría a sentarse ante el ordenador como hacía yo... Yo tomaba nota de mis reacciones como hacía Morrigan, me comportaba como lo hacía ella, pero ella no cesaba... ella... yo... ella... no sé... —Mona rompió a llorar y no pudo seguir hablando—. ¡Santo Dios! ¿Qué sórdido secreto se oculta detrás de todo esto? —murmuró—. ¿Qué es? ¿Qué es?

El rostro de Quinn estaba contraído en un rictus de dolor.

—Yo conozco el secreto —dije—. Tú la odiabas en la misma medida en que la querías, Mona. No podía ser de otro modo. Acéptalo. Y ahora debes averiguar qué ha sido de ella.

Mona asintió con vehemencia, pero no podía articular palabra. No podía mirarme.

—Debemos proceder con mucha cautela —dije—, me refiero a la búsqueda de los Taltos, pero te prometo de nuevo que lo lograremos. Daré con ellos o averiguaré qué ha sido de ellos.

Silencio.

Por fin Mona me miró.

Estaba quieta, presa de un intenso dolor. No me desafió con la mirada; creo que ni siquiera se percató de que yo la observaba. Me miró durante largo rato y su rostro adquirió una expresión más suave, cálida y tierna.

—Jamás volveré a ser cruel contigo —dijo.

—Te creo —respondí—. Te quise desde el primer momento en que te vi.

Quinn nos observaba con mirada paciente; el gran espejo redondo que había detrás de él formaba un gigantesco halo.

—¿De veras me quieres? —preguntó Mona.

—Sí —contesté.

—¿Qué puedo hacer para demostrarte que te quiero? —preguntó Mona.

Reflexioné durante unos minutos, desvinculándome por unos momentos de Mona y de Quinn.

—No tienes que hacer nada —respondí por fin—. Pero quiero pedirte un pequeño favor.

—Lo que sea —contestó Mona,

—No vuelvas a mencionar mi amor por Rowan —dije.

Mona me miró a los ojos con una angustia que me produjo un dolor insoportable.

—Sólo diré esto una vez —dijo—. Rowan camina junto a Dios. Y el Hospital Mayfair es su montaña sagrada.

—Sí —dije suspirando—. Tienes razón. No pienses que no lo sé.

24

Una hora antes del amanecer. Mona y Quinn ya se habían retirado al dormitorio de Quinn.

Quedó confirmado que yo ocuparía el dormitorio de tía Queen cuando visitara Blackwood Farm. Por su parte, Jasmine me estaba tan agradecida por haberla librado del fantasma de Patsy que dijo que yo era infalible y se mostró encantada con esa decisión.

¡Era un pecado que yo ocupara esa habitación! Pero lo hice. Jasmine ya había corrido las cortinas del dormitorio de tía Queen para impedir que la luz del sol penetrara por la mañana, había abierto la cama y, como de costumbre, había metido debajo de la almohada el libro *La tienda de curiosidades*, de Dickens, tal como Quinn le había pedido que hiciera.

Pero pasemos a otro tema.

En esos momentos me hallaba solo en el pequeño cementerio de Blackwood Farm. ¿Me complacía estar solo? Lo detestaba. Pero me había sentido atraído por el cementerio, como me ocurre siempre.

Una vez allí, volví a invocar a Maharet. No sabía si donde ella se encontraba era de noche. Sólo sabía que estaba muy lejos, y que la necesitaba. Desgrané de nuevo con vehemencia la historia de los individuos y de los jóvenes cuyo nombre no debía pronunciar, explicando lo mucho que necesitaba de la sabiduría y los consejos de Maharet,

Cuando las primeras luces estaban a punto de iluminar el húmedo cielo de Luisiana, experimenté una vaga sensación de temor. ¿Era capaz de hallar a los Taltos por mi cuenta? Sí. Pero ¿qué ocurriría?

En el momento en que me disponía a retirarme para gozar del proceso de conciliar el sueño en lugar de pestañear como una bombilla fundida, oí un coche doblar por la avenida de pacanas y dirigirse directamente hacia la fachada de la casa.

Al subir por la pendiente que formaba el césped, vi que era un antiguo «haiga», un venerable MG TD inglés, uno de esos coches irresistibles que ya sólo se ven en exposiciones de automóviles. Era un coche deportivo de color verde, como los coches de carreras británicos, provisto de una aparatosa capota de lona, y la persona que lo aparcó frente a la casa era Stirling Oliver.

Dado que Stirling poseía casi los mismos poderes telepáticos que un vampiro neófito, me localizó de inmediato y ambos avanzamos apresuradamente para saludarnos.

La luz matutina se hallaba aún detrás del horizonte.

—Creí que en cierta ocasión prometiste que no te acercarías por aquí y que dejarías a Quinn tranquilo —dije.

—He cumplido mi promesa —contestó Stirling—. He venido para verte a ti, y, de no haberte encontrado, cosa que no creí probable, le habría entregado esto a Jasmine.

Stirling sacó del bolsillo de su chaqueta de lino un folio doblado en el que alguien había escrito mi nombre.

—¿Qué es esto? —pregunté,

—Un correo electrónico para ti, dirigido a mi atención, que recibí hace una hora. Lo enviaron de Londres. Me puse enseguida en camino para entregártelo.

—¿Entonces lo has leído? —pregunté tomándole del brazo—. Entremos en la casa. Subimos los escalones del porche. La puerta nunca estaba cerrada. Y, por lo visto, no apagaban nunca las luces del salón.

Yo me senté en el sofá.

—¿Lo has leído o no? —pregunté contemplando el folio.

—Sí —respondió Stirling—. Era casi imposible evitarlo. También lo ha leído un miembro de nuestra organización, que fue quien me lo envió, No sabe dónde se originó, ni comprende lo que significa. Le he pedido que guarde el secreto.

—¿Por qué me dará miedo abrirlo? —pregunté desdoblado el folio.

Para: Lestat de Lioncourt

Nueva Orleans, Luisiana

A la atención de Stirling Oliver

Talamasca

Para ser entregado en mano sin demora

Estimado e infatigable amigo:

En caso de absoluta necesidad: una isla privada, St. Ponticus, en el sureste de Haití, antaño un complejo va-cacional, al parecer ocupado desde hace seis años por los seres a los que buscas. Dotado de un puerto, una pista de aterrizaje, un helipuerto, un hotel y cabañas en la playa, todo ello vedado al público. Antiguamente la población de los seres a los que buscas era numerosa, cautelosa, secreta. Una fuerte presencia humana desde el principio. Las circunstancias presentes no están claras. Sentido de conflicto, peligro, actividad rápida y confusa. Aproxímate con cautela desde la costa oriental, que está sin explotar. Cuida de tus pupilos. Procura sopesar la conveniencia de tu intervención. Reflexiona sobre si es inevitable. Todo indica que la situación está localizada. Y, s'il vous plaît, monsieur, aprende a utilizar el correo electrónico. Tus dos pupilos saben hacerlo. ¿No te da vergüenza? Recibe mi cariño y el de los que se hallan aquí. M,

Me quedé mudo de asombro. Leí de nuevo la carta. —Y esto de aquí, toda esta información confusa... ¿Así es como debo ponerme en contacto con ella por correo electro-

nico? —pregunté señalando los datos que figuraban en el folio.

—Sí —respondió Stirling—. Puedes contactar con ella inmediatamente. Muéstrale esta carta a Mona o a Quinn. Dicta tu mensaje a Mona o a Quinn. Ellos lo enviarán.

—Pero ¿por qué me revela Maharet el lugar donde se encuentra?

—No te ha revelado nada. Lo único que sabes es su nombre de pantalla. Probablemente envió el mensaje a través de diversos puntos. Créeme, es lo suficientemente inteligente como para impedir que alguien dé con su paradero.

—No hace falta que me digas lo inteligente que es —contesté—. Claro que, a fin de cuentas, he sido yo quien ha preguntado.

No salía de mi asombro. Sostenía en la mano la respuesta a la comunicación telepática más importante que había realizado jamás.

Stirling me entregó un mapa. Lo había doblado por la sección indicada y había dibujado un círculo alrededor de la isla. Lo memoricé de inmediato.

—¿Por qué crees que Maharet me ha enviado este mensaje a través de ti? —pregunté.

—Porque era lo más sencillo, naturalmente. Elía recabó los datos. Quería ofrecerte un resumen preciso de la situación. Asimismo demuestra que confía en nosotros. Con esto Maharet reconoce que Talamasca no es ni tu enemigo ni el suyo.

—Eso es cierto —dije—. Pero ¿a qué se refiere con lo de mi intervención y lo inevitable de ésta?

—Disculpa, Lestat, pero está claro como el agua. Maharet te pide que no te entrometas en una situación en la que quizás están en movimiento fuerzas darvinianas. Y te dice que en una remota isla en la que el mundo no ha reparado se está desarrollando un drama.

—No dice eso. Dice que no sabe lo que ocurre. El mensaje es de lo más enigmático. Al menos, para mí. Supongo que no lo será para Mona.

—Ambas interpretaciones son correctas —dijo Stirling suspirando—. ¿Qué piensas hacer?

—Pues ir allí, hombre, claro está —respondí satisfecho—, Estoy impaciente por ir, pero debo esperar. Partiré con ellos al anochecer.

»Mañana le enseñaré a Mona el don más tremebundo que poseemos. Lo he estado demorando porque no quería abrumarla, Quinn y yo le enseñaremos cómo llegar a esa isla en menos de media hora.

—Conviene que le enseñes más que el arte de volar —comentó Stirling—. Los Taltos quizá sean más fuertes de lo que imaginas.

—¿En qué sentido?

Stirling reflexionó durante unos momentos.

—Tú has conocido a humanos dotados de la habilidad telepática de matar —respondió.

—Así es —dije—. Te refieres a Rowan. No te andes por las ramas conmigo, Stirling. Me has ofrecido tu hospitalidad. Nos hemos sentado a una mesa redonda en First Street. Por lo que a mí respecta, eso es como la costumbre de los humanos de compartir el pan y la sal. Y has venido a traerme este correo electrónico. ¿Adonde quieres ir a parar?

—El poder de Rowan, pese a ser enorme, no le sirvió de nada con Lasher. Por eso Lasher pudo maltratarla y mantenerla prisionera. Los Taltos son tremendamente fuertes, resistentes y elásticos.

—Esto es muy interesante, pero no pensarás que esos seres pueden rivalizar conmigo —dije—. No imaginas la pérfida máquina que acecha detrás de la amable fachada que presento. No te preocupes. Pero procuraré averiguar las aptitudes que posee Mona. Es imposible calcular su fuerza. Hemos dedicado tanto tiempo a su estado de ánimo que no hemos desarrollado esas habilidades. Gracias por traerme esta carta. Ahora debo despedirme de ti. Quédate, si quieres. Percibo un olor a beicon procedente de la cocina.

—Cúidale —dijo Stirling—. Os tengo mucho afecto a todos. Estaré preocupado por vosotros hasta recibir noticias vuestras. Regresé al dormitorio de tía Queen.

La Gran Ramona, vestida con un uniforme de algodón negro y un delantal blanco, se acercó apresuradamente por el pasillo.

—¿No le has ofrecido a ese inglés un café? Sólo tenías que asomar la cabeza por la cocina, Lestat. Tienes la suficiente confianza para hacerlo. ¡No se vaya, señor Oliver! ¿No huele el aroma de café que estoy preparando? Siéntese. No permitiré que se vaya sin tomar un plato de gachas, unas galletas y unos huevos revueltos. He puesto beicon y jamón a freír en la sartén. Y tú, Lestat, no arrastres ese barro por la habitación de tía Queen. Parece que te guste caminar por los lugares llenos de barro. Eres peor que Quinn. Quítate esas botas ahora mismo y Allen las limpiará de nuevo. Pero debo reconocer que cuando dieron las cuatro de la mañana, el fantasma de Patsy no apareció. Y hace media hora he soñado que Patsy estaba en el cielo.

—Eh bien, madame —dije quitándome las botas y colocándolas junto a la puerta del dormitorio—. Nunca habían recibido mis botas una atención tan solícita. Esto es vida.
- contestó la Gran Ramona sin volverse—. ¡Si

Así

es

hubieras visto a esa chica, vestida de cuero rosa, cantando «Gloria in Excelsis Deo».

Me quedé atónito. ¡Tú la viste!

Entré en el dormitorio, cerré la puerta con llave, contemplé la apetecible cama, me arrojé sobre ella y me tapé la cabeza con la sábana. Basta, ¡Basta! Sepulté la cabeza en las almohadas de plumón, ansioso de sumirme en un sueño reparador.

De pronto, sentí un golpecito en la espalda y me volví.

Me topé con Julien, vestido con un camisón de franela blanco. Cara a cara.

—Dormez bien, monfrére.

—¿Sabes lo que ocurrirá si sigues con estas tácticas? —pregunté.

—¿Qué? —contestó con tono socarrón.

—Que acabarás enamorándote de mí.

25

El dormitorio de Quinn. Conférence extraordinaire,

Mona se puso histérica de alegría al leer el mensaje de Maharet. Se sentó ante el ordenador de Quinn y envió de inmediato por correo electrónico, a instancias mías, una carta de agradecimiento de dos páginas. En cierto momento tuve que apoderarme del teclado para dejar clara mi intención de partir enseguida para la isla con mis pupilos a fin de comprobar qué había sido de los Taltos. Mona firmó con su «nombre de pantalla», Ofelia Inmortal, pero no sin incluir también el nombre de Quinn: Noble Abelardo.

Tan pronto como enviamos la carta por esos prodigiosos medios electrónicos, nos apresuramos a asegurarnos de que Mona tenía el poder de encender velas mediante la fuerza de su mente, prender fuego en la leña de la chimenea y levitar hasta el techo sin el menor esfuerzo.

Calculé que Mona era capaz de realizar viajes bastante largos por el aire, pero no teníamos tiempo de comprobarlo. En cuanto al poder telequinésico de empujar, lo tenía muy desarrollado, pues era capaz de empujarme hasta la pared si yo no me resistía, al igual que Quinn, pero tampoco pudimos comprobar cuál era su capacidad máxima. No disponíamos de cobayas. Les dije que sospechaba que ambos podían matar fácilmente a un ser humano utilizando ese poder, reventándole el corazón y los vasos que lo alimentan sin mayores problemas.

—Lo visualizáis, lo activáis, lo impulsáis con todo el poder de vuestra mente y sentís cómo emana de vosotros.

En última instancia Mona y Quinn sólo lograrían averiguar el límite de sus poderes si la situación en la isla representaba un peligro real. Si eran incapaces de valerse por sí mismos contra fuerzas hostiles, siempre podrían huir con los poderes sobrenaturales de la velocidad y la destreza, dejando aparte que yo podría cuidar de ellos.

En lo referente a la ropa, yo impuse mi criterio.

Tenía una teoría de lo que podríamos encontrarnos en la isla. Me negué a que Mona utilizara el atuendo de safari de tía Queen y Quinn su ropa de cazar. Olvidaos de las selvas y el extremo oriental de la isla.

—¿Cuál es el traje más elegante y llamativo que tienes? —le pregunté a Quinn mientras examinaba el armario ropero de tía Queen.

—Supongo que el traje de lame dorado que me hice para la fiesta de Halloween. Es un terno precioso, pero...

—Pontelo —dije—, con la camisa de vestir más elegante que tengas y, a ser posible, con una corbata de lentejuelas.

Finalmente extraje del ordenado ropero de tía Queen justo lo que andaba buscando: un vestido de satén negro, ceñido a la cintura, largo hasta la rodilla, con un escote vertiginoso, sin mangas, y el escote y el dobladillo ribeteado de plumas negras de avestruz. Sólo una belleza podía lucirlo. Arranqué la vieja etiqueta con el precio y se lo ofrecí a mi princesa.

—Anda, pónelo —dije—. Y aquí tienes unos zapatos negros a juego. —Tenían unos tacones de doce centímetros recubiertos de diamantes de imitación—. Ya podemos irnos.

—¿Así es como nos presentaremos ante unas gentes que cazan en una isla caribeña? —preguntó Mona. El atuendo le encantó y fue a cambiarse enseguida.

Yo me acerqué al tocador.

Quinn regresó vestido con su resplandeciente traje de lame dorado. Como todos los trajes de Quinn, tenía un corte impecable. El chico no llevaba nada que no estuviera perfectamente confeccionado. Había encontrado una camisa de raso color lavanda y una corbata de lentejuelas y estaba guapísimo.

—¿Qué te parece si adornamos a Mona con un montón de perlas? —pregunté.

—Por supuesto —respondió Quinn.

Acto seguido, colocó un collar de perlas tras otro alrededor del cuello de Mona. Lo único que se veía era la abundancia de perlas que asomaba entre las plumas negras que se agitaban. Tenía los brazos bien torneados y de color melocotón, y sus piernas presentaban un aspecto increíble debajo de la falda corta y con vuelo.

Mona sacudió su alborotada melena.

—No lo entiendo —dijo—. ¿No deberíamos obrar discreta y cautelosamente al atravesar la selva?

—Desde luego —respondí—. Pero no somos mortales, tesoro. Somos vampiros. Puedes apartar la selva de tu camino con la fuerza de tu mente, cariño. Y si te topas con algún tipo hostil, ésa es la armadura perfecta.

(En cuanto a mí, estimados lectores, permitidme recordaros que mi atuendo consiste en un terno de cuero negro suave como la mantequilla, un jersey de cuello vuelto morado y las botas más lustrosas del mundo.)

Partimos en busca de la isla de St. Ponticus.

Me elevé transportando a Mona en brazos, tranquilizándola como pude y conminándola a que utilizara su poder al igual que lo hacía yo; mientras, Quinn volaba por su cuenta y lo hacía con extraordinaria habilidad, puesto que venía desplazándose por el aire desde su bautismo de sangre.

Al cabo de diez minutos Mona estaba tan aterrorizada que enroscó las piernas y los brazos alrededor de mi cuerpo, pero no me importó, porque se controlaba y procuraba aprender, y yo la sostenía con firmeza, resistiéndome a la tentación de tomarle el pelo y soltarla, o sujetarla sólo con una mano (ya se sabe que los hombres somos unos bestias) mientras nos dirigíamos hacia las relucientes y encrespadas aguas del Mar Caribe.

Cuando divisé la isla a la que nos dirigíamos, descendí rápidamente hasta contemplar la topografía que había descrito Maharet. De haberme aproximado más, hubiera sucumbido a la ley de la gravedad.

El elemento decisivo era la pista de aterrizaje junto a la que había un letrero enorme con unas letras pintadas que rezaban: «St. Ponticus.» Las letras estaban desteñidas y deduje que pasarían inadvertidas a unos ojos humanos, pero nosotros pudimos leerlas. Vimos una pista con un pequeño Cessna, y otra vacía, y muy larga, reservada a un reactor.

Después de verificar esto me elevé de nuevo para juzgar la isla en su totalidad antes de acercarme a los edificios.

La isla tenía una forma ovalada. El complejo vacacional ocupaba la zona meridional, en forma de medialuna, y la costa suroccidental, donde se extendía una playa inmensa; el resto de la isla consistía en una selva de rocosos acantilados, al parecer sin explotar. Descendí de nuevo. Estaba claro que toda la isla disponía de corriente eléctrica.

Presidía el paisaje una villa inmensa, situada en el extremo suroccidental de la playa, dotada de dos alas que se extendían a la derecha y a la izquierda, cinco plantas de ventanas y unas terrazas gigantescas. El palacio estaba construido en unos terraplenes que descendían hasta la misma arena, y las habitaciones de los pisos inferiores ostentaban unas puertaventanas y un pequeño jardín individual que incluía una piscina cuyas aguas relucían como gemas, rodeada por una pequeña tapia, y unos senderos que conducían a la playa.

En el lado occidental había una piscina gigantesca, iluminada por unas bombillas instaladas bajo el agua, y al oeste, unas pistas de tenis desiertas.

Era una mansión impresionante, y, al este de la misma, había un gigantesco edificio semejante a un almacén con un restaurante anexo. Lo identifiqué por el bar situado en el exterior, los escabeles y las mesas, aunque no se veía a un alma.

Luego estaba el puerto, mejor dicho, el puerto deportivo, como supuse que preferían llamarlo, en el que había amarrado un gigantesco y elegante yate y numerosas embarcaciones de menor tamaño, y, más allá, un helipuerto sobre el que me pareció ver un inmenso helicóptero.

Por fin, y más alejada de la villa, estaba la pista de aterrizaje con las letras desteñidas. Vimos en la isla unos seres diminutos que se afanaban en acarrear desde el yate hasta el pequeño avión lo que parecían ser unas cajas blancas.

—Mira hacia abajo y utiliza tus dotes vampíricas —le susurré a Mona—. ¿Qué tipo de seres son éstos?

—No son los Taltos —me susurró al oído.

—De eso puedes estar segura —dije.

—Llevan armas automáticas —me dijo Mona al oído—, portan unos cinturones para armas.

—Tienes razón —respondí—. Y probablemente navajas en las botas. Son presas legítimas, inmundos piratas narcotraficantes.

Algunos hombres lucían unos pañuelos de colores alrededor de la cabeza. Todos llevaban vaqueros. Sus características raciales variaban. Aspiré con voracidad el olor a sangre.

—¡Menudo festín! —dijo Mona—. Pero ¿cómo vamos a hacerlo? ¿Y qué les habrán hecho esas gentes a los Taltos?

Sentí que el corazón me latía aceleradamente. Debía avergonzarme, pero no era así. Mi excitación iba en aumento.

Me elevé de nuevo con Mona y me dirigí hacia la selva de la costa oriental, tal como me había indicado Maharet. La isla no era muy grande. Calculé que podría atravesarla andando, incluidos los montes, en unas dos horas. Pero la selva era muy extensa.

Llegamos al pie de una imponente colina, a una playa estrecha, pero suficiente para que nos reuniéramos los tres. Hermosa y aburrida.

Escruté la selva que nos rodeaba. No capté nada con claridad. Pero la frondosidad de la selva y los sonidos de todos los bichejos me inquietaba. Era un escondrijo ideal.

Agucé el oído para distinguir las lejanas voces de los piratas narcotraficantes. Percibí el sonido de unos teléfonos. Música. Dejé que mis dotes auditivas se hicieran más potentes. Eran maniobras relacionadas con el comercio de la droga. Habían traído un

importante alijo en el yate e iban a sacarlo de la isla a bordo del avión y el helicóptero. El traslado de la carga casi había concluido. Un caos de voces. En una de las habitaciones de la villa, y quizás en otras, estaban celebrando una fiesta.

Mona estaba muy angustiada,

—¿Y si los han matado a todos? —preguntó—. ¿Y si se han apoderado de la isla?

—¿Y si trabajan para los Taltos? —preguntó Quinn—. ¿Y si ése es el medio de vida de los Taltos?

—No lo creo —afirmó Mona—. Además, Ash Templeton era rico. No necesitaba que nadie lo ayudara a engrosar su fortuna. No habría participado en esto. De haber necesitado ayuda habría contratado a Rowan y a Michael —añadió Mona, que empezaba a ponerse histérica.

—Contrólate, Mona —le ordené—. Dentro de cinco minutos habremos conseguido la información que buscamos. He decidido no hacer caso del consejo de Maharet. Voy a dirigirme al otro extremo de la isla. Vosotros podéis atravesar la selva y encaminaros hacia la parte trasera del edificio, pero yo quiero entrar en él por la puerta principal. Estoy demasiado excitado para esperar. ¿Estáis de acuerdo?

—No pensarás dejarnos aquí plantados —dijo Mona, aferrándose a Quinn—. ¿Podemos seguirte?

—Eso es lo que yo había pensado.

Quinn se mostró claramente reacio.

—Creo que deberíamos hacer lo que nos indicó Maharet,

—Vamos, hermanito, muévete —dije—. Estamos cargados de razón.

Aterrizamos sobre el edificio de control del aeropuerto. Estaba vacío. Lo recorrimos lentamente, hasta llegar a la gigantesca pista de aterrizaje donde los narcotraficantes estaban acabando de colocar la carga en el pequeño avión.

No podríamos haber imaginado a unos tipos de aspecto más peligroso que ese trío: iban vestidos con camisetas y va-queros, y de sus cinturones, donde llevaban enfundadas algunas pistolas, asomaba más de una navaja; además portaban sobre sus musculosos hombros metralletas automáticas enormes.

Al vernos nos saludaron con un gesto de la cabeza y desviaron educadamente la vista.

Era evidente que nuestros atuendos les habían confundido. Nos habían tomado por unos huéspedes. Habría sido una imprudencia observarnos insistentemente.

En éstas apareció el piloto, un poco más alto que los demás, pero con la misma pinta de delincuente: estaba tostado por el sol, parecía una pasa humana, e iba también armado hasta los dientes, aunque en la cabeza, en lugar de un pañuelo, lucía una sucia gorra de algodón.

Hablaban entre sí en español, atropelladamente y con tono hostil; eran tipos resentidos y cabreados. ¿Habían cargado excesivamente el avión? ¿Habían birlado una parte de la carga? ¿Por qué tardaban tanto? Capté la codicia, la impaciencia y la desconfianza de esos hombres. Ni una palabra sobre unos individuos que habían habitado antiguamente en ese lugar.

El piloto nos miró, nos dio un repaso de pies a cabeza, nos saludó con la cabeza y siguió charlando con el trío.

—Ahora lo entiendo —comentó Mona en voz baja refiriéndose a nuestros atuendos. Yo asentí con la cabeza.

Me dirigí hacia los hombres, haciendo caso omiso de los desesperados ruegos de Mona para que no lo hiciera.

—¿Dónde está el jefe? —pregunté.

—Si usted no lo sabe, yo menos —replicó el piloto. Tenía el rostro contraído en un rictus despectivo, y unos ojos negros de mirada ausente—. No me entretenga, vamos retrasados.

—¿Adonde se dirige? —inquirí.

—Rodrigo le facilitará esa información —contestó el piloto—. No debería estar aquí. Regrese a la villa.

Rodrigo.

Lo aparté bruscamente de los demás, le clavé los colmillos en la arteria y succioné rápidamente su sangre junto con la información que buscaba: «¿Dónde están los individuos, los que vivían antiguamente aquí?» El tipo no sabía nada. ¡Ah, sentí un delicioso torrente de sangre que me bañaba el cerebro y los ojos! Durante unos instantes me sentí flotar. Su corazón reventó. Lo arrojé sobre la pista de aterrizaje, muerto, mirándome a los ojos al tiempo que exhalaba su último suspiro.

Los tres bandidos se quedaron inmóviles, atrapados, y de pronto salieron huyendo. Yo agarré a uno y lo sujeté con fuerza.

Mona y Quinn capturaron a los otros dos y se apresuraron a succionarles la sangre.

Durante unos segundos Mona forcejeó con el bandido, que alargó la mano para sacar su navaja, pero Mona logró arrebatarársela y lo sometió, recurriendo a su valor más que a su fuerza innata.

Quinn obró con presteza, en silencio, perfectamente.

—Háblame sobre Rodrigo —le dije al hombre mientras le sujetaba con fuerza por el cuello. Le obligué a volverse y le clavé los colmillos. ¿Quién hay en esta isla? El jefe, su madre, sus mujeres, éste es su santuario, te hará pedazos... El corazón y el torrente sanguíneo se detuvieron. Me sentí saciado.

La sangre fresca me inundó los ojos, me estimuló el cerebro. La saboreé, saboreé el cosquilleo que sentí en las piernas y los brazos. El jugo de la batalla.

—«Son corruptos. Han cometido atrocidades» —dije citando con un suspiro las palabras de mi víctima cuando me reuní con mis compañeros. Quinn estaba aturdido tras el festín que se había dado. Mona trastabillaba.

—¡Llevan aquí más de un año! —suspiró Mona—. Es la única información que he conseguido. Pero ¿dónde diantres está Morrigan?

Pasamos frente al helipuerto y el edificio anexo. Dentro había dos individuos, tomándose el último café antes de des-

pegar. Listaban collados por el mismo patrón: tenían los mismos brazos musculosos, e iban enfundados en unos vaqueros que les ceñían las caderas. Ambos alzaron la vista por encima de sus humeantes tazas y me miraron con calma.

Me acerqué a la mesa. Mona y Quinn también entraron, pero permanecieron junto a la puerta.

—Ya sabéis a lo que me refiero —dije tomando asiento—. A los individuos altos que eran dueños de este lugar antes de que Rodrigo lo ocupara. ¿Qué ha sido de ellos?

El más bajo de los dos hombres se encogió de hombros y sonrió.

—¿Me lo preguntas a mí? Hasta la semana pasada yo no había puesto nunca los pies aquí. Así es como opera Rodrigo. Pregúntaselo a él. —El tipo se volvió y después de repasar a Mona con la mirada, me dedicó una sonrisa siniestra.

El más alto se encogió de hombros.

—Rezad vuestras oraciones —dije.

Después de esa pequeña y mortal escaramuza, nos dirigimos al espacioso edificio que albergaba el restaurante, al parecer totalmente desierto, aunque con todas las luces encendidas. Las banquetas del mostrador, desocupadas, se hallaban fuera, debajo del

techado de paja, y las mesas estaban diseminadas por la terraza cubierta de baldosas rosas.

Una cocina de acero inoxidable, iluminación intensa, aparatos que no cesaban de bramar, rugir y rechinar. Olía a jabón y a detergente con aroma a pino. En las encimeras había bandejas llenas de cacharros sucios, y apestaba a comida podrida. El gigantesco lavavajillas estaba conectado.

—Vamonos —dije—, aquí no hay nadie.

Y nos encaminamos hacia el inmenso palacio.

Pasamos por las suites de la planta baja, todas con piscina privada. Las lámparas interiores estaban encendidas y se oían voces y risas.

Oí el sonido de la Bossa Nova que provenía del fondo de la planta noble del edificio, una música suave y seductora cuyo ritmo sincopado resonaba sobre la arena barrida por la brisa.

Íbamos avanzando en la oscuridad, apenas visibles, escudriñando una habitación tras otra desde el otro lado de los muros bajos de las suites. Estaban llenas de narcotraficantes que actuaban como lacayos, guardaespaldas, asesinos serviles, lo que el jefe quisiera, pegados a sus gigantescos televisores, charlando por sus móviles o sumergidos hasta la cintura en las piscinas. Los muros estaban pintados de azul. Los muebles eran de bambú. Esas alcobas no eran más que pozos de basura, sembrados de revistas para hombres, botellas de tequila, latas de cerveza, bolsas de patatas y bols cuyo contenido se había derramado en el suelo.

Las exploramos con la vista, buscando desesperadamente algún indicio de los individuos altos. Pero fue inútil.

Mi deseo era matar a todos esos hombres. «Todos están desviados, corrompidos: no hay quien haga el bien, no hay uno siquiera», dice el Salmo 14. Pero ¿quién soy yo, san Juan Diego, para imponer tal suerte a esas almas que quizás en un futuro lejano lleguen a arrepentirse y a convertirse en santos del Señor?

Pero no hay duda de que soy un tipo implacable. Y era preciso acabar con ellos si queríamos sacar a un solo Taltos de esta isla.

Además, no había otra forma de hacerlo.

Tras indicar a Mona y a Quinn que se reunieran conmigo, me cargué a esos lacayos, uno tras otro, sintiendo cómo mi fuerza me abandonaba en el momento en que los atacaba.

Pero no fue un acto estimulante, ni divertido, sino repugnante. Lo único que lo hizo soportable fue mi odio por sus almas de cuero duro.

Nos topamos con un par que iban más endomingados que los demás y que llevaban un par de camisetas retro hawaiana-compradas en Miami. Mona se ocupó del más horterero, que lucía unas gigantescas sortijas y exhibía su torso desnudo, mientras yo me abalanzaba sobre el más viejo, que estaba aterrorizado y transmitía unas imágenes de contrición en la sangre.

—¡No pueden ofrecernos ninguna información! —dijo Mona enjugándose los labios.

Tenía los ojos vidriosos y desorbitados—. ¿Cómo es posible que no sepan nada?

—Porque van y vienen, y no saben nada de lo que ocurre aquí —contesté—. Pero lo importante es acabar con ellos. Cuando el jefe llame pidiendo auxilio, no lo obtendrá. Sigamos.

Otras dos suites. Unos lacayos serviles, de pacotilla. Esni-faban cocaína y escuchaban música salsa. Estaban cabreados porque no podían subir el volumen. Órdenes del tipo que estaba en el edificio principal. Las fuerzas me empezaban a flaquear y dejé que Quinn se encargara de ellos: los liquidó rápidamente y se abstuvo de chuparles la sangre.

Entonces dimos con un filón de oro.

La última suite ocupaba una parte del edificio principal. Era mucho más grande que las otras. Las paredes no eran azules ni los muebles de mimbre. Era una celda palaciega blanca como la nieve. Todo era blanco: los sofás de cuero, las butacas y el inmenso lecho cubierto de almohadones y revistas de papel cuché. Había unos jarrones de flores frescas multicolores. Una estantería que ocupaba toda una pared. Un gigantesco tocador repleto de cosméticos. Una moqueta color burdeos. Toda la alcoba resplandecía en la noche.

De pronto vi al ser más extraño con el que jamás me he topado durante mi largo periplo por el planeta.

Mona sofocó una previsible exclamación de sorpresa, y Quinn apoyó la mano en su hombro.

En aquellos momentos la bestia estaba tecleando en su ordenador, conectado a una voluminosa impresora, y, al igual que los narcotraficantes que estaban en las otras suites, no intuyó nuestra presencia. Dejó de teclear unos momentos para apurar un vaso de leche. Luego lo depositó en la mesa, a su izquierda, junto a una jarra opaca de gran tamaño.

Media unos dos metros de altura;al parecer era un varon,aunque no pude precisarlo hasta que percibi su olor,denso y dulzon,tenia el pelo largo y lustroso,largo hasta los hombros, y lo llevaba sujeto con un pañuelo rojo que impedía que le cayera sobre el rostro, duro como el pedernal.

Exhalaba un aroma dulce. Un aroma extraordinario.

El extraño ser tenía los ojos negros y enormes, los pómulos perfectos y la piel tersa como la de un bebé. ¿Su atuendo? Una resplandeciente camiseta de satén, unos vaqueros de cuero de color chocolate, exquisitamente confeccionados, y sus enormes pies calzados en unas sandalias abiertas. Tenía las manos largas y delgadas, y llevaba las uñas de los dedos de las manos y los pies pintadas de un color azul metálico y brillante. Su boca era grande y suave como la de un bebé.

Pulsaba las teclas del ordenador con delicadeza, sin reparar en nosotros, sin reparar en nada, canturreando y volviendo la cabeza de un lado a otro mientras escribía, calculaba, buscaba o hablaba, hasta que de pronto...

Se levantó de la silla, se volvió y nos señaló, mirándonos con los ojos como platos, llenos de hostilidad, y la boca abierta.

—¡Unos cazadores de sangre! —exclamó con tono cansino, exasperado e irritado—.

Pasad de mí, estúpidas criaturas de la noche, os aseguro que mi sangre os sabrá amarga. ¿Qué queréis que haga? ¿Abrirme las venas y pintar la jamba de la puerta con mi sangre? Pasad de mí. Id a alimentaros de los humanos que hay en la isla. Haced el favor de no volver a molestarme.

Mona atravesó rápidamente el jardín y rodeó la piscina, seguida por Quinn y por mí.

—¡Un Taltos! —exclamó—. ¡Soy Mona Mayfair, la madre de Morrigan! ¡Desciendes de mí! ¡Llevas mis genes! ¿Dónde está Morrigan?

El extraño ser se inclinó hacia atrás y miró a Mona como si se compadeciera de ella.

—Eres una joven muy bonita para ser tan mentirosa —dijo con evidente menosprecio—. Tú no has parido a un ser humano en tu vida —prosiguió con tono frío y despectivo—. Eres una vampiro. No puedes parir. ¿Cómo se te ocurre irrumpir en mi habitación para mentirme afirmando que eres Mona Mayfair, la madre de Morrigan? ¿Quién eres? ¿Es que no sabes dónde se celebra la juerga, querida niña? Escucha la Bossa Nova y ve a bailar con el jefe de la droga y sus selectos lacayos. Bebe su sangre. Rezuma maldad y te encantará. El contraste entre su cara de huesos grandes y piel tersa como la de un bebé y su tono siniestro, despectivo e insolente era impactante.

Pero a nosotros no nos interesaba esa criatura, que se dispuso a sentarse de nuevo a su mesa cuando Mona protestó.

—Yo era humana antes de mi transformación —dijo Mona sujetando el brazo derecho de la criatura, que lo retiró—. Te aseguro que parí a Morrigan —insistió—. Quiero a Morrigan. Mi cariño por ella persiste a pesar de mi transformación. He venido a averiguar si Morrigan está bien y se siente feliz. Ash Templeton me la arrebató. Tú descienes de ellos. ¡Tienes que decírmelo! ¡Contesta! ¡Este es el objetivo de mi vida!

La criatura nos observó, calibrando nuestras fuerzas. Otra dosis de insolente menosprecio. Una breve risotada de asombro. Luego se inclinó hacia atrás con maravillosa elegancia, entornó los párpados semiocultando sus relucientes ojos y en sus labios de bebé se dibujó una sonrisa radiante.

—¿El objetivo de tu vida? —preguntó despectivamente arqueando una ceja—. ¿La pequeña cazadora de vampiros pelirroja encaramada sobre unos tacones de vértigo? ¿Y a mí qué me importa el objetivo de tu vida? ¿Ash Templeton, dices? Ash Templeton. Ese nombre no me resulta familiar. A menos que te refieras a Ashlar, mi padre.

—¡Sí, a él me refiero! —contestó Mona.

Yo le observé con cautela, por cortesía; estaba convencido de que ese misterioso ser humano era un Taltos, de que habíamos dado con uno de ellos, pero luego de pronto reparé en algo que debería haber visto antes: la criatura estaba encadenada a la pared por su pierna derecha.

Llevaba una argolla de acero conectada a una cadena muy larga que estaba enganchada a la pared de detrás de su mesa. La cadena era lo suficientemente larga como para permitirle acceder a la piscina del jardín y, probablemente, al baño, si-tuado a la derecha del inmenso dormitorio.

—Tú sabes dónde está Morrigan ¿no es cierto? —preguntó Mona, adoptando un aspecto trágico al pronunciar esas palabras. Llevaba mucho tiempo formulando esta pregunta y ese ser se negaba a responder.

Concentré mi fuerza en la cadena y ésta se rompió con un ruido seco. Apoyé una rodilla en el suelo y partí la argolla.

La criatura dio un salto atrás, contemplando los restos de los grilletes.

—¡Una banda de ángeles sin alas! —exclamó con tono sarcástico—. Pero ¿cómo diantres voy a escaparme? Esos estúpidos simios lo controlan todo. Escuchadles. ¿Oís esa Bossa Nova? Es la canción favorita del grandullón, Rodrigo, el dueño y señor de todo. Y de su madre, Lucia. ¿Os imagináis vivir durante un año con esa música? Lo que siempre soñasteis, ¿verdad?

—No temas, conseguirás escapar —dije—. Nosotros te sacaremos de aquí. Todos los seres humanos que se interponían en nuestro camino entre este lugar y la pista de aterrizaje están muertos. Y los otros no tardarán en morir. Pero queremos rescatar a todos los Taltos. ¿Sabes dónde están los otros?

—Morrigan —dijo Mona—. ¿Cuándo la viste por última vez?

—¡Morrigan! —repitió la criatura inclinando la cabeza hacia atrás. Siguió hablando con una voz tensa y siniestra como un velo negro—. Deja de decir su nombre. ¿Crees que no sé quién es? Es la madre del pueblo secreto. Por supuesto que conozco su nombre. Morrigan probablemente ha muerto. Todo aquel que se negó a cooperar con esos narcos ha muerto. Morrigan se estaba muriendo antes de que ellos llegaran aquí. Parió a cinco varones antes de dar a luz a Mira-velle. Son muchos hijos en poco tiempo.

La criatura meneó la cabeza con gesto cansino, con los ojos todavía entornados, apoyando el peso de su cuerpo en la otra cadera.

—Sus hijos se sublevaron y la violaron confiando en que pariera a una hembra. ¡Por fin nació Miravelle! ¡Y todos tan felices! ¡La tribu está salvada! Morrigan estaba enferma de muerte, la leche de sus pechos se secó, y luego se produjo el envenenamiento. Si los narcos la mataron de un tiro, desperdiciaron una bala. Por cierto, Morrigan era mi madre, yo la quería. Agua pasada. Cambiemos de tema.

Supuse que Mona iba a romper de nuevo a llorar, lo cual habría estado justificado, y la sujeté con firmeza con el brazo derecho. Pero aunque empezaron a humedecerse los ojos, contuvo las lágrimas, que relucían bajo la luz mientras Mona seguía atentamente el frío y duro discurso de la criatura. Parecía una niña desvalida, disfrazada con un llamativo atuendo adornado con plumas, y no apartaba los ojos del rostro de esa extraña y sarcástica criatura.

Esas revelaciones causaron en Mona tal impacto que se quedó inmóvil y tuve que sujetarla para que no se desplomara. Mostraba una expresión tan grave y permanecía tan quieta, que temí que perdiera el conocimiento.

—Tranquilízate, pequeña —murmuré besándola en la mejilla—. Aún tenemos que explorar el edificio principal.

—Ay, querido jefe —contestó Mona con voz entrecortada—. ¡Por fin encuentro lo que buscaba!

—Todavía no —terció Quinn observando a la criatura con cara de pocos amigos—. Tenemos que registrar la isla de cabo a rabo.

—¡Qué banda de bebedores de sangre tan galantes! —comentó el individuo alto—.

¡Hay que ver lo que se quieren y las carantoñas que se hacen! Estoy impresionado.

Tengo la sensación de que en mis insondables y enojosos recuerdos del paraíso perdido, de apariciones y desapariciones, del exterminio de la especie, los implacables miembros de vuestra tribu atacasteis a los humanos con salvaje crueldad. ¿Qué es esto, el día de San Valentín de los vampiros?

—Vamos a sacarte de tu pequeña prisión —dijo Quinn con no menos frialdad—.

¿Quieres cooperar con nosotros y decirnos cuántos Taltos quedan en esta isla?

—Por cierto, te agradecería que nos dijeras tu nombre —manifesté sarcásticamente—.

Es un tanto difícil leerte el pensamiento. Cada vez que lo intento tropiezo con hielo y nieve.

La criatura soltó una amarga risotada en un gesto de si-nuestra espontaneidad.

—De modo que el mundo exterior por fin ha llegado aquí —respondió, meciéndose con innegable gracia al tiempo que sus palabras fluían como un reluciente jarabe—. Pues con un año de retraso. No sé quién queda aquí ni quiénes son. Es posible que yo sea el único que queda de la especie —añadió alzando ambas manos y esbozando su odiosa sonrisa.

—Dijiste que Morrigan era tu madre, ¿no es así? —inquirió Mona con ternura.

—Soy hijo de Morrigan y Ashlar —respondió la criatura—. Mi linaje es purísimo. El elegante Oberon, conocido por los jóvenes como un cínico y un cretino irrecuperable. Aunque jamás les llamé por su nombre. Les llamaba papá y mamá. Si hubiera matado a mi hermano Silas cuando empezó a dar muestras de sublevarse, quizá no habría ocurrido lo que ocurrió. Pero no creo que el pueblo secreto hubiera podido sobrevivir eternamente.

—El pueblo secreto. Qué nombre tan bonito —dije—. ¿A quién se le ocurrió?

—Sí, siempre me ha parecido muy dulce —dijo la criatura—. Nuestra vida no puede decirse que fuera desagradable, os lo aseguro. Pero mi padre era un ingenuo y creyó que podía durar siempre. Hasta Morrigan le dijo que se equivocaba. Es imposible mantener a una comunidad de veinte Taltos perfectamente controlados, por más entretenimientos,

educación y estímulos que les proporcionen. Mi padre era un soñador. Morrigan era un oráculo. Silas era el veneno. Así que todo terminó en un baño de sangre. De pronto intuí una presencia humana detrás de la puerta situada en el otro extremo, y el Taltos también.

En éstas apareció una mujer alta con la tez oscura, de unos cincuenta años, pero arreglada y muy seductora: ojos perfilados de negro, cara muy maquillada, labios pintados de un rojo vivo, cabellera espesa y negra, cintura de avispa y pecho voluminoso.

Sostenía en la mano una figurita obviamente religiosa. Iba elegantemente vestida con un traje de seda color malva, ceñido a la cintura con una cadena dorada, unas medias de rejilla negras, unos zapatos de tacón alto y unos llamativos pendientes de oro. Hablaba con marcado acento español.

—Por fin he dado con él, pero he tenido que remover cielo y tierra, te lo aseguro.

Supuse que no me costaría encontrarlo, dado que el Papa viajó a México, pero tuve que buscarlo en Internet, y aquí está.

Y ahí estaba.

La mujer depositó la figurita sobre la mesa baja pintada de blanco que había adosada a la pared. Era una estatuilla brillantemente pintada de san Juan Diego.

Me quedé estupefacto.

Contemplé al menudo y valeroso hombrecillo, con los brazos extendidos, y la imagen inconfundible de Nuestra Señora de Guadalupe grabada en vivos colores sobre su tilma, y las famosas rosas que caían a sus pies, todo ello representado con extraordinario detalle. Como es natural, la imagen de Nuestra Señora estaba recompuesta, y las flores eran de papel, pero qué más daba, se trataba de Juan, mi Juan Diego.

—¿Y has abandonado la fiesta para darme eso? —preguntó Oberon con fingido afecto.

—Cierra tu sucia boca —respondió la mujer—. ¿Quiénes son esas personas? —Acto seguido esbozó una sonrisa radiante—. ¿Son ustedes huéspedes de mi hijo?

Bienvenidos.

—Le doy mil dólares por la figurita —dijo—. No, le ofrezco un trato más ventajoso. Dejaré que viva. A fin de cuentas, ¿de qué van a servirle mil dólares si está muerta? Coja

uno de los botes que hay en el puerto deportivo y márchese. Todos los que se encuentran en esta isla están condenados a morir, salvo los individuos altos.

La mujer me miró con inmensa curiosidad y sin temor alguno; tenía los ojos opacos y la boca contraída en un gesto adusto. De improviso, sacó una pistola negra. Se la arrebaté en el acto y la arrojé sobre la cama.

—¿Cree que mi hijo no le hará pedazos a usted y a sus distinguidos amigos? ¡Cómo se atreven a irrumpir aquí!

—Le aconsejo que acepte mi ofrecimiento —respondí—. / Tu fe te ha salvado, mujer! Vayase enseguida al puerto deportivo.

—Creo que dice la verdad, Lucia —intervino Oberon con el mismo tono lánguido y despectivo con que se había dirigido a nosotros—. Huele a muerte. Todo está impregnado de ese olor. Al parecer la tiranía de los narcos ha llegado a un ignominioso fin. Tu Ariel está libre, mi preciosa y próspera gatita, ¿por qué no te vas?

Oberon avanzó lentamente a través de la habitación, meneando un poco las caderas, inclinando la cabeza hacia un lado y el otro, se agachó para tomar la pistola y la examinó como si fuera una curiosidad. Luego, mientras Lucia lo observaba perpleja, rabiosa, frustrada, furiosa e impotente, Oberon le apuntó con la pistola y le disparó tres tiros en la cara.

Lucia se desplomó sobre las rodillas, con los brazos extendidos y la cara destrozada.

—Fue muy amable conmigo —dijo Oberon—. Esa estatuilla era para mí. Visité la catedral de Nuestra Señora de Guadalupe cuando el pueblo secreto viajó a Ciudad de México. No puedes quedarte con la estatuilla. Aunque me rescates, no te la daré.

—Vale —contesté—. En estos momentos tienes todas las de ganar. ¿Quién soy yo para robarle a nadie a san Juan Diego? Seguro que encontraré otra estatuilla de él. Pero ¿por qué la mataste si fue tan amable contigo?

Oberon se encogió de hombros.

—Para comprobar si era capaz de hacerlo —respondió—. ¿Estáis preparados para ir en busca de los demás? Ahora que estoy haciendo el equipaje, me siento más dispuesto a desempeñar mi papel.

—¡Santo Dios! —suspiró Mona estremeciéndose. Avanzó temblando unos pasos y se desplomó en la butaca de cuero blanca, con los pies juntos, llevándose una mano a la frente.

—Cuéntame lo que le ocurre a la bonita abuelita de la tribu —dijo Oberon—. ¿Acaso pensabas que todos éramos unos angelitos como Morrigan? ¿Tengo que describirte el propósito de la naturaleza al crear la doble hélice, al margen de su número de cromosomas? Producir diversas criaturas dentro de la especie. Animo. Tenemos que asistir a una fiesta.

Quinn mostraba un rostro sombrío.

—Creo que deberías entregarnos esa pistola —dijo.

—Ni lo sueñes —replicó Oberon introduciendo la pistola en la cintura de sus vaqueros—. ¿Por dónde queréis que empecemos? Permitidme que os suministre los datos que poseo. Prestad atención.

—Fantástico —dije—. Algo distinto de tu acostumbrado exhibicionismo y sutiles insultos.

Oberon rió y prosiguió sin dejarse amedrentar, hablando lenta y pausadamente con su voz negra y empalagosa:

—Puedo deciros que Silas y la gran mayoría del pueblo secreto fue asesinado a tiros el día en que llegaron los narcos. Torwan y otras mujeres fueron mantenidas con vida durante un tiempo. Pero no dejaban de llorar. Torwan trató de huir en un bote, pero la atraparon en el embarcadero y la mataron a puñaladas. Yo mismo lo presencié. De los hombres, sólo Elath e Hiram quedaron con vida. Pero un día Elath mató a uno de los narcos y los otros le asesinaron a tiros. Hiram desapareció. Creo que en una ocasión vi a Isaac, pero no estoy seguro. Creo que todos han muerto. Salvo Miravelle y Lorkyn.

—¿Y tu madre y tu padre? —pregunté.

Oberon se encogió de hombros.

—Te confieso, apuesto bebedor de sangre, que no albergo esperanzas de que estén vivos. Se estaban muriendo envenenados cuando los narcotraficantes aterrizaron aquí. Mi padre nos ordenó que nos ocultáramos. Miravelle cuidó de ellos. Miravelle dormía con ellos. Habíamos detectado lo del veneno hacía tiempo, pero el mal ya estaba hecho. Nadie pudo detener a Silas y su sublevación. Poco antes de que Silas cometiera un error fatal, Miravelle y mi madre tuvieron la oportunidad de dejarle ciego con un destornillador, pero Miravelle, mi linda hermanita, no tuvo valor para hacerlo, la muy tonta, de modo que Silas obligó a mi madre a soltarlo y dejó a Miravelle inconsciente de un golpe. Una tragedia. Sé que yo habría matado a Silas en cuanto empezó a amenazar al pueblo secreto. Lorkyn también habría podido hacerlo. Era la mayor de las mujeres que nacieron en esta isla. Una bestia, os lo aseguro. ¡Lástima! ¿Quién iba a sospechar que Silas se sublevaría y trataría de adueñarse del mundo exterior?

Yo meneé la cabeza.

—Ve al grano, hablemos de la relación entre la sublevación de Silas y la llegada de estos narcos.

Oberon se encogió de hombros. Alzó una de sus manos largas y delgadas para alisarse el pelo y asegurarse el pañuelo rojo.

—Silas emprendió una guerra contra ellos —dijo—. Les espió para averiguar lo que hacían en una pequeña isla cercana. No me preguntéis dónde. Jamás puse los pies en ella. Pero Silas urdió un complot contra ellos. Se llevó a un grupo de los miembros más agresivos y guerreros de la tribu a su isla, sonriendo y hablándoles amablemente, y asesinó lenta y sistemáticamente a toda la banda. Luego les quitó las drogas y las armas. »Silas dijo que había llegado la hora de poner fin al reino de nuestro padre. Que nuestro padre era anciano, un Taltos puro, que no encajaba en el mundo moderno. Silas dijo que llevábamos los genes de los Mayfair, que teníamos su astucia humana y su capacidad de soñar.

Permanecí junto a Mona mientras ésta lloraba en silencio.

—La tribu celebró una fiesta, en la que no dejaron de es-nifar cocaína y de disparar las metralletas en el aire. Fumaron marihuana y enloquecieron. Mataron a dos de los nuestros, a Evan y a Ruth, sin querer. ¿Podéis imaginaros mayor estupidez? Nadie había visto nunca a un Taltos muerto. Fue espantoso. Silas ordenó que fueran arrojados ceremoniosamente al mar. ¡Incluso se echaron flores al mar! Qué absurdo. Silas empezó entonces a cargarse a todo aquel del que sospechaba deslealtad.

Oberon soltó una carcajada de profundo desprecio.

—Lorkyn pronunció un discurso. Dijo que el hecho de ir a la isla de las drogas había sido una torpeza típica de un Taltos. Los narcos pertenecían a un poderoso cártel. Sus compinches no tardarían en venir a por nosotros. Teníamos que marcharnos con nuestros padres, montarnos en el yate y abandonar la isla cuanto antes. ¡Menuda revelación! Pero Lorkyn tiene su encanto. Nadie quería que acabara asesinada.

Oberon se encogió de hombros, puso los ojos en blanco y, con firmeza, sujetó la pistola en la cinturilla de sus elegantes vaqueros de cuero marrón,

—Los narcotraficantes se presentaron en la isla —dijo meciéndose lánguidamente—.

Llegaron al anochecer. Silas y sus aliados les atacaron, disparando las metralletas que habían robado. ¡Ra-ta-tat! ¿Os lo imagináis? Ni siquiera se pusieron a cubierto —agregó Oberon despectivamente—. Los narcos abatieron a todos los Taltos que pillaron.

Forzaron las puertas de la villa. Esperar a que se decidieran a derribar a patadas la puerta de uno fue una experiencia de las que no se olvidan.

»Eso marcó el fin del pueblo secreto. Sólo conseguimos salvarnos los que guardamos un absoluto silencio. Los que no nos precipitamos a plantarles cara.

»Los narcos no me encontraron hasta el tercer día. Estaba acostado en mi habitación, en el piso superior de la villa. Irrumpieron en mi cuarto y me convirtieron en su sirviente.

Me enseñaron a preparar caipirinhas con cachaga y zumo de

lima para Carlos. Sabía cómo utilizar un ordenador. Me ocupaba de las cuentas, las hojas de cálculo, las nóminas y todo eso. Lucia se enamoró de mí locamente. ¿Cómo no iba a enamorarse? Era ya algo mayor para que un macho Taltos la hiciera morir desangrada después de cubrirla.

»Eso es lo que los machos les hacemos a las mujeres humanas, a menos que estén en la menopausia. Lucia me cubrió de atenciones. Decoró esta habitación de color blanco para mí. Fue a Miami Beach para que un cirujano le retocara sus partes íntimas y le dejara la vagina tan tensa como la de una niña de doce años. Lo hizo por mí. Lo cual era de agradecer. Claro está que jamás me he acostado con una niña humana de doce años. Lucia era una amante deliciosa.

—Humm —dije—. ¿Y no te importa dejar que yazga en un charco de sangre con la cara destrozada?

—No demasiado. Dijiste que todo ser humano que hubiera en la isla moriría. ¿Hablabas en serio?

Oberon se sentó en la silla que había frente a su mesa. Se volvió, se sirvió otro vaso de leche de la jarra y lo apuró.

Luego se puso a observarnos de nuevo a los tres. Quinn y yo estábamos todavía de pie y Mona se había sentado en el borde de la butaca blanca, con las rodillas encogidas y el rostro arrebolado debido a la sangre que había ingerido; sus ojos llorosos reflejaban una tristeza indescriptible.

—¿Ese ordenador está conectado al mundo exterior? —preguntó Mona con voz débil, reprimiendo las lágrimas.

—Por supuesto que no —respondió Oberon sarcástica-mente—. ¿Me tomas por idiota? De haberlo estado, habría pedido ayuda. Habría tratado de ponerme en contacto con Rowan Mayfair en el Hospital Mayfair de Nueva Orleans.

Los tres guardamos silencio, sorprendidos por sus palabras.

—¿Cómo te enteraste de la existencia de Rowan? —inquirió Mona enjugándose los ojos. Las plumas negras de su vestido le acariciaron las mejillas.

—Nuestro padre nos dijo que si alguna vez nos halláramos en un apuro, debíamos ponernos en contacto con Rowan Mayfair en el Hospital Mayfair de Nueva Orleans. Creo que fue dos años después de que yo naciera. Silas había empezado a envenenar a nuestro padre, pero éste no se había dado cuenta. Sólo sabía que se sentía cada vez más débil. Creía que se moría de viejo. Fue a ver a sus abogados en Nueva York, En secreto. Sin mencionar nombres. Ni números. Nuestro padre era muy reservado. Morrigan casi nunca estaba despierta. Nuestro padre sabía que ocurrían cosas raras. Un día Morrigan se despertó y lo acusó de estar enamorado de Rowan Mayfair.

Enamorado de Rowan Mayfair.

—¿Por qué Morrigan dijo eso? —preguntó Mona con voz entrecortada.

—No lo sé —contestó Oberon con tono cansino y fingida inocencia—. Sólo sé que Rowan es mi único vínculo con el mundo humano. De pronto apareces tú, querida abuelita, con el propósito de rescatarnos. ¿No eres muy joven? Pareces una niña que juega a disfrazarse con la ropa de su madre.

—¿Siempre has tenido ese carácter? —pregunté—. ¿O es producto de tu época de esclavitud?

Oberon soltó una amarga carcajada. Contempló a la mujer que yacía muerta en el suelo.

—Eres muy listo —dijo—. Nací sabiendo que mi madre y mi padre estaban condenados. —Sonrió—. Mi padre no tenía temperamento para controlar a los varones jóvenes. Constantemente se producían partos clandestinos. Puede decirse que desde el principio comprendí que esto iba a terminar trágicamente. A fin de cuentas... —Oberon se detuvo, bostezó y prosiguió—: ¿Cómo vas a gobernar a una comunidad de Taltos a menos que estés dispuesto a matar a las criaturas concebidas inoportunamente y a los que cohabitan contraviniendo las leyes? —Oberon meneó la cabeza—. No se me ocurre ninguna otra forma. A menos que pongamos el cinturón de castidad a las hembras. No es imposible. Podrían ser unos cinturones de castidad modernos, de nailon. Pero nuestros padres no tenían esa mentalidad.

—¿Qué hacía el pueblo secreto aquí? —preguntó Mona tratando de hablar con voz firme—. ¿Os dedicabais tan sólo a gozar de la vida en esta isla?

—Desde luego que no —contestó Oberon—. Mis padres nos procuraron una vida maravillosa. Mi padre poseía un avión magnífico. En estos momentos está en Nueva

York, varado, muerto, huérfano. Como los juguetes de Little Boy Blue, esperando a que él regrese. En ese avión visitamos todas las grandes ciudades del mundo. Las que más me gustaron fueron Roma y Bombay. Me encantaría volver a visitarlas: Londres, Río, Hong Kong, París. Y México capital. Nos llevaron a todas partes. Y nos enseñaron a observar a los seres humanos y a fingir que lo éramos. A cambio, nuestros padres se ocuparon de todo cuanto pudiéramos necesitar o desear. Fue una vida fabulosa. Mi padre era muy estricto y muy prudente. Nada de teléfonos, ni Internet. A la larga eso podía haber sido un error fatal.

—¿No deseaste nunca huir? —preguntó Quinn.

—En absoluto —respondió Oberon encogiéndose de hombros—. El pueblo secreto me fascinaba. Además, los seres humanos suelen matar a los varones Taltos. A las mujeres les perdonan la vida. Pero siempre matan a los varones. Todos lo sabíamos. Nuestra vida en esta isla era muy agradable. Teníamos unos maestros magníficos. Nuestro padre consiguió que se trasladaran aquí en avión para pasar dos o tres semanas consecutivas. Por supuesto, nuestros maestros no sabían quiénes éramos realmente, pero eso no importaba. Disponíamos de una excelente biblioteca en el edificio principal; contenía libros, películas y demás.

Oberon bebió otro vaso de leche y torció el gesto.

—No está lo suficientemente fría —murmuró. Luego prosiguió—: A veces, durante nuestros viajes disponíamos de guías humanos. Como cuando fuimos a la India. Teníamos el barco, un magnífico yate para navegar. Y dos veces a la semana acudía una partida de limpiadores que dejaban toda la propiedad como nueva. Y luego estaba la selva. A Elath y a Releth les encantaba adentrarse en la selva. Lo mismo que a Seth. A mí no me hacen gracia los bichejos, los arañazos, las serpientes y esas cosas —añadió Oberon haciendo un gesto elocuente con su largo brazo.

»No, era una vida estupenda. Hasta que Silas inició su sublevación envenenando lentamente a nuestros padres. Y, por supuesto, aunque Silas no vivió para verlo, otros cohabitaban y se reproducían a sus espaldas y conspiraban contra él. La situación se desmoronó por completo. —Oberon volvió a encogerse de hombros—. Fue un absoluto desastre.

Se repantigó en la silla y miró a Mona, que estaba sentada en el borde de la butaca blanca.

—No quiero que la abuelita de la tribu se ponga triste —dijo Oberon con un tonillo odioso—. Tú no tienes la culpa. Las cosas son como son. Los Taltos no pueden convivir con los humanos. Los Taltos cometen unos errores fatales. Mi padre me dijo que si no hubiera sido Silas, habría sido otro. Fundar el pueblo secreto fue una idea absurda. Mi padre, poco antes de morir, se refería con frecuencia a Rowan May-fair. Decía que Rowan Mayfair sabría lo que tenía que hacer. Pero en aquel entonces mi padre estaba prácticamente prisionero en la villa. Y mi madre recuperaba el conocimiento sólo de vez en cuando.

Mona estaba destrozada. Las advertencias en el correo electrónico de Maharet tenían sentido. Unos principios darvinianos, según los había llamado Stirling. Deseé estrechar a Mona entre mis brazos.

Pero aún teníamos que registrar la parte principal de la villa. Oí unos gritos: un puñado de mortales acababan de descubrir a los cadáveres que habíamos dejado en las otras suites.

En éstas, volvió a abrirse la puerta y apareció primero el cañón negro y grasiento de una pistola y a continuación el individuo que había abierto la puerta de un puntapié. Yo

activé mi discreto poder para arrojarle al suelo y destrozarle el corazón. Una rociada de balas se alojó en el techo. Por poco me alcanzan. Estuvieron a punto de matar a esta pérfida criatura que les habla. ¡Habría sido una tragedia!

Salí a toda prisa por la puerta y me encontré en un porche alargado cubierto por un techado de paja. Otro mortal empuñó su arma. Yo activé el don del fuego. Y en la repentina y brillante iluminación, vi a otro individuo echar a correr. El fuego lo alcanzó. Hazlo rápidamente.

Cuando me volví, una mujer joven, vestida con unos vaqueros y una camisa, avanzaba hacia mí maldiciéndome y apuntándome con una voluminosa pistola automática. Yo la desarmé y activé mi poder. La joven cayó al suelo, escupiendo sangre por la boca. Cerré los ojos, asqueado.

Confíe en que habíamos exterminado a la mayoría de los lacayos. Quizás a todos. La Bossa Nova sonaba a todo volumen en el pequeño jardín. Distinguí las palabras susurradas en portugués, la sensual música de baile. Era una música que hablaba de paz. Hablaba de sueño. Era muy dulce, hipnótica.

A través de la puerta abierta vi el vestíbulo desierto con sus lujuriantes plantas y las baldosas rosas que se extendían hasta la amplia escalera central. Ansiaba subir, llegar al núcleo del mal.

Regresé a la habitación de las paredes blancas, cerré la puerta, sorteé el cadáver de Lucia y fui directamente al grano:

—¿Cuándo has visto por última vez a un Taltos, vivo o muerto?

Oberon se encogió de hombros.

—Hace unos nueve meses. De vez en cuando me parece oír la voz de Miravelle y de Lorkyn. Un día me desperté y vi a Miravelle encaminarse a la playa con Rodrigo. Quizá las hicieron prisioneras para que complacieran a esos canallas. Miravelle es una delicia, el tipo de Taltos algo bobo, para decirlo sin rodeos. Cuando Miravelle juega al tenis contigo, quiere que ganes tú. Es notoriamente estúpida. Habría sido muy fácil mantenerla con vida. Lorkyn es lo suficientemente astuta como para ocultar su auténtica personalidad, y es extraordinariamente bella. Tiene el pelo rojo como la abuelita aquí presente. Sé que he visto a Lorkyn. Pero ¿sigue con vida? ¡Quién sabe!

—No me llames eso —murmuró Mona dedicándole a Oberon una sonrisa glacial.

Parecía estar a punto de sufrir una crisis nerviosa—. Sé que lo dices respetuosamente, puesto que eres una criatura tan amable, llena de amor hacia todo el mundo, pero prefiero que me llames preciosa, bonita, tesoro, chiqui, e incluso cielo. Si vuelves a llamarme abuelita te encadenaré a esa pared y te dejaré aquí.

Oberon soltó otra carcajada espontánea.

—De acuerdo, chiqui —dijo—. No sabía que eras la jefa de esta pequeña operación.

Supuse que ese cargo lo ostentaba el guaperas rubio.

—¿Dónde está la habitación de tus padres? —pregunté.

—Es la suite del ático —respondió Oberon—. Probablemente los arrojaron al mar hace tiempo, créeme.

—¿Cuántas personas crees que quedan en el edificio principal? He liquidado a todos los hombres que había en esta ala del edificio, y también a una mujer.

—¡Qué bruto! —comentó Oberon suspirando—. ¿Cómo quieres que lo sepa? Veamos: Rodrigo, sus dos guardaespaldas, quizás un par de esos bestias, y puede que... Miravelle y Lorkyn. En la suite nupcial del primer piso siempre están de juerga: es el hogar de Rodrigo lejos de su auténtico hogar, situado en el piso de encima, en el centro de la planta y con vistas al mar. Según me dijo su madre —agregó Oberon señalando a la

madre difunta—. Me encantaría cargarme a uno de esos bestias, suponiendo que no los hayas liquidado a todos.

—¿Y las mujeres? ¿Traía Rodrigo a otras mujeres aquí? ¿Es posible que haya alguna huésped inocente en este lugar?

—No es probable —respondió Oberon ladeando la cabeza—. Si hay huéspedes, están todos sucios. Esto es un escondite, el lugar donde guardan la mercancía. Debido a lo cual tengo esperanzas de volver a ver a Miravalle o Lorkyn. Ya sabes, las hembras Taltos siempre están deseosas de darse un revolcón, por así decir. Existe el inevitable tema de la sangre, pero ocurre con posterioridad y puede solventarse sin que nadie se entere, ¡Y no hablemos de la leche! Es una leche deliciosa. Los seres humanos pueden utilizarlas ad nauseam.

—De acuerdo: espéranos aquí y no dispares contra nadie a menos que no tengas más remedio. Mona, Quinn y yo te sacaremos de aquí.

—No pienso quedarme aquí —replicó Oberon palpando la pistola que llevaba en el cinturón—. Os seguiré. Ya te he dicho que me apetece cargarme a un par de esos bestias. Además, si Lorkyn y Miravalle se encuentran aquí, quiero verlas. ¡Son mis hermanas, joder! ¿Creéis que voy a quedarme aquí sentado escuchando el tiroteo?

—¿No puedes averiguar por su olor si se encuentran aquí? —inquirió Mona.

Oberon soltó de nuevo otra de sus insólitamente dulces carcajadas.

—Son los machos los que desprenden olor, abuelita —contestó—. Debiste informarte un poco sobre esta especie.

—Eso trato de hacer —respondió Mona ásperamente, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Rescatarte y estudiarte, mi querido Oberon! He venido de muy lejos en tu busca, encanto. Me alegro de haberte encontrado por fin. Ya te lo he advertido: si vuelves a llamarme abuelita, te pego un puñetazo y te dejo seco.

Oberon soltó una sonora y sarcástica risotada.

—De acuerdo, chiqui —dijo—. No se me volverá a escapar. Eres guapísima.

Oberon se levantó y, después de desperezarse como un gato, le dedicó a Mona una péfida sonrisa.

—¿Se os ha ocurrido a alguno de vosotros, brillantes, astutos y concienzudos bebedores de sangre, sustraerle el móvil a alguna de vuestras víctimas? Quiero llamar a Rowan Mayfair.

—Yo tengo mi móvil —respondió Quinn—. Y otro par

que sustraje a mis víctimas. Pero es demasiado pronto para llamarla. Venga, sigamos registrando la villa.

—Vamos, bonita —dijo Oberon ofreciéndole a Mona su mano—. Matemos a Rodrigo para que se reúna con su madre. Luego volveremos para recoger a san Juan Diego.

—¿Por qué le tienes tanta simpatía? —pregunté.

—¿A Rodrigo? —contestó Oberon arqueando las cejas—. Lo detesto, te lo aseguro.

—No, a san Juan Diego —dije.

—Ah —Oberon se echo a reír—. Ya te lo dije, visité la catedral. Además, cuando Lucia me contó que le habían hecho santo, le recé para que obrara un milagro. ¡Dios bendito!

—exclamó de pronto abriendo los ojos como platos.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿Qué puede haber sorprendido al mayor cínico que ha existido jamás?

—¿No lo entiendes? —preguntó Oberon estupefacto—. ¡San Juan Diego ha respondido a mi súplica! ¡El milagro eres tú!

26

Rodrigo no era un tipo dejado. El vestíbulo estaba limpio, y no había un solo papel ni encima ni en los cajones del escritorio.

No obstante, la casa tenía el aire de un lugar abandonado, del que se había desposeído de su vitalidad y propósito.

La cocina era gigantesca, los aparatos estaban funcionando, y las encimeras, salvo por unas bandejas que contenían platos de fina porcelana, restos de langosta, vasos de leche y raspos de pescado, estaban limpias.

No había ni sombra de una presencia humana.

—¿No comprendes lo que significa esto? —preguntó Oberon mirando los platos—. Es comida de los Taltos, una dieta blanca. Es muy posible que estén aquí—dijo, sacudiéndose su languidez y mostrando signos de excitación.

Examiné el almacén: había cajas de leche en polvo, algunas de las cuales estaban abiertas, polvo y huellas en el suelo, latas de leche condensada, y una pila de botes vacíos.

—Explícame eso —dije.

Oberon le echó un vistazo y meneó la cabeza.

—No puedo —respondió—. A menos que uno de ellos baje aquí por las noches para prepararse un tentempié. Es una posibilidad. Si dejas a un Talto sin leche, hará lo que sea para obtenerla. Pero subamos al piso superior, estoy convencido de que mis hermanas están aquí. Lo sé.

—Un momento —terció Mona. Tenía los ojos enrojecidos y la voz aún le temblaba—. Esto no demuestra nada.

La amplia escalera central conducía al entresuelo y a las espaciosas habitaciones de lo que antiguamente había constituido la biblioteca. Había un buen número de ordenadores portátiles, otros de mayor tamaño, estanterías llenas de libros, mapas, globos terráqueos, televisiones y unos grandes ventanales que daban al mar. Todo estaba lleno de polvo, ¿o era arena? La música que provenía del piso superior estaba a todo volumen. El lugar mostraba un aspecto inhabitado e intacto.

—Esto era el paraíso —comentó Oberon—. No imaginas las horas placenteras que pasé en estas habitaciones. ¡Cielo santo, detesto esa música! ¿Y si cortamos la corriente para que cese?

—No es una buena idea —dijo Quinn.

Oberon empuñaba la pistola con ambas manos, y había abandonado su talante despectivo. Casi parecía eufórico. Pero la música le atacaba como una legión de mosquitos, y no podía dejar de estremecerse una y otra vez.

—Lo primero que voy a hacer es disparar contra los altavoces —dijo.

Subimos de nuevo por la escalera alfombrada, pendientes de detectar algún indicio de presencia humana. De pronto percibí el olor de uno.

La suite estaba situada en el centro del rellano y se abría al amplio porche, rodeado por una barandilla de hierro forjado y desde el que se veía el vestíbulo. El emperador se hallaba sentado en un gigantesco lecho situado a la derecha, tapizado de satén dorado, y cuyo cabecero de madera blanca estaba decorado con sirenas esculpidas. Hablaba rápidamente por un móvil, ataviado con un ceñido pantalón de cuero y una camisa de satén color púrpura desabrochada que dejaba al descubierto su torso musculoso untado con aceite. Tenía el pelo negro, corto y lustroso, un rostro tostado y reluciente, y unos ojos extraordinariamente bonitos.

En la estancia, una mullida moqueta de color crema, varias butacas y lámparas, y algunas puertas, que daban acceso a otras habitaciones.

Rodrigo colgó en cuanto nos vio entrar.

—Oberon, hijo mío, no te esperaba—dijo con voz melodiosa y un leve acento español. Dobló una rodilla, observándonos detenidamente al tiempo que nos sonreía con cordialidad. Llevaba las uñas de los pies arregladas y pulidas. Mostraba un talante

extremadamente afable—. ¿Quiénes son tus acompañantes? ¿Es que vamos a dar una fiesta? Pero, antes que nada, deberíamos presentarnos, ¿no os parece?

Acto seguido alzó un pequeño artilugio de color negro y la inundación de música de baile sensual cesó. Se oyó de nuevo el sonido de la brisa, acariciando el gran muro desnudo que daba al Caribe.

—No sabes lo que te agradezco que hayas hecho eso, Rodrigo —dijo Oberon suspirando—. Me he vuelto loco tratando de averiguar de dónde provenía esa música empalagosa e infernal.

—¿Ésa es la razón de que esgrimas esa pistola? —inquirió Rodrigo con tono afable—. ¿Dónde está mi madre? ¿No la has traído contigo? No consigo que nadie venga a visitarme a esta isla. Me siento humillado. Pero poneos cómodos. Sentaos. Ahí está el bar, servios lo que os apetezca. ¡Miravelle! —gritó Rodrigo—. ¡Tengo visita! ¿De dónde venís exactamente? De vez en cuando aparece un barco que atraca en mi puerto deportivo. Me alegro de que hayáis venido. Aquí somos muy reservados, no puedo invitaros a que os quedéis...

—No te preocupes por eso —respondí—, enseguida nos vamos. Sólo quería ver a Miravelle y a Lorkyn,

—¿ Ah, sí? —preguntó Rodrigo con expresión escéptica—. ¡Miravelle! —gritó de nuevo emitiendo un breve bramido con acento hispano.

Esta vez obtuvo resultado.

Una joven entró por el lado izquierdo. Sin duda se trataba de la susodicha Miravelle, de más de dos metros de estatura, rubia, con la cara ovalada, la piel tersa como un bebé, al igual que Oberon, y los ojos azules. Lucía un sencillo vestido de lino negro sin mangas y unas sandalias. Cuando vio a Oberon corrió a arrojarse a sus brazos. Oberon apenas tuvo tiempo de sujetarse de nuevo la pistola en el cinturón antes de abrazarla.

Oberon perdió toda reserva y la abrazó apasionadamente mientras le llenaba la cara de besos. Luego le apartó el pelo del rostro y soltó un sollozo al tiempo que la besaba en la boca.

—¡ Bueno, ya está bien! —declaró Rodrigo desde el lecho, dando una palmada con gesto imperioso—. Venga, separaos. ¿No me oyes, Oberon?

Pero Oberon y Miravelle siguieron besándose y hablando con tono agudo en una lengua extraña, utilizando palabras sibilantes que ninguno de nosotros entendía. Quinn los miraba asombrado, pero Mona no parecía en absoluto sorprendida por el espectáculo.

Rodrigo se levantó rápidamente de la cama. Cogió el móvil, se lo acercó al oído y gritó algunas órdenes en español. Luego agitó el móvil con extrañeza.

—Todos están muertos —dije—. Los he matado yo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Rodrigo abandonando su talante afable y mirándome, furioso. Sacó la pistola de su cinturón y me apuntó—. Te estás comportando groseramente en mi propia casa —dijo—, y no pienso tolerarlo.

Yo activé el poder de arrebatarle la pistola de la mano y lanzarla contra la pared de la derecha. Rodrigo me miró con los ojos muy abiertos, pero no se dejó amedrentar por mi exhibición de fuerza. Me miró rabioso, tratando de asimilar lo que acababa de contemplar, y se volvió hacia Mona y Quinn.

A todo esto, los dos Taltos se habían sentado en un sofá sin apartar la vista de Rodrigo.

Mona se sentó junto a ellos y Quinn se colocó a mi lado.

Escruté el interior. Había otro ser paseándose por el piso de arriba, pero no sabía si se trataba de un Taltos o de un hum

ano.

—Muy bien, ¿qué quieres de mí? —preguntó Rodrigo—. ¿Dinero? ¿Dices que has matado a mis hombres? ¿Por qué motivo? Si quieres esta isla, puedes quedarte con ella;

de todos modos no me pertenece, pensaba marcharme esta noche. Haz lo que te dé la gana. ¡Aléjate de él, Miravelle!

Rodrigo se distrajo unos segundos al oír un rugido y un sonido singular que, aunque me resultaba familiar, no conseguía identificar hasta que Rodrigo exclamó:

—¡El helicóptero! ¡Se van sin mí! —Eché a correr hacia la terraza—. Detenlos, maldita sea. —A continuación soltó una retahíla de palabrotas y blasfemias en español.

Yo escudriñé el interior del aparato. Eran dos seres humanos. Varones. ¿De qué nos servía a nosotros y en qué iba a beneficiar al futuro de ese lugar dejar que esos tipos huyeran? Me agarré a la balastrada de hierro forjado y activé el don del fuego.

No sabía si ese poder sería viable a tanta distancia, pero si fallaba, nadie se daría cuenta. Mis músculos estaban rígidos debido al esfuerzo, y desde mi interior emanaba toda la energía de la que era capaz. De pronto el fuego alcanzó al helicóptero en un costado. Yo dediqué cada partícula de mi conciencia a ese calor. El fuego. El helicóptero quedó envuelto en llamas y estalló.

Estaba muy alejado de nosotros, pero todos retrocedimos ante aquella bola de fuego que iluminó la isla.

Rodrigo no salía de su estupor.

Seguí sujetándome a la balastrada, mareado, empapado en sudor. Luego me aparté, contemplando el espectáculo del gigantesco helicóptero al caer de costado en la pista de aterrizaje. Ardió lentamente. Sentí de nuevo náuseas al comprobar que era capaz de hacer eso, al pensar que lo había hecho. Una sensación de vacío, de que nada tenía sentido, se apoderó de mí. No creía en nada. No valía nada. Debía morir. Era lo único en que pensaba. No podía moverme ni articular palabra.

Quinn asumió el control de la situación. Oí su voz firme a mi lado.

—Bien, amigo —le dijo a Rodrigo—, ya no se van sin ti. ¿Quieres que te hagamos algún otro favor? Dime, ¿qué hiciste con la pareja de Taltos que ocupaba la suite del ático, los padres de Oberon y Miravelle?

Rodrigo se volvió lentamente y me miró con los ojos entornados y la boca crispada en un rictus de ira. Luego tomó de nuevo su pequeño móvil y volvió a soltar una andanada de frases en español y una sola palabra reconocible: Lorkyn.

Oímos unos pasos en el piso superior.

—Humm. De modo que también está viva —dijo Oberon, situado detrás de Rodrigo.

Miravelle dijo con voz cantarina:

—Por favor, si habéis venido para salvarnos, subamos a la habitación de nuestros padres. Quiero verlos. Rodrigo nos prometió que estaban aquí- ¡Están conservados en hielo, a salvo! ¡Te lo ruego, Oberon! Subamos antes de que aparezca Lorkyn.

—Imbécil —dijo Rodrigo sin apartar los ojos de mí. Luego miró a Mona y a Quinn, tratando en vano de descifrar quiénes éramos, de encontrar algún modo de salirse del apuro. Ya no tenía la pistola, pero llevaba una navaja oculta en la bota, y esperaba con impaciencia que apareciera Lorkyn.

Lorkyn satisfizo nuestros deseos inmediatamente.

La oímos bajar las escaleras desde el piso superior. La oímos atravesar la terraza. Y, de pronto, apareció en la puerta de la suite.

Percibí el profundo y desesperado suspiro de Oberon antes de asimilar lo que veía, y Mona soltó una amarga carcajada.

Como era de prever, la criatura medía más de dos metros de estatura, tenía la piel tersa como un bebé y los brazos y las piernas desnudas. Su rostro era redondo, no ovalado, y sus ojos, verdes, almendrados, extraordinariamente bonitos, enmarcados por unas

pestañas tan espesas que, aun siendo auténticas, parecían falsas; tenía la nariz de una gatita, una boca exquisita, de un rosa vivo, y el mentón pequeño y firme. Su cabello era rojo como el de Mona, y lo llevaba peinado hacia atrás, mostrando su lustrosa frente, al parecer recogido en la parte superior de la cabeza, porque le caía por la espalda.

Lucía una camisa de cuero sin mangas, un cinturón que le ceñía las caderas y unas botas altas, atadas por detrás con unos cordones.

¿Lo que más me impactó? Que iba armada no sólo con una simple pistola, sino también con un AK-47, ambas enfundadas bajo el hombro.

Lorkyn comprendió al instante lo sucedido. Pero por si acaso Rodrigo soltó otra perorata en español, ordenándole que nos liquidara a todos, inclusive a Oberon, pero que perdonara la vida a Miravelle.

—Si mueves esa pistola, bonita—dije—, te prendo fuego aquí mismo.

Oberon estaba fuera de sí.

—¡Cerde asquerosa! —gritó enfurecido—. ¡Asesina! ¡Has traicionado al pueblo secreto! —No cesaba de temblar y se le saltaban las lágrimas—. ¡Estás compinchada con ellos y dejaste que me pudriera en la habitación del piso inferior! ¡Traidora! —En éstas sacó la pistola y apuntó a Lorkyn con ella.

Mona se la arrebató.

—Encanto —dijo Mona temblando de pies a cabeza—, Lorkyn no es ahora más que un espécimen. Rowan decidirá lo que debemos hacer con ella.

—¿Rowan Mayfair? —preguntó Lorkyn con voz suave e irónica—. ¿Rowan Mayfair ha dado con esta isla?

—¡Mátalos! —gritó Rodrigo en inglés.

Lorkyn no se movió.

—¿Y Rowan Mayfair envía a unos bebedores de sangre a rescatarnos de este lugar? — Su voz transmitía una dulzura totalmente física que poco o nada tenía que ver con sus intenciones. Sus facciones, que poseían una gran movilidad, expresaban sus emociones. Pero luego bajó la voz y añadió casi en un susurro—: No me extraña que papá se enamorara de esa mujer. Al parecer posee unos recursos admirables.

—¡No es cierto, nuestro padre amaba a nuestra madre! —protestó Miravelle—. ¡Te ruego que no digas esas cosas tan odiosas! Oberon ha sido liberado. ¡Estamos juntos de nuevo! Permite que permanezcamos juntos, Rodrigo.

—¡Mátalos! —gritó Rodrigo maldiciendo a Lorkyn una y otra vez en español.

—¿Por qué no lo liquidamos ahora mismo? —preguntó Quinn señalando a Rodrigo.

—¿Dónde están vuestros padres, Lorkyn? —pregunté—. ¿Lo sabes?

—Conservados en hielo, a salvo —contestó—. Pero ¿dónde? —inquirió Mona exasperada e irritada. —No se lo diré a nadie salvo a Rowan Mayfair —respondió Lorkyn.

—¡Déjame verlos, por favor! —le rogó Miravelle—. Oberon, oblígala a abrir el ático.

—Rodrigo, creo que no hay razón alguna para dejar que vivas —dije.

—Dejad que lo mate yo —dijo Oberon.

—No —respondí—, eres capaz de coger la pistola y matar a Lorkyn.

Rodrigo perdió los estribos, por así decir. Trató de saltar desde la terraza que daba a la fachada. Yo le retorcí el pescuezo y murió al instante. Luego lo dejé caer sobre las losas del piso inferior, donde permaneció tendido en un charco de sangre.

Al volverme, vi a Lorkyn acorralada contra la pared, con los brazos extendidos, como un crucifijo. Había tratado de desenfundar su pistola y Quinn la había obligado a

retroceder con el simple poder de su mente. Lorkyn lo miraba de hito en hito. Su serenidad era impresionante.

Mona la observaba, tratando en vano de entender su mentalidad.

Oberon no apartaba los ojos de Lorkyn y lloraba con amargura. Miravelle no se apartaba de su lado.

—Permaneciste aquí con ellos todo el tiempo —dijo Oberon desesperado—. ¿Acaso eras el cerebro que estaba detrás

de la fama de Rodrigo? ¡Pudiste haber utilizado tu intelecto y tu astucia para recabar ayuda! ¡Pudiste haber conseguido que nos sacaran de esta isla! ¡Maldita seas! ¿Por qué lo hiciste?

Lorkyn, la de la cara de garita, no respondió. Su dulce rostro mostraba una expresión profundamente receptiva.

Me acerqué a ella, le quité con delicadeza el arma automática y la hice pedazos al instante. Le cogí luego la pistola y la arrojé por la ventana: sobrevoló el jardín y finalmente cayó al mar. Lorkyn ocultaba una navaja en la bota. Una navaja preciosa, que le arrebaté y me guardé en mi bota.

Lorkyn no dijo palabra; me observó pacientemente con sus exquisitos ojos, como si yo le estuviera leyendo un poema.

Traté de escudriñar su mente, pero no conseguí nada.

—Llévanos junto a vuestros padres —le ordené.

—Sólo se los mostraré a Rowan Mayfair —insistió Lorkyn.

—¡Están en el ático, conservados en hielo! —dijo Miravelle—. Eso era lo que decía Rodrigo. Conservados en hielo. Vamos, yo os llevaré hasta allí. Rodrigo nos contó que cuando entró en la suite del ático, papá le dijo: «No nos mates, no podemos hacerte mal alguno; puedes conservarnos en hielo y vendernos a Rowan Mayfair y al Hospital Mayfair por muchos millones de dólares.»

—Por favor—le rogó Oberon llorando—. ¡Miravelle, querida, no seas idiota! No pueden estar conservados en hielo en la suite del ático. Yo sé dónde se encuentran. Sé dónde deben de estar. Si vigiláis a Lorkyn, os llevaré a ellos.

Nos movimos con la máxima rapidez. Quinn sujetaba a Lorkyn del brazo con firmeza. Oberon nos condujo escaleras abajo.

Entramos de nuevo en la gigantesca cocina.

Dos puertas enormes. ¿Un congelador? ¿Una cámara frigorífica? Una de las puertas estaba cubierta de candados.

Que yo rompí en el acto.

En cuanto se disipó el vapor, penetré en la cámara frigorífica y, a la luz que pendía sobre mi hombro, vi los cuerpos congelados en el suelo.

El hombre era alto y moreno, con canas en las sienes, y la mujer, pelirroja; ambos tenían los ojos cerrados y una expresión serena, y estaban tiernamente abrazados, vestidos con prendas de algodón blancas, descalzos: parecían dos ángeles que dormían abrazados. Estaban cubiertos de escarcha, como si se hubiera abatido sobre ellos un intenso frío invernal.

Flores heladas, que en su día fueron hermosas, se repartían por sus cuerpos, sin alcanzar no obstante sus rostros.

Permanecí a un lado, observándolos, mientras los otros asomaban la cabeza por la puerta.

Contemplé los fluidos congelados en el suelo, el tono ceniciento de algunas zonas de la piel, la perfección de su abrazo y su absoluta inmovilidad,

Miravelle soltó un agudo chillido.

—¡Mamá, papá!

Oberon suspiró y se volvió.

—Así terminó el patriarca al cabo de los siglos —murmuró—, asesinado a manos de sus hijos, y ella, la madre de todos nosotros, que pudo haber vivido un milenio. ¿Quién depositó aquí las flores, si se me permite preguntar? ¿Tú, Lorkyn, que has traicionado todo aquello en lo que creías? Fuiste tú, ¿no es así? Miserable desertora. Que Dios te perdone por haber hecho las paces con nuestro enemigo. ¿Los condujiste tú misma hasta aquí?

Mona se acercó al rectángulo de luz que formaba la puerta abierta.

—Esa es mi hija —musitó. Sin lágrimas. Sin sollozos.

Sentí su inmenso abatimiento, su pérdida de toda esperanza, sus sueños, incluso su amor. Observé la amarga aceptación en su rostro, el profundo desconsuelo.

Miravelle rompió a llorar.

—Los ha convertido en duros como el hielo —exclamó cubriéndose la cara con la mano sin cesar de llorar.

Me arrodillé junto a la pareja y apoyé la mano sobre la cabeza del hombre. Estaba congelada. En ese cuerpo quizás anidaba un alma, pero yo no la sentí. Aunque ¿qué sabía yo?

Otro tanto ocurría con la mujer pelirroja, cuya belleza nórdica guardaba un gran parecido con la de Mona.

Salí lentamente de la cámara frigorífica hasta alcanzar la tibia temperatura de la habitación. Abracé a Mona, que temblaba como una hoja, pero sus ojos, según observé a través del vaho blancuzco, estaban secos y entornados. Al cabo de unos instantes recobró la compostura.

—Vamos, querida Miravelle —dijo—. Cerremos la puerta. Esperaremos a que vengan a socorrernos.

—Pero ¿quién puede socorrernos? —preguntó Miravelle—. Lorkyn nos obligará a hacer lo que ella quiera. Y los otros han desaparecido.

—No te preocupes por Lorkyn —dijo Quinn.

Oberon se enjugó las lágrimas con gesto irritado y abrazó de nuevo afectuosamente a Miravelle. Alargó la mano derecha, con sus dedos estilizados, delicados, acarició la cabeza de Mona, que no apartaba la mirada del suelo, y la atrajo hacia él.

Cerramos la puerta de la cámara frigorífica.

—Quinn —dije—, marca el número de First Street y pásame el móvil.

Quinn, con gran destreza, hizo lo que yo le había pedido con la mano derecha, sin soltar a Lorkyn, a quien sujetaba con la izquierda.

El rostro de Lorkyn mostraba una expresión dulce y meditabunda, pero no revelaba nada. Oberon, aunque abrazaba a Miravelle y a Mona, miraba a Lorkyn con evidente antipatía.

—Presta atención —le murmuré a Mona.

Tomé el móvil y dije:

—Soy Lestat y quiero hablar con Rowan sobre Morrigan.

Al cabo de unos instantes, oí su voz grave y ronca al otro lado del hilo telefónico.

—¿Qué has logrado averiguar, Lestat?

Se lo conté todo.

—¿Cuánto tardaréis en regresar?

Mona me arrebató el móvil.

—¿Quizás estén vivos, Rowan! ¡Quizá podamos reanimarlos!

—Están muertos —declaró Lorkyn. Mona me entregó de nuevo el móvil.

—¿Podéis esperarme hasta que llegue allí? —preguntó Rowan.

—Somos criaturas de la oscuridad, querida mía —respondí—. Como suelen decir los mortales: ponte las pilas.

Eran las dos de la mañana cuando el reactor aterrizó en la isla. Apenas pudo efectuar un aterrizaje normal en la larga pista de aterrizaje.

Mona y yo, después de dejar a Oberon y a Lorkyn bajo la custodia de Quinn, nos habíamos pasado dos horas deshaciéndonos de todos los cadáveres que había en la isla. Arrojamamos todos los restos a las voraces aguas del mar, inclusive los del socarrado y humeante helicóptero, una tarea ingrata únicamente aliviada por las plácidas olas del Caribe, dispuestas a perdonar cualquier ofrenda impura.

Poco antes de que aterrizara el avión, Mona y yo descubrimos los aposentos de Lorkyn, una suite fastuosa provista de un ordenador conectado con el mundo exterior y repleto de información sobre los narcotraficantes y sus cuentas bancarias en una docena de países.

Pero lo que más nos llamó la atención fue la abundante información médica: un sinnúmero de artículos procedentes de fuentes impecables sobre todos los aspectos de la asistencia sanitaria, desde estudios de nutrición hasta neurocirugía, pasando por complicadas intervenciones para insertar un bypass en el corazón y para extirpar tumores cerebrales. De hecho, había más información médica de la que podíamos examinar.

Entonces descubrimos el material sobre el Hospital May-fair.

Lo teníamos ante nuestros ojos, almacenado en aquel extraño lugar, inserto entre la violencia y el misterio. Comprendí la magnitud del proyecto del Hospital Mayfair, lo multifacético, osado y esperanzador que era. Vi los planos del hospital y de los laboratorios. Vi las listas de médicos, las unidades, los programas y los equipos de investigación.

Por si fuera poco, Lorkyn había bajado docenas de artículos sobre el hospital que habían aparecido en publicaciones médicas.

Por último, hallamos una ingente cantidad de material sobre la propia Rowan: su carrera, sus logros en el campo de la investigación, sus planes personales con respecto al hospital, sus proyectos favoritos, sus criterios, sus metas.

No podíamos examinarlo todo.

De modo que decidimos llevarnos el microprocesador. No nos quedaba más remedio.

También teníamos que llevarnos el de Oberon. No podíamos permitir que algún extraño encontrara indicios de la tragedia.

Los primeros en bajar del avión fueron Rowan y Stirling. Rowan lucía unos vaqueros y una sencilla camisa blanca, y Stirling un traje de mezclilla. Ambos reaccionaron inmediatamente ante el espectáculo de los tres Taltos; Rowan los contempló estupefacta y en silencio.

Entregué a Rowan los microprocesadores de los ordenadores y ella se los pasó a uno de sus colaboradores, que se apresuró a guardarlos en el avión. Lorkyn observó la escena con una mirada tan inescrutable como la de Rowan, aunque su expresión era más suave, quizá porque formaba parte de su máscara de dulzura. Lorkyn no había despegado los labios durante toda la espera, y en esos momentos seguía encerrada en su mutismo.

Mirabelle lloraba. Después de haberse quitado el pañuelo de la cabeza y haberse cepillado el pelo, Oberon presentaba un aspecto muy atractivo y se dignó saludar a Rowan con una inclinación de cabeza.

—¿Dónde están los cuerpos? —preguntó Rowan a Mona de sopetón.

En éstas salió del avión un equipo de hombres vestidos con batas blancas y bajaron por la escalera de metal trans-

portando un objeto que parecía un gigantesco saco de dormir. Portaban también otros materiales que no pude identificar ni tampoco puedo describir.

Todos regresamos a la cámara frigorífica.

Aunque Quinn la sujetaba con fuerza, Lorkyn no protestó en ningún momento, pero no apartó sus exquisitos ojos de Rowan, salvo para mirar de vez en cuando a Oberon, que no dejaba de observarla con una expresión de puro veneno.

Rowan entró cautelosamente en la cámara frigorífica, como yo había hecho antes, y examinó los cuerpos minuciosamente. Tocó las manchas de fluidos congelados que cubrían el suelo. Observó las pequeñas zonas cenicientas de la piel de la pareja. Les palpó la cabeza. Por último, se retiró y dejó que el equipo de colaboradores se ocupara de trasladar los cuerpos al avión.

Luego miró a Mona.

—Están muertos —dijo—. Murieron hace tiempo. Probablemente minutos después de tumbarse aquí abrazados.

—¡Quizá no estén muertos! —replicó Mona desesperada—. Quizá puedan sobrevivir a temperaturas que nosotros no seríamos capaces de resistir. —Parecía frágil y cansada enfundada en su vestido negro de plumas; los labios le temblaban.

—Están muertos —repitió Rowan. Su tono no era cruel, sino solemne. Observé que se esforzaba en reprimir las lágrimas.

Mirabelle rompió a llorar de nuevo.

—¡Ay, mamá, papá...!

—Hay indicios de una avanzada descomposición —dijo Rowan—. La temperatura no se mantuvo constante. No se asfixiaron. Se quedaron dormidos como suele ocurrirle a la gente en la nieve. Probablemente al final sintieron calor, y murieron apaciblemente.

—Eso es maravilloso —dijo Mirabelle con profunda sinceridad—. ¿No te parece, Mona? Es una muerte muy bonita. ¿No crees que es muy dulce, Lorkyn, cariño?

—Sí, Mirabelle, tesoro—contestó Lorkyn suavemente—. No te preocupes más por ellos. Cumplieron su propósito.

Lorkyn había estado en silencio durante tanto rato que su calidez me sorprendió.

—¿Cuál era su propósito? —pregunté.

—Que Rowan Mayfair supiera lo que les había ocurrido —respondió Lorkyn con calma—. Que el pueblo secreto no había desaparecido,

Rowan suspiró. Parecía profundamente consternada.

Luego abrió los brazos en un gesto de resignación y nos condujo fuera de la cocina: la médico nos conducía lejos del lecho de muerte.

Salimos al tibio ambiente exterior. El paisaje presentaba un aspecto sereno, entregado al ritmo de las olas y la brisa, purificado de toda violencia y crueldad.

Dirigí la vista hacia la gigantesca selva, más allá de los edificios iluminados. Escudriñé el paisaje en busca de alguna presencia, ya fuera humana o de un Taltos. Pero la espesura estaba tan repleta de seres vivos que resultaba imposible distinguir la presencia de una determinada criatura.

Me sentí asqueado y vacío. Al mismo tiempo estaba muy preocupado por los tres Taltos. ¿Qué iba a ser de ellos?

El equipo médico pasó apresuradamente ante nosotros transportando los cadáveres hasta el avión, y nosotros nos encaminamos lentamente hacia la escalerilla metálica del aparato que aguardaba en la pista de aterrizaje.

—¿Fue nuestro padre quien solicitó que los congelaran? —preguntó Oberon, que había abandonado su talante despectivo—. ¿Fue voluntariamente al encuentro de la muerte?

—inquirió con tono sincero.

—Eso dijo Rodrigo —respondió Mirabelle, llorando desconsoladamente en los brazos de Stirling—. Nuestro padre me había advertido que me ocultara de los hombres malvados, de modo que yo no estaba con él en ese momento. No dieron conmigo hasta

el día siguiente. Lorkyn y yo estábamos juntas, escondidas en la casita que había junto a las pistas de

tenis. No vimos lo que ocurrió. No volvimos a ver a nuestros padres.

—No quiero subir al avión como una prisionera —dijo Lorkyn educadamente—. Y quisiera saber adonde me llevan. No tengo claro quién manda aquí. ¿Quiere hacer el favor de explicármelo, doctora Mayfair?

—En estos momentos estamos preocupados por usted, Lorkyn —respondió Rowan con el mismo tono apacible que Lorkyn había empleado con ella.

Rowan sacó del bolsillo del pantalón una jeringa y, mientras Lorkyn la miraba horrorizada tratando de zafarse, le clavó la aguja en el brazo por donde la sostenía Quinn. Lorkyn cayó mientras trataba de arañar a Quinn y, al cabo de unos instantes., todo su cuerpo se relajó —sus caderas, sus rodillas, sus manos finas y delgadas y su cara de gatita— y se quedó dormida.

Oberon la observó entornando los ojos y esbozando una siniestra sonrisa.

—Debió usted rebanarle el cuello, doctora Mayfair —dijo arqueando una ceja-. De hecho, creo que yo sería capaz de partirle todos los huesos del cuerpo si usted me lo permite.

Mirabelle se soltó de los brazos de Stirling, que la estrechaba afectuosamente, se volvió hacia Oberon y lo miró furiosa.

—No puedes hacerle semejante atrocidad a Lorkyn. No tiene la culpa de ser tan inteligente y saber tantas cosas. No debes lastimarla, Oberon, y menos en estos momentos.

Mona soltó una breve y amarga carcajada.

—Puede que hayas conseguido a tu espécimen más valioso, Rowan —dijo con fragilidad—. Analízala con todos los aparatos científicos conocidos, disecciónala, congélala en pe-dacitos y examínalos bajo el microscopio. ¡Haz que segregue la maravillosa leche de las hembras Taltos!

Rowan miró a Mona tan fríamente que era difícil adivinar si había oído sus palabras. Acto seguido pidió ayuda a uno de sus colaboradores que habían abordado el avión. Colocaron a Lorkyn, profundamente dormida, sobre una camilla provista de correas y la metieron en el avión mientras nosotros aguardábamos.

Stirling siguió a Mirabelle, que no cesaba de llorar a su padre y a su madre.

—Ojalá papá hubiera llamado a Rowan Mayfair cuando decidió hacerlo. Pero mamá estaba celosa. Sabía que papá amaba a Rowan Mayfair. ¡Nuestro padre no debió hacer caso a mamá! ¡Ahora los únicos miembros de la comunidad secreta que quedan somos nosotros tres!

Rowan captó esas palabras y me miró a mí y luego a Mona. Mona también las oyó y le dirigió una breve mirada a Rowan, que adoptó una expresión sombría.

Oberon era la viva imagen de la relajación: tenía todo el peso apoyado en una cadera y las manos enfundadas en los bolsillos, y observaba a Rowan detenidamente con sus inmensos ojos entornados y sus mejillas todavía humedecidas por las lágrimas.

—No me diga que pretende que me suba a ese avión con usted para trasladarme a su hospital de los prodigios médicos —dijo lentamente inclinando la cabeza hacia atrás.

—¿Adonde va a ir sino? —inquirió Rowan con una frialdad semejante a la de Oberon—. ¿Va a abandonar a Mirabelle y a Lorkyn?

—Rowan está emparentada contigo —observó Mona con voz tensa e irritada—, sois de la misma familia; se ocupará de ti, Oberon. Si tienes el más mínimo sentido común, deja a un lado tu apabullante sarcasmo e hiriente sentido del humor, sube a ese avión y compórtate como es debido. Quizá compruebes que perteneces a un clan de gente extraordinariamente generosa y rica.

—Tu optimismo me conmueve —replicó Oberon dirigiéndose a Mona—. ¿Debemos suponer que tu devoción a ese generoso clan fue lo que te llevó a fugarte con un par de bebedores de sangre y a permitir que te transformaran en lo que eres?

—¿Acaso no te liberé, Oberon? —pregunté.

—Me lo temía —contestó Oberon poniendo los ojos en blanco en un gesto de resignación—. ¿Es que, por amor a san Juan Diego, debo complacer a Rowan Mayfair, el único ser humano que mi padre amó sinceramente, y no cegar a Lorkyn con mis pulgares a la primera ocasión que se me presente o hacerle algo más exquisitamente cruel?

—Justamente —respondí—. Debes cooperar con Rowan en todo. No tienes nada que perder. Y no se te ocurra abalanzarte sobre Mirabelle y hacerle un hijo. ¿De acuerdo? Si te sientes tentado a hacerlo, piensa en san Juan Diego.

Oberon soltó una breve carcajada, alzó las manos, las dejó caer y, tras levantar las palmas hacia arriba, subió por la escalerilla metálica que conducía a la puerta abierta del avión.

—Ese Juan Diego debe de ser un santo tremendo —comentó Rowan en voz baja.

—Todos a bordo —dije—. Oberon te contará su vida y milagros.

—¡Un momento, he olvidado la estatuilla! —exclamó Oberon desde lo alto de la escalerilla—. ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

—Prometo llevártela —dije—. Además, los Mayfair te comprarán lo que desees. Anda, entra en el avión.

Oberon obedeció, pero al cabo de unos instantes volvió a aparecer por la puerta.

—¡Recuerda que es la estatuilla relacionada con el milagro ! —dijo—. ¡No te olvides de ella!

—No pienso hacerlo —respondí. Oberon desapareció.

No sólo quedaba Rowan, sino Mona, Quinn y yo.

—¿Adonde iréis ahora? —preguntó Rowan.

—A Blackwood Farm —contestó Quinn—. Hemos decidido permanecer los tres juntos. Rowan me miró. Nadie me ha mirado nunca como lo hace owan.

Luego asintió con la cabeza.

Rowan se volvió, pero antes de montarse en el avión, me abrazó entregándose por completo a mí. Al sentir su cuerpo cálido y vibrante, todas las barreras que yo había erigido se desmoronaron.

Nos besamos como si no hubiera nadie más presente, una y otra vez, hasta que nuestros besos se convirtieron en un elocuente lenguaje. Sentí el roce de sus pechos cálidos contra mi torso mientras la sujetaba por las caderas, con los ojos cerrados y la mente muda por una vez, como si mi cuerpo la hubiera arrinconado o inundado con tal cúmulo de sensaciones que era incapaz de indicarme lo que debía hacer. Por fin, Rowan se apartó y yo me volví de espaldas. Mi sed de sangre me paralizaba. El deseo sexual me paralizaba. Entonces se desató en mí un intenso amor por ella, un amor puro.

Permanecí inmóvil, asimilándolo. Sí, era un amor puro. Y de golpe e inevitablemente lo relacioné con el amor que había sentido al besar al fantasma de Patsy junto al pantano: un amor puro.

Mi mente se remontó varios siglos atrás, como el mecanismo de la conciencia empeñada en buscar el pecado, salvo que lo que buscaba eran unos momentos de amor puro. Entonces los sentí, secretos, silenciosos, breves, pero espléndidos. Espléndidos en su poder, independientemente de que la persona amada lo supiera o no, espléndidos por haberme permitido amar...

Vi unas imágenes fugaces de Ash y Morigan abrazados y el vaho blancuzco que emanaba de ellos. Un emblema del amor puro.

Las imágenes se disolvieron. Quinn me indicó que me alejara del rugido de los motores y abandonamos la pista de aterrizaje. Guardamos silencio durante el estrepitoso despegue del reactor, que por fin se elevó en el aire y desapareció entre las nubes.

El legendario misterio del Caribe se reveló ante nosotros. Otra pequeña isla empapada en sangre. Era increíble que esa gloriosa parte del mundo hubiera sido testigo de tantas historias de violencia.

Mona contempló el mar. La brisa agitaba su espesa cabellera roja. Sus ojos se habían secado. Era la viva imagen de una persona de luto.

¿Sería mi perfecta criatura capaz de comenzar de cero?

Me acerqué a ella. No quería entrometerme en su dolor. Pero Mona alargó el brazo izquierdo para atraerme hacia ella, y se apoyó en mí.

—Eso era lo que yo buscaba —dijo con la mirada fija en el infinito—, ése era mi sueño, mi sueño por encima de la sangre oscura, el sueño que me sostuvo a través de todo el dolor que lo precedió.

—Lo sé —respondí—. Te comprendo.

—Soñaba con hallar a Morrigan —dijo Mona—, con encontrarlos a los dos viviendo felices y satisfechos, con volver a verla a pesar de toda su locura, con pasar las noches charlando, besándonos, dejando que nuestras vidas se unieran y luego se separaran. Pero ahora... todo se ha venido abajo.

Yo aguardé, por respeto a lo que Mona acababa de decir.

—Vivieron felices durante mucho tiempo —dije al cabo de unos instantes—. Oberon nos describió su vida juntos. Vivieron durante años como una comunidad secreta. —Me esforcé en recordarle a Mona lo que Oberon nos había contado.

Mona asintió lentamente con la cabeza, sin apartar los ojos de las plácidas y cálidas aguas del mar. Mis palabras no causaron el menor efecto en ella.

—¡Debieron dejar que los ayudáramos! —murmuró—. ¡Michael y Rowan los habrían ayudado! ¡Qué absurdo! ¡Pensar que Morrigan no le dejó que llamara a Rowan porque estaba celosa! ¡Ay, Rowan, Rowan!

Yo me guardé mis pensamientos.

—Ven a Blackwood Farm —dijo Quinn—. Allí tendrás tiempo de llorar la muerte de tu hija y conocer mejor a Miravelle, a Oberon e incluso a Lorkyn.

Pero Mona meneó la cabeza.

—No —contestó—. Esos Taltos no me interesan. Miravelle es una criatura pura y frágil sin mi pasión, sin la pasión de su madre. El vínculo se ha roto. Morrigan murió sufriendo. Ellos se ocuparán de la pobre Miravelle. Pobre y tierna criatura, salvada de ese ser antiguo y de un parto mutante. No tengo nada que darle a Miravelle. En cuanto a Oberon, aparte de ser demasiado siniestro, ¿qué puedo darle? Antes o después matará a Lorkyn, ¿no crees? ¿Cómo justificará Rowan el haberse hecho cargo de Lorkyn? En cualquier caso, no es asunto mío. No me importa. Deseo estar con vosotros, vosotros sois mi gente,

—No es preciso que decidas nada en estos momentos —dije. Me compadecía de Mona. Y en mi fuero interno sentía una gran preocupación por la tarea que se le presentaba a Rowan.

—Las palabras de Maharet fueron muy claras —prosiguió Mona con voz entrecortada, sin mirarnos ni a Quinn ni a mí—. La naturaleza siguió su curso. Era inevitable.

—Quizá sí y quizá no —objetó Quinn—. Pero en todo caso ha terminado.

Me volví y contemplé la lejana villa con todas sus ventanas encendidas. Contemplé la extensa y rocosa selva que se alzaba detrás de la arena intensamente iluminada. Escruté

el paisaje. Percibí la presencia de los pequeños animales en la selva —los tamarindos, las aves, quizás incluso un jabalí— ocultos en la espesura. Era difícil precisarlo. Lo cierto era que no deseaba marcharme. No sabía muy bien por qué. Deseaba caminar por la selva. La espesa selva que no había explorado. Pero éste no era el momento idóneo. Nos despedimos de la isla. Quinn abrazó a Mona y se elevaron hacia las nubes. Regresé en busca de la estatuilla de mi amado santo, y al cabo de unos instantes partí hacia mi refugio de Blackwood Farm.

27

Me pasé por el apartamento, me quité la ropa de cuero, me puse una camisa de color lavanda, una corbata de color púrpura, un terno de lino negro, unas botas nuevas, me dirigí a Blackwood Farm, me acosté en la cama de tía Queen y me quedé dormido como un tronco.

(San Juan Diego estaba en la mesilla junto a mí.)

Recuerdo vagamente que Mona entró poco antes del amanecer para decirme que había enviado un correo electrónico a «la misteriosa Maharet» contándole todo lo sucedido. —Bravo —dije—. Te quiero. Sal de aquí.

Al anochecer, cuando me desperté, me dirigí a la casa y comprobé que se había presentado Stirling Oliver. Había cenado temprano con Tommy y Nash, que habían ido a pasar la velada en Nueva Orleans, y me esperaba en la «terrace de mimbre», situada en el ala este de la casa.

Me sentí tan reconfortado al contemplar cada uno de los detalles de Blackwood Farm y sus incautos inquilinos humanos que estuve a punto de echarme a llorar, pero me contuve. Recorrí las grandes estancias. No había ni rastro del fantasma de Julien. ¿Por qué había decidido darme un respiro? Sea como fuere, me alegré de no verlo. Aquí, en Blackwood Farm, la isla de St. Ponticus parecía remota, los horrores de la noche anterior, imaginados.

La deslumbrante pareja aún no se había levantado.

Tomé la estatuilla de san Juan Diego y salí de la casa.

La terraza de mimbre era una creación de Quinn: había recogido todos los muebles de mimbre antiguos que había encontrado en el desván en Blackwood Farm siendo un adolescente y los había mandado restaurar y colocar aquí. Era un lugar delicioso y evocador.

Los focos todavía no se habían encendido. Toda la iluminación provenía de un par de velones, y del cigarrillo de Stirling, vestido con una chaqueta ligera de mezclilla. La brisa había despeinado ligeramente su pelo corto y entrecano, pero por lo demás presentaba la viva imagen de la dignidad, Y de un mortal con quien me sentía a gusto y con quien podía hablar como si yo no fuera un monstruo.

Me senté en la butaca frente a él, con san Juan Diego a mi lado, aunque fuera de mi vista.

Soplaba la típica brisa otoñal. Resignado, disfruté del aire fresco y puro y contemplé durante unos momentos las nubes perladas y el brillo de las inquietantes e inevitables estrellitas que conseguía atravesarlas.

—Suéltalo de una vez —dije.

—Pues bien —respondió Stirling como si su juvenil mirada se hubiera despertado de pronto—: un avión que transportaba a gentes de nuestra organización aterrizó en la isla tan rápidamente como fue posible, recogieron todos los ordenadores portátiles y fijos que hallaron en la biblioteca situada en el entresuelo que nos había descrito Oberon, los vestigios de la comunidad secreta que Oberon quería rescatar, pero cuando se disponían a partir apareció un grupo de esos canallas. Los nuestros iban escoltados por media

docena de mercenarios que, aun no siendo miembros de Talamasca, desempeñan su trabajo con toda lealtad. Los canallas decidieron que lo más prudente era poner pies en polvorosa. A toda velocidad. Deduzco que comprendieron que su ocupación de la isla había terminado. Nuestro avión despegó sin mayores problemas, gracias al temple y a las dotes de persuasión de nuestros mercenarios.

"Entretanto, la firma Mayfair y Mayfair indagó en la historia de la isla, hallando una clara cadena de títulos de propiedad que revelaban la transferencia del centro vacacional Paraíso Perdido a la corporación denominada La Isla Secreta, cuyo único propietario y accionista era Ash Templeton. Los abogados de la corporación en Nueva York informaron de ello a otros abogados, quienes a su vez lo comunicaron a otros abogados, que eran los únicos auténticos administradores de los asuntos de Ash.

»Volaron a la isla esta tarde. Vieron su cadáver en el Hospital Mayfair. Informaron de que Ash redactó sus últimas voluntades hace cuatro años, dejándolo todo a Michael Curry y Rowan Mayfair, aparte de un fondo fiduciario para los hijos de Ash. Eso ocurrió después de que Ash abandonara Nueva Orleans con Morrigan. Asimismo, había un puñado de cartas. "Para ser entregadas a Michael Curry y Rowan Mayfair en caso de que yo muera o quede incapacitado." Ya están en manos de Michael y Rowan.

—No acabo de entenderlo —dije.

—Ash había empezado a tomar medidas —respondió Stirling—. Sabía que el pueblo secreto tenía problemas. Pero no las tomó con la suficiente antelación. La comunicación siempre era esporádica. Los abogados que administraban sus bienes ignoraban la localización del pueblo secreto y su nombre. La comunicación se interrumpió hace dos años. Ash debió de haber entregado a una de sus compañías una agenda, una hoja de ruta: «Si no tenéis noticias mías cada seis meses, etcétera.»

—Entiendo —contesté—. ¿Conoces el contenido de esas cartas?

—Por lo que me ha dicho Michael, las cartas contienen unas educadas advertencias, observaciones y la petición de que Rowan y Michael y la familia Mayfair se ocupen de los hijos de Ash. Ash era inmensamente rico. El dinero pasa esencialmente a manos de Rowan y Michael para que lo administren para Oberon, Lorkyn y Miravelle.

»Esto no presenta ningún problema. No sé si alguien te ha informado de ello, pero Rowan y Mona han obtenido cuantiosos beneficios del legado Mayfair. Rowan forma parte de los consejos de administración que invierten los fondos donados al Hospital Mayfair, y todos la consideran una mujer de negocios increíblemente astuta. Supongo que lo que quiero decir es que la fortuna Mayfair sigue aumentando, pese a los costes del Hospital Mayfair, que en la actualidad recibe numerosas subvenciones, y no me cabe duda de que Mayfair y Mayfair cumplirá las últimas voluntades de Ash al pie de la letra.

—¿Y tú crees que me deben una explicación? —pregunté.

—En cierto modo, sí —contestó Stirling—. Tú rescataste a los Taltos. Y, por supuesto, puedes contarle esto a Mona cuando se presente la ocasión. Que no dudo que se presentará.

Yo asentí con la cabeza.

—A propósito —dijo Stirling—, ¿te importa que te pregunte de qué vives?

—De la sangre.

—No, me refiero al aspecto económico.

—Repasa las Crónicas y los archivos de Talamasca. Los inmortales que no tienen dónde caerse muertos sólo existen en las películas de serie B. Tengo tanto dinero que no sé cómo emplearlo. Me lo administran unos mortales en París y Nueva York que sólo conocen mi voz. Si voy vestido con harapos, es por una cuestión moral, eso es todo.

—Es fascinante —observó Stirling.

—Continúa con el tema que nos ocupa —dije.

—Rowan está tan atareada en el laboratorio analizando los dos cuerpos que apenas ha tenido tiempo de echar un vistazo a las cartas. Michael las está leyendo en estos momentos. Me las mostrará más tarde.

»Por supuesto, los de Talamasca han entregado a la familia Mayfair todos los ordenadores que han requisado esta mañana en la isla. Los ordenadores son propiedad de Michael y Rowan según consta en el testamento de Ash. No tuvimos más remedio que entregárselos. Confío en que más adelante nos permitan estudiar el material.

—¿Ha tomado Mayfair y Mayfair alguna medida para impedir que los narcotraficantes regresen a la isla?

—Se han puesto en contacto con todas las fuerzas del orden que velan por la seguridad de esa zona, según creo, pero tengo entendido que es algo complicado. Les hemos propuesto enviarles a nuestros mercenarios. Quizás acepten nuestra oferta. Han enviado a un equipo de guardias de seguridad contratados privadamente. Y a una partida de limpieza. Al parecer, el yate y el avión pertenecían a Ash. Ese tal Rodrigo al que destruiste tan oportunamente estaba perseguido por el departamento de estupefacientes, según informaron a la familia cuando pidieron protección para la isla. La familia no ha cooperado con los del departamento de estupefacientes ni tampoco les ha invitado a participar. Todas las medidas que se han tomado son de carácter privado.

—Humm... —La isla me tenía preocupado. Esa selva. Lamentaba no haberme tomado un tiempo para recorrerla—. ¿Dónde están los Taltos?

—¿Quieres una respuesta breve o toda la historia?

—¿Me tomas el pelo?

—Pues bien, Miravelle y Oberon han pasado la mañana y la primera parte de la tarde en la casa de First Street, en compañía de Dolly Jean y Tante Osear —respondió Stirling—. Ha sido increíble. Ha habido momentos en los que he creído que alucinaba. Al parecer, Tante Osear no había salido de su apartamento desde hacía muchos años. Como recordarás, siempre se pone tres o cuatro vestidos a la vez.

—Sí, lo recuerdo —contesté—. Se dedica a propagar rumores insidiosos sobre mí. Tengo ganas de darle un escarmiento, pero si tiene realmente más de cien años, temo provocarle un ataque de corazón.

—Un buen argumento. Cuando Dolly Jean la llamó a su famoso teléfono, el que guarda en el frigorífico, Tante Osear accedió a acudir a First Street si le enviaban el coche, y pasó

la tarde con Dolly Jean y Michael entreteniendo a los bebés adultos con historias, o quizá fueran Miravelle y Oberon quienes las entretuvieron a ellos con historias, no estoy seguro; en cualquier caso, Michael y yo lo hemos registrado todo para la posteridad. Buena parte de lo que le contaron las dos ancianas asombró a Miravelle, pero Oberon se divirtió de lo lindo. Le parecieron los dos seres humanos más divertidos que había conocido jamás, y no dejó de reírse a mandíbula batiente al tiempo que golpeaba el suelo con el pie y descargaba puñetazos sobre la mesa.

»Como es natural, me sentí fascinado por esa colección de seres humanos, incluyendo a Tante Osear—dijo Stirling dándole una calada a su cigarrillo—. Tante Osear lucía tres o cuatro vestidos debajo de su abrigo granate ribeteado con piel de zorro, y un sombrero negro adornado con rosas y un ve-lito que le cubría el rostro. Tiene unos ojos como huevos. Entró en la casa santiguándose repetidamente y sosteniendo un rosario en la mano derecha, y subió los escalones de mármol que dan acceso al comedor seguida por una legión de chicos de doce años exquisitos. Los chicos no tardaron en descubrir la piscina y cuando se les invitó a darse un chapuzón, no lo pensaron dos veces. Quizá

sigan sumergidos en ella en estos momentos. Por lo visto jamás se habían bañado en una piscina.

Stirling se detuvo.

En esos momentos apareció la deslumbrante pareja. Ambos lucían un atuendo compuesto por una cazadora estilo safari y un pantalón color caqui —Quinn con una camisa cuyo cuello llevaba desabrochado y Mona con un jersey de cuello vuelto de color verde aceituna— que contrastaba con las elegantes ropas que habían lucido el día anterior.

Los dos estaban pálidos y un poco demacrados. Gracias al festín de la noche anterior, no necesitaban alimentarse, pero todo indicaba que la siniestra aventura había minado sus fuerzas. Quinn daba la impresión de ayunar. Mona parecía herida y frágil.

Durante unos momentos vi en ella a la joven consumida y agonizante que era cuando la vi por primera vez, lo cual me alarmó.

Mona besó y abrazó a Stirling, que se levantó para saludarlos.

Cuando le estreché la mano, Mona se inclinó para besarme en la boca. Noté que tenía fiebre, como si su cuerpo estuviera devorando sus anteriores sueños. Una profunda tristeza nublaba sus ojos.

Mona, incluso antes de sentarse en una silla de mimbre y apoyar los pies en la mesa, soltó de sopetón:

—Rowan ya debe de saber si están vivos o muertos.

—Están muertos, cariño —respondió Stirling—. No cabe la menor duda. Han elevado la temperatura de sus cuerpos a unos cuatro grados Fahrenheit y los han conectado a todos los aparatos que Rowan conoce. No existe ni un ápice de vida en ellos. Sólo una mina de oro de tejidos, sangre y huesos, que Rowan desea analizar.

—Claro, no podía ser de otro modo —se apresuró a decir Mona con voz grave. Cerró los ojos. Parecía perdida—. La científica chiflada debe de estar eufórica.

—¿Y el veneno? —pregunté—. Oberon dijo que las criaturas habían ido envenenando lentamente a Ash y a Morrigan.

Stirling asintió con la cabeza.

—Hallaron varias sustancias en su sangre y sus tejidos. Al parecer les administraron arsénico, Coumadin y otra sustancia química rara que ataca la musculatura. Las dosis eran capaces de matar a cualquier ser humano. Pero es un asunto complicado. Es posible que les administraran otros venenos que no sobrevivieron en sus organismos. También hallaron grandes cantidades de benzodiazepinas.

—Maldito Silas —murmuró Mona.

—¿Han dicho Miravelie u Oberon algo más sobre la vida del pueblo secreto? —inquirió Quinn—. Opino que cuantas más cosas averigüe Mona mejor para ella.

—¡Al cuerno! —replicó Mona en voz baja.

—Sí, ambos han dicho muchas cosas —prosiguió Stirling suavemente—. Al igual que algunos de los abogados neoyorquinos que representaban a Ash. Durante unos cuatro años gozaron de una vida muy agradable, hasta que el sinvergüenza de Rodrigo se apoderó de la isla. A Oberon le complace describir sus viajes y estudios. Miravelle se ha sumido en un estado infantiloides, y eso a Oberon lo irrita soberanamente.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Quinn.

—En el Hospital Mayfair. Rowan solicitó su ingreso para esta misma tarde: quería someterlos a unas pruebas.

—¡Genial! ¡Y ellos accedieron! —exclamó Mona—. ¿Cómo no se me ocurrió? ¡Rowan no tiene suficiente con los dos muertos! Lorkyn no le basta. ¡Tiene que utilizar también a los vivos de inmediato! Es típico de Rowan. ¿Alegó quizá que los pobrecitos parecían algo cansados? ¿O les inyectó algo en las venas y los arrojó sobre una camilla? Quisiera

montar una oposición convincente, pero no tengo fuerzas. De modo que dejaremos que desaparezcan en los laboratorios y salas secretas del Hospital Mayfair. ¡Adiós, dulce Miravelle! ¿Volveré a verte algún día? ¡Adiós, mi cáustico Oberon, espero que no te granjees la antipatía de las enfermeras con tu áspero sentido del humor, pues podrían hacerte la vida imposible! Pero ¿quién soy yo, hija de la sangre, para aspirar al privilegio de ver a esos extraños y anacrónicos seres, salvo quizá para introducirlos en el mundo laboral, donde sin duda serían víctimas de un insidioso humano equivalente a Rodrigo el narcotraficante ?

—Rowan no mantendrá encerrados allí a Miravelle y Oberon, Mona —contestó Quinn—. Nosotros nos encargaremos de ello. Rowan no los mantendrá prisioneros. Estás hablando de Rowan como si fuera el enemigo sin fundamento alguno. Si lo deseas, podemos ir ahora mismo al Hospital Mayfair a verlos. Nadie puede impedirnoslo.

—¿Estás muy equivocado! —dijo Mona sonriendo afectuosamente—. Crees que conoces a Rowan, pero no es así. Y, al parecer, mi querido jefe ha caído bajo su oscuro hechizo, al igual que Ash Templeton, que renunció a ella por su especie y no consiguió salvarlos debido a los celos que Morrigan sentía hacia Rowan. ¡Ay, qué terrible oscuridad! ¿Cómo puedes sentirte atraído por ese gélido corazón?

—Utilizas a Rowan de pararrayos —dijo Quinn con calma—. ¿Qué excusa tienes ahora para odiar a Rowan? ¿Porque ha declarado que Ash y Morrigan están muertos? El propio Lestat te dijo que estaban muertos. No pienses más en ello. Olvídate de todo. Mona meneó la cabeza y contestó atropelladamente:

—¿Dónde está el velatorio? ¿Dónde está el funeral? ¿Dónde están las flores? ¿Dónde está la familia cuyos miembros se besan unos a otros? ¿Depositarán a Ash y a Morrigan en la tumba familiar?

Yo le tomé la mano.

—Ofelia —dije suavemente—, ¿qué necesidad hay ahora de flores, o de que la gente se bese? ¿«Es posible que la inteligencia de una joven doncella sea tan mortal como la vida de un anciano»? Tranquilízate, hermosa mía.

Mona me respondió con una cita de Shakespeare.

—«Pensamiento y aflicción, pasión, infierno, ella prefiere el favor y la belleza.»

—No, regresa. Espera.

Mona cerró los ojos. El silencio se prolongó. La oí suspirar levemente.

—Cuéntale lo que ocurrió, Stirling —dije con cautela—. Cuéntale las partes cómicas.

—Si se me permite decirlo —respondió Stirling—, después de pasar una tarde con Tante Osear y Dolly Jean, y oír sus historias sobre los bebés adultos en el pantano, Miravelle y Oberon estaban para que los ingresaran en el hospital. Y seguramente Michael Curry se alegró de que se fueran.

—¿No trataron de huir de la casa? —preguntó Mona.

—Estaba rodeada de guardias —reconoció Stirling—. Pero, Mona, ¿cómo puede nadie dejar que esos dos deambulen solos por el mundo humano? Sí, el pueblo secreto lo soportó durante unos cinco años, según parece, y Oberon y

Miravelle nos han contado historias fabulosas de su vida con sus padres, pero el concepto básico empezó a desmoronarse desde el principio. La rebelión de Silas duró dos años. La ocupación de la isla por parte de Rodrigo otros dos, y ésa es la historia que conocemos hasta la fecha.

—¿Qué va a ser de ellos? —inquirió Mona.

—Oberon se ha puesto enteramente en manos de Rowan, y después de conocer a Michael y reflexionar sobre la casa de First Street, aparte de su cómico encuentro con Tante Oscar y Dolly Jean, creo que insiste en que Miravelle haga otro tanto. Digamos

que Oberon ha confiado su suerte, y la de su hermana, al Hospital Mayfair. Ésta es la situación.

—¿Se sabe algo de Lorkyn? —pregunté.

—No —contestó Stirling—. Ni una palabra. Sólo Rowan sabe lo que ha sido de Lorkyn. Michael no tenía remota idea.

—¡Pues qué bien! —exclamó Mona amargamente con labios temblorosos—. Me pregunto si Rowan la desmembrará viva.

—Basta —dije suavemente—, Lorkyn tiene las manos manchadas con sangre de otros. Era cómplice de Rodrigo. Rodrigo mató a Ash y a Morrigan. Déjalo ya.

—Amén —terció Quinn—. Me he encontrado unas pocas veces con criaturas tan aterradoras como Lorkyn. ¿Qué podía hacer Rowan con ella? ¿Entregarla a las autoridades antidrogas? ¿Crees que Lorkyn no les habría dado esquinazo? Rowan tiene una jurisdicción más allá de la ley, al igual que nosotros.

Mona negó con la cabeza. Su fragilidad aumentaba con cada minuto que pasaba.

—¿Y Michael? —preguntó en un tono que rozaba la histeria. Estaba pálida y la dureza de su mirada denotaba dolor—. ¿Qué va a ser de mi amado Michael en todo este lío? ¿Sabe él que Rowan coquetea con el gran Lestat a sus espaldas?

—De modo que se trata de eso —dijo Quinn con tono grave—. Porque tú, la persona que se acostó con él y parió a Morrigan, te lanzas sobre Rowan y la cubres de besos, ¿verdad? ¡No seas hipócrita, Mona!

Mona le dedicó una mirada fulminante.

—Nunca me habías dicho nada tan cruel, Quinn —musitó.

Stirling la miró estupefacto.

Yo no dije una palabra.

—Subestimas el amor de Michael y Rowan y lo sabes —dijo Stirling con cierta aspereza—. Ojalá pudiera romper mi palabra y revelar todas las confidencias que me han hecho. Pero no puedo. Baste decir que Rowan quiere a Michael con toda su alma. Sí, hubo momentos de gran tentación con Ash Templeton en Nueva York. Rowan ya no soportaba la situación, y ese inteligente inmortal, que la comprendía perfectamente... Pero Rowan no sucumbió. Y a estas alturas no destruirá los cimientos de su vida por nadie.

—Ésa es la verdad —apostillé con tono quedo.

Quinn se inclinó y besó a Mona, y ella lo recibió en señal de perdón.

—¿Dónde se encuentra Michael en estos momentos? —preguntó Mona rehuyendo mi mirada.

—Durmiendo —respondió Stirling—. Cuando Rowan entró apresuradamente y se llevó a Oberon y a Mirabelle, un tanto dramáticamente, Michael subió a acostarse y se quedó profundamente dormido. No creo que el hecho de que Tan-te Osear escrutara sus ojos y declarara antes de marcharse que era «el padre de una condenada progenie» contribuyera a apaciguarlo.

Mona se enfureció. (Claro que eso era mejor que enloquecer.) Tenía los ojos húmedos y enrojecidos.

—¡Al pobre Michael sólo le faltaba eso! ¿Cómo se ha atrevido esa mujer a presentarse ahí y hacer esos comentarios? Imagino que Dolly Jean pondría también su granito de arena. Dolly Jean jamás dejaría que una oportunidad semejante se le escapara de sus astutas manos,

—En efecto —respondió Stirling—. Aconsejó a Michael que echara un polvo amarillo alrededor de su cama. Creo que eso fue la gota que colmó el vaso.

—En mis tiempos gloriosos —dijo Mona en un tono cada vez más histérico y hablando de nuevo atropelladamente—, cuando era la destinataria del legado Mayfair, cuando me

paseaba con sombreros vaqueros, pantalones cortos y camisas de mangas amplias, cuando viajaba en el avión de la empresa, cuando valía billones de dólares y podía comerme todos los helados que me apetecieran, quise comprar una emisora de radio. Uno de mis sueños era ofrecer a Dolly Jean su propio programa para que la gente pudiera llamar y charlar con ella sobre las costumbres rurales y la sabiduría rural. Iba a ofrecerle a la Anciana Evelyn un programa...

»... Supongo que habrás oído hablar de la Anciana Evelyn, ¿no es así, Stirling?

»... ¿Y tú, Lestat? La Anciana Evelyn tan sólo susurra...

»... Y yo iba a ofrecer un premio a todo el que lograra comprender lo que ella decía. Supuse que la gente que llamara hablaría en susurros, al igual que la Anciana Evelyn. Tendríamos una hora de susurros. Y yo les daría unos premios, ¿por qué no iba a dárselos? Tendríamos también la hora de Michael Curry, durante la cual la gente llamaría para hablar sobre historias referentes al Irish Channel o canciones irlandesas, y Michael y las personas que llamaran las cantarían juntos. Y, por supuesto, yo tendría también mi propio espacio, referente a la economía mundial y las tendencias mundiales en materia de arquitectura y pintura... —Mona suspiró—. Iba a ofrecer un espacio a todos los chalados de la familia. Pero enfermé y no pude llevar a cabo mi propósito. Pero Dolly Jean sigue dando la matraca, Y Michael... Su esposa le traiciona contigo y el pobre no tiene a nadie que le defienda.

—Déjalo ya, Mona —dijo Quinn.

Mi dolor no incumbía a nadie más que a mí.

Mona se sumió en un trance, pero sólo durante unos momentos. Luego prosiguió, pálida y con la mirada vidriosa.

—Y ¿sabéis lo peor de todo? —preguntó entornando los ojos como si no lograra recordar su tema—. Ah, sí, que los vampiros no disponen de su propia página web.

—Más vale así —replicó Quinn—. No deberían tener una página web.

—Ha llegado la hora de que vayáis a cazar —dijo—. Estáis hambrientos. Andad, divertios. Dirigios al norte. Allí abundan las cervecerías de mala muerte. Matad el tiempo persiguiendo a vuestras presas. Seguro que mañana Rowan accederá a dejarnos ver los restos de Ash y Morrigan. Y de paso veremos también a Miravelle y a Oberon. Mona me miró perpleja.

—Eso sería genial —susurró—. Menudo espectáculo. Por un lado no deseo volver a ver a Rowan ni a Michael. Por una parte no deseo volver a ver a Miravelle ni a Oberon. En cuanto a Morrigan...

—Vamos, mi amada Ofelia —dijo Quinn—. Nos elevaremos por el aire, pequeña, haremos lo que dice nuestro querido jefe. Conozco la ruta de los billares y de las máquinas de discos. Beberemos el pequeño sorbo con los camioneros y los vaqueros, y, de vez en cuando, nos detendremos para bailar al son de los Dixie Chicks, y esperaremos a que aparezca un tío con una conciencia más negra que el carbón y lo llevaremos a un aparcamiento situado entre los árboles y nos pelearemos por él...

Mona no pudo por menos de reírse.

—Suenan salvaje y primario —dijo suspirando.

Quinn la obligó a levantarse. Mona se volvió, se agachó y me besó y abrazó afectuosamente.

Yo me llevé una agradable sorpresa.

—Mi pequeña hada —dijo abrazándola con fuerza—. No has hecho más que iniciar el camino del diablo. Tienes aún mucho que descubrir. Obra con inteligencia. Con rapidez.

—Pero ¿cómo se conectan los vampiros auténticos a través de Internet? —preguntó Mona con conmovedora seriedad.

—No tengo la menor idea, tesoro —respondí—. Aún no me he repuesto de la impresión que me produjo ver por primera vez una locomotora de vapor. Por poco me atropella. ¿Qué te hace pensar que los vampiros auténticos desean conectarse a través de Internet? —Deja de burlarte de mí —replicó Mona con aire ausente—. ¿No quieres que cree mi página web?

—¡Por supuesto que no! —contesté con tono sombrío.

—¡Pero tú has publicado tus Crónicas! —protestó Mona—.

¿O no? —insistió colocando los brazos en jarras—. ¿Cómo justificas eso? #

—Es un viejo método de confesión pública —respondí—, sacrosanta. Se remonta al Antiguo Egipto. Se lanza un libro al mercado y se lo califica de ficción, para que la gente lo lea, reflexione sobre él, lo recomiende a otra persona, lo deje a un lado para releerlo en el futuro, para que muera si nadie lo quiere, para que perdure si lo valoran, para acabar en un baúl, en una cámara acorazada o en la basura. ¿Quién sabe? En cualquier caso, no tengo que justificarme ante nadie. ¡Olvídate de Internet!

—A mí me suena a rancio —replicó Mona—. Pero no obstante te quiero. Piensa en mi idea de una emisora radiofónica. Quizá no sea demasiado tarde. Tú también tendrías tu programa.

—¡AAAAAAHHHHH! —grité—. ¡No lo soporto! Crees que Blackwood Farm es el mundo. No lo es, Mona. No es más que Blackwood Farm, el resto es el pantano de Sugar De-vil, créeme. ¿Cuánto tiempo crees que tú, Quinn o yo gozaremos de Blackwood Farm? ¡Santo cielo, tienes una conexión directa con el ser que te dijo dónde encontrar al pueblo secreto, te comunicas por correo electrónico con la «central de sabiduría» e insistes en crear tu página web! ¡Aléjate o no respondo de mí!

Creo que la asusté un poco. Mona estaba tan cansada y demacrada que retrocedió al oír el sonido de mi voz.

—No hemos terminado con el tema, querido jefe —dijo Mona—. Lo malo es que te dejas arrastrar por las emociones. A la que pongo algo en duda pierdes los estribos. Quinn la tomó en brazos y se la llevó, describiendo unos círculos enormes en la terraza, cantándole, hasta que desaparecieron de mi vista. Oí las carcajadas de Mona resonar en la apacible y templada noche.

Una cálida brisa llenó el silencio. Los árboles distantes parecían ejecutar un baile sutil. De pronto mi corazón comenzó a latir violentamente y una fría angustia se apoderó de mí. Tomé la estatua de san Juan Diego del suelo enlosado y la deposité sobre la mesa, donde debía estar. No dije una palabra sobre él. Este hombrecillo desarrapado, con sus rosas de papel, está destinado a unas representaciones más edificantes, pensé.

Me sentía profundamente deprimido. La noche pulsante me hablaba de la nada. Las estrellas diseminadas por el cielo confirmaban el horror de nuestro universo: los fragmentos del cuerpo de nadie se alejaban a una velocidad monstruosa de la fuente incomprensible, carente de significado.

San Juan Diego, haz que desaparezca. ¡Obra otro milagro!

—¿Qué ocurre? —preguntó Stirling suavemente.

Suspiré. Contemplé a lo lejos la decorativa cerca blanca del prado; el olor de la hierba era agradable.

—He cometido un error en este asunto —dije—, un error grave. —Observé al hombre al que me acababa de dirigir.

El paciente Stirling, el erudito inglés, el santo de Talamas-ca. El hombre que se codeaba con monstruos. Rendido de cansancio, pero siempre atento.

Stirling se volvió hacia mí. Tenía una mirada inteligente, perspicaz.

—¿A qué te refieres? —preguntó—. ¿Un error?

—No consigo convencer a Mona de la gravedad de su transformación.

—Te aseguro que lo sabe.

—Me sorprendes —respondí—. No olvides quién soy. Me consta que no te dejas impresionar por mi fachada. Posees una reserva de bondad y sabiduría que nunca deja que te olvides de lo que hay detrás de esta máscara. ¿Y crees que la conoces mejor que yo ?

—Es lógico que Mona se sienta aturdida después de recibir una conmoción tras otra —contestó Stirling con calma—. Es inevitable. ¿Qué esperabas de ella? Sabes que te adora. ¿Qué más da que te tome el pelo con unas proposiciones disparatadas? Siempre ha sido así. No siento el menor temor cuando estoy junto a ella, ni el menor recelo instintivo de un poder incontrolado. Todo lo contrario. Presiento que algún día, al echar la vista atrás, comprenderás que Mona perdió su inocencia y ni siquiera recordarás cuándo ocurrió.

Pensé en la matanza de la noche anterior, la salvaje eliminación del narco llamado Rodrigo y sus soldados. Pensé en los cadáveres arrojados al mar infinito. No pensé en nada.

—La inocencia no es nuestra seña de identidad, amigo mío —repliqué—. No la cultivamos. Creo que podemos tener honor, quizá más de lo que crees, y principios, y virtudes. Se lo he enseñado a Mona, y de vez en cuando somos capaces de comportarnos magníficamente. Incluso heroicamente. Pero ¿inocencia? No representa una ventaja para nosotros.

Stirling retrocedió unos pasos para reflexionar sobre mis palabras, tras asentir brevemente con la cabeza. Intuí que deseaba hacerme algunas preguntas, pero no se atrevía. ¿Por un sentido del decoro o por temor? Era imposible adivinarlo. Entonces nos interrumpió alguien, quizás afortunadamente. Jasmine se acercó a nosotros por el césped con otra cafetera llena de café para Stirling. Lucía un vestido ceñido de color rojo y unos zapatos de tacón alto, e iba cantando a voz en cuello:

—¡Gloria! ¡Gloria! ¡In Excelsis Deo!

—¿Dónde aprendiste ese himno? —pregunté—. ¿Es que todos os habéis propuesto volverme loco?

—Pues claro que no —contestó Jasmine—. ¡Qué ocurrencia! Es un himno católico, ¿no lo sabías? La abuela se ha pasado todo el día cantándolo en la cocina. Dice que proviene de la misa en latín que oficiaban antiguamente. Dice que ha visto a Patsy entonándolo en un sueño. Patsy llevaba ropa vaquera de color rosa y una guitarra.

—Mon Dieu! —exclame estremeciéndome. No había duda de que Julien no se acercaría a mí esa noche. Pero ¿por qué motivo?

Jasmine nos sirvió dos tazas de café humeante y depositó la cafetera sobre la mesa. Luego me besó en la coronilla.

—¿Sabes lo que me dijo tía Queen anoche en sueños? —preguntó Jasmine con tono jovial, dejando reposar una mano sobre mi hombro. Yo besé su mejilla aterciopelada.

—¿Qué? —contesté—. Pero dímelo suavemente. Me temo lo peor.

—Me dijo que se alegraba de que durmieras en su cama, que siempre había deseado que un hombre tan apuesto como tú durmiera en su cama. Se reía de gozo. La abuela dice que cuando los muertos se nos aparecen en sueños riendo de gozo, significa que están en el cielo.

—Creo que tiene razón —dijo Stirling sinceramente—. Este café es perfecto. ¿Cómo lo consigues ?

—Anda, bébetelo —dije—. ¿Has venido en tu potente MGTD?

—Por supuesto —respondió Stirling—. Si tuvieras ojos en la parte posterior de la cabeza, verías que está aparcado frente a la fachada.

—Quiero que me lleves a dar un paseo en ese cacharro. Tengo que entregarle a Oberon esta estatuilla del santo.

—¿Puedes sostenerme esta cafetera y esta taza mientras yo conduzco? ¿Te importa que me las lleve, Jasmine?

—¿No quieres llevarte también el platito? Es la pieza más bonita. Fíjate en ella. Es un servicio Royal Antoinette, de doce, decorado con este motivo tan bonito; lo envió Julien Mayfair, un regalo para la famille.

Pasaron unos segundos y de pronto lo entendí.

—No —respondí—. No lo envió Julien Mayfair.

—¡Te aseguro que sí! —insistió Jasmine—. Conservo la carta. Siempre me olvido de entregársela a Quinn. ¿Asistió Julien Mayfair al funeral? No lo conozco personalmente.

—¿Cuándo llegó este paquete? —inquirí.

—No lo sé. Hará un par de días —contestó Jasmine encogiéndose de hombros—. Poco después de que Mona Mayfair se instalara en esta casa. ¿Quién es ese Julien Mayfair?

¿Ha estado alguna vez aquí?

—¿Qué decía la carta? —pregunté.

—Que si iba a pasarse la vida en Blackwood Farm, quería ver su servicio favorito. ¿Qué problema hay? ¡Se trata de una porcelana muy fina!

Yo no tenía la menor intención de explicarle a Jasmine que Julien Mayfair era un espíritu, y que el motivo decorativo de ese servicio había aparecido años atrás en un encantamiento creado por Julien en el cual había invitado a un incauto y humano Quinn a tomar chocolate caliente y pastas mientras le explicaba que él, Julien, había copulado con la bisabuela de Quinn. ¡Maldito fuera ese diabólico espíritu!

—¿No te gusta? —preguntó Jasmine—. Pues a mí me parece precioso. A tía Queen le habría encantado. Esas rosas son muy del estilo de tía Queen. No puedes negármelo, Stirling me observaba con tristeza. Por supuesto, Stirling sabía que Julien Mayfair era un fantasma. O que estaba muerto. ¿Por qué me empeñaba en ocultar las actividades de ese demonio? ¿De qué me avergonzaba?

—Sí, es muy sugestivo —dije—. Posee la delicadeza de la porcelana antigua. Stirling, ¿qué te parece si te bebes todo el café que te apetezca y luego damos ese paseo en coche?

—Estoy listo —contestó Stirling levantándose.

Yo también lo estaba.

Abracé a Jasmine con impetuoso abandono y la besé apasionadamente. Jasmine gritó. Sostuve su rostro en mis manos y escruté sus pálidos ojos.

—Eres una mujer muy hermosa —dije suavemente.

—¿Por qué estás tan triste? —preguntó Jasmine—. Pareces muy deprimido.

—¿Ah, sí? No lo sé. Quizá porque Blackwood Farm es un momento en el tiempo. Que pasará...

—No mientras yo viva —contestó Jasmine sonriendo—.

Ya sé que Quinn va a casarse con Mona Mayfair y que ella no puede tener hijos. Lo sabemos todos. Pero Jerome se está criando aquí. Es mi adorado niño, y el hijo de Quinn, y Quinn le ha dado su apellido. Yo no le pedí que lo hiciera. Tommy también está creciendo aquí, Y es Tommy Blackwood. Y Nash Penfield envejecerá y seguirá siendo el administrador de esta casa, a la que ama profundamente. Y luego está Terry Sue, la madre de Tommy. No sé si tienes en cuenta a Terry Sue, pero era una chica rústica que se ha convertido en toda una señorita, te lo aseguro, un pequeño milagro creado por tía Queen. Dentro de poco se encargará de guiar a los turistas que visiten Blackwood Farm, al igual que su hija Brittany. Es la hermana de Tommy, una joven educada y encantadora. Y gracias a Quinn estudiará en un buen colegio. Todo es gracias

a Quinn y a tía Queen. No imaginas la de cosas que tía Queen le enseñó a Brittany. Blackwood Farm no desaparecerá. Ten fe, ¿Cómo vas a ayudar al fantasma de Patsy a cruzar el puente si no conoces el futuro?

—Nadie conoce el futuro —contesté—. Pero tienes razón. Sabes muchas cosas que yo ignoro. Es lógico.

Tomé la estatuilla de san Juan Diego.

—Sois Quinn, Mona y tú quienes os iréis de aquí —dijo Jasmine—. Soy consciente de vuestra impaciencia. Pero Blackwood Farm nos sobrevivirá a todos.

Tras darme otro apresurado beso, Jasmine se alejó, moviendo airoosamente las caderas, enfundadas en su vestido rojo, sobre aquellos tacones de aguja que realzaban sus bonitas piernas, con la cabeza erguida y agitando su pelo corto y rubio. La guardiana de las llaves, y del futuro.

Fui a reunirme con Stirling.

Nos montamos en el coche de techo bajo, que despedía un delicioso olor a cuero.

Stirling se enfundó unos elegantes guantes de conducir color crema y arrancamos como una exhalación, traqueteando sobre cada piedra y guijarro del camino.

—¡Esto es un coche deportivo! —exclamé.

Stirling encendió un cigarrillo con el encendedor del salpicadero y metió la directa.

—¡Así es, amigo! —gritó para que le oyera a pesar del viento, sacándose de encima veinte años—. Y cuando quieres apagar el cigarrillo, puedes hacerlo en la calzada —agregó—. Es una belleza.

Nos dirigimos velozmente hacia el pantano.

No abandonamos los senderos que permitían correr y conducir con mayor temeridad para dirigirnos al Hospital Mayfair hasta que faltaban unas tres horas para que amaneciera.

Durante largo rato recorrí los pasillos, admirando los murales, los bancos y los asientos para los familiares de los pacientes, así como la elegante decoración de las salas de espera, con sus cálidos muebles y cuadros. Y los vestíbulos adornados con grandiosas esculturas y resplandecientes suelos de mármol.

Luego penetré en los laboratorios y áreas de investigación, y me perdí en un laberinto de lugares secretos en los que me crucé con unos individuos ataviados con batas blancas que me saludaron inclinando ligeramente la cabeza, dando por hecho que sabía adonde me dirigía estrechando la estatuilla contra el pecho.

Este monumento a una familia y a una mujer era gigantesco, más de lo que mi mente podía abarcar. Un lugar que incidía en las vidas de miles de personas. Un inmenso jardín en el que habían plantado infinidad de semillas para crear un bosque que perpetuara su esplendor.

¿Qué hacía yo en la montaña sagrada del ser que camina junto a Dios?

Buscar a Oberon en aquel silencio aterciopelado.

Oberon se hallaba frente a la ventana, vestido con una bata blanca, contemplando los arcos iluminados de los dos puentes del río, el suave resplandor cristalino de los edificios del centro. Cuando entré en la habitación se volvió hacia mí.

—San Juan Diego —dije depositando la estatuilla sobre la mesita que había junto a la cama.

—Gracias —respondió Oberon afectuosamente, sin el menor rastro de su antiguo desdén—. Ahora podré dormir.

—¿Te sientes desgraciado? —pregunté.

—No —contestó Oberon suavemente—. Sólo perplejo. En mi celda me decía que toda la belleza del universo se contenía en las caprichosas olas del mar. Tenía que creerlo.

Pero el mundo es una selva llena de maravillas. Me siento muy feliz. Y mi alma no está en guardia frente a Miravelle, mi dulce y necia Miravelle. Estoy a salvo. Y ella también. Y soy libre.

28

La temperatura de la habitación era de unos cuatro grados Fahrenheit. Hasta yo sentía frío. Rowan tenía los labios cerúleos, pero permaneció, sin rechistar, a la entrada, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en la pared, permitiendo que nos tomáramos todo el tiempo que quisiéramos. Llevaba una bata blanca, con su nombre, y unos pantalones blancos. Lucía unos zapatos negros, sencillos, y llevaba el pelo recogido. No me miró, de lo cual me alegré.

Las paredes eran blancas. Al igual que las losas del suelo. La habitación estaba llena de todo tipo de aparatos, monitores, tubos y recipientes, pero habían sido desconectados y apartados hacia las esquinas de la estancia. Las ventanas estaban cubiertas por unas persianas metálicas que mantenían a raya los pintorescos sonidos y luces de la noche. Miravelle, con un largo y púdico camisón de algodón rosa, lloraba en silencio. Oberon, con un pijama y una bata de seda blancos, nos observaba con los ojos entornados y relucientes.

Mona, la aventurera vestida con ropa de safari, guardó silencio, con la mano izquierda apoyada en la espalda de Miravelle, sosteniendo con el brazo derecho un gigantesco ramo de flores variadas. Tenía los ojos secos y parecía cansada y aterida de frío.

Quinn permaneció en el umbral, a mi lado, sosteniendo el ramo que Mona le había pedido que portara.

El ambiente estaba saturado del perfume de las flores. Había margaritas, zinnias, lirios, rosas, gladiolos y otras flores que yo no conocía, de una gran variedad de colores.

Los cadáveres yacían sobre unas camillas separadas. Las extremidades presentaban un aspecto flexible, la piel un color verdusco, y los rostros aparecían demacrados. Habían cepillado la melena espesa y roja de Morrigan, que estaba desparramada en torno a su rostro como si yaciera en el agua. ¿Influyó ese detalle en que Mona pensara más en Ofelia? Ash tenía las pestañas muy largas, y también los dedos. Calculé que debía de medir más de dos metros. Tenía el pelo negro y espeso, largo casi hasta los hombros, salpicado de canas por encima de las orejas, y una boca bien perfilada. Morrigan guardaba un gran parecido con Mona. Ambos formaban una hermosa pareja.

Sus cabezas reposaban sobre sendas almohadas, y yacían sobre unas sábanas limpias. También les habían puesto ropa limpia: unos sencillos pantalones de algodón blanco y una camisa con escote en pico. Era un atuendo sencillo, muy parecido al que llevaban cuando los encontramos, lo cual parecía haber ocurrido hacía siglos.

Sus pies desnudos daban la sensación de estar muertos. No sé muy bien por qué. Quizá porque tenían un color más macilento, o porque estaban ligeramente deformes.

Yo quería ver el color de los ojos de Ash. Quería saber si era posible levantarle un párpado y contemplar el ojo que había debajo. Pero no me atreví a hablar, ni a pedir nada.

Por fin Miravelle se movió. Rodeó el rostro de Ash con la mano derecha y se inclinó para besarlo en los labios. Al comprobar que los tenía suaves y dúctiles, cerró los ojos y lo besó ferviente y prolongadamente. Luego extendió la mano izquierda, y Mona le entregó el ramo.

Miravelle torró las flores y las distribuyó sobre el cadáver de Ash, desplazándose de un lado a otro, hasta cubrirlo parcialmente con ellas. Entonces Mona le entregó el resto, y Miravelle siguió cubriendo el cuerpo de Ash, hasta dejar sólo su rostro al descubierto.

Antes de retirarse, lo besó en la frente.

Fue Morrigan quien la hizo llorar.

—Madre —dijo Miravelle.

Mona, agarrada a Miravelle, no dijo una palabra. Pero dejó descansar la mano sobre la de Morrigan y, al comprobar que era flexible, le apretó los dedos.

Quinn entregó las flores a Mona. Mona le dio la mitad a Miravelle y ambas las fueron depositando sobre el cadáver de

Morrigan.

Oberon observó la escena en silencio, pero con los ojos empañados. De pronto las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Tenía el ceño levemente fruncido.

Los desgarrados sollozos de Miravelle remitieron. Mona la condujo lentamente hacia la puerta.

—Adiós, Morrigan —murmuró Mona volviéndose.

Todos salimos de la habitación y seguimos a Rowan por un pasillo corto cubierto por una mullida moqueta.

Entramos en una sala de conferencias espectacular. En ella nos encontramos con Michael y Stirling, ambos vestidos con trajes oscuros. Yo también llevaba un traje oscuro, al igual que

Quinn.

Las sillas de esa sorprendente sala eran genuinamente Chippendale, y estaban dispuestas en torno a una mesa ovalada y pulida. De las paredes de color lavanda colgaban cuadros magníficos expresionistas, de un color intenso y vibrante. Sentí deseos de robarlos para colocarlos en mi apartamento. Las ventanas estaban abiertas a la cálida y luminosa noche. Adosado a la pared, había un mueble bar con la superficie de mármol, sobre el cual estaban dispuestas algunas botellas y unas copas de cristal fino. Michael bebía bourbon a grandes tragos. Stirling sostenía en la mano un vaso de whisky.

Miravelle trató de enjugarse los ojos con escaso éxito. Rowan le sirvió un poco de jerez, y Miravelle se rió al alzar

la copa por su delicado tallo. Luego se bebió el jerez a sorbos. Reía y lloraba al mismo tiempo, con tono quedo. Su camión de color rosa ofrecía un aspecto muy suave.

Oberon rechazó con un ademán la copa que le ofrecía Rowan y se puso a mirar por la ventana, ajeno a nosotros. No se molestó en enjugarse las lágrimas. Entonces me percaté de que se había quitado la laca de las uñas.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó Mona.

Rowan se reclinó en el asiento y, tras reflexionar unos minutos, respondió:

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—No me imagino estando en tu lugar —contestó Mona escuetamente.

Rowan se encogió de hombros. Pero su rostro mostraba una expresión triste que no trató de disimular.

En éstas, Oberon terció:

—Puedes hacer lo que quieras con ellos, Rowan —dijo con un toque de su antiguo desdén—. A fin de cuentas, papá le dijo a Rodrigo que conservara los cadáveres para ti. Está muy claro. Rodrigo no era lo suficientemente inteligente ni perspicaz para imaginar a qué se refería. La intención de papá es evidente. Quería donarte los cadáveres. Con esto está dicho todo.

—Todo eso es cierto —dijo Miravelle asintiendo con la cabeza—. Papá te quería, Rowan. Sinceramente. Cumple con los deseos de papá, por favor.

Rowan no contestó. Se quedó mirando hacia el infinito, como solía hacer. Luego pulsó un botón, debajo de la mesa.

Al cabo de unos segundos se abrió la puerta y entró Lor-kyn.

Su aparición me produjo de nuevo un sobresalto, no sólo porque nadie la acompañaba, sino porque lucía un pantalón y una bata blanca de médico en la que llevaba prendida una etiqueta que decía «Lorkyn Mayfair», y su expresión era tan impenetrable como cuando me topé con ella por primera vez en La Isla Secreta.

La pureza del uniforme blanco realzaba su dulzura de gatita: la nariz respingona, la boca rosada y sus ojos grandes. Llevaba el pelo recogido en la coronilla y le colgaba por la espalda. Lo tenía rojo como el de Mona, con la que también compartía el verde de sus ojos.

Lorkyn se acercó con paso decidido y se sentó a la mesa, frente a Oberon, Miravelle y yo.

Mona la miró fríamente. Oberon la observó con recelo. Miravelle la contempló como si fuera un bicho raro. Sólo Rowan conocía el motivo de su presencia.

Fue la propia Lorkyn quien nos lo explicó.

—Os lo diré una sola vez, Oberon y Miravelle. No estoy dispuesta a que me asediéis a preguntas, sino a que me escuchéis.

—Espero que sea algo sensacional —comentó Oberon con amargura. —Lo es —dijo Rowan—. Prestadle atención.

—Me dediqué a sustraerle dinero a Rodrigo y transferirlo a unas cuentas numeradas a nuestro nombre —dijo Lorkyn—. También informé a las autoridades en Miami Beach sobre las actividades de Rodrigo y me afané en eliminar sus contactos tan rápidamente como pude. Tened presente que no habría tenido acceso a los datos relativos a su situación financiera si no hubiera desempeñado el papel adecuado. Asimismo, traté desesperadamente de averiguar quiénes eran nuestros padres legalmente, quiénes eran los propietarios legales de La Isla Secreta. Pero no lo conseguí. No conocía el apellido de papá. Hace años, cuando papá comenzó a sospechar que Silas podía causarle problemas, destruyó todos los documentos que pudieran permitirle controlar sus finanzas. Los abogados de papá llegaron en avión y se fueron llevando esos documentos en sus carteras.

»Si yo hubiera conocido los nombres de Templeton y Paraíso Perdido habría podido tomar contacto con los abogados de papá en Nueva York.

»En cuanto a Rodrigo, no tuve oportunidad de matarlo.

Siempre nos movíamos rodeados de guardias armados. Has-ta la noche en que Rodrigo murió, cuando este arcángel rubio logró liquidar a todos sus guardaespaldas antes de acabar con él. Nunca tuve ese poder ni esa oportunidad.

»Pero esperé el momento oportuno, y mientras iba acumulando dinero y trataba de hallar la forma de matar a Rodrigo y a su madre y liberaros a ti, Oberon, y a ti, Miravelle, y sacaros de la isla para trasladaros sanos y salvos al Hospital Mayfair, donde nos ayudarían.

Oberon permaneció en silencio. Parecía deseoso de creer a Lorkyn pero no estaba muy convencido de lo que decía.

Lorkyn prosiguió:

—En mi tiempo libre, que tenía de sobra, me dediqué a informarme sobre el Hospital Mayfair. Desde que papá nos había hablado sobre él, y sobre Rowan Mayfair, decidí averiguar de qué se trataba. No quise pedir ayuda hasta cerciorarme de que era lo más prudente. Busqué en Internet datos referentes a Rowan Mayfair y al Hospital Mayfair. Leí todo lo que pude sobre el tema. Pero no hallé nada que me garantizara que Rowan Mayfair tuviera el poder, la experiencia o los medios de librarnos de Rodrigo y su familia de criminales. Comprendí que era yo quien tenía que acabar con Rodrigo, Para poder salir de la isla con vosotros y ponerme en contacto con Rowan. Si no creéis lo que

os digo, no puedo demostrároslo. Así que os aconsejo que utilicéis vuestro sentido común.

—¿Por qué diablos no te pusiste en contacto con las autoridades? —le espetó Oberon bruscamente—. ¿Por qué no enviaste por correo electrónico al departamento de estupefacientes las pruebas de que disponías?

—Si lo hubiera hecho, ¿dónde supones que estarías en estos momentos?

La ira se desvaneció del rostro de Oberon, pero no apartó la mirada de los ojos de Lorkyn.

—No lo sé —contestó Oberon al cabo de unos instantes,

—Yo tampoco —dijo Lorkyn—. ¿Crees que habrían creído en tu inocencia? ¿Crees que habrían creído la historia del pueblo secreto? ¿Crees que te habrían encerrado en calidad de testigo de cargo? ¿Crees que los enemigos de Rodrigo no te habrían liquidado antes del juicio?

—Comprendo —respondió Oberon con aire aburrido.

—¿De veras? —le increpó Lorkyn exhibiendo sus dotes melodramáticas, aunque sin exagerar—. Rowan Mayfair sabe quiénes son los Taltos.

—¿Qué era lo que buscabas? —preguntó Mona.

—Un refugio —respondió Lorkyn—. Posiblemente el único refugio que existe. Y al llegar aquí, después de pasar ocho horas seguidas conversando con Rowan, se disiparon todas mis dudas.

—Un tanto prematuramente —comentó Mona.

Lorkyn la miró y, arqueando las cejas, preguntó:

—¿Tú crees?

Mona no respondió.

Rowan calló. Ni siquiera miró a Mona.

—Disculpád a Mona —dijo Quinn con tono quedo.

—Continúa, Lorkyn —dije—. De modo que pasaste ocho horas seguidas conversando con Rowan. ¿Y qué?

—Éste es el lugar donde pueden alojarse los Taltos —contestó Lorkyn.

—¿Para qué? ¿Para ser analizados? —inquirió Mona—. ¿Vas a meternos en jaulas y a tenernos en un laboratorio? ¿A esto llamas tú un refugio? Esa mujer te pone una inyección antes de subirte a su avión, te deja inconsciente, ¿y tú depositas toda tu confianza en ella?

Lorkyn miró a Mona. Fue un momento extraño; la Taltos alta y de cuello largo se sentía desconcertada por la actitud de Mona. Luego se apartó y prosiguió.

—No me has entendido, Mona —dijo Lorkyn con tono suave pero firme—. Me refiero a este lugar e torno, una comunidad, un mundo en el que podemos vivir, como un n

funcionar y prosperar sintiéndonos protegidos. He estudiado mucha medicina. Tú lo sabías cuando entraste en mi ordenador en la

isla. Tú le entregaste el disco duro a Rowan. Le diste pruebas de mis estudios. Yo le he dado una prueba oral de mis estudios. Quiero seguir con ellos. Quiero ser médico. Ése es mi deseo y Rowan me ha aceptado como su alumna. Rowan me ha acogido con simpatía. Oberon y Miravelle también pueden hallar ventajosas oportunidades de trabajo aquí. Éste es un universo autosuficiente en el que los Taltos podemos ser supervisados y protegidos sin sentirnos agobiados, y vivir tranquilos.

—¡Qué ingenioso! —dijo Stirling—. No se me había ocurrido,

—¡Me parece una idea maravillosa! —dijo Miravelle—. Y podemos ir vestidos con camisones, al menos yo. Los camisones me chiflan.

—Como sabes —prosiguió Lorkyn sin apartar los ojos de Mona—, conectados con este hospital hay numerosos aparta

mentos en los que se alojan los familiares de los pacientes. Podemos vivir en esos apartamentos y estudiar y trabajar aquí. No tendremos que salir de este recinto, salvo con un propósito concreto.

Lorkyn se volvió para mirar a Oberon.

—He progresado lentamente —dijo—, y aún no he alcanzado mi meta. Pero Rowan tiene pruebas de mis esfuerzos. Y tú, Mona, los has visto con tus propios ojos. Al igual que tú, Lestat. ¿Me crees, Oberon?

Oberon lo estaba intentando. Aunque yo no conseguía penetrar en sus pensamientos, lo veía por su expresión.

—¿Por qué no acudiste nunca a mí durante esos dos años? —preguntó.

—Eras el amante de Lucia —respondió Lorkyn—. Te oía aullar de placer por las noches. ¿Qué iba a decirte? ¿Cómo podía estar segura de que no ibas a decírselo a Lucia?

—Pudiste haberme hecho saber que estabas viva.

—Tú ya lo sabías. Me viste. Por otra parte, no tenía libertad de movimientos. Sólo era libre cuando me sentaba ante el ordenador. Estudié. Tuve que buscar un lugar seguro no sólo donde refugiarnos, sino donde poder quedarnos.

—Eres fría como el hielo —le espetó Oberon despectivamente—. Siempre lo has sido.

—Es posible —replicó Lorkyn—, pero ahora puedo aprender a mostrarme más cálida, Rowan Mayfair me enseñará.

—¡Lo que me faltaba por oír! —exclamó Mona—. Oberon y Miravelle, os aconsejo que encarguéis unos buenos abrigo de pieles para protegeros del frío.

Michael salió de sus silenciosas reflexiones.

—Mona, cielo, procura confiar en lo que tratamos de hacer.

—Lo que tú digas, tío Michael —respondió Mona.

—¿No estáis de acuerdo en que necesitamos algún lugar donde refugiarnos? —preguntó Lorkyn mirando a Oberon y a Miravelle—. No podemos deambular por el mundo.

—Desde luego. Yo no quiero deambular por el mundo —dijo Miravelle.

Oberon reflexionó durante unos instantes, cerrando y abriendo sus fabulosos ojos.

—Tienes razón. ¿Dónde sino aquí podremos descubrir un anticonceptivo que nos permita copular sin engendrar de inmediato a otro Taltos? Es una idea brillante. Muy bien. —Oberon se encogió de hombros lánguida y airosamente—, Pero ¿podemos disponer del dinero de las cuentas que conseguiste transferir? —preguntó.

—Podemos disponer de la fortuna que dejó papá —respondió Lorkyn—. Una fortuna enorme. La familia Mayfair la descubrió. El dinero ya no será problema. No tienes por qué sentirte atado a nadie, somos libres.

—No, jamás debéis sentirnos atados —dijo Rowan suavemente.

—De acuerdo. Creo que podemos dar esta conversación por zanjada —dijo Lorkyn.

Tras esto se levantó. Lorkyn se volvió hacia Rowan y ambas mujeres cambiaron en silencio una mirada de conformidad, seguridad y convencimiento.

Oberon se puso en pie y tomó a Miravelle de la mano.

—Vamos, mi querida y pequeña idiota —le dijo Oberon

a Miravelle—, regresaremos a mi suite para seguir viendo El señor de los anillos.

Supongo que ya nos tendrán preparadas las golosinas de chocolate blanco y la leche fría.

—Todo el mundo es muy bueno con nosotros —dijo Miravelle—. Quiero que sepáis que os quiero a todos. Y me alegro de que esos hombres malos murieran y de que Rodrigo se cayera del balcón. Fue una suerte.

—¿No es una delicia la forma en que se expresa? —comentó Oberon secamente—.

Pensar que tengo que escucharla dieciocho horas al día. ¿Y tú, Lorkyn, vas a venir a visitar a tu hermano y tu hermana para deleitarnos con una inteligente plática sobre tus estudios médicos? Temo volverme loco si no converso de vez en cuando con alguien inteligente que sepa utilizar palabras de cuatro sílabas.

—Sí, Oberon —respondió Lorkyn—. Vendré a visitaros con más frecuencia de lo que imaginas.

Lorkyn rodeó la mesa y se detuvo ante Oberon. La expresión de Oberon se relajó visiblemente y abrazó a Lorkyn. Se besaron con ardor y se separaron lentamente, con reverencia y entrelazando sus delicadas manos.

—Me siento muy feliz —dijo Miravelle besando a Lorkyn en la mejilla.

Oberon y Miravelle abandonaron la sala.

Lorkyn se despidió educadamente de todos los presentes con un gesto de cabeza y, tras indicar a los hombres que se sentaran de nuevo, también salió.

La sala quedó en silencio.

Al cabo de unos momentos habló Rowan.

—Esa chica es increíblemente brillante —dijo.

—Comprendo —respondí.

Nadie dijo nada.

Mona no despegó los labios durante largo rato. De vez en cuando miraba a Rowan y por fin dijo con tono muy quedo:

—Se ha terminado.

Rowan no contestó.

Mona se levantó, y Quinn hizo lo propio. Al cabo de unos instantes yo también me levante. Michael se levantó por cortesía, y Rowan permaneció sentada, con gesto pensativo, remoto.

Durante unos momentos pensé que Mona iba a marcharse sin decir nada más, pero al alcanzar la puerta se volvió y le dijo a Rowan:

—No creo que vayamos a vernos muy a menudo.

—Entiendo —contestó Rowan.

—Te quiero, cariño —dijo Michael.

Mona se detuvo, cabizbaja.

—Jamás os olvidaré —dijo sin volverse.

Me quedé estupefacto. No esperaba que dijera eso.

El rostro de Michael se crispó, como si hubiera recibido un golpe contundente. Pero no dijo nada.

—Adiós, mis bellos amigos mortales —dije—. Si me necesitáis, ya sabéis dónde encontrarme.

Rowan se volvió y me miró con una expresión indescriptible en el rostro.

Entonces caí en la cuenta. Lo comprendí lentamente. Sentí un escalofrío.

La causa que nos había unido ya no existía. No se trataba simplemente de que Mona se hubiera despedido de ella. n teníamos motivo para buscarnos. Ya no

Rowan y yo ya o

existía un misterio que justificara nuestra intimidad. Y el honor y la virtud, que yo había citado hacía un rato con tanto aplomo, exigían que dejáramos de entrometernos en la vida del otro, que cesáramos de tratar de averiguar más detalles sobre el otro. Nuestros caminos eran divergentes.

Habíamos encontrado a los Taltos, los habíamos rescatado y ahora vivirían a salvo en el Hospital Mayfair. El discurso de Lorkyn había sido el epílogo.

Teníamos que retirarnos.

¿Cómo era posible que yo no lo hubiera adivinado? ¿Cómo era posible que yo no lo hubiera previsto? Mona ya lo sabía esa noche, y la noche anterior, mientras contemplaba el mar desde la isla.

Pero yo no me había dado cuenta. Había estado ciego.

Di media vuelta y seguí a mis amigos.

Descendimos a través de la montaña sagrada del Hospital Mayfair en el reluciente ascensor de cristal, atravesamos el impresionante vestíbulo con sus intrigantes esculturas modernas y su espléndido suelo enlosado, y salimos al cálido exterior.

Clem nos abrió la puerta de la limusina.

—¿Estáis seguros de que queréis ir a esa zona de la ciudad?

—Déjanos allí, nos esperan.

Los tres guardamos silencio mientras el coche avanzaba, como si no estuviéramos juntos.

No somos unos Taltos, No somos inocentes. Estamos fuera de lugar en la montaña sagrada de Dios. No estamos protegidos y redimidos por aquellos a los que hemos servido. No pueden darnos las gracias elegantemente. No pueden abrir la puerta del tabernáculo.

Dadnos los bajos fondos de la ciudad, dejadnos que nos dispersemos por las zonas donde los matones de poca monta se acercan a nosotros entre los espesos arbustos de los aparcamientos, dispuestos a asestarnos un navajazo por un billete de veinte dólares, donde los cadáveres se pudren durante semanas entre los matojos, la madera chamuscada y los montones de ladrillos. Yo estaba famélico.

Las campanillas tropicales proliferan; una chimenea se eleva hacia lo alto como un árbol. El lugar parece haber sido creado expresamente para mí. El olor a maldad. El crujir de unas tablas rotas. Morthadie. Legiones de mortales detrás del desvencijado muro. Alguien me susurra al oído:

—¿Quieres divertirte un rato?

No pudo haberlo expresado mejor.

29

Me desperté sobresaltado. El sol se había puesto hacía rato. Yo había dormido cómodamente en el lecho de tía Queen. Incluso había hecho una cosa muy curiosa antes de retirarme. Había cedido a los sermones de Jasmine acerca de mi elegante traje de lino y había colgado toda mi ropa en el armario. Y me había puesto un camisón largo de franela.

¿A qué venía esa absurda falsedad? Yo, que había dormido envuelto en terciopelo y encaje cuando tenía que ocultarme en un ataúd, cediendo ahora a estos complicados placeres. Yo, que había huido del sol sepultándome bajo tierra. En cierta ocasión incluso había dormido en una cripta, debajo del altar de una iglesia.

Julien se sentó a la mesa. Sacó un cigarrillo delgado y negro de su pitillera de oro y lo encendió. Me fijé en su elegante rostro. Aspiré el perfume del humo.

—Ah, qué agradable.

—He notado que cada vez extraes de mí más energía —dije—. ¿Te apoderaste de ella mientras dormía?

—De día estás inconsciente —comentó Julien—. No obstante, durante la última hora has tenido un sueño muy pintoresco. Me gusta tu sueño.

—Sé lo que he soñado. ¿Qué tengo que darte para que desaparezcas para siempre?

—Creía que te caía bien. ¿Era mentira?

—Has fracasado —respondí—. Ayudaste a Mona a copular con Michael, y el parto de Morigan la destruyó. ¿Cómo ibas a saberlo? En cuanto al hecho de que Merrick Mayfair se convirtiera en una de nosotros, no fue culpa tuya. Tú te limitaste a confiarla

a los de Talamasca. ¿No comprendes que no tienes nada que hacer aquí? No puedes seguir entrometiéndote en todo y cometiendo errores, Lasher ha muerto. Morrigan ha muerto. Deja tranquilos a tus adorables Mayfair. juegas a ser un santo, y eso es muy poco caballeroso por tu parte.

—¿Y tú? ¿Les dejarás tranquilos? —preguntó Julien—. No me refiero a Mona, mi tesoro. Reconozco que la he perdido. Ya sabes lo que me preocupa ahora. —Su voz denotaba una profunda emoción—. El destino de todo el clan está en juego.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—¿Acaso no ha rescatado la mujer que adoras la increíble fortuna de la familia? ¿No ha santificado el incalculable poder de la familia?

—¿Qué te dicen los ángeles? —repliqué—. Ruega a san Juan Diego que te dé la respuesta.

—¡Contéstame! —insistió Julien.

—¿Qué quieres que te responda? —le pregunté—. Ve a ver a Tante Osear, ella sabrá quién eres. O ve a hablar con fray Kevin Mayfair en su rectoría. Pregúntaselo a ellos. Pero aléjate de mí.

—¡Te lo suplico! —dijo Julien.

Nos miramos de hito en hito. Julien estaba asombrado de lo que acababa de decir. Yo también.

—¿Y si yo te suplicara que dejaras de entrometerte? —pregunté—. ¡Déjalos tranquilos con su conciencia y su fortuna!

—¿Quieres que hagamos un pacto? —preguntó Julien.

Volví la cabeza. Me estremecí. ¿Quieres que hagamos un pacto?

—¡Maldito seas!

Me levanté, me quité la camisa de dormir y me vestí con mi ropa. Los ternos tienen demasiados botones. Me ajusté la corbata de color púrpura. Me peiné. Había dejado las botas afuera, junto a la puerta, como de costumbre. Le di al interruptor que encendía las luces y al volverme comprobé que Julien había desaparecido. La mesita estaba intacta. Pero el humo persistía. Y también el perfume del cigarrillo .

¡Te lo suplico!

En cuanto me calcé las botas, salí de la casa por la puerta trasera, atravesé apresuradamente la hierba húmeda y eché a andar por el borde del pantano. Sabía adonde tenía que dirigirme,

A la ciudad.

A las calles del centro.

Seguí avanzando, caminando y reflexionando, deambulando, caminando. Olvídate de la sangre. Sangre, olvídate de mí.

Me dirigía, desde el centro, hacia la parte alta de la ciudad, apretando el paso, caminando por las aceras hasta que lo vi erigirse frente a mí, en las afueras de la ciudad: el Hospital Mayfair, una mole llena de luces que se recortaba sobre el nublado firmamento nocturno.

Pero ¿qué estaba haciendo?

¿No era ése el jardín de los pacientes?

A esas horas de la noche estaba desierto, era un laberinto repleto de ligustrum, rosas y senderos de grava. No tenía nada de malo que me paseara por ahí. No esperaba encontrarme con nadie en particular. No me proponía cometer ningún desmán. No esperaba...

Ahí estaba Julien, interceptándome el paso.

—¡Demonio! —exclamé.

—¿Qué te propones? ¿Qué trama tu diabólica mente? —me preguntó—. ¿Ir a verla a su laboratorio a medianoche y ofrecerle de nuevo tu sangre? ¿Pedirle que la analice bajo el microscopio, condenado intrigante? ¿Alegar cualquier excusa con tal de acertarte a ella? —¿Es que no lo entiendes? ¡No conseguirás persuadirme!

Busca la Luz. Tus maldiciones revelan tu origen. ¡Ahora soy yo quien te maldigo! Extendí los brazos hacia él y cerré los ojos. Vi al espíritu en mí, el espíritu provocador que animaba mi cuerpo, que ansiaba la sangre que me mantenía vivo, lo vi en mis manos cuando agarré a Julien por el cuello, y lo vi en él, el espíritu que trataba de proyectar la imagen del hombre que no era un hombre, y oprimí mi boca sobre la suya, como había hecho con Patsy, y le insuflé una bocanada de viento, el viento feroz del rechazo, no del amor, de la renuncia, del repudio.

Aléjate de mí, maldito, desaparece, espíritu frívolo y retorcido, ve a ocultarte en los dominios de donde procedes. Si puedo liberarte de la Tierra, lo haré.

Julien comenzó a arder frente a mí, furioso. Le golpeé con el brazo con toda mi fuerza, destrozándolo, enviándolo lejos de mí. Dejé de verlo, y de él brotó un grito angustiado que rasgó la noche.

Me quedé solo.

Alcé la vista y contemplé la gigantesca fachada del Hospital Mayfair. Di media vuelta y eché a andar, arropado por la noche simple, ruidosa y cálida.

Regresé a pie al centro.

Me canté una breve canción.

—Posees el mundo entero. Dispones de todo el tiempo hasta el fin del mundo. Tienes todo cuanto puedas desear. Mona y Quinn están contigo. Y hay muchos otros hijos de la sangre que te aman. Has completado tu labor, y debes marcharte...

»Sí, debes marcharte y regresar al redil de aquellos a quienes no puedes lastimar..

30

Faltaba una hora para que amaneciera cuando regresé a Blackwood Farm, rendido de cansancio tras mi incruento deambular y anhelando acostarme. El «comité de la cocina», como lo llama Quinn, estaba ya tomando café y horneando el pan.

No había podido despedirme de Tommy, que me había dejado una nota —muy amable y, en cierto modo, singular— dándome las gracias por haber ayudado al espíritu de Patsy a dirigirse a la Luz. Ah, sí...

Me senté de inmediato ante el escritorio frecuentado por fantasmas y, al comprobar que el cajón central cuya llave se había perdido contenía papel de cartas, como había supuesto, escribí una nota a Tommy diciéndole que estaba convencido de que llegaría a ser un hombre extraordinario que haría grandes cosas de las que yo me sentiría orgulloso.

«Evita una vida ordinaria —escribí—. Aspira a algo mejor, más grande. Creo que ése es el mensaje de Blackwood Farm.»

Jasmine, que pese a lo temprano que era ya estaba vestida —llevaba un delantal blanco encima de un traje azul y una blusa de seda—, se mostró entusiasmada con mi letra.

¿Dónde había aprendido yo esos adornos, esas florituras y esa utilización perfecta de la pluma?

¿Por qué me sentía demasiado fatigado para responder? ¿Tan cansado como la noche en que Patsy se había dirigido a

la Luz? ¿Era posible que Julien hubiera desaparecido para siempre?

Jasmine tomó la nota, la introdujo en un sobre y me informó de que saldría con el primer paquete de dulce de caramelo que ya estaban preparando para Tommy.

—No sé si sabes que Quinn y Mona no regresarán hasta dentro de una semana —dijo Jasmine—. Los únicos que quedáis en este enorme caserón sois tú y Nash, y como eres tan melindroso, no querrás probar un bocado de la comida que preparemos, y si te marchas, sólo quedará Nash y yo me hartaré de llorar.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Adonde han ido Mona y Quinn?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —preguntó Jasmine gesticulando exageradamente—. Ni siquiera se despidieron de nosotros. Vino otro caballero a informarnos de que se ausentarían durante unos días. Era el hombre más raro que he visto en mi vida, con una piel tan blanca que parecía una máscara. Tenía el pelo negro azabache y largo hasta los hombros, y una sonrisa que casi me puso el vello de punta. Echa un vistazo a la habitación de tía Queen antes de acostarte. Ese hombre ha dejado una nota en la mesilla para ti.

—Ese hombre se llama Khayman. Es muy amable. Ya sé adonde han ido Mona y Quinn —dije suspirando—. ¿Me permitirás que me aloje en la habitación de tía Queen mientras Mona y Quinn estén ausentes?

—No seas bobo —contestó Jasmine—. Es la habitación que te corresponde. ¿Crees que me hace gracia que la señorita Mona se dedique a saquear el ropero de tía Queen como si fuera la reina de Saba, dejando los abrigos de zorro y los zapatos de pedrería tirados por el suelo? Pues no. Pero no te preocupes, lo he recogido todo. Anda, ve a acostarte. Echamos a andar juntos por el pasillo. Entré en la habitación, tenuemente iluminada por las lámparas de las mesillas de noche, y me detuve unos instantes, disfrutando del perfume y preguntándome cuánto tiempo iba a poder disputar esta espectacular partida. Jasinino me había preparado la cama. Había dispuesto sobre ella otro camisón de franela y, tal como me había indicado, en la mesilla había una carta.

Me senté, abrí el sobre de pergamino y comprobé que la carta estaba escrita en una airosa letra cursiva.

Estimado rebelde:

Tus adorados pupilos deseaban que yo los recibiera y he accedido a su deseo. Como sabes, es muy raro que yo invite a unas criaturas tan jóvenes a mi morada. Pero hay excelentes razones que avalan el que Quinn y Mona pasen un tiempo aquí conmigo, familiarizándose con los archivos, conociendo a algunos de los otros que van y vienen, y adquiriendo cierta perspectiva sobre las dotes que se les han concedido y la existencia que les aguarda.

Tengo la sensación de que su arraigo a la vida mortal no es del todo prudente, y que su visita aquí, a este retiro entre los inmortales, servirá para inmunizarlos contra los sobresaltos que puedan experimentar. Aciertas al temer que Mona no haya comprendido todo el poder sacramental de la sangre. Pero Quinn tampoco lo ha comprendido, puesto que fue transformado contra su voluntad. Otra de las razones por las que les he invitado a venir es que me he convertido en alguien muy real para Mona y Quinn, como consecuencia de nuestra comunicación a propósito de los Taltos, y deseo disipar, de sus jóvenes ojos, cualquier mito perjudicial que pueda rodear a mi persona.

Aquí podrán conocerme tal como soy. Quizá comprendan que en la base de nuestro linaje no reside una gran diosa, sino una personalidad sencilla, perfeccionada por el transcurso del tiempo, y ligada a sus visiones y deseos mortales.

Ambos jóvenes parecen excepcionalmente dotados, y me impresiona la labor que has realizado con ellos, así como tu paciencia.

Sé que en estos momentos estás sufriendo. Lo se mejor que nadie. Pero confío en que te comportes de acuerdo con las elevadas normas que te has impuesto. Tu evolución moral te lo exige.

Ten la certeza de que siempre serás bienvenido aquí. Yo podría haber dispuesto que te trajeran junto con Quinn y Mona. Pero sé que no deseas venir. Ahora eres libre para pasar unas semanas en una paz mortal, acostado en el lecho de tía Queen, releyendo las novelas de Dickens. Tienes derecho a ese descanso.

Maharet.

Ante mí estaba la prueba de mi fracaso con Quinn y Mona, y la revelación de la maravillosa generosidad de Maharet al conducirlos a su presencia. No podrían encontrar mejor maestra en todo el mundo.

Yo les había dado a Mona y a Quinn todo cuanto podía, a mi estilo. Pero no era suficiente. No, no había bastado. El problema quizás obedecía a lo que Maharet denominaba mi «evolución moral». Pero no estaba seguro.

Yo había querido crear en Mona al «vampiro perfecto». Pero mi plan había sido devorado por unas fuerzas que me habían enseñado más de lo que jamás podría enseñar a nadie.

Maharet llevaba razón al afirmar que yo no deseaba que me condujeran a su célebre morada selvática. No, ese lugar fabuloso consistente en estancias de piedra y recintos amurallados, donde la anciana dama, que más parecía una estatua de alabastro que un ser vivo, residía con su hermana gemela muda, no me atraía.

En cuanto a los legendarios archivos que contenían unas antiquísimas tablas, pergaminos y códices de inimaginables revelaciones, tampoco anhelaba contemplarlos. Lo que no podía ser revelado al mundo de los hombres y las mujeres tampoco se me podía revelar a mí. No tenía ni ganas ni paciencia para descubrirlo.

Yo había tomado un rumbo muy distinto, atrapado como estaba por el encanto de Blackwood Farm, ese rincón perdido del sur donde me sentía atraído por cosas más triviales.

Me sentía en paz allí. También sentía que mi alma se había debilitado, sin duda debido a mi batalla con Julien, que había desaparecido sin dejar rastro.

Doblé la carta.

Me desnudé.

Colgué mi ropa de una percha, como cualquier mortal decente, me puse el camisón de franela, saqué el ejemplar de La pequeña Nell de debajo de la almohada y leí hasta que el sol comenzó a despuntar por el horizonte y los límites de mi conciencia, sumiéndome poco a poco en el vacío y la paz.

31

Este libro ha concluido. Vosotros lo sabéis. Yo lo sé. A fin de cuentas, ¿qué más puedo añadir? Entonces ¿por qué continúo escribiendo? Seguid leyendo y lo averiguaréis. ¿Cuántas noches transcurrieron? Lo ignoro. Los cálculos no se me dan bien. Me hago un lío con los números y las épocas. Pero siento el tiempo. Lo siento como siento el aire nocturno cuando salgo a pasear, como siento las raíces del roble bajo mis pies.

Nada podría haberme obligado a abandonar Blackwood Farm. Mientras permaneciera allí, estaba a salvo. Incluso pospuse durante un tiempo reunirme con Stirling. En estos momentos me siento incapaz de hablar de los Taltos: es un tema muy interesante, pero Mona está implicada en él, constituye el núcleo del mismo...

Así pues, cuando no estaba leyendo La pequeña Nell o David Copperfield, paseaba por la propiedad, bajaba hasta el pantano en el que me había encontrado con Patsy, atravesaba el pequeño cementerio o recorría los amplios céspedes para admirar los macizos de flores que el jardinero seguía atendiendo fielmente a pesar de que Pops, el hombre que los había plantado, había muerto.

No seguía un rumbo fijo, pero sí un horario fijo. Por lo general salía unas tres horas antes del alba.

Mi lugar favorito era el cementerio. Me sentía fascinado por esas sepulturas anónimas, y los cuatro robles que las rodeaban, y el pantano tan peligrosamente cercano...

Habían limpiado todo el hollín que cubría la tumba sobre la que Merrick Mayfair había construido su pira. Nadie habría adivinado jamás que ahí había ardido una hoguera feroz. Retiraban sistemáticamente las hojas que se desprendían de los árboles, y barrían cada día la pequeña capilla, alojada en un edificio espectacular.

La capilla no tenía puerta, ni cristales en las ventanas. Era un edificio gótico con arcos ojivales. Dentro había un banco en el que uno podía sentarse y meditar.

Pero ése no era mi lugar favorito.

Yo prefería sentarme al pie del roble de mayor tamaño, el que tenía una rama que se apoyaba en el suelo del cementerio, una rama que se extendía hacia el pantano.

Me dirigí allí, cabizbajo. Apenas pensaba en nada, salvo en que pocas veces me había sentido tan feliz o tan desgraciado. No necesitaba sangre, pero la deseaba. A veces la ansiaba desesperadamente. En especial durante esos paseos. Soñaba con perseguir a una víctima y asesinarla. Soñaba con esa sórdida intimidación, con clavar la aguja de mi hambre en el odioso odio. Pero en esos momentos no tenía fuerzas para eso.

Los límites de Blackwood Farm constituían los límites de mi alma.

Me dirigí hacia mi roble. Me sentaría a sus pies y contemplaría el cementerio, la pequeña verja de hierro de filigrana con sus ornados piquetes, las sepulturas y la estructura de la capilla que se erguía ante mí. Y ¿quién sabe?, quizá se alzaría la bruma del pantano. Y el cielo se teñiría del conocido y esencial color púrpura antes de que saliera el sol.

Ése era mi propósito.

Vivo en el pasado, el presente y el futuro. Y recordé que en cierta ocasión, muy cerca de aquí, al pie de otro roble, el que está junto a la puerta del cementerio, me había encontrado con Quinn, solo, después de que éste hubiera matado a Patsy, y le di a beber mi sangre.

Jamás, en mis largos años de vagabundeo por la Tierra, me ha odiado nadie como Patsy odiaba a Quinn. Patsy había dirigido contra él todo el odio que su alma era capaz de albergar. ¿Quién puede juzgar eso? Mi madre, a quien yo mismo di la sangre, siente una profunda indiferencia hacia mí, y siempre la ha sentido. Lo cual es muy distinto del odio. Pero ¿qué iba a decir?

Ah, sí. Que me había encontrado con Quinn, que le había dado a beber mi sangre. Un momento íntimo. Un momento triste y emocionante. Y le había transmitido a Quinn mi poder. Durante aquellos instantes, Quinn me había pertenecido. Yo había contemplado su compleja y confiada alma y la forma en que la sangre oscura se había apoderado de ella, y de esa sustracción había emergido un valiente e implacable superviviente de Quinn Blackwood, decidido a sacar provecho de lo sucedido.

¡Nuestro irreprimito poder creativo!

Yo le quería. De una forma dulce, sin complicaciones. No sentía hacia él un afán posesivo o un deseo feroz. Ni el vacío del compromiso. Y cuando asistí a la culminación de su evolución con Mona, experimenté una sensación más sublime que el anhelo de beber sangre.

Era en eso en lo que pensaba cuando me acerqué a mi roble, como si soñara, tejiendo en mis sueños fragmentos de poesía, una poesía que había robado, roto y tejido en mis deseos: Has destrozado mi corazón, hermana mía, esposa mía... Qué bella eres, mi

amor. ¿Acaso no puedo imaginar? ¿Acaso no puedo soñar? Deposítame como un sello sobre tu corazón.

¿Qué me importa percibir el olor de un mortal? Blackwood Farm está llena de mortales. ¿Qué le importa a nadie que Lestat, al que todos han acogido afectuosamente, salga a dar un paseo? Uno de ellos va a cruzarse ahora en mi camino. Cierro mi mente. Mi mente se cierra sobre sí misma y sobre su poesía: Qué bella eres y mi amor, una criatura sin mácula.

Me aproximé al árbol y apoyé la mano en el tronco.

La vi sentada allí, sobre las gruesas raíces, mirándome. Su bata blanca estaba salpicada de sangre, la etiqueta con su nom-

bre torcida, su rostro demacrado, sus ojos inmensos, hambrientos. Se levantó y se arrojó en mis brazos.

Yo abracé a esa criatura dúctil, febril, y mi alma se abrió a ella.

—Te amo, te amo como jamás he amado nada, más que la sabiduría, más que el coraje, más que el encanto del mal, más que la riqueza y la misma sangre, te amo con mi humilde corazón que hasta ahora no sabía que poseía, te amo, mi criatura de ojos grises, mi mística de magia médica, mi soñadora, deja que te estreche contra mí, no me atrevo a besarte, no me atrevo...

Rowan se alzó de puntillas e introdujo la lengua entre mis labios. Te quiero, te quiero con toda mi alma.. ¿ Me oyes, sabes el abismo que he salvado para reunirme contigo?

En mi alma no hay otro dios más que tú. He pertenecido a espíritus codiciosos, he pertenecido a monstruos compuestos por mi propia carne, he pertenecido a ideas, fórmulas, sueños y aspiraciones de grandeza, pero ahora te pertenezco a ti. Soy tuya.

Nos tumbamos en la hierba, en la cuesta que se elevaba por encima del cementerio, bajo la copa del roble, donde las estrellas no alcanzaban a vernos.

Mis manos ansiaban tocar todo su cuerpo, la piel que se escondía debajo del rígido algodón, la breve pero amplia curva de sus caderas, sus pechos, su pálido cuello, sus labios, sus partes íntimas, húmedas y dispuestas para que yo las acariciara... Mis labios le arañaron el cuello, sin atreverme a hacer más que sentir la sangre pulsando debajo de su piel mientras mis dedos la llevaban al orgasmo, mientras ella gemía contra mí, mientras su cuerpo se tensaba hasta alcanzar el climax, mientras yacía inerme contra mi pecho.

La sangre retumbaba en mis oídos. Fluía velozmente a través de mi mente. Decía yo la quiero. Pero permanecí inmóvil.

Oprimí los labios contra su frente. La sangre que fluía a través de mi cuerpo devino dolor. El dolor alcanzó su climax, al igual que la pasión de Rowan. Y en la suavidad de su mejilla y sus labios hallé paz y dulzura, y la mañana aún era oscura y las estrellas pugnaban por brillar a través del manto de hojas suspendido sobre nuestras cabezas.

Rowan deslizó la mano sobre mi hombro, sobre mi pecho.

—Sabes lo que quiero de ti —dijo con aquella voz profunda y lustrosa, dejando que el dolor y la determinación subrayaran sus palabras—. Eso es lo que quiero de ti, y te quiero a ti. Me he repetido todas las razones nobles por las que debo separarme de ti, me he repetido todos los argumentos morales, mi mente se ha convertido en un confesionario, un pulpito, un lugar debajo del pórtico donde se reúnen los filósofos. Mi mente se ha convertido en un foro. He trabajado día tras día en la sala de urgencias hasta que ya no he podido soportarlo. Lorkyn ha aprendido mucho de mí y yo de Lorkyn. Hemos diseñado unos programas de estudios para Obe-ron y Miravelle, hemos pasado muchas noches discutiendo fórmulas y propuestas en los que están englobados y sintetizados; su bienestar colectivo ha sido institucionalizado, y los buenos propósitos

los rodean y estimulan... Y mi alma ha permanecido inmutable. ¡Mi alma ansia este milagro! ¡Mi alma ansia tu rostro, toda tu persona! Mi alma siempre ha permanecido junto a ti. —Rowan suspiró—. Amor mío...

Silencio. Las canciones del pantano. Los cantos de los pájaros que siempre se inician antes del alba. Y el sonido del agua en movimiento y de las hojas que nos rodeaban mecidas por una tenue y vaga brisa.

—Jamás pensé que volvería a sentir esto —musitó Rowan—. Creí que no volvería a experimentarlo. —La sentí temblar entre mis brazos—. Que esas partes de mí se habían quemado para siempre —dijo—. Sí, amo a Michael y siempre lo amaré, pero ese amor me exige que lo deje libre. Michael languidece a mi sombra. Michael desea y tiene derecho a tener una mujer sencilla que pueda darle un hijo sano y robusto. Hemos vivido juntos lamentándonos por lo que podríamos haber tenido si esos monstruos no nos hubieran poseído y destruido. Hemos pasado demasiado tiempo murmurando nuestros réquiems.

»Y de repente nació este fuego. ¡No debido a lo que eres! Lo que eres podría aterrorizarme, repelerme. Debido a quién eres, al alma que anida en tu interior, a las palabras que pronuncias, a la expresión de tu rostro, a ese testigo del tiempo que adivino en ti. Mi mundo se desmorona cuando estoy a tu lado. Mis principios, aspiraciones, proyectos, sueños. Los considero el andamiaje de la histeria. Este amor ha arraigado en mí, este amor feroz que no te teme, que sólo anhela estar contigo, que desea la sangre, sí, porque es tu sangre, y todo lo demás desaparece.

Aguardé. Escuché el ritmo de su corazón. Escuché la sangre que pulsaba dentro de ella. Escuché su dulce aliento. Me contuve, contuve a la bestia feroz que en tantas ocasiones había destrozado la jaula para apoderarse del objeto de su deseo. La abracé con fuerza. La abracé durante una eternidad.

Luego la solté, le crucé los brazos sobre el pecho, me levanté y la dejé, rechazando sus manos extendidas, rechazándolas con besos. La dejé y me dirigí solo al borde del pantano. Estaba aterido de frío, como si un invierno septentrional me hubiera sorprendido en el grato calor y me hubiera hincado los colmillos.

Me quedé solo, muy solo, contemplando el implacable e informe laberinto del pantano, pensando únicamente en ella y dejando que mi imaginación se deleitara con la gloria de amarla, de poseerla. El mundo había renacido en el amor, y las cosas comunes que se solapaban con la común desesperación destacaban con sus colores brillantes e irresistibles. ¿Qué me importaba este punto en el tiempo? ¿Qué tenía este lugar llamado Blackwood Farm que me impedía llevarla conmigo y no volver a poner los pies en él y volar con ella a otras tierras de reconocida fascinación?

¡Sí, claro! Pero ¿qué tiene esto que ver con el amor puro, Lestat? ¿Qué lustre tiene el amor puro? ¿Qué lustre tiene ese ser nada común que está allí aguardándote?

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí, alejado de ella. Mis dulces sueños de palacios, viajes, cenadores y dominios de amor eran vaporosos, grandiosos, breves y fugaces.

Y ella estaba ahí, paciente, sabia, condenada por sus propios labios.

Una intensa tristeza se apoderó de mí, tan pura como el amor puro, seguida de un dolor tan auténtico como el dolor que había percibido en su voz sosegada, en su entrega profunda y total.

Por fin me volví y regresé junto a ella.

Me tumbé a su lado. Sus brazos me esperaban. Sus labios me esperaban.

—¿Crees que esto es viable? —pregunté, articulando las palabras pausadamente—.

¿Crees que puedes abandonar a todos los que ven en ti un futuro que no pueden imaginar sin ti?

Rowan calló.

—Deja que me sumerja en la eternidad —dijo al cabo de unos instantes, suspirando—. Estoy cansada,

¡Lo entiendo, te lo aseguro, has hecho tantas cosas!

Tras aguardar unos momentos, dije midiendo bien mis palabras:

—¿Crees que el mundo normal sabrá qué hacer con Lor-kyn, Oberon y Miravelle sin tu inteligencia y perspicacia? —pregunté—. ¿Crees que la ciencia que se basa en la satisfacción del ego será capaz de custodiar algo tan delicado, tan explosivo, tan noble?

No hubo respuesta.

—¿Crees que el Hospital Mayfair alcanzará su perfección sin tu guía? —pregunté, pronunciando las palabras tan amorosamente como pude—. En tu corazón sigues albergando proyectos, proyectos magníficos, y espléndidas visiones que aún no has podido llevar a cabo. ¿Quién recogerá el cetro? ¿Quién tendrá el valor de hacerlo? ¿Quién es capaz de salir de la mesa de operaciones para encargarse del laboratorio y dirigir luego una reunión con los arquitectos y los científicos con la ferocidad de un cuchillo gamma? ¿Quién es capaz de ir más allá del ambicioso plan, ya realizado, del Hospital

Mayfair? ¿Quién puede doblar su tamaño? ¿O triplicarlo? Dispones de muchos años que dedicarle. Lo sabes. Yo lo sé. Dispones de unos años castos, puros y motivados por una virtud compulsiva. ¿Estás dispuesta a dar la espalda a todo eso?

No hubo respuesta. Aguardé. La abracé con fuerza, como si temiera que alguien me la arrebatara. Como si la noche significara una amenaza. Como si la amenaza no proviniera de mí.

—Y Michael —dije—. Sí, debes liberarlo, pero ¿crees que éste el momento de hacerlo? ¿Sobrevivirá al hecho de que vengas conmigo? Sigue atrapado en sus horrores. Lo que le sucedió a Mona le partió el corazón. ¿Crees que serás capaz de abandonar a Michael? ¿De escribir la críptica nota? ¿De despedirte de él?

Durante largo rato Rowan no contestó. Yo no sabía qué más añadir. Sentí en mi corazón un dolor que jamás había experimentado. Yacíamos muy juntos, abrazados, sintiendo la calidez de nuestros cuerpos y tan entregados el uno al otro que los sonidos aleatorios de la noche no lograban perturbar nuestro sosiego.

Por fin Rowan se movió un poco, dulcemente.

—Lo sé —musitó—. Lo sé. —Y repitió—: Lo sé.

—Esto no es posible —dije—. Jamás he deseado tanto una cosa, pero no puede ser. Lo sabes tan bien como yo.

—No lo dices en serio —replicó Rowan—. Yo estoy convencida. ¡No puedes rechazarme! ¿Crees que habría acudido a ti si no supiera lo que sientes realmente?

—¿Lo que siento? —pregunté abrazándola con fuerza—. Sí, sabes lo mucho que te amo. Sí, sabes lo mucho que te deseo, y que deseo marcharme contigo, alejarme de todos los que podrían separarnos; lo sabes, sí. En última instancia, somos mortales. Pero tú has convertido tu vida mortal en algo magnífico, Rowan. Has trastocado tu alma para hacerlo. Y eso no podemos ignorarlo.

Rowan siguió abrazándome, oprimiendo su cara contra la mía. Yo le acaricié el pelo.

—Sí —respondió—. Lo intenté. Era mi sueño.

—Es tu sueño —rectifiqué—. Sigue siéndolo.

—Sí —dijo Rowan.

Sentí tal dolor dentro de mí que durante un rato no pude articular palabra.

De nuevo, imaginé que Rowan y yo yacíamos sobre un lecho oscuro, que nada podía separarnos, que habíamos hallado en el otro un significado sublime, y que todos los

problemas cósmicos que nos atormentaban habían desaparecido, como si fueran velos que alguien hubiera retirado,

Pero era una fantasía, tan débil como hermosa.

Rowan rompió el silencio.

—Estoy dispuesta a hacer otro sacrificio —dijo—, o a que lo hagas tú por mí, un sacrificio tan grande que apenas puedo comprenderlo. ¡Santo Dios...!

—No —contesté—, El sacrificio debes hacerlo tú, Rowan. Has llegado hasta el borde, pero ahora retrocedes. Debes regresar, Rowan, tú sola.

Rowan deslizó la mano sobre mi espalda, como tratando de hallar una suavidad humana en ella. Apoyó la cabeza sobre mi hombro. Respiraba de forma entrecortada, como si sollozara.

—Éste no es el momento, Rowan —dije.

Rowan alzó la vista y me miró.

—Ya llegará el momento idóneo —dije—. Y yo te estaré esperando.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Sí —contesté—. No vas a perder lo que yo estoy dispuesto a darte, Rowan.

Simplemente éste no es el momento.

El cielo aparecía iluminado por una tenue luz de color malva; las hojas me abrasaban los ojos. Era una sensación insoportable.

Me incorporé, alzando a Rowan suavemente, y la ayudé a sentarse junto a mí. Tenía adheridas en el cuerpo algunas briznas de hierba, estaba despeinada, aunque tan guapa como siempre, y sus ojos relucían bajo la creciente luz del día.

—Claro está que pueden suceder mil cosas —dije—.

Ambos lo sabemos. Pero yo te estaré observando. Te estaré observando y esperando. Y cuando llegue el momento oportuno, cuando puedas abandonarlo todo, vendré a buscarte.

Rowan bajó la vista y luego volvió a mirarme. Mostraba una expresión dulce y pensativa.

—¿De modo que ahora dejaré de verte? —preguntó—. ¿Te marcharás lejos de mí?

—Quizá de vez en cuando —respondí—, pero nunca durante mucho tiempo. Velaré por ti, Rowan. Puedes contar con ello. Y llegará una noche en que podremos compartir la sangre. Te lo prometo. Te entregaré el don oscuro.

Me puse en pie. Tomé su mano y la ayudé a levantarse.

—Debo irme, amor mío. La luz es mi enemigo mortal. Ojalá pudiera contemplar contigo el amanecer. Pero no puedo.

La abracé súbita y violentamente, besándola con inusitada voracidad.

—Te amo, Rowan Mayfair —dije—, Soy tuyo. Siempre seré tuyo. Nunca estaré muy lejos.

—Adiós, amor mío —murmuró Rowan. Una leve sonrisa animó su rostro—. ¿Me quieres de veras? —musitó.

—Con todo mi corazón —respondí.

Rowan se volvió apresuradamente, como si ésa fuera la única forma de hacerlo, subió por la ligera pendiente que describía el césped y se dirigió hacia la fachada de la casa. Cuando la oí arrancar en el coche me dirigí de nuevo hacia la puerta trasera y entré en mi habitación.

Me sentía tan tremendamente deprimido que apenas era consciente de lo que hacía. De improviso, pensé que acababa de cometer una locura. Luego pensé que todo eso no podía haber ocurrido. ¡Un tipo egoísta como yo no la hubiera dejado marchar!

¿Quién había pronunciado esas nobles palabras?

Rowan me había ofrecido el momento, quizás el único momento. ¡Y yo había tratado de comportarme como san Lestat! Había tratado de comportarme heroicamente. ¡Cielo santo, qué había hecho! Su inteligencia y su fuerza la alejarían de mí. El paso del tiempo agrandaría su alma y mi encanto mermaría a sus ojos. La había perdido para siempre. ¡Ay, Lestat, cómo te odio!

Había tiempo de sobra para llevar a cabo el ritual del camisón de franela, y cuando concluí, atormentado por la sed y la desesperación por lo que acababa de rechazar, por lo que quizás había perdido para siempre, me di cuenta de que no estaba solo.

Otra vez los fantasmas, pensé. Mon Dieu. Miré deliberadamente hacia la mesa pequeña. Qué espectáculo.

Era una mujer adulta, de unos veinticinco años, con el pelo negro, lustroso y ondulado, con un vestido de estilo charleston de seda y un largo collar de perlas. Estaba sentada con las piernas cruzadas y lucía unos bonitos zapatos de tacón.

¡Stella!

Era una visión monstruosa, como si la niña que yo conocía hubiera crecido, se hubiera estirado y desarrollado de golpe; en la mano izquierda sostenía una boquilla.

—¡No seas tonto, cielo! —dijo—. ¡Por supuesto que soy yo! El tío Julien te ha cogido tanto miedo que no se atreve a acercarse a ti. Pero quería que yo te transmitiera el mensaje: «¡Has estado soberbio!»

Stella se esfumó antes de que yo pudiera arrojarle mis botas. Lo cual no hubiera hecho. ¿Qué más daba? Por lo que a mí se refería, podían aparecer y desaparecer cuando quisieran. A fin de cuentas, esto era Blackwood Farm, y Blackwood Farm nunca ha cerrado las puertas a los fantasmas.

Estoy a punto de acostarme, y este libro ha llegado a su fin.

Al apoyar la cabeza sobre la almohada, comprendí una cosa. Pese a mi dolor y desesperación, seguía poseyendo a Rowan. Era una presencia que llevaría siempre dentro de mí. Mi soledad jamás volvería a ser tan amarga. Era posible que, con los años, Rowan se alejara de mí, que condenara la pasión que la había arrojado a mis brazos.

Quizá la perdiera en as-

pectos más prosaicos que arrancarían lágrimas de los ojos todas las noches de mi vida. Pero nunca la perdería realmente. Porque no perdería la lección de amor que había aprendido a través de ella. Esto era lo que Rowan me había dado cuando yo había tratado de dárselo a ella.

Ese día el rocío matutino cubrió, como siempre, la hierba de Blackwood Farm, y antes de que amaneciera soñé que:

Quiero ser un santo, quiero salvar a millones de almas, quiero tener el aspecto de un ángel, pero no quiero expresarme como un gánster, ni siquiera quiero liquidar a tipos indeseables, quiero ser san Juan Diego...

... Pero ya me conocéis, cuando anochezca quizá decida ir en busca de una presa por los callejones, los garitos y las cervecerías de mala muerte, siguiendo el olor de la malta y el serrín, y baile al son de los Dixie Chicks que suena en la máquina de discos, y quizá me cargue a un par de sinvergüenzas, unos tíos que me esperan agazapados, y cuando esté saciado de sangre y harto del sonido de las bolas de billar y de la cálida luz que incide sobre el fieltro de color verde, quién sabe, quizás el firmamento muestre un aspecto glorioso, quizá se disipen las nubes y aparezcan de pronto las estrellitas perdidas mientras me elevo sobre la Tierra y extendiendo los brazos como si no sintiera el menor deseo de algo cálido y noble.

Apartaos de mí los mortales de corazón puro. Apartaos de mis pensamientos las almas que tenéis grandes sueños. Apartaos de mí todos los himnos de gloria. Atraigo a los

condenados como un imán. Al menos durante un rato. Luego mi corazón exclama de dolor, se niega a guardar silencio, a rendirse, a claudicar...
La sangre que enseña vida no enseña mentiras, y el amor se convierte de nuevo en mi reprimenda, mi acicate, mi canción.

ANNE RICE

5 de octubre de 2002

Nueva Orleans